SOBRE LA APARENTE INTENCIONALIDAD EN EL DESTINO DEL INDIVIDUO

luchar con la mayor violencia contra aquella voluntad nuestra que se presenta como destino, contra nuestro genio conductor, contra nuestro «espíritu que mora fuera de nosotros y tiene su asiento en las estrellas superiores» 29, que desde la lejanía abarca con su mira-da la conciencia individual e, implacable contra ella, en forma de coacción externa dispone y establece aquello cuyo descubrimiento no le podría confiar pero que tampoco quiere ver malogrado. Para suavizar lo extraño y hasta exorbitante de esta osada tesis, puede servir en primer lugar un pasaje de Escoto Erígena; aquí hay que recordar que su Deus -que carece de conocimiento y del que no se pueden predicar el tiempo ni el espacio, ni tampoco las diez categorías de Aristóteles, así que solo le queda un predicado: voluntad- no es, evidentemente sino lo que en mi pensamiento es la voluntad de vivir: est etiam alía species ignorantiae in Deo, quando ea, quae praescivit et praedestinavit, ignorare dicitur, dum adhuc in rerum f actarum cursibus experimento non apparuerint 30 (De divis. nat. p. 83 edit. Oxon). Y poco después: tertia species divinae ignorantiae est, per quam Deus dicitur ignorare ea, quae nondum experimento actionis et operationis in eff ectibus manifeste apparent; quorum tamen invisibiles rationes in se ipso, a se ipso creatas et sibi ipsi cognitas possidet 31•
Si para hacernos comprensible de alguna manera la opinión
expuesta hemos recurrido a la reconocida similitud entre la vida individual I y el sueño, por otra parte hay que llamar la atención 233
sobre una diferencia entre ambos: en el sueño la relación es unila-teral, en concreto, es un solo yo el que realmente quiere y siente, mientras que los otros no son más que fantasmas; en cambio, en el gran sueño de la vida se da una relación recíproca, en la medida
en que no solo uno figura en el sueño del otro tal y como es preciso
que suceda, sino que también este figura en el de aquel; de modo que, en virtud de una real harmonía praestabilita, cada uno solo sueña aquello que le conviene según su propio cauce metafísico, y todos los sueños de la vida están tan artísticamente entrelazados unos con otros que cada uno experimenta lo que le es provechoso y al

29. Véase pp. 224-225 [p. 236). [N. de la T.]
30. [«Hay todavía otra clase de ignorancia en Dios, por cuanto se dice que ignora lo que ha previsto y predestinado mientras no aparezca empíricamente en el curso efectivo de las cosas», Sobre la división de la naturaleza, p. 83.)
31. [«La tercera clase de ignorancia es aquella por la que se dice que Dios des-conoce las cosas que todavía no aparecen manifiestas empíricamente en los efectos de su acción y su actividad; si bien Él tiene en sí mismo, creadas por Él y por Él conocidas, las razones invisibles de esas cosas», ibid., p. 84.)

243

PARERGA Y PARALIPOMENA

mismo tiempo ofrece lo que otro necesita; por lo que un eventual acontecimiento mundial se ajusta al destino de muchos miles, a cada uno de forma individual. Según esto, todos los sucesos de la vida de un hombre tendrían dos tipos de conexión radicalmente distintos: en primer lugar, la conexión objetiva, causal, del curso de la naturaleza; en segundo lugar, la conexión subjetiva, que solo existe en relación con el individuo que los vive y es tan subjetiva como sus propios sueños, y en la que la sucesión y contenido de los acontecimientos están también determinados necesariamente, pero de la misma forma en que la sucesión de las escenas de un drama está determinada por el plan del autor. El hecho de que coexistan esas dos clases de conexión y que el mismo acontecimiento, en cuanto miembro de dos cadenas totalmente heterogéneas, se inser-te exactamente en ambas, y como consecuencia el destino de uno se adapte al del otro y cada cual sea el héroe de su propio drama pero también el figurante del ajeno, eso es algo que excede nuestra comprensión y que solo puede pensarse como posible en virtud de la más asombrosa harmonia praestabilita. Pero, por otra parte, ¿no sería pusilánime considerar imposible que las vidas de todos
los hombres tuvieran en su entrelazamiento tanto concentus 32 y armonía como los que sabe dar el compositor a las muchas voces de
su sinfonía que parecen vociferar mezcladas? También se reducirá nuestro horror ante aquella colosal idea si recordamos que el sujeto
del gran sueño de la vida en cierto sentido es uno solo, la voluntad
234 de vivir, y que toda aquella multiplicidad I de los fenómenos está condicionada por el tiempo y el espacio. Se trata de un gran sueño
que sueña aquel ser único, pero de tal modo que todas sus personas sueñan con él. Por eso todo encaja con todo y se ajusta a todo. Si se admite esto, si se supone aquella doble cadena de todos los acon-tecimientos en virtud de la cual, por una parte, cada ser existe por
sí mismo, actúa con necesidad conforme a su naturaleza y sigue su propio camino, pero, por otra parte, está tan determinado y es tan apto para concebir un ser extraño y actuar sobre él como las imáge-nes en sus sueños: si, como digo, admitimos esto, lo tendremos que extender a toda la naturaleza, luego también a los animales y a los seres carentes de conocimiento. Entonces se nos vuelve a abrir una perspectiva sobre la posibilidad de los omina, praesagia y portenta, ya que, en efecto, lo que según el curso de la naturaleza ocurre necesariamente por otro lado ha de verse como una mera imagen para mí y una escena de mi sueño de la vida, algo que ocurre y

32. [Acuerdo.]

244

SOBRE LA APARENTE INTENCIONALIDAD EN EL DESTINO DEL INDIVIDUO

existe solo con relación a mí, o también como mero reflejo y eco de mi obrar y de mis vivencias; según ello, el carácter natural de un acontecimiento y su necesidad causalmente demostrable no su-primen la índole ominosa del mismo, como tampoco esta suprime aquellos. Por eso están totalmente errados los que creen eliminar el carácter ominoso de un acontecimiento demostrando lo inevitable

de su ocurrencia, al poner de manifiesto las causas naturales que lo produjeron necesariamente y, si se trata de un fenómeno natural, darle con gesto erudito una explicación física. Pues ningún hombre razonable duda de esto y nadie pretende hacer pasar el presagio por un milagro, sino que el augurio nace precisamente porque la cadena de causas y efectos que se remonta hasta el infinito, con la estricta necesidad y la inmemorial predestinación que le son pro-pias, ha fijado de manera irrevocable la aparición de ese aconteci-miento en ese crucial instante; de ahí que a aquellos impertinentes, sobre todo cuando se convierten en físicos, haya que gritarles el there are more things in heaven and earth, than are dreamt of in your philosophy 33 (Hamlet, acto I, ese. 5). Pero, por otra parte, con
la creencia en los presagios vemos también abrirse de nuevo las puertas a la astrología; porque el más nimio acontecimiento que se considere ominoso, como el I vuelo de un ave, el encuentro con un 235 hombre y cosas semejantes, está condicionado por una cadena de causas tan infinitamente larga y tan estrictamente necesaria como
la posición calculable de las estrellas en un determinado momento.
Mas la constelación está tan alta que la mitad de los habitantes de
la Tierra la ven al mismo tiempo, mientras que el presagio solo aparece en el dominio del individuo afectado. Si además quere-mos ilustrar la posibilidad del presagio con una imagen, podemos comparar a quien, a la hora de dar un paso en su vida cuyas con-secuencias oculta aún el futuro, avista un buen o mal augurio que le previene o confirma, con una cuerda que al ser tocada no se oye a sí misma pero sí percibe las demás cuerdas que suenan al mismo tiempo a consecuencia de su vibración. -
La distinción kantiana entre la cosa en sí y su fenómeno, junto con mi reducción de la primera a la voluntad y del segundo a la re-presentación, nos ofrece la posibilidad de ver conciliadas, aunque de forma imperfecta y de lejos, tres antítesis.
Son las siguientes:
1) La que se da entre la libertad de la voluntad en sí misma y la necesidad sin excepción de todas las acciones del individuo.

33. [Hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que se sueñan en ru filosofía.]

245

PARERGA Y PARALIPOMENA

2) La existente entre el mecanismo y la técnica de la naturaleza,
o entre el nexus effectivus y el nexus finalis, o entre la explicación puramente causal de los productos naturales y su explicación teleo-lógica (véase sobre esto la Crítica del juicio de Kant,§ 78, y mi obra principal, vol. II, cap. 26, pp. 334-339 [3.ª ed., pp. 379-385]).
3) La que hay entre la manifiesta contingencia de todos los acontecimientos en la vida individual y su necesidad moral de cara a conformarla de acuerdo con una finalidad transcendente para el individuo: - o, en lenguaje más popular, entre el curso de la natu-raleza y la providencia.
La claridad en nuestra comprensión del carácter conciliable
de aquellas tres contradicciones, si bien no es total en ninguna de ellas, resulta más satisfactoria en la primera que en la segunda, y en
el menor grado, en la tercera. Sin embargo, aunque imperfecta, la comprensión de la compatibilidad de cada una de las tres antítesis arroja luz sobre las otras dos, al servirles de imagen y metáfora. -
236 1 Finalmente, dónde haya puesto sus miras todo ese gobier-no misterioso de la vida individual que aquí se ha examinado es algo que puede señalarse únicamente de forma muy general. Si
nos quedamos en los casos individuales, entonces con frecuencia parece que solo tiene en cuenta nuestro bienestar temporal y mo-mentáneo. Pero este, debido a su insignificancia, imperfección, futilidad y caducidad, no puede ser en serio su fin último: así que hemos de buscarlo en nuestra existencia eterna, que transciende la vida individual. Y entonces se puede decir, muy en general, que a través de aquel gobierno nuestro curso vital es regulado de tal modo, que de la totalidad del conocimiento que gracias a él se abre en nosotros surge el efecto metafísicamente más adecuado sobre la voluntad, que es el núcleo y el ser en sí del hombre. Pues aunque la voluntad de vivir, en cuanto fenómeno de su aspiración, recibe su respuesta en el curso del mundo, en general cada hombre es aquella voluntad de vivir de una forma totalmente individual y única, algo así como un acto individualizado de la misma; por eso su respuesta satisfactoria solo puede consistir en una determinada configuración del curso del mundo y estar dada en las vivencias peculiares del individuo. Mas, dado que a partir de los resultados de mi filosofía de la seriedad (en oposición a la mera filosofía de profesores o filosofía de broma) hemos conocido que el fin último de la existencia temporal es apartarse de la voluntad de vivir, he-mos de reconocer que hacia ahí es conducido progresivamente ca-da cual de la forma individualmente más adecuada a él y a menudo también con amplios rodeos. Dado que además la felicidad y el

246

SOBRE LA APARENTE INTENCIONALIDAD EN EL DESTINO DEL INDIVIDUO

placer se oponen en realidad a ese fin, vemos que, conforme a ello, la desdicha y el sufrimiento están inevitablemente entretejidos en aquella vida, si bien en muy desigual medida, que solo raras veces queda colmada, como en los desenlaces trágicos; en estos parece como si la voluntad en cierta medida fuera impulsada con violen-
cia a apartarse de la vida y, por así decirlo, hubiera de alcanzar el renacimiento mediante cesárea.
Así, aquel gobierno invisible que solo se manifiesta en una du-
dosa vislumbre nos guía hasta la muerte, ese verdadero resultado
y, en cuanto tal, fin de la vida. En la hora de la muerte, todos los poderes misteriosos (aunque I en realidad radicados en nosotros 237 mismos) que determinan el destino eterno del hombre se amonto-
nan y entran en acción. De su conflicto nace el camino que él ha
de recorrer entonces, se prepara su palingenesia junto con todo el placer y dolor que están contenidos en ella y, a partir de entonces, irrevocablemente determinados. - A eso de debe el carácter ele-vadamente serio, grave, solemne y terrible de la hora de la muerte. Es una crisis en el sentido más fuerte del término, - un juicio final.

247

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS
Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

«Y déjate aconsejar, no ames demasiado
El Sol ni las estrellas.
iBaja, sígueme hasta el oscuro reino!»
Goethe

[Ifigenia III, 1, hacia el final.]

1 Los espectros, que en el presuntuoso siglo pasado, y pese a todos 241 los anteriores, fueron no solo anatemizados sino proscritos en to-
das partes, durante los últimos veinticinco años han sido rehabili-tados en Alemania, como ya antes lo fuera la magia. Quizás no sin razón. Pues las pruebas en contra de su existencia fueron en parte metafísicas, y en cuanto tales sostenidas en razones inseguras, y
en parte empíricas, que solo demuestran que, en los casos en los que no se había descubierto un engaño casual o intencionadamen-te organizado, tampoco había existido nada que hubiera podido actuar en la retina a través de la reflexión de los rayos luminosos, o en el tímpano por medio de la vibración del aire. Mas eso solo habla en contra de la presencia de cuerpos, presencia que tampoco nadie había afirmado; y, de hecho, de haberse manifestado estos de la mencionada forma física se suprimiría la verdad de un fenó-meno espectral. Pues en la idea de mi espíritu se incluye ya que su presencia se manifieste de forma totalmente distinta de la de un cuerpo. Un vidente que se comprendiera a sí mismo y fuera capaz
de expresarse afirmaría simplemente la presencia en su intelecto in-tuitivo de una imagen totalmente indiscernible de la que provocan
en él los cuerpos con la mediación de la luz y sus ojos, pero sin la presencia real de tales cuerpos; y lo mismo por lo que respecta a 1 242 lo auditivamente presente, ruidos, tonos y voces, del todo análogos
a los producidos en su oído por los cuerpos en vibración y el aire, pero sin la presencia o movimiento de tales cuerpos. Justamente
ahí se encuentra la fuente del malentendido que recorre todo lo di-
cho a favor y en contra de la realidad de los fenómenos espectrales.
En efecto, el fenómeno espectral se presenta exactamente igual que un fenómeno corpóreo: pero no lo es, ni tampoco debe serlo. Esa distinción es complicada y requiere conocimiento del tema, y hasta un saber filosófico y fisiológico. Pues es importante comprender que una acción igual a la de un cuerpo no supone necesariamente la presencia de un cuerpo.
Por esa razón, ante todo hemos de recordar y tener presente
en todo lo que sigue aquello que con frecuencia he expuesto de-tenidamente (en especial en la 2.ª edición de mi tratado Sobre el principio de razón§ 21, y también en Sobre la visión y los colores § 1, Theoria colorum, 11; y en El mundo como voluntad y repre-sentación vol. I, pp. 12-14 [3.ª ed., pp. 13-15] y vol. 11, cap. 2), a

251

PARERGA Y PARALIPOMENA

saber: que nuestra intuición del mundo externo no es meramen-te sensual sino principalmente intelectual, es decir (expresado objetivamente), cerebral. - Los sentidos no ofrecen nunca más que una mera sensación en su órgano, es decir, una materia en sí sumamente pobre, con la que el entendimiento construye este mundo corpóreo mediante la aplicación de la ley de la causalidad conocida por él a priori, y de las formas de espacio y tiempo tam-bién ubicadas en él a priori. Pero en el estado normal y de vigilia la estimulación a ese acto de intuición procede de la afección sen-sorial, al ser este el efecto para el que el entendimiento pone la causa. ¿Mas por qué no habría de ser posible que alguna vez una excitación procedente de otro lado, es decir, de dentro, del orga-nismo mismo, pudiera llegar al cerebro y ser elaborada por este
a través de su función peculiar y conforme a su mecanismo, igual
que hace con aquella? Pero después de esa elaboración no se po-
dría ya reconocer la diversidad de la materia original, al igual que
en el quilo no se puede distinguir el alimento con el que ha sido elaborado. En un eventual caso real de esa clase se plantearía en-
243 tonces la pregunta de si tampoco la causa remota I del fenómeno así producido podría buscarse en otro lugar más que en el interior
del organismo; o bien si, en caso de excluir toda afección senso-
rial, podría aun así haber una causa externa que en tal caso no habría actuado física o corporalmente; y, de ser así, qué relación podría tener el fenómeno dado con la naturaleza de esa remota causa externa, es decir, si contiene indicios sobre esta o incluso si estaría expresada en él su esencia. En consecuencia, también aquí, igual que en el mundo corpóreo, seríamos conducidos a la pre-gunta por la relación del fenómeno con la cosa en sí. Pero ese es el punto de vista transcendental, desde el cual podría quizás resultar que al fenómeno espectral no le correspondería ni más ni menos idealidad que al fenómeno corpóreo, el cual está inevitablemente sujeto al idealismo y por eso solo mediante un amplio rodeo pue-de ser reducido a la cosa en sí, es decir, a lo verdaderamente real. Y dado que hemos conocido la voluntad en cuanto esa cosa en sí, tenemos motivos para suponer que en ella se fundan también los fenómenos espectrales igual que los corpóreos. Todas las explica-ciones de los fenómenos espectrales habidas hasta ahora han sido espiritualistas: justamente en cuanto tales sufren la crítica de Kant en la primera parte de sus Sueños de un visionario1 • Yo intento aquí una explicación idealista. -

l. Véase p. 311 [p. 312], nota 48. [N. de la T.]

252

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

Tras esta introducción sinóptica que anticipa las investigaciones que ahora siguen, tomo el camino más lento y adecuado a ellas. Solo hago notar que doy por conocido al lector el estado de cosas al que se refieren. Pues, por una parte, mi especialidad no es la narrativa, luego tampoco la exposición de hechos, sino la teoría de los mismos; y, por otra parte, tendría que escribir un voluminoso libro si preten-diera repetir todas las historias de patologías magnéticas, visiones oníricas, fenómenos espectrales, etc., que constituyen la materia de nuestro tema y han sido ya relatadas en muchos libros; por último, tampoco tengo vocación ninguna de combatir el escepticismo de la ignorancia, cuyos presuntuosos ademanes van quedando desacredi-tados por días y pronto no estarán en circulación más que en Ingla-terra. A quien hoy en día ponga en duda los hechos del magnetismo animal I y su clarividencia no hay que llamarlo incrédulo sino igno- 244 rante. Pero tengo que hacer más, tengo que suponer el conocimiento
de, al menos, algunos de los numerosos libros que existen sobre fenómenos espectrales, u otra información al respecto. Incluso las citas referentes a tales libros las ofrezco únicamente cuando atañen
a datos específicos o puntos discutidos. Por lo demás, supongo en mi lector, de quien pienso que ya me conoce por otras vías, la confianza en que, cuando asumo algo como fácticamente seguro, es porque lo conozco de buenas fuentes o por experiencia propia.
Así pues, se plantea en primer lugar si en nuestro intelecto in-tuitivo o cerebro pueden realmente surgir imágenes intuitivas per-fecta e indiscerniblemente iguales a las que provoca en él la presen-cia de los cuerpos actuando sobre nuestros sentidos, pero sin ese influjo. Afortunadamente, un fenómeno muy familiar nos quita las dudas al respecto: el sueño.
Pretender tomar los sueños por meros juegos de ideas o por imágenes de la fantasía denota falta de sentido o de honradez: pues está claro que son específicamente distintos de aquellos. Las imá-genes de la fantasía son débiles, mortecinas, incompletas, parciales y tan efímeras que apenas somos capaces de retener unos segundos la imagen de un ausente, y ni siquiera el más vivaz juego de la fantasía resiste la comparación con aquella palmaria realidad que nos exhibe el sueño. Nuestra capacidad representativa en el sueño supera inmensamente la de nuestra imaginación; todos los objetos intuitivos tienen en el sueño la misma verdad y perfección que la realidad misma, de la que la fantasía queda a enorme distancia, y como ella abarcan consecuentemente todos los aspectos hasta la más contingente cualidad. Por eso tal capacidad nos proporciona-ría las más admirables escenas simplemente con que pudiéramos

253

PARERGA Y PARALIPOMENA

elegir el objeto de nuestros sueños. Es totalmente falso pretender explicar esto diciendo que las imágenes de la fantasía son pertur-badas y debilitadas por la impresión simultánea del mundo exter-
no: pues ni siquiera en el más profundo silencio de la más oscura noche puede la fantasía producir nada que se aproxime a aquel
245 objetivo carácter intuitivo y a aquella vivacidad del sueño. 1 Ade-más, las imágenes de la fantasía están provocadas siempre por
la asociación de ideas o por motivos, y acompañadas de la con-ciencia de su arbitrariedad. El sueño, en cambio, se encuentra ahí como algo totalmente ajeno y que, al igual que el mundo externo,
se impone sin nuestra intervención y hasta contra nuestra volun-
tad. Lo totalmente inesperado de sus acontecimientos, incluso los más insignificantes, imprime en ellos el cuño de la objetividad y la realidad. Todos sus objetos aparecen definidos y claros como la realidad, y no están determinados solo en relación con nosotros, es decir, superficial y unilateralmente, ni tampoco simplemente en lo principal ni en sus rasgos generales, sino que están desarrollados de forma exacta, llegando hasta los detalles mínimos y más fortuitos y hasta las circunstancias que con frecuencia nos obstaculizan y se nos ponen en el camino: ahí cada cuerpo tiene su sombra, cada uno cae exactamente con la gravedad que corresponde a su peso específico, y todo obstáculo ha de ser eliminado, exactamente igual que en la realidad. El carácter absolutamente objetivo del sueño se muestra además en que sus acontecimientos resultan la mayoría de las veces contrarios a nuestras expectativas y con frecuencia a nues-tros deseos, llegando a veces incluso a provocar nuestro asombro; también en que las personas que en ellos actúan se comportan con una indignante desconsideración hacia nosotros; y, en general, en la objetiva corrección dramática de los caracteres y las acciones, que ha dado lugar a la juiciosa observación de que cada cual, mien-tras sueña, es un Shakespeare. Pues la misma onmisapiencia que en nosotros hace que todo ser natural en el sueño actúe exactamente de acuerdo con sus propiedades esenciales hace también que todo hombre actúe y hable en la más perfecta concordancia con su ca-rácter. Como consecuencia de todo ello, el engaño que genera el sueño es tan poderoso, que con frecuencia la realidad misma que se halla ante nosotros al despertar tiene que luchar con él, y necesita tiempo hasta poder intervenir a fin de convencernos del engaño de un sueño que ya no existe sino que solo ha existido. También con respecto al recuerdo, cuando se trata de acontecimientos nimios, dudamos a veces de si lo hemos soñado o ha ocurrido realmente: en cambio, cuando uno duda de si ha ocurrido o simplemente se lo

254

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

ha imaginado, está lanzando sobre sí mismo la sospecha de la lo-cura. Todo esto demuestra que el sueño es una función de nuestro cerebro totalmente peculiar y absolutamente distinta I de la sim- 246

ple imaginación y sus cavilaciones. - También Aristóteles dice: 'tO , , , , ,, n , 1 2 (• d c:vu1tvt0v c:crnv a.tcr"'11µa., 'tponov nva. somntum quo ammo-
do sensum est): de somno et vigilia, c. 2. Asimismo formula la sutil
y acertada observación de que durante el sueño mismo podemos representarnos cosas ausentes mediante la fantasía. Mas de aquí se puede inferir que durante el sueño la fantasía está aún disponible,
es decir, que no es ella misma el medio u órgano del sueño.
Por otro lado, el sueño tiene una innegable semejanza con la lo-cura. En efecto, lo que distingue la conciencia que sueña de la que está despierta es la falta de memoria o, más bien, de un recuerdo conexo y reflexivo. Soñamos con situaciones y relaciones asombro-sas y hasta imposibles, sin que se nos ocurra investigar las relacio-nes que tienen con lo que está ausente y las causas de su aparición; realizamos acciones disparatadas porque no tenemos presente lo que se les opone. Personas muertas hace largo tiempo siguen figu-rando como vivas en nuestros sueños; porque en el sueño no nos acordamos de que están muertas. Con frecuencia nos volvemos a ver en las situaciones que existieron en nuestra primera juventud y rodeados de las personas de entonces, todo ello de adultos; porque hemos olvidado todos los cambios y transformaciones producidos desde entonces. Así pues, parece realmente que en el sueño, en medio de la actividad de todas las fuerzas intelectuales, la memoria es la única que no está disponible. En eso se basa su semejanza con la locura que, como he mostrado (El mundo como voluntad y representación vol. I, § 36 y vol. II, cap. 32), en esencia se puede reducir a un cierto desorden de la capacidad de rememoración. Desde este punto de vista, se puede caracterizar el sueño como una breve locura, y la locura, como un largo sueño. Así pues, en el sue-
ño la intuición de la realidad presente es en conjunto plenamente perfecta y hasta minuciosa: en cambio, nuestro campo visual es en
él muy limitado, por cuanto lo ausente y pasado, y hasta lo fingido, aparecen muy poco en la conciencia.
Así como ningún cambio en el mundo real se puede producir
más que como consecuencia de otro precedente, su causa, 1 tam- 247 bién la aparición de todos los pensamientos y representaciones en nuestra conciencia está sometida en general al principio de razón;

2. [«El sueño es de alguna manera una sensación», Aristóteles, Del sueño y la
vigilia 2, 456a 26.]

255

PARERGA Y PARALIPOMENA

de ahí que tenga que estar siempre suscitada o por una impresión externa sobre los sentidos o bien, conforme a la ley de la asociación (véase al respecto el capítulo 14 del segundo volumen de mi obra principal), por un pensamiento anterior; en otro caso, no podrían aparecer. A ese principio de razón, en cuanto principio de la de-pendencia y condicionamiento sin excepciones de todos los objetos existentes para nosotros, han de estar sometidos también de alguna manera los sueños por lo que se refiere a su aparición: pero es difícil decir de qué forma se someten a él. Pues lo característico del sueño es que está esencialmente condicionado por el dormir, es decir, por la supresión de la actividad normal del cerebro y los senti-dos: solo cuando esa actividad descansa puede irrumpir el sueño; al igual que las imágenes de la linterna mágica sólo pueden aparecer tras haber suprimido la luz de la habitación. En consecuencia, ni la irrupción ni tampoco la materia del sueño están primariamente provocadas por impresiones externas sobre los sentidos: los casos aislados en los que durante un sueño ligero unos sonidos externos, o también olores, han penetrado en el sensorio y han conseguido influir en el sueño constituyen excepciones especiales de las que prescindo aquí. Pero es sumamente notable que los sueños no es-tén provocados tampoco por la asociación de ideas. Pues, o bien surgen en medio de un dormir profundo, ese verdadero descanso del cerebro que tenemos todos los motivos para suponer completo y, por lo tanto, inconsciente, con lo cual desaparece aquí incluso la posibilidad de la asociación de ideas; o bien nacen durante el tránsito de la conciencia despierta al sueño, es decir, al quedar-se dormido: ni siquiera en ese momento están del todo ausentes, dándonos así la ocasión de convencernos plenamente de que no están ligados por ninguna asociación de ideas con las represen-taciones de la vigilia, sino que dejan intacto el hilo de estas para tomar su materia y su motivo de otra parte, no sabemos de dónde.
En efecto, como fácilmente se puede observar, esas primeras imá-genes oníricas del que se adormece carecen siempre de cualquier conexión con los pensamientos con los que se ha dormido, y de
248 hecho son tan manifiestamente heterogéneas de estos I que pa-rece como si entre todas las cosas del mundo hubieran elegido a propósito aquellas en las que menos hemos pensado; de ahí que
a quien reflexiona al respecto se le imponga la pregunta de cómo
ha podido determinarse la elección y naturaleza de tales imáge-
nes. Además (tal y como observa sutil y certeramente Burdach en
el tercer volumen de su Fisiología), se distinguen porque no re-presentan ningún acontecimiento coherente y porque la mayoría

256

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

de las veces nosotros no aparecemos actuando en ellas, como en los demás sueños, sino que son un espectáculo puramente objetivo compuesto por imágenes aisladas que ascienden repentinamente al quedarse dormido, o bien por acontecimientos muy simples. Dado que con frecuencia nos despertamos enseguida, podemos conven-cernos plenamente de que nunca tienen la menor semejanza, la más remota analogía o cualquier otra relación con los pensamientos existentes un momento antes, sino que más bien nos sorprenden por lo totalmente inesperado de su contenido, que es tan ajeno a nuestro anterior curso de pensamiento como cualquier objeto de la realidad que en estado de vigilia aparezca repentinamente a nues-tra percepción de la manera más casual; y con frecuencia es tan rebuscado, tan asombrosa y ciegamente elegido, como si lo hubiera decidido el destino o los dados. - Así pues, el hilo conductor que nos ofrece el principio de razón parece haber sido cortado aquí en sus dos extremos, el interior y el exterior. Pero eso no es posible ni concebible. Necesariamente ha de existir alguna causa que origine aquellas figuras oníricas y las determine sin excepción, de modo que a partir de ella se tuviera que poder explicar exactamente, por ejemplo, por qué a mí, que hasta el momento de dormirme me ocupaban pensamientos totalmente distintos, ahora se me presenta de repente un árbol florido ligeramente movido por el viento, y no otra cosa; otra vez, una sirvienta con un cesto en la cabeza; otra,
una fila de soldados, etcétera.
Así pues, dado que cuando se originan los sueños, sea al dormir-
se o cuando se está ya dormido, en el cerebro, ese asiento y órgano único de todas las representaciones, se interrumpe tanto la excita-ción externa mediada por los sentidos como la interna, mediada
por los pensamientos, no nos queda I más que suponer que recibe 249 alguna otra excitación puramente fisiológica, procedente del inte-
rior del organismo. Al influjo de la misma se le abren dos caminos hasta el cerebro: el de los nervios y el de los vasos. Durante el sue-
ño, es decir, durante la suspensión de todas las funciones animales,
la fuerza vital se dedica de lleno a la vida orgánica y, reduciendo la respiración, el pulso, el calor y casi todas las secreciones, se ocupa principalmente de la lenta reproducción, de reponer lo desgastado, curar lo dañado y eliminar todos los desórdenes introducidos; por eso el sueño es el tiempo durante el cual la vis naturae medicatrix 3 provoca en todas las enfermedades las crisis curativas en las que ga-na la victoria definitiva sobre el mal existente, por lo cual después el

3. [Fuerza curativa de la naturaleza.]

257

PARERGA Y PARALIPOMENA

enfermo despierta aliviado y alegre, con la seguridad del próximo restablecimiento. Pero también en la persona sana actúa esa misma fuerza, aunque en grado incomparablemente menor, en todos los puntos donde se hace necesario; de ahí que también ella tenga al despertar el sentimiento de estar repuesta y renovada: en especial es el cerebro el que recibe en el sueño su nutrición, inviable en la vigilia; la consecuencia de ello es el restablecimiento de la claridad de la conciencia. Todas esas operaciones se hallan bajo la dirección y control del sistema nervioso plástico, es decir, del conjunto de los grandes ganglios o ganglios nerviosos que, conectados entre sí a lo largo de todo el tronco mediante cordones nerviosos, forman los grandes nervios simpáticos o el foco nervioso interno. Este se halla totalmente separado y aislado del foco nervioso externo, el cere-bro, al que compete exclusivamente dirigir las relaciones externas, y que por esa razón posee un aparato nervioso dirigido hacia el exterior, así como representaciones provocadas por este; de modo que en situación normal las operaciones de aquel no llegan hasta la conciencia, no son sentidas. Sin embargo, tiene una conexión indi-recta y débil con el sistema cerebral, por medio de finos y alejados nervios anastomóticos: por medio de ellos, en situaciones anorma-
les o cuando hay lesiones de las partes internas, aquel aislamiento queda roto en un cierto grado, con lo que aquellas penetran con
2so más o menos claridad en la conciencia en forma de dolor. 1 En cambio, en el estado normal y sano por esa vía solo llega hasta el sensorio un débil eco perdido de los procesos y movimientos que se producen en los complicados y activos talleres de la vida orgánica,
de los sencillos o complejos desarrollos de la misma: ese eco no se percibe en absoluto en el estado de vigilia, cuando el cerebro está plenamente ocupado con sus propias operaciones, es decir en la recepción de las impresiones externas, en la intuición con ocasión de las mismas y en el pensamiento; antes bien, a lo sumo tiene una influencia oculta e inconsciente, de la que nacen aquellos cambios de humor de los que no se puede dar cuenta con razones objetivas. Sin embargo, al quedarse dormido, cuando las impresiones exter-nas dejan de actuar y poco a poco se va extinguiendo también la actividad de los pensamientos en el interior del sensorio, se hacen perceptibles aquellas débiles impresiones que ascienden por vías indirectas desde el foco nervioso interno de la vida orgánica, al igual que ocurre con la más mínima modificación de la circulación sanguínea, puesto que se transmite a los vasos cerebrales; - es lo mismo que ocurre con la vela, que empieza a resplandecer cuando anochece, o como cuando de noche oímos manar la fuente que el

258

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

ruido del día hacía imperceptible. Las impresiones que son dema-siado débiles como para poder actuar sobre el cerebro despierto, es decir, activo, cuando la actividad propia de este se encuentra to-talmente suspendida son capaces de provocar una ligera excitación de sus partes aisladas y de sus facultades representativas; - de la misma manera que un arpa no resuena con un tono distinto mien-tras se la está tocando, pero sí cuando está en silencio. Aquí, pues, han de hallarse las causas del origen y, a través de ellas, también la general determinación próxima de aquellas figuras oníricas que ascienden en el momento de dormirse; y no en menor medida la de los sueños que, elevándose del absoluto reposo mental del dor-mir profundo, poseen una conexión dramática; solo que para estos se requiere una excitación interior considerablemente más intensa, dado que aparecen cuando el cerebro se encuentra ya en un pro-fundo descanso y totalmente entregado a su nutrición; de ahí que sean solo esos sueños los que, en casos aislados y muy infrecuentes, tengan significado profético o fatídico, y por eso dice Horacio con todo acierto:

post mediam noctem, cum somnia vera4•

1 Pues, a este respecto, los últimos sueños de la mañana se 251 asemejan a los del momento de dormirse, por cuanto el cerebro descansado y saciado es otra vez fácil de excitar.
Así pues, son aquellos débiles ecos procedentes de los talleres
de la vida orgánica los que penetran en la actividad sensorial del ce-rebro que se va sumiendo en la apatía o se ha entregado ya a ella, y
la excitan débilmente por una vía inusual y desde un lado diferente que en la vigilia: sin embargo, y puesto que todas las demás excita-ciones tienen cerrado el camino, de ellos ha de tomar el motivo y la materia para sus figuras oníricas, por muy heterogéneas que estas puedan ser de tales impresiones. Pues, así como el ojo, a través de una sacudida mecánica o de una convulsión nerviosa interna, puede recibir sensaciones de claridad y luz totalmente análogas a las causadas por la luz externa; así como a veces el oído oye tonos de todas clases como consecuencia de procesos anómalos en su interior; así como el nervio olfativo percibe colores específicamen-te definidos sin ninguna causa externa; así como también los ner-vios gustativos son afectados de manera análoga; del mismo modo, pues, que todos los nervios sensoriales pueden ser estimulados a

4. [«Después de la mitad de la noche, cuando los sueños son verdad», Sátiras
I, 10, 33.]

259

PARERGA Y PARALIPOMENA

sus sensaciones peculiares tanto desde dentro como desde fuera, también el cerebro puede ser determinado por estímulos proce-dentes del interior del organismo a ejecutar su función de intuir figuras espaciales; y entonces los fenómenos así originados no po-drán distinguirse de los provocados por afecciones en los órganos sensoriales, que fueron suscitados por causas externas. En efecto, así como el estómago elabora quimo con todo lo que puede digerir y con este los intestinos fabrican quilo, sin que pueda apreciarse su materia original, igualmente el cerebro reacciona a todas las exci-taciones que recibe ejecutando la función peculiar a él. Esa consiste ante todo en delinear imágenes en el espacio, que es su forma de intuición, en las tres dimensiones; luego, en moverlas en el tiempo
y al hilo de la causalidad, que son también las funciones de su acti-vidad peculiar. Pues él siempre hablará únicamente su propio len-guaje: en él interpreta también aquellas débiles impresiones que le
252 llegan desde el interior durante el sueño, 1 exactamente igual que las intensas y definidas que recibe de fuera por las vías normales durante la vigilia: también aquellas le dan, pues, materia de imáge-
nes que se asemejan plenamente a las que surgen de la excitación
de los sentidos externos; si bien apenas puede haber semejanza entre las respectivas clases de impresiones que las originan. Pero
su proceder en esto se puede comparar al de un sordo que a partir de algunas vocales llegadas a su oído compone una frase completa, pero falsa; o al de un loco a quien una palabra utilizada casualmen-te conduce a delirantes fantasías acordes con su idea fija. En todo caso, son aquellos débiles ecos de ciertos procesos en el interior del organismo los que, perdiéndose en dirección al cerebro, le ofrecen el motivo de sus sueños: por lo tanto, estos son específicamente de-terminados por la clase de aquellas impresiones, al haber recibido de ellas al menos su título genérico; e incluso, por muy diferentes que sean de ellas, resultan de alguna manera análogas o tienen al menos una correspondencia simbólica con ellas, y más estrecha con las que son capaces de excitar el cerebro durante el sueño profun-do; porque estas, como se dijo, han de ser considerablemente más intensas. Dado que además esos procesos internos de la vida orgá-nica actúan sobre el sensorio, destinado a la captación del mundo externo, al modo de algo ajeno y exterior a él, las intuiciones que en él nacen con tal motivo serán figuras totalmente inesperadas a la vez que heterogéneas y ajenas al eventual curso de pensamien-to que pudiera tener un poco antes; eso hemos tenido ocasión de comprobarlo al dormirnos y volver a despertar enseguida.
Toda esta explicación nos da a conocer únicamente la causa próxima de la irrupción del sueño o su origen, que ciertamente ha

260

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

de tener influencia también sobre su contenido, pero ha de ser tan heterogénea respecto a él que su tipo de afinidad nos resulta un misterio. Aún más enigmático es el proceso fisiológico en el cere-
bro mismo, en el que consiste propiamente el soñar. El dormir, en efecto, es el descanso del cerebro, pero el sueño supone una cierta actividad del mismo: según ello, para que no se origine ninguna contradicción, hemos de I considerar aquel descanso como mera- 253 mente relativo y esta actividad como de alguna manera limitada y solamente parcial. Pero tampoco sabemos en qué sentido lo es, si debido a las partes del cerebro o al grado de su excitación o a la especie de su movimiento interior, ni tampoco en qué se distingue
del estado de vigilia. - No hay ninguna capacidad intelectual que nunca se muestre activa en el sueño: sin embargo, el desarrollo del mismo, como también nuestro propio comportamiento en él, po-nen con frecuencia de manifiesto una extraordinaria falta de juicio, al igual que, como antes se explicó, de memoria.
Con respecto a nuestro objeto principal, se mantiene el hecho
de que nosotros poseemos una facultad de representación intuitiva de objetos espaciales, así como de percepción y comprensión de tonos y voces de todas clases, en ambos casos sin la excitación ex-terna de las afecciones sensoriales; estas, en cambio, proporcionan la ocasión, la materia o el fundamento empírico de la intuición en la vigilia, sin que por ello sean en modo alguno idénticas a aquella; porque tal intuición es plenamente intelectual y no simplemente sensual; esto lo he explicado con frecuencia y ya antes he citado los principales pasajes al respecto. Pero hemos de atenernos firme-mente a aquel hecho indudable: pues él es el fenómeno originario al que remiten todas nuestras explicaciones ulteriores, ya que éstas no harán más que exponer la actividad, aún más amplia, de la mencio-nada facultad. La expresión más significativa para designarla sería la que los escoceses, guiados por el atinado tacto que la experiencia más propia ofrece, eligieron con gran ingenio para un tipo especial de su manifestación o aplicación: la expresión reza: second sight, la segunda visión. Pues la capacidad de soñar aquí explicada es de hecho una segunda facultad de la intuición, que no está, como la primera, mediada por los sentidos externos, pero cuyos objetos
son en su tipo y forma los mismos que los de esta, de donde se puede inferir que es, igual que esta, una función del cerebro. Aque-
lla denominación escocesa sería, por tanto, la más adecuada para designar toda la especie de los fenómenos aquí pertinentes y redu-cirlos a una facultad fundamental: puesto que sus inventores la han empleado para designar una especial, infrecuente I y muy singular 254

261

PARERGA Y PARALIPOMENA

manifestación de aquella facultad, yo no puedo, por mucho que quisiera, utilizarla para designar toda la especie de aquellas intui-ciones o, más exactamente, la capacidad subjetiva que se revela en todas ellas. De ahí que para mí no quede una denominación más adecuada que la del órgano del sueño [Traumorgan], que se refiere a toda la forma de intuición de la que hablamos, a través de aquella manifestación de la misma que es conocida y familiar a cada cual. Así pues, me serviré de ella para designar la mencionada facultad de intuir con independencia de las impresiones sobre los sentidos. Nosotros estamos acostumbrados a considerar totalmente ilu-

sorios los objetos que esa facultad nos presenta en el sueño habi-tual, puesto que desaparecen al despertar. Sin embargo, no siem-pre ocurre así, y en relación con nuestro tema es muy importante llegar a conocer por propia experiencia las excepciones a eso, lo cual quizá podríamos hacer todos si dedicáramos al asunto la per-tinente atención. Hay, en efecto, un estado en el que dormimos y soñamos, pero solo soñamos la realidad misma que nos rodea. Por consiguiente, vemos entonces nuestro dormitorio con todo lo que hay en él, acaso descubrimos también personas que irrumpen en él, nos sabemos a nosotros mismos en la cama, todo de forma acerta-da y exacta. Y sin embargo, estamos durmiendo con los ojos bien cerrados: soñamos; pero lo que soñamos es verdadero y real. Es como si nuestro cráneo se hubiera vuelto transparente, de manera que entonces el mundo externo llegara directa e inmediatamente al cerebro en lugar de mediante un rodeo y por las estrechas puer-tas de los sentidos. Este estado es mucho más difícil de distinguir de la vigilia que el sueño habitual, ya que al despertar de él no se produce ningún cambio del entorno, es decir, ninguna alteración objetiva. Pero (véase El mundo como voluntad y representación vol. I, §5, p. 19 [3.ª ed., pp. 19 ss.]) el despertar es el único criterio
de distinción entre la vigilia y el sueño, criterio que falta aquí por
lo que respecta a su mitad objetiva y principal. En efecto, al des-pertar de un sueño del tipo en cuestión se produce únicamente un cambio subjetivo en nosotros, consistente en que de repente expe-rimentamos una transformación del órgano de nuestra percepción:
255 1 pero dicha transformación es solo levemente perceptible y, al no estar acompañada de ningún cambio objetivo, puede pasar fácil-mente desapercibida. Por consiguiente, la mayoría de esos sueños
que representan la realidad solo se conocen cuando en ellos se han mezclado figuras que no pertenecen a ella, por lo que desaparecen
al despertar, o cuando tal sueño ha alcanzado una potenciación aún mayor, de la que enseguida hablaré. Este tipo de sueño es lo que se

262

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

ha llamado vigilia durmiente [Schlafwachen]5; no acaso porque sea un estado intermedio entre el dormir y la vigilia sino porque puede ser caracterizado como un despertarse mientras se está durmiendo. Por eso prefiero llamarlo un sueño perceptivo [Wahrtréiumen]

6
• La

mayoría de las veces solo se observará por la mañana temprano, o también por la noche, un tiempo después de conciliar el sueño: mas eso se debe simplemente a que solo entonces, cuando el sueño no es profundo, irrumpe el despertar con la suficiente facilidad co-mo para dejar un recuerdo en lo soñado. Ciertamente, esa clase de sueño aparece con mucha más frecuencia cuando se está soñando profundamente, de acuerdo con la regla de que el sonámbulo es tanto más clarividente cuanto más profundamente duerme: pero entonces no queda ningún recuerdo. En cambio, que a veces queda este recuerdo cuando el sueño aparece en un dormir más ligero se puede mostrar en el hecho de que incluso el sueño magnético, cuando es muy ligero, puede dejar excepcionalmente un recuerdo en la conciencia despierta; un ejemplo al respecto se puede encon-trar en el Archivo sobre el magnetismo animal de Kieser, vol. 3, n. 0 2, p. 139. Conforme a ello, el recuerdo de tales sueños que po-seen una inmediata verdad objetiva solo queda cuando han apare-cido mientras dormimos ligeramente, por ejemplo, por la mañana, cuando podemos despertar inmediatamente de ellos.
Además, esa clase de sueños, cuya peculiaridad consiste en que se sueña la inmediata realidad presente, aumenta a veces su carác-ter enigmático debido a que el campo visual del que sueña se am-

S. No he podido encontrar una traducción mejor para el término en el senti-
do aquí empleado. La traducción más exacta en sentido literal sería «duermevela», pero este término no tiene en español el mismo significado, refiriéndose solamente a la primera acepción que menciona Schopenhauer: el despertar en un sueño ligero. Schlafwachen se emplea también en alemán como sinónimo de «sonambulismo)> -más afín al segundo sentido que el autor menciona-, pero tampoco coincide plenamente con el sentido general que se le da en el texto. Igualmente, la expresión «sueño lúcido», usada comúnmente en el estudio de los sueños y en psiquiatría, y etimológicamente afín a Schlafwachen, designa principalmente aquel estado en el que mientras se sueña se sabe que se está soñando, por lo que tampoco esa traduc-ción sería aquí adecuada. [N. de la T.]
6. Aunque el término significa literalmente «sueño verdadero», esta expre-sión, además de ser ambigua, no responde al uso que Schopenhauer hace de él, em-pleado siempre para referirse a una percepción en sueños de la realidad externa. Por esa razón he decidido traducirlo por «sueño perceptivo», atendiendo a su paralelis-mo con el término Wahrnehmung (percepción). Según ello, así como Wahrnehmung significa literalmente un asumir la verdad (Wahr-nehmen), Wahrtrdumen significa soñarla, refiriéndose ambos a una misma actividad que se realiza en la vigilia y el sueño, respectivamente. [N. de la T.].

263

PARERGA Y PARALIPOMENA

plía aún algo más, de modo que alcanza hasta el exterior del dor-mitorio: las cortinas y las contraventanas dejan de ser obstáculos
de la visión y entonces se percibe con toda claridad lo que está tras
256 ellas, el patio, el jardín o la calle, 1 con las casas enfrente. Nuestro asombro al respecto disminuirá si tenemos en cuenta que aquí no tiene lugar una visión física sino un simple soñar: sin embargo, es
un soñar con aquello que existe realmente, por lo tanto, un sueño perceptivo, es decir, un percibir a través del órgano del sueño que,
en cuanto tal, no está naturalmente sujeto a la condición del paso ininterrumpido de los rayos luminosos. La misma cubierta del crá-neo era, como se dijo, la primera pared que no impide esa especial clase de percepción: si esta progresa, las cortinas, puertas y muros dejan de suponer una barrera. Pero cómo sucede eso es un profun-do secreto: solo sabemos que aquí se sueña con verdad, así que se produce una percepción a través del órgano del sueño. Hasta ahí llega ese hecho elemental para nuestro examen. Lo que podemos hacer para explicarlo, en la medida en que ello sea posible, es ante todo reunir y ordenar en la gradación oportuna todos los fenóme-nos vinculados a él, con la intención de conocer su conexión recí-proca y en la esperanza de llegar quizás con ello a comprenderlo alguna vez más de cerca.
Entretanto, también a aquel que carezca de toda experiencia propia al respecto, la percepción a través del órgano del sueño descrita le resultará irrefutablemente acreditada por el sonambulis-mo espontáneo o el noctambulismo. Es totalmente cierto que los afectados por él están profundamente dormidos y no pueden de ninguna manera ver con los ojos: sin embargo, perciben todo su entorno inmediato, evitan todos los obstáculos, andan largos ca-minos, escalan los más peligrosos precipicios por los más estrechos senderos, dan grandes saltos sin fallar su meta: algunos también despachan dormidos, con exactitud y acierto, sus asuntos domésti-cos cotidianos, otros redactan y escriben sin faltas. Del mismo mo-
do, también los sonámbulos inducidos artificialmente a un sueño magnético perciben su entorno y, cuando se vuelven clarividentes, incluso lo más alejado. Además, también la percepción que tienen ciertos sujetos aparentemente muertos de todo lo que ocurre a su alrededor mientras yacen rígidos e incapaces de mover un miembro
257 1 es, sin duda, de esa clase: también ellos sueñan su entorno pre-sente, es decir, se hacen conscientes de él por otra vía que la de los sentidos. Se han hecho grandes esfuerzos por descubrir el órgano fisiológico o el asiento de esa percepción, pero hasta el momento,
sin éxito. Es incontrovertible que, cuando se da plenamente el es-

264

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

tado sonámbulo, los sentidos externos han suspendido del todo sus funciones; porque incluso el más subjetivo de ellos, el sentimiento corporal, ha desaparecido tan completamente que durante el sueño magnético se han llevado a cabo dolorosas operaciones quirúrgi-cas sin que el paciente hubiera denunciado sensación alguna. El cerebro parece estar ahí en el estado del más profundo sueño, es decir, en total inactividad. Esto, junto a ciertas manifestaciones y declaraciones de los sonámbulos, ha dado lugar a la hipótesis de que el estado de sonambulismo consiste en una total desaparición de la potencia cerebral y en la acumulación de la fuerza vital en el nervio simpático, cuyos plexos mayores, en concreto el plexus solaris7

, se convertirían en un sensorio y así, actuando de suplen-
tes, asumirían las funciones del cerebro, las cuales ejercerían sin la ayuda de los instrumentos sensoriales externos pero de forma incomparablemente más perfecta que él. Esta hipótesis, que, según creo, Reil fue el primero en formular, no carece de verosimilitud y goza desde entonces de gran crédito. Su apoyo fundamental siguen siendo las declaraciones de casi todos los sonámbulos clarividen-

tes de que entonces su conciencia se asienta en la fosa epigástrica, donde se desarrolla su pensamiento y percepción como lo hacen en otros casos en la cabeza. La mayoría de ellos también hacen colocar los objetos que quieren ver bien en la zona de su estómago. No obs-tante, yo considero el asunto imposible. Examínese simplemente el plexo solar, ese llamado cerebrum abdominale: iqué pequeña es su masa y qué simple su estructura, formada por anillos de sustancia nerviosa con algunos ligeros engrosamientos! Si tal órgano fuera capaz de realizar las funciones de intuir y pensar, se invalidaría la
ley, universalmente confirmada en todos los demás casos, natura nihil f acit frustra 8• ¿pues para qué existiría entonces la masa ce-rebral, la mayoría de las veces de tres, y en casos aislados de más
de cinco libras de peso, 1 tan costosa como bien guardada, con la 258 artística estructura de sus partes, cuya complicación es tan intrin-cada que hace falta analizarlo de varias maneras y repetidamente
para comprender de alguna manera la composición constructiva
de ese órgano y poderse hacer una idea medianamente clara de la admirable hechura y combinación de sus muchas partes? En segun-

7. Plexo solar: densa red de fibras y ganglios nerviosos situada a nivel de la primera vértebra lumbar. Es uno de los grandes plexos vegetativos del cuerpo y en él se combinan las fibras nerviosas del sistema simpático y el parasimpático. [N. de la T.]
8. [«La naturaleza no hace nada en vano)>, cf. Aristóteles, Sobre el movimien-
to de los animales 11, 7046; Sobre la generación de los animales II, 6, 744a.]

265

PARERGA Y PARALIPOMENA

do lugar, hay que tener en cuenta que los pasos y movimientos de un sonámbulo se acomodan con la máxima rapidez y exactitud al entorno inmediato que él percibe únicamente a través del órgano del sueño; de modo que esquiva al instante cualquier obstáculo con la mayor agilidad y como nadie podría hacerlo despierto, al tiempo que, con la misma destreza, se apresura hacia su objetivo provisional. Pero los nervios motores nacen de la médula espinal, que a través de la medulla oblongata 9 se une con el cerebelo, el regulador de los movimientos, y este a su vez, con el cerebro, el lugar de los motivos, que son las representaciones; con ello se hace entonces posible que los movimientos se adapten con una rapidez instantánea incluso a las percepciones más pasajeras. Pero si las representaciones que en cuanto motivos han de determinar los mo-vimientos se trasladaran al plexo ganglionar abdominal, al que solo mediante rodeos le es posible una comunicación complicada, débil
e indirecta con el cerebro (de ahí que cuando estamos sanos no sintamos para nada la actividad y trabajo intensos e incesantes de nuestra vida orgánica), ¿cómo las representaciones que allí surgen habrían de guiar, y además con la rapidez de un rayo, los peligrosos
259 pasos del sonámbulo? 10 - - El que además, 1 dicho sea de paso, el sonámbulo recorra sin fallo ni temor los más peligrosos caminos, como nunca lo podría hacer despierto, se puede explicar porque su intelecto no está plena y absolutamente activo sino solo de forma parcial, en concreto, solo en la medida en que lo exige la dirección
de sus pasos; con lo cual se ha eliminado la reflexión y, con ella, toda vacilación y titubeo. - Finalmente, el siguiente hecho citado por Trevirano (Sobre los fenómenos de la vida orgánica vol. 2, sec. 2, p. 117) según Pierquin nos proporciona incluso una certeza fác-tica de que al menos los sueños son una función del cerebro: «En el caso de una joven cuyo cráneo había sido destruido por una caries ósea hasta tal punto que el cerebro quedó totalmente al descubier-to, este se hinchaba al despertar y disminuía al dormirse. Durante el sueño tranquilo la disminución alcanzaba el máximo. Durante

9. Médula oblonga o bulbo raquídeo. [N. de la T.]
10. Con respecto a la hipótesis que discutimos, hay que observar que la Sep-tuaginta siempre denomina a los videntes y adivinos Éyyacr1:piµÚS0t [los que ha-blan por el vientre], y en concreto también a la bruja de Endor, - bien sea sobre la base del original hebreo o en conformidad con los conceptos entonces dominantes en Alejandría y sus expresiones. Está claro que la bruja de Endor es una clairvo-yante, y eso significa éyyacrtptµúScx;. Saúl no ve ni habla él mismo a Samuel sino por mediación de la mujer: ella describe a Saúl el aspecto de Samuel (cf. U-P. F.] Deleuze, De la prevision, p. 147, 48).

266

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

los sueños vivaces el cerebro se ponía turgente». Mas está claro que el sonambulismo no difiere del sueño más que en el grado: también sus percepciones se verifican mediante el órgano del sueño: es, co-mo se dijo, un inmediato sueño perceptivo 11•
No obstante, se podría modificar la hipótesis aquí discutida diciendo que el plexo ganglionar abdominal no sería él mismo el sensorio sino que asumiría el papel de los instrumentos sensoriales de este, es decir, de los órganos sensoriales, que aquí también han perdido totalmente su potencia, y así recibiría impresiones exter-
nas que transmitiría al cerebro; y este, elaborándolas conforme a su función, esbozaría y construiría las figuras del mundo externo co-
mo lo hace en otros casos a partir de las afecciones de los órganos sensoriales. Pero también aquí se reproduce la dificultad de la veloz transmisión de las impresiones al I cerebro, tan claramente aislado 260 de ese centro nervioso interno. Además, el plexo solar es por su estructura tan inadecuado para ser un órgano visual y auditivo co-
mo para serlo del pensamiento, aparte de estar totalmente aislado
de las impresiones luminosas por una gruesa pared de piel, grasa, músculos, peritoneo e intestinos. Así pues, cuando la mayoría de
los sonámbulos (como v. Helmont en el pasaje de varios autores citado en Ortus medicinae, Lugd. bat. 1667. Demens idea§ 12, p.
171) declaran que su visión y su pensamiento se desarrollan en los alrededores del estómago, no podemos aceptar eso enseguida co-mo objetivamente válido; tanto menos cuanto que algunos sonám-bulos lo niegan expresamente: por ejemplo, la conocida Auguste Müller, de Karlsruhe (en el informe sobre ella, pp. 53 ss.), señala que ella no ve con la fosa epigástrica sino con los ojos, si bien afir-ma que la mayoría de los demás sonámbulos ven con la fosa epi-gástrica; y a la pregunta: «¿Puede también la capacidad de pensar trasplantarse a la fosa epigástrica?», ella contesta: «No, pero sí las facultades visual y auditiva». Con eso concuerda la declaración de otro sonámbulo en el Archivo de Kieser, vol. 10, n. 0 2, p. 154, que a la pregunta: «¿Piensas con todo el cerebro o solo con una parte de él?», responde: «Con todo, y me canso mucho». El verdadero

11. El hecho de que con frecuencia en el sueño nos esforcemos por gritar o mover los miembros tiene que deberse a que el sueño, en cuanto cuestión simple-mente representativa, es una actividad exclusiva del cerebro que no se extiende al cerebelo: según ello, este se queda detenido en el letargo del sueño, totalmente in-activo, y no puede desempeñar su tarea de actuar en la medulla como regulador de los movimientos de los miembros; por eso quedan incumplidas las más apremiantes órdenes del cerebro: de ahí la angustia. Pero cuando el cerebro rompe el aislamiento y se enseñorea del cerebelo surge el sonambulismo.

267

PARERGA Y PARALIPOMENA

resultado de todas las declaraciones de sonámbulos parece ser que el estímulo y la materia de la actividad intuitiva de su cerebro no les vienen, como en la vigilia, desde fuera y a través de los sentidos sino, como se expuso en el caso de los sueños, del interior del orga-nismo; los directores y guías de este son, como sabemos, los gran-des plexos de nervio simpático, que por ello, y en lo que respecta a la actividad nerviosa, reemplazan y representan a todo el organis-mo con excepción del sistema cerebral. Aquellas declaraciones son comparables a la de que creemos sentir en el pie el dolor que en realidad solo sentimos en el cerebro y que por ello desaparece en cuanto se interrumpe la conducción nerviosa hasta este. De ahí que
se trate de un engaño cuando los sonámbulos se figuran ver o hasta
leer con la zona del estómago, o, en casos extraños, incluso afirman realizar esa función con los dedos de las manos, de los pies, o con
la punta de la nariz (por ejemplo, el muchacho Arst en el Archivo
de Kieser, vol. 3, n. 0 2, y también el sonámbulo Koch, ibid, vol. 10,
261 n. 0 3, pp. 8-21; como también la I muchacha que en Historia de dos sonámbulas de Just. Kerner, 1824, pp. 323-330, añade que «el lugar de esa visión es el cerebro, igual que en el estado de vigilia».) Pues, aunque queramos imaginarnos la sensibilidad nerviosa eleva-
da de tal manera, sigue siendo imposible una visión en el sentido propio, es decir, por mediación de los rayos luminosos, en órganos
que carecen de todo aparato óptico, ello aun cuando no estuvie-ran cubiertos por gruesas envolturas, como aquí ocurre, sino que fueran totalmente accesibles a la luz. De hecho, no es solo la alta sensibilidad de la retina lo que la hace capaz de ver, sino también el sobremanera artificioso y complicado aparato óptico del globo ocular. En efecto, la visión física requiere ante todo una superficie sensible a la luz, pero también que sobre ella, a través de la pupila y de los transparentes medios refractivos artísticamente combinados, los rayos luminosos que fuera se hallan separados vuelvan a unirse y se concentren, de modo que surja una imagen -más correcta-mente, una impresión nerviosa que se corresponda exactamente con el objeto externo-, solo gracias a la cual le son transmitidos al entendimiento los sutiles datos con los que luego él, a través de un proceso intelectual de aplicación de la ley de causalidad, produce la intuición en el espacio y el tiempo. En cambio, las fosas epigástri-cas y las yemas de los dedos, aun cuando la piel, los músculos, etc., fueran transparentes, solo podrían recibir reflejos luminosos aisla-dos; por eso es tan imposible ver con ellos como hacer un dague-rrotipo en una cámara oscura abierta sin lente de concentración. Otra prueba de que esas presuntas funciones sensoriales de partes

268

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

paradójicas no lo son realmente, y de que aquí no se ve a través de la acción física de los rayos luminosos, la ofrece la circunstancia de que el mencionado muchacho de Kieser leía con los dedos de los pies aun cuando llevaba unos gruesos calcetines de lana, y solo veía con las yemas de los dedos cuando así lo quería expresamente; por lo demás, andaba a tientas por la habitación con las manos por delante: esto confirma su propia declaración sobre esas anómalas percepciones (ibid., p. 128): «A eso no lo llamaba nunca ver, sino
que, a la pregunta de cómo sabía lo que allí ocurría, respondía
que él precisamente lo sabía, y eso era lo nuevo». Igualmente, en el Archivo de Kieser, vol. 7, n. 0 1, p. 52, una sonámbula describe su
1 percepción como «un ver que no es un ver, un ver inmediato». 262 En la Historia de la clarividente Auguste Müller, Stuttgart, 1818, p.
3 6, se dice: «Ve con toda claridad y reconoce a todas las personas
y objetos en la más cerrada oscuridad, en la que nos sería impo-sible distinguir la mano ante los ojos». Lo mismo documenta con respecto a la audición de los sonámbulos la declaración de Kieser (Telurismo, vol. 2, p. 172, 1.ª ed.) de que los cordones de lana son unos excelentes conductores del sonido -cuando es sabido que la lana es el peor de todos los conductores sonoros-. Pero espe-cialmente instructivo en este punto es el siguiente pasaje del libro sobre Auguste Müller recién mencionado: «Resulta notable algo que, sin embargo, se observa también en otros sonámbulos: que ella no oye en absoluto lo que hablan otras personas en la habita-ción, aunque estén a su lado, cuando la conversación no se dirige inmediatamente a ella; en cambio, entiende claramente y contes-ta a toda palabra que se le dirige, aun en voz muy baja e incluso aunque varias personas hablen de forma entremezclada. Lo mismo ocurre con la lectura en voz alta: cuando la persona que lee piensa en algo distinto de la lectura, ella no le oye» (p. 40). - También se dice (p. 89): «Su oír no es un oír por la vía usual del oído: pues se le puede tapar este sin que se le impida oír». - Igualmente, en los In(ormes sobre la vida en sueños de la sonámbula Auguste K. en Dresden, 1843, se dice que a veces oía con las solas palmas de las manos lo que se pronunciaba sin voz, con el simple movimiento de los labios: en la página 32 ella misma advierte de que eso no se debe considerar un oír en el sentido literal del término.
Por consiguiente, en el caso de los sonámbulos de todas clases no hablamos en absoluto de percepciones sensoriales en la acepción propia de la palabra, sino que su percepción es un inmediato sueño perceptivo, así que se produce a través de ese órgano tan enigmáti-co. Que los objetos que se han de percibir se ubiquen en su cerebro

269

PARERGA Y PARALIPOMENA

o en su fosa epigástrica, o que en los casos aislados mencionados el sonámbulo dirija a ellos las puntas de sus dedos extendidas, es sim-plemente un medio de guiar hacia esos objetos el órgano del sueño
263 a través del contacto con ellos, 1 a fin de que se conviertan en el tema de su sueño perceptivo; así pues, eso ocurre simplemente pa-
ra dirigir firmemente su atención hacia ellos o, en lenguaje técnico,
para ponerla con esos objetos en un rapport 12 más cercano a partir
del cual sueña con ellos, y no simplemente con su visibilidad sino también con su dimensión auditiva, su lenguaje y hasta su olor: pues muchos clarividentes declaran que todos sus sentidos están ubicados en la fosa epigástrica (Dupotet, Traité complet du magne-tisme, pp. 449-452). Es, por lo tanto, análogo al uso de las manos en la magnetización, las cuales no actúan en realidad físicamente sino que es la voluntad del magnetizador la que actúa: pero esta recibe su orientación y firmeza justamente a través de la aplicación de las manos. Pues todo el influjo que ejerce el magnetizador a través de gestos de todas clases, con y sin contacto, incluso de lejos y a través de paredes, solo se puede comprender desde el conoci-miento, extraído de mi filosofía, de que el cuerpo es totalmente idéntico a la voluntad, en concreto, no es más que la imagen de la voluntad nacida en el cerebro. Que la visión de los sonámbulos no es una visión en nuestro sentido, que no está mediada físicamente por la luz, se sigue ya del hecho de que cuando se eleva hasta la cla-rividencia no es obstaculizada por los muros y a veces llega incluso hasta países remotos. Una especial ilustración de esto nos la ofrece la autointuición introspectiva que surge en grados superiores de la clarividencia, en virtud de la cual tales sonámbulos perciben clara y exactamente todas las partes de su propio organismo, si bien aquí, tanto por la ausencia de luz como por las muchas paredes divisorias que se encuentran entre las partes intuidas y el cerebro, faltan todas las condiciones para una visión física. A partir de aquí podemos comprobar de qué clase es toda percepción sonámbula, también la dirigida hacia fuera y a lo lejos, y en general toda intuición a través
del órgano del sueño; y con ello, también toda visión sonámbula de objetos externos, todo soñar, todas las visiones en estado de vigilia,
la segunda visión, la aparición en persona de los ausentes, en par-ticular de los moribundos, etc. Pues está claro que la mencionada visión de las partes internas del propio cuerpo surge exclusivamen-
264 te por influjo interno, probablemente por I mediación del sistema ganglionar, sobre el cerebro que, fiel a su naturaleza, elabora esas

12. Véase p. 63 [p. 93], nota 41. [N. de la T.]

270

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

impresiones internas igual que las procedentes de fuera, vertien-do, por así decirlo, una materia extraña en sus formas propias y habituales; de ahí nacen tales intuiciones, las cuales, a semejanza de las procedentes de impresiones sobre los sentidos externos, se corresponden con las cosas intuidas en la misma medida y sentido que estas. En consecuencia, todo ver con el órgano del sueño es la actividad de la función cerebral intuitiva excitada por impresiones internas, en lugar de serlo, como en los demás casos, por las ex-ternas13. El que, no obstante, esta pueda tener realidad objetiva y verdad aun cuando se refiera a cosas externas y hasta lejanas es un hecho cuya explicación solo podría intentarse por vía metafísica, en concreto, porque toda individuación y disgregación se limita al fenómeno, en oposición a la cosa en sí; volveremos sobre el particular. Que en general la vinculación de los sonámbulos con el mundo externo es radicalmente distinta de la nuestra en estado de vigilia lo demuestra con la máxima claridad la circunstancia, frecuente en los grados superiores, de que mientras los propios sentidos de la clarividente son inaccesibles a cualquier impresión, ella siente las del magnetizador, por ejemplo, estornuda cuando él toma una pizca de sal, degusta y determina con exactitud lo que él come, e incluso oye la música que resuena ante los oídos de él en una habitación de la casa alejada de ella (Kieser, Archivo, vol. 1, n. 0 1, p. 117).
El proceso fisiológico en la percepción sonámbula es un com-
plicado enigma para cuya solución el primer paso sería una autén-
tica fisiología del sueño, es decir, un conocimiento claro y seguro
de qué clase de actividad cerebral es la que se da en el sueño, en
qué se diferencia realmente de la de la vigilia y, finalmente, de dón-
de procede la excitación a ella junto con la determinación próxima
de su curso. Hasta el momento, en relación con toda la I actividad 265 intuitiva y pensante en el sueño solo se puede admitir con segu-ridad esto: primero, que el órgano material de la misma, pese al relativo reposo del cerebro, no puede ser otro que él; y, segundo,
que la excitación para tal intuición onírica, al no poder venir de fuera a través de los sentidos, ha de producirse en el interior del organismo. Por lo que se refiere a la correcta y exacta relación que se da innegablemente en el sonambulismo entre aquella in-tuición onírica y el mundo externo, sigue siendo para nosotros un

13. Como resultado de la descripción de los médicos, la catalepsia aparece co-mo una parálisis total de los nervios motores, y el sonambulismo, en cambio, como la de los sensibles, la cual es entonces reemplazada por el órgano del sueño.

271

PARERGA Y PARALIPOMENA

enigma que no intento solucionar, limitándome en adelante a ofre-cer algunas indicaciones generales al respecto. En cambio, como fundamento de la mencionada fisiología del sueño, es decir, a fin de explicar toda nuestra intuición onírica, he ideado la siguiente hipótesis que, a mi parecer, goza de una gran probabilidad. Puesto que, como se ha dicho, durante el sueño el cerebro reci-be de dentro su excitación para la intuición de figuras espaciales, y no de fuera, como en la vigilia, ese influjo tiene que llegarle en una dirección opuesta a la habitual que procede de los sentidos. Como consecuencia de ello, toda su actividad, es decir, la vibración o agi-tación interna de sus fibras, toma también una dirección opuesta a la usual y cae en una especie de movimiento antiperistáltico. En efecto, en lugar de producirse en la dirección de las impresiones sensoriales, esto es, desde los nervios sensoriales hasta el interior del cerebro, es ejecutada entonces en dirección y orden inversos, y a veces por medio de otras partes; de modo que, aunque la cor-teza cerebral inferior no tenga que actuar en lugar de la superior, quizás sí lo haga la sustancia espinal blanca en vez de la sustancia cortical gris, y viceversa. Así que el cerebro trabaja entonces como al revés. A partir de ahí se explica ante todo por qué en la vigilia no queda ningún recuerdo de la actividad sonámbula, ya que aque-lla está condicionada por la vibración de las fibras cerebrales en la dirección contraria, que suprime todo rastro de la anteriormente existente. Como especial confirmación de este supuesto se podría aducir de paso el hecho muy habitual, pero extraño, de que cuando
nos despertamos de inmediato del primer sueño, con frecuencia se produce en nosotros una total desorientación espacial, de tal clase
266 que I nos vemos forzados a captarlo todo al revés y lo que está a la derecha de la cama imaginarlo a la izquierda, o lo que está detrás, delante; esto ocurre de forma tan clara que en la oscuridad la re-flexión racional, aunque actúe a la inversa, no es capaz de eliminar aquella falsa imaginación, sino que se hace preciso el tacto. Pero, en especial, con nuestra hipótesis se puede hacer comprensible aquella curiosa vivacidad de la intuición onírica, aquella aparente realidad y verdad de todos los objetos percibidos en el sueño, que antes se describió; todo ello se comprende en particular por el hecho de que la excitación de la actividad cerebral, que procede del interior del organismo, nace en su centro y sigue una dirección contraria a la habitual, termina por abrirse paso, es decir, al final se extiende hasta los nervios de los órganos sensoriales que, estimulados en-tonces desde dentro como en otros casos desde fuera, se ponen en una actividad real. En consecuencia, durante el sueño tenemos

272

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

realmente sensaciones luminosas, cromáticas, auditivas, olfativas y gustativas, solo que sin las causas externas que en otros casos las suscitan, únicamente en virtud de la estimulación interna y como resultado de un influjo en dirección y orden temporal inversos. Así se hace explicable, pues, aquella vivacidad de los sueños que los diferencia tan poderosamente de las simples fantasías. La imagen de la fantasía (en la vigilia) está siempre únicamente en el cerebro: pues es la simple reminiscencia, aunque modificada, de una ante-rior excitación material de la actividad cerebral intuitiva, produci-da por mediación de los sentidos. La visión onírica, en cambio, no está solamente en el cerebro sino también en los nervios sensoria-les, y ha surgido como resultado de una excitación material de los mismos que es actualmente activa, procede del interior y alcanza el cerebro. Puesto que según ello vemos realmente en sueños, es sumamente acertado y sutil, y hasta profundo, lo que Apuleyo pone en boca de Carites cuando está a punto de sacar los ojos a Trasilo,
que duerme: vivo tibi morientur oculi, nec quidquam videbis, nisi dormiens 14 (Metam. VIII, p. 172, ed. Bip.). Así pues, el órgano del sueño es el mismo que el órgano de la conciencia y la intuición del mundo externo en vigilia, solo que, por así decirlo, asido del otro extremo y empleado en orden inverso; y los nervios sensoriales que actúan en ambos I pueden ponerse en marcha tanto desde su extre- 267 mo interno como desde el externo; - acaso como una bola hueca
de hierro se puede poner al rojo tanto desde dentro como desde fuera. Puesto que en ese proceso los nervios sensoriales son lo últi-
mo que se pone en actividad, puede ocurrir que esta haya acabado
de comenzar y todavía esté en curso cuando el cerebro ya ha des-pertado, es decir, ha cambiado la intuición onírica por la habitual: entonces, en el momento de despertar, acaso percibamos tonos, por ejemplo, voces, golpes en las puertas, disparos de escopeta, etc., con una claridad y objetividad que se iguala plenamente y sin merma a la realidad; y entonces creeremos firmemente que se trata de tonos reales, de fuera, a consecuencia de los cuales nos hemos despertado, o también, lo cual es no obstante más infrecuente, ve-remos figuras de plena realidad empírica; esto último lo menciona ya Aristóteles en De insomniis, c. 3, al final. - El órgano del sueño aquí descrito es, como ya se ha expuesto suficientemente, el medio a través de cual se realiza la intuición sonámbula, la clarividencia, la segunda visión y las visiones de todas clases.

14. [«De por vida te morirán los ojos, y no volverás a ver más que durmiendo», Metamorfosis VIII, p. 172, edición Bipontina.]

273

PARERGA Y PARALIPOMENA

Desde estas consideraciones fisiológicas vuelvo ahora al fenó-meno del sueño perceptivo antes descrito, que puede aparecer ya en el habitual sueño nocturno, donde entonces queda confirmado por el simple despertar cuando, como en la mayoría de los casos, era próximo, es decir, solo se extendía al presente entorno inmediato; aunque en casos ya infrecuentes llega un poco más lejos, en concre-to, más allá de las paredes cercanas. Pero esta ampliación del cam-po visual puede llegar mucho más allá, y no solo en el espacio sino incluso en el tiempo. La prueba de ello nos la ofrecen los sonámbu-los clarividentes que, en el periodo de máxima elevación de su es-tado, traen enseguida a su percepción onírica cualquier lugar al que
se les dirija y pueden indicar correctamente los sucesos que se pro-ducen en él; a veces incluso son capaces de anunciar de antemano
lo que todavía no existe sino que se halla aún en el seno del futuro
y solo con el paso del tiempo, a través de incontables causas inter-
268 medias que coinciden casualmente, 1 llegará a su realización. Pues toda clarividencia, tanto en la vigilia durmiente sonámbula produ-
cida naturalmente como en la inducida de manera artificial, toda percepción de lo oculto, lo ausente, lo lejano y hasta lo futuro que
se hace posible en ella, no es más que su sueño perceptivo, cuyos objetos se presentan intuitiva y realmente al intelecto igual que nuestros sueños, y por eso los sonámbulos hablan de una visión de los mismos. Entretanto, en estos fenómenos, como también en el noctambulismo espontáneo, tenemos una prueba segura de que también aquella misteriosa intuición no condicionada por ninguna impresión externa que nos es confiada por el sueño puede estar en una relación de percepción con el mundo externo; si bien la co-nexión con él mediante la cual tal cosa se hace posible sigue siendo un enigma para nosotros. Lo que diferencia el habitual sueño noc-turno de la clarividencia o de la vigilia durmiente en general es, en primer lugar, la ausencia de toda relación con el mundo externo, es decir, con la realidad; y, en segundo lugar, que con gran frecuencia queda un recuerdo de él al despertar, mientras que tal cosa no se da en el sueño sonámbulo. Mas esas dos propiedades podrían muy bien estar unidas y reducirse la una a la otra. En efecto, tampoco el sueño usual deja un recuerdo más que cuando nos hemos desperta-do inmediatamente de él: probablemente este recuerdo se deba únicamente a que el despertar del sueño natural se produce con mucha facilidad, ya que no es ni con mucho tan profundo como el sonámbulo, del que, precisamente por eso, no se puede producir un despertar inmediato, es decir, rápido, sino que el retorno a la conciencia despierta solo se permite a través de un lento tránsito

274

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

intermedio. De hecho, el sueño sonámbulo solo es incomparable-mente más profundo, más intenso y perfecto; justamente por eso el órgano del sueño llega en él a desarrollar toda su capacidad, con lo
que se le hace posible la correcta relación con el mundo externo, es decir, el sueño perceptivo sostenido y conexo. Probablemente este
se dé también a veces en el dormir habitual, pero solo cuando es
tan profundo que no podemos despertar inmediatamente de él.
Los sueños de los que despertamos son, en cambio, los del dormir
más ligero: 1 en última instancia han surgido de causas meramente 269 somáticas pertenecientes al propio organismo, por lo que no tienen relación con el mundo externo. No obstante, que hay excepciones
a esto lo hemos visto ya en los sueños que representan el entorno inmediato del que duerme. Sin embargo, también de los sueños que anuncian lo que ocurre en la lejanía o el futuro queda excepcional-mente un recuerdo, dependiente principalmente de que desperte-mos de forma inmediata de él. Por eso en todas las épocas y todos los pueblos ha estado en vigor el supuesto de que hay sueños de significado real y objetivo, y en toda la historia antigua los sueños han sido tomados muy en serio, de modo que han desempeñado un importante papel en ella; sin embargo, los sueños fatídicos siempre han sido considerados meras excepciones infrecuentes entre la in-numerable cantidad de sueños vacíos y meramente engañosos. Con-forme a ello, ya Homero (Od.[isea] XIX, 560) habla de dos puertas de entrada de los sueños, una de marfil, por la que entran los sue-ños sin significado, y otra hecha de cuerno, por la que entran los fatídicos. Un anatomista podría quizás sentirse tentado a interpre-tar esto a partir de la sustancia cerebral blanca y gris. Los sueños que con mayor frecuencia se acreditan como proféticos son los que se refieren al estado de salud de quien sueña, y en su mayoría pre-sagian enfermedades o ataques mortales (Fabius, en De somniis, Amstelod., 1836, pp. 195 ss., ha recopilado ejemplos de esto); lo cual es análogo al hecho de que lo que con mayor frecuencia y se-guridad predicen los sonámbulos clarividentes sea el curso de su propia enfermedad, las crisis de esta, etc. En segundo lugar, los sueños anuncian también a veces desgracias externas tales como incendios, explosiones de polvorines, naufragios y en especial de-funciones. Finalmente, a veces también otros acontecimientos bas-tante nimios son presagiados en sueños con todo detalle por algu-nos hombres, según me he convencido yo mismo por una indudable experiencia. Quisiera traerla aquí a colación, ya que al mismo tiem-po pone a la más clara luz la estricta necesidad de todo lo que ocu-rre, incluso de lo más casual. Una mañana escribía yo con gran celo

275

PARERGA Y PARALIPOMENA

una larga carta de negocios en inglés, muy importante para mí:
270 cuando había concluido la tercera página, 1 cogí el tintero en lugar de la arena secante y lo derramé sobre la carta: desde el pupitre goteó la tinta sobre el suelo. La criada acudió a mi llamada llevan-
do un cubo de agua y fregó con ella el suelo para que no penetraran
las manchas. Mientras realizaba ese trabajo, me dijo: «Esta noche
he soñado que estaba aquí frotando manchas de tinta del suelo». Yo respondí: «No es verdad». Ella replicó: «Es verdad, y tras despertar se lo he contado a la otra criada que duerme conmigo». - Enton-ces entró casualmente esa otra criada, de unos diecisiete años, a lla-mar a la que estaba fregando. Yo salí al encuentro de la que entraba y pregunté: «¿Qué ha soñado ella esta noche?» - Respuesta: «No lo sé». -Yo, a mi vez: «iSí lo sabes! Te lo ha contado al despertar».
- La joven sirvienta: «iAh, sí! Había soñado que estaba aquí fro-tando manchas de tinta del suelo». - Esta historia, que al respon-der yo mismo de su exacta verdad deja fuera de duda los sueños teoremáticos, no es menos curiosa por el hecho de que lo presagia-do en sueños fuera el efecto de una acción que se podía denomi-nar involuntaria, por cuanto yo la realicé absolutamente contra mi intención y dependió de un pequeñísimo error de mi mano: sin embargo, esa acción estaba predeterminada con tan estricta necesi-dad y de forma tan inevitable que su efecto estaba presente varias horas antes en forma de sueño en la conciencia de otro. Aquí se ve con la mayor claridad la verdad de mi tesis: todo lo que ocurre, ocurre necesariamente (Los dos problemas fundamentales de la éti-ca, p. 62 [2. ª ed., p. 60]). - - Para reducir los sueños proféticos a su causa próxima se nos brinda la circunstancia de que, como es sabido, no queda ningún recuerdo del sonambulismo natural ni del magnético y sus procesos, pero en los sueños del habitual dormir natural sí se traslada a veces un recuerdo que rememoramos des-pués al despertar; de modo que entonces el sueño se convierte en
el nexo o el puente entre la conciencia sonámbula y la despierta. Conforme a ello, hemos de imputar los sueños proféticos ante todo
271 al hecho de que al dormir profundamente el I soñar se eleva hasta una clarividencia sonámbula: pero, dado que por lo regular no se
da un despertar inmediato de los sueños de esa clase, y justamente
por eso no queda ningún recuerdo, los sueños que constituyen una excepción a esto y prefiguran lo venidero inmediatamente y sensu proprio, que son denominados teoremáticos, son los más infrecuen-
tes de todos. En cambio, cuando el contenido de un sueño de esta clase es muy importante para el que sueña, con frecuencia este será capaz de conservar un recuerdo de él llevándoselo al sueño del

276

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

dormir más ligero, del que puede despertar inmediatamente: no obstante, esto no puede hacerse de forma inmediata sino solamen-te traduciendo su contenido a una alegoría, bajo cuya envoltura el sueño profético original llega hasta la conciencia despierta en la que, por consiguiente, requiere aún una interpretación o explica-ción. Esta es, pues, la otra y más frecuente clase de los sueños fatí-dicos, la alegórica. Ambas clases las distinguió ya Artemidoro en su Oneirocriticon, el más antiguo de los libros sobre los sueños, dando a los de la primera clase el nombre de teoremáticos. En la concien-cia de que siempre existe la posibilidad del proceso antes descrito tiene su razón de ser la tendencia, en modo alguno casual o artifi-cial sino connatural al hombre, de cavilar sobre el significado de los sueños: de ella nace, cuando se la cultiva y desarrolla metódica-mente, la oniromancia. Pero esta añade la hipótesis de que los pro-cesos del sueño tienen un significado fijo y válido de una vez por todas, sobre el que se podría, por lo tanto, elaborar un léxico. Mas no es ese el caso: antes bien, la alegoría se ajusta expresa e indivi-dualmente al correspondiente objeto y sujeto del sueño teoremáti-co en el que se funda el sueño alegórico. De ahí que la interpreta-ción de los sueños fatídicos alegóricos sea en la mayoría de los casos tan difícil que casi nunca los comprendemos hasta después de
que se ha cumplido su presagio, si bien luego nos ha de asombrar
la peculiar picardía daimónica, por lo demás totalmente ajena al
que sueña, del ingenio con que la alegoría fue dispuesta y desarro-llada: el que hasta entonces se conserven en la memoria esos sue-
ños se ha de atribuir a que, debido a su destacado I carácter intuí- 272 tivo y hasta real, se graban mucho más profundamente que los demás. Desde luego, la práctica y la experiencia favorecen también
el arte de interpretar los sueños. Pero no el conocido libro de Schu-bert15, del que no sirve más que el título; por el contrario, es del antiguo Artemidoro de quien realmente se puede llegar a conocer
el simbolismo del sueño, en especial en los dos últimos libros, don-de con cientos de ejemplos nos hace comprensibles el modo y ma-nera, el método y el humor de los que se sirve la omnisapiencia durmiente para, en la medida de lo posible, enseñar algo a nuestra ignorancia despierta. En efecto, esto se puede aprender mucho me-

jor en sus ejemplos que en los teoremas y reglas que los preceden 16.

15. Gotthilf Heinrich von Schubert (1780-1860), médico y filósofo natural, autor de El simbolismo del sueño, 1814. [N. de la T.]
16. Goethe narra los sueños perceptivos alegóricos del burgomaestre Textor
[el abuelo materno de Goethe] en Mi vida, libro I, hacia el final.

277

PARERGA Y PARALIPOMENA

También Shakespeare da muestras de haber captado el mencionado humor del asunto cuando, en Enrique VI, parte 11, acto 3, escena 2, ante la inesperada noticia de la muerte repentina del duque de Gloster, el infame cardenal Beaufort, que es quien mejor sabe cómo están las cosas, exclama: «iMisterioso juicio divino! Anoche soñé que el duque estaba mudo y no podía decir una sola palabra». Hay que intercalar aquí la importante observación de que la relación antes expuesta entre el sueño teoremático y el sueño fa-tídico alegórico que lo reproduce se encuentra con toda exactitud en las declaraciones de los antiguos oráculos griegos. En efecto, también estos, al igual que los sueños fatídicos, rara vez emiten sus declaraciones directamente y sensu propio; antes bien, las envuel-ven en una alegoría que necesita interpretación y con frecuencia no es comprendida hasta después de haberse cumplido el oráculo, lo mismo que ocurre con los sueños alegóricos. Entre las numerosas pruebas de ello citaré, simplemente por caracterizar el asunto, que,
por ejemplo, en Heródoto [Historiae] 111, 57, el oráculo de la Pitia previene a los sifnios contra el ejército de madera y el heraldo rojo,
con lo que se daba a entender un barco samio pintado de rojo que portaba a un mensajero; pero los sifnios no lo comprendieron en-seguida ni tampoco cuando el barco llegó, sino solo después. Ade-
273 más, en el libro IV, capítulo 163, el oráculo I de la Pitia advierte al rey Arquesilao de Cirene que si encuentra los hornos llenos de ánforas no las cueza sino que las deje marchar. Pero solo después de haber quemado la torre en la que los sublevados se habían refugia-
do con ellos dentro, comprendió el sentido del oráculo y le entró miedo. Los muchos casos de esta clase indican claramente que las declaraciones del oráculo de Delfos se basaban en sueños fatídicos artificialmente inducidos; que estos podían a veces elevarse hasta la máxima clarividencia, a la que luego seguía una declaración directa que hablaba sensu proprio, lo atestigua la historia de Creso (Heró-doto I, 47, 48), que puso a prueba a la Pitia haciendo que sus envia-dos le preguntaran lo que él trataba y hacía en ese preciso momen-to, al centésimo día de su marcha y lejos de ella, en Lidia: a lo que ella replicó exacta y acertadamente que nadie más que el rey mismo sabía que él estaba cocinando personalmente carne de tortuga y de carnero en una cacerola de bronce con tapadera de bronce. - Con la mencionada fuente de los oráculos de la Pitia concuerda el hecho de que se le hicieran también consultas médicas a causa de dolencias corporales: un ejemplo de ello se encuentra en Heródoto, Iv, 155. Según lo antes dicho, los sueños fatídicos teoremáticos consti-tuyen el grado más alto e infrecuente de la adivinación en el sueño

278

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

natural, y los alegóricos, el segundo e inferior. Este lleva consigo, como última y más débil emanación de la misma fuente, la mera vislumbre, el presentimiento. Es con mayor frecuencia triste que alegre, precisamente porque en la vida hay más de aflicción que de alegría. Un ánimo sombrío, una angustiada espera de lo venidero se ha apoderado de nosotros después de dormir sin que se encuen-tre una razón para ello. De acuerdo con la anterior exposición, esto se explica porque el sueño teoremático verdadero que existió mientras dormíamos profundamente y anunciaba una desgracia no
se llegó a traducir en un sueño alegórico del dormir ligero, y por
eso en la conciencia no ha quedado de él nada más que su impresión
en el ánimo, es decir, en la voluntad misma, ese núcleo verdadero
y último del hombre. Esa impresión resuena como presentimiento profético, como sombría sospecha. 1 Sin embargo, en ocasiones 274 esta no se apoderará de nosotros hasta que se produzcan en la rea-lidad las primeras circunstancias vinculadas a la desgracia vista en
el sueño teoremático, por ejemplo, cuando uno está a punto de subir al barco que ha de naufragar o cuando se acerca al polvorín
que ha de explotar 17: alguno se ha salvado por obedecer entonces
al presentimiento repentinamente surgido, al miedo interior que le invadió. Esto lo hemos de explicar diciendo que, aunque el sueño teoremático está olvidado, ha quedado de él una débil reminiscen-cia, un sordo recuerdo que no es capaz de entrar en la conciencia clara, pero cuya huella es avivada al ver en la realidad las cosas que en el sueño olvidado ejercieron tan espantoso efecto en nosotros. De esa clase era también el daimon de Sócrates, aquella voz interior de advertencia que, tan pronto como él se resolvía a emprender algo perjudicial, le disuadía de ello, pero siempre se limitaba a di-suadirle, no a alentarle. Una confirmación inmediata de la teoría de los presentimientos que he presentado no es posible más que a través del sonambulismo magnético, que divulga el misterio del sueño. Según ello, la encontramos en la conocida Historia de Au-guste Müller, de Karlsruhe, p. 78: «El 15 de diciembre, en su sueño nocturno (magnético), la sonámbula percibió un suceso desagrada-ble referido a ella, que le agobió mucho. Al mismo tiempo observó que durante todo el día siguiente estaría inquieta y angustiada sin saber por qué». -También ofrece una confirmación de este asunto el relato de La vidente de Prevorst (1.ª ed., vol. 2, p. 73, - 3.ª ed., p. 325) acerca de la impresión que ciertos versos referentes a los

17. Cf. El mundo como voluntad y representación II, p. 393, [p. 390]. [N. de la T.]

279

PARERGA Y PARALIPOMENA

procesos sonámbulos ejercieron en la vigilia sobre la vidente, que entonces nada sabía de ellos. También en el Telurismo de Kieser, § 271, se encuentran hechos que arrojan luz sobre este punto.
Con respecto a todo lo anterior, es muy importante compren-
der y retener bien la siguiente verdad fundamental: el sueño mag-nético no es más que una elevación del natural; si se quiere, una potencia superior del mismo: es un sueño incomparablemente más
275 profundo. 1 Conforme a ello, la clarividencia no es más que una elevación del sueño: es un sueño perceptivo constante que aquí puede ser guiado desde fuera y dirigido a donde se quiera. En ter-
cer lugar, tampoco la inmediata acción curativa del magnetismo, acreditada en tantos casos de enfermedades, es más que una ele-vación de la natural fuerza curativa del sueño en todos los res-pectos. Sin embargo, este constituye la verdadera gran panacea, por cuanto ante todo gracias a él la fuerza vital, desembarazada de las funciones animales, queda totalmente libre para aparecer con todo su poder como vis naturae medicatrix 18 y, en calidad de tal, restablecer la normalidad en todos los desórdenes introducidos en

el organismo; por eso también la completa falta de sueño impide toda curación. En cambio, el sueño magnético, incomparablemente más profundo, la consigue en un grado mucho mayor; de ahí que, cuando sobreviene espontáneamente a fin de curar grandes males ya crónicos, a veces dure varios días, como, por ejemplo, en el caso publicado por el conde Szapary (Una palabra sobre el magnetismo animal, Leipzig, 1840); de hecho, en Rusia una vez una sonámbula tuberculosa, que se hallaba en la crisis de onmisapiencia, ordenó a su médico que la pusiera durante nueve días en estado de muerte aparente; durante ese tiempo su pulmón disfrutó de un reposo to-tal y se curó, de modo que despertó plenamente restablecida. Pero, dado que la esencia del sueño consiste en la inactividad del sistema cerebral e incluso su eficacia curativa se debe precisamente a que este no ocupa ni consume ninguna fuerza vital en su vida animal, por lo que tal fuerza se puede aplicar entonces por completo a la vida orgánica; por esa razón, digo, podría parecer contrario a su fin principal el hecho de que, justamente en el sueño magnético, surja a veces una fuerza cognoscitiva exageradamente elevada que por naturaleza ha de ser de alguna manera una actividad cerebral. Pero ante todo hemos de recordar que este caso no es más que una rara excepción. De veinte enfermos en los que actúa el magnetismo, en general solo uno resulta sonámbulo, es decir, percibe y habla

18. [Fuerza curativa de la naturaleza.]

280

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

en sueños; y de cinco sonámbulos, apenas uno resulta clarividen-
te (según Deleuze, Hist.[oire] crit[.ique] du magn.[etisme animal], Paris, 1813, vol. 1, p. 138). Cuando el magnetismo tiene efectos curativos sin hacer dormir, es I simplemente porque despierta la 276 fuerza curativa de la naturaleza y la guía hacia la parte afectada. Además, su efecto es ante todo un dormir muy profundo que care-
ce de sueños e incluso disminuye la potencia del sistema cerebral en
tal medida, que ni las impresiones sensoriales ni las heridas se sien-
ten en modo alguno; por eso ha sido utilizado de forma sumamente beneficiosa en las operaciones quirúrgicas, si bien el cloroformo lo ha desbancado en esa función. A la clarividencia, cuyo nivel infe-rior es el sonambulismo o el hablar en sueños, solo puede llegar la naturaleza cuando su fuerza curativa que actúa ciegamente no basta para eliminar la enfermedad sino que se requiere un remedio ex-terno que entonces, en el estado de clarividencia, es acertadamente prescrito por el paciente mismo. Así pues, la naturaleza origina la clarividencia con ese fin de la auto-prescripción: pues natura nihil facit frustra19• Su proceder aquí es análogo y afín al que siguió a gran escala, en la primera producción de los seres, cuando dio el paso del reino vegetal al animal: en efecto, para las plantas había sido aún suficiente el movimiento por meros estímulos; pero en-tonces, unas necesidades más especiales y complicadas, cuyos ob-jetos había que buscar, seleccionar y hasta someter o sorprender, hicieron necesario el movimiento por motivos y, por lo tanto, el conocimiento en diversos niveles de gradación; este es, en conse-cuencia, el verdadero carácter de la animalidad, que no es acciden-tal sino esencialmente propio del animal; es aquello que hemos de pensar necesariamente en el concepto del animal. A este respecto, remito a mi obra principal, volumen I, pp. 170 ss. [3.ª ed., pp. 178 ss.]; también a mi ética, p. 33 [2.ª ed., pp. 31 s.] y a La voluntad en la naturaleza, pp. 54 ss. y 70-78 [2.ª ed., pp. 46 ss. y 63-69]. Así pues, tanto en uno como en otro caso la naturaleza se enciende una luz para poder buscar y procurar la ayuda que necesita el orga-nismo desde fuera. La dirección que, una vez desarrolladas, toman
las dotes de visión del sonámbulo hacia cosas distintas de su propio estado de salud es simplemente una utilidad accidental y, de hecho,
un abuso de las mismas. También lo es el provocar arbitrariamente
el sonambulismo y la clarividencia contra los fines de la naturaleza,
a través de una magnetización largamente sostenida. 1 En cambio, 277 cuando son realmente necesarios, la naturaleza los provoca por sí

19. Véase p. 257 [p. 265] nota 8. [N. de la T.]

281

PARERGA Y PARALIPOMENA

misma tras una breve magnetización e incluso a veces como so-nambulismo espontáneo. Entonces aparecen, como ya se dijo, en la forma de un sueño perceptivo, primero solamente del entorno inmediato, luego en un círculo más amplio, y así sucesivamente, hasta que, en el grado superior de la clarividencia, puede alcanzar todos los acontecimientos mundiales a los que se dirige su aten-ción, penetrando incluso en el futuro. Al compás de esos distintos niveles marcha la capacidad de la diagnosis patológica y de la pres-cripción terapéutica, en primer lugar para sí mismo y, de forma abusiva, para los demás.
También en el sonambulismo en el sentido propio y origina-rio, es decir, en el noctambulismo patológico, aparece un sueño perceptivo de esa clase, pero solo para uso inmediato, por lo que se extiende únicamente al entorno próximo; porque ya con eso se ha alcanzado en este caso la finalidad de la naturaleza. En efecto, en tal estado, a diferencia del sueño magnético, el sonambulismo espontáneo y la catalepsia, la fuerza vital no ha suspendido en cuanto vis medicatrix la vida animal para poder aplicar toda su potencia a la orgánica y suprimir los desórdenes extendidos en ella; sino que aquí, debido a un desorden patológico al que en la mayoría de los casos está sometida la edad de la pubertad, aparece como un exceso anómalo de irritabilidad del que la naturaleza intenta descargarse, lo cual, como es sabido, se produce andando, trabajando, trepando, hasta llegar a las situaciones más arriesgadas y dar los más peligrosos saltos, todo ello mientras se está dormido: entonces la naturaleza, como guardiana de esos peligrosos pasos, provoca al mismo tiempo aquel misterioso sueño perceptivo que en este caso se extiende únicamente al entorno inmediato, ya que este basta para evitar los accidentes que habría de provocar la libre irritabilidad si actuara ciegamente. Así pues, aquel tiene aquí la simple finalidad negativa de prevenir daños, mientras que en la clarividencia tiene la positiva de encontrar ayuda externa: de ahí
la gran diferencia en el alcance del campo visual.
Por misterioso que sea el efecto de la magnetización, es igual de
claro que consiste ante todo en la suspensión de las funciones ani-
278 males, por cuanto la fuerza vital I es desviada del cerebro, que es un simple pensionista o parásito del organismo; o, más bien, queda refrenada en la vida orgánica, su función primitiva, porque ahora
se requiere su entera presencia y su eficacia como vis medicatrix. Pero en el interior del sistema nervioso, es decir, del asiento exclu-
sivo de toda vida sensible, la vida orgánica es representada y soste-nida por el guía y rector de sus funciones: el nervio simpático y sus

282

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

ganglios; por eso se puede también considerar el proceso como una contención de la fuerza vital del cerebro en dirección a aquel ner-vio, si bien en general ambos pueden asimismo concebirse como polos opuestos: el cerebro, junto con los órganos del movimiento dependientes de él, como el polo positivo y consciente; el nervio simpático, junto con sus nexos ganglionares, como el polo negati-vo e inconsciente. En este sentido, se podría formular la siguiente hipótesis sobre lo que sucede en la magnetización: se trata de una acción del polo cerebral (es decir, del polo nervioso externo) del magnetizador sobre el polo homólogo del paciente, por lo que, conforme a la ley general de la polaridad, actúa sobre este repe-liéndolo, con lo que se hace a la fuerza nerviosa retroceder hacia el otro polo del sistema nervioso, el interno o el sistema ganglionar. De ahí que los hombres, en los que predomina el polo cerebral, sean los más aptos para magnetizar; en cambio, las mujeres, en las que prevalece el sistema ganglionar, son las más aptas para ser magnetizadas junto con sus correspondientes resultados. Si fuera posible que el sistema ganglionar femenino pudiera actuar también repeliendo, igual que el masculino, entonces, mediante el proceso inverso, surgiría una vida cerebral extraordinariamente elevada, un genio temporal. Esto no es viable, ya que el sistema ganglionar no es capaz de actuar hacia fuera. En cambio, se podría muy bien con-siderar el baquet 20 como una magnetización por atracción median-te la acción recíproca de polos contrarios, de modo que los nervios simpáticos de todos los pacientes sentados alrededor, unidos con él
a través de barras de hierro y cordones de lana que llegan hasta la fosa epigástrica, al actuar con sus fuerzas unidas e incrementadas
por la masa inorgánica del baquet, atraen hacia sí el polo cerebral individual de cada uno de ellos, y así disminuyen la potencia de
la vida animal dejando que se apague en el I sueño magnético de 279 todos; - - es comparable al loto, que por la noche se hunde bajo
el agua. Con esto concuerda también el que, cuando una vez se colocó la guía del baquet en la cabeza en lugar de en la fosa epigás-trica, la consecuencia fue una violenta congestión y dolor de cabeza (Kieser, Telurismo, 1.ª edición, vol. 1, p. 439). El que en el baquet
de hierro [siderisch] los simples metales desmagnetizados ejerzan la misma fuerza parece estar relacionado con el hecho de que el metal es lo más simple y originario, el grado más profundo de la objeti-

20. Dispositivo ideado por Franz Anton Mesmer (1734-1815), consistente en una cubeta imantada a la que se conectaban los pacientes a través de varas de hierro para recibir el flujo magnético. [N. de la T.]

283

PARERGA Y PARALIPOMENA

vación de la voluntad, y, por consiguiente, se opone directamente al cerebro como desarrollo superior de esa objetivación, es decir, es lo más alejado de él, además de presentar la mayor masa en el menor espacio. En consecuencia, reduce la voluntad a su carácter originario y es afín al sistema ganglionar como, a la inversa, la luz lo es al cerebro: por eso los sonámbulos temen el contacto de los metales con los órganos del polo consciente. También encuentra ahí su explicación la percepción del metal y el agua en los que están organizados para tal fin. - Si en el caso del habitual baquet mag-netizado los que actúan son los sistemas ganglionares conectados a él de todos los pacientes reunidos a su alrededor, que uniendo sus fuerzas tiran hacia abajo de los polos cerebrales, esto proporciona también una guía para explicar el contagio del sonambulismo en general, como también el fenómeno, afín a él, de la comunicación de la actividad presente de la segunda visión al tocarse entre sí los que están dotados de ella, así como la comunicación, y por lo tanto la comunidad, de las visiones en general.
Pero si quisiéramos permitirnos una aplicación aún más audaz de la anterior hipótesis basada en las leyes de la polaridad y referi-da al proceso de la magnetización activa, se podría deducir de ella, aunque solo esquemáticamente, cómo en los grados superiores del sonambulismo el rapport 21 puede llegar al punto de que el sonám-bulo participe de todos los pensamientos, conocimientos, lenguajes
y hasta afecciones sensoriales del magnetizador, es decir, que esté presente en su cerebro, mientras que, por el contrario, la voluntad
de este tiene un influjo inmediato sobre aquel y le domina de tal forma que puede retenerle firmemente. En efecto, en el caso del
hoy en día usual aparato galvánico, en el que se sumergen los dos
280 metales en ácidos distintos separados por paredes de arcilla, 1 la corriente positiva pasa a través de esos dos fluidos desde el cinc
al cobre, y luego fuera de ellos, en los electrodos, vuelve desde el cobre al cinc. De forma análoga a esa iría la corriente positiva de
la fuerza vital, en la forma de la voluntad del magnetizador, desde
su cerebro hasta el del sonámbulo, dominándole, y repeliendo la fuerza vital de este, productora de la conciencia en el cerebro, en dirección al nervio simpático, es decir, a la zona abdominal, su polo negativo: pero luego la misma corriente vuelve desde ahí hasta el magnetizador, a su polo positivo, el cerebro de este, donde se en-cuentra con sus pensamientos y sensaciones, de los que el sonám-bulo se hace así partícipe. Estos son, desde luego, supuestos muy

21. Véase p. 63 [p. 93], nota 41. [N. de la T.]

284

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

atrevidos: pero en cosas tan inexplicadas como las que aquí consti-tuyen nuestro problema, es lícita toda hipótesis que conduzca a una comprensión de las mismas, aunque sea esquemática o analógica. El carácter exageradamente asombroso -y, por eso mismo, real-mente increíble hasta que fue respaldado por el acuerdo de cientos de testimonios fidedignos- de la clarividencia sonámbula, en la que se pone de manifiesto lo oculto, lo ausente, lo remotamente lejano y hasta lo que late en el seno del futuro, deja al menos de ser absolutamente inconcebible si tenemos en cuenta que, como he dicho con frecuencia, el mundo objetivo es un simple fenómeno ce-rebral: pues su orden y regularidad, basados en el espacio, el tiem-po y la causalidad (en cuanto funciones cerebrales), es lo que se suprime en cierto grado en la clarividencia sonámbula. En efecto, a consecuencia de la doctrina kantiana de la idealidad del espacio y el tiempo comprendemos que la cosa en sí, es decir, lo único verda-deramente real en todos los fenómenos, en cuanto libre de aquellas dos formas del intelecto, no conoce la diferencia entre cerca y lejos, entre presente, pasado y futuro; por eso las separaciones basadas
en aquellas formas intuitivas no se muestran absolutas sino que de-
jan de presentar límites infranqueables al modo de conocimiento
en cuestión, esencialmente transformado por la modificación de su órgano. En cambio, si el tiempo y el espacio fueran absolutamente reales y pertenecientes al ser en sí de las cosas, entonces aquellas dotes de visión I de los sonámbulos, como en general toda visión 281 remota y anticipada, serían un milagro realmente incomprensible.
Por otro lado, los hechos a los que nos referimos proporcionan en cierta medida una confirmación fáctica a la teoría kantiana. Pues si
el tiempo no es una determinación del verdadero ser de las cosas,
el antes y el después carecen de sentido con respecto a él: en con-secuencia, un acontecimiento puede ser igualmente conocido antes de ocurrir o después. Toda mántica, sea en el sueño, en la previsión sonámbula, en la segunda visión o en cualquier otro fenómeno, consiste únicamente en descubrir el camino para liberar el cono-cimiento del condicionamiento del tiempo. - Se puede ilustrar la cuestión con el siguiente ejemplo: la cosa en sí es el primum mobile 22 en el mecanismo que suministra el movimiento a toda la complicada y variopinta maquinaria de este mundo. Por eso aque-lla tiene que ser de distinta clase y naturaleza que esta. Vemos bien la conexión de las distintas partes de la maquinaria, en las palancas y ruedas puestas intencionadamente al descubierto (secuencia tem-

22. [Primer motor; cf. Aristóteles, Física VII, 2, 243a, entre otros.]

285

PARERGA Y PARALIPOMENA

poral y causalidad): pero lo que comunica a todas ellas el primer movimiento no lo vemos. Cuando leo cómo los sonámbulos cla-rividentes anuncian el futuro con tanta anticipación y exactitud, tengo la sensación de que hubieran llegado hasta ese mecanismo oculto del que todo nace y donde, por lo tanto, está ya ahora pre-sente lo que exteriormente, es decir, visto en nuestra óptica del tiempo, solo se presenta como futuro y venidero.
Además, el mismo magnetismo animal al que debemos ese pro-digio nos acredita también una inmediata acción de la voluntad sobre otros y a distancia de muy diversas maneras: tal es precisa-mente el carácter fundamental de aquello que recibe el desacredi-tado nombre de magi,a. Pues esta consiste en una acción inmediata
de nuestra voluntad que está liberada de las condiciones causales de
la acción física, es decir, del contacto en el más amplio sentido de
la palabra; así lo he dedicado en un capítulo monográfico dentro
del escrito Sobre la voluntad en la naturaleza. La acción mágica
es, pues, a la física lo que la mántica a la conjetura racional: es
282 real y plenamente una actio in distans23, al igual que la I mántica genuina, por ejemplo, la clarividencia sonámbula, es una passio a distante 24 • Así como en esta se suprime el aislamiento individual del conocimiento, en aquella se suprime el de la voluntad. En ambos casos realizamos con independencia de las limitaciones que origi-
nan el espacio, el tiempo y la causalidad lo que en otro caso y habitualmente solo somos capaces de hacer bajo ellas. Así pues, en ellas nuestro ser más íntimo, o la cosa en sí, se ha quitado aquellas formas del fenómeno y aparece libre de ellas. De ahí que la credibi-lidad de la mántica sea afín a la de la magia y la duda sobre ambas haya avanzado y retrocedido siempre al mismo tiempo. Magnetismo animal, curas simpatéticas, magia, segunda visión, sueño perceptivo, visión espectral y visiones de todas clases son fenómenos afines, ramas de un mismo tronco, y ofrecen indicios seguros e irrefutables de un nexo entre los seres fundado en un or-den de cosas totalmente diferente al de la naturaleza, la cual tiene por base las leyes del espacio, el tiempo y la causalidad; mientras que aquel otro orden es más profundo, originario e inmediato, por lo que ante él las leyes de la naturaleza primeras y más universales, por puramente formales, no tienen validez, y en consecuencia el tiempo y el espacio no separan ya a los individuos, ni la segregación y aislamiento de los mismos debido a aquellas formas establece ya

23. [Acción a distancia.]
24. [Padecimiento por lo distante.]

286

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

límites infranqueables a la comunicación de los pensamientos y al inmediato influjo de la voluntad; de modo que se originan cambios por una vía totalmente distinta de la causalidad física y la cadena conexa de sus miembros, a saber: simplemente en virtud de un acto de voluntad manifestado de una forma especial y así potenciado más allá del individuo. Por consiguiente, el carácter peculiar de to-dos los fenómenos animales de los que aquí hablamos es la visio in distans et actio in distans25 tanto en el tiempo como en el espacio. Dicho sea de paso, el verdadero concepto de la actio in distans
es este: que el espacio entre lo que actúa y lo causado, esté lleno
o vacío, no tiene influencia alguna en el efecto, sino que es total-mente irrelevante que se eleve a una pulgada o un billón de órbitas
de Urano. Pues si el efecto I se debilita en algo con la distancia, 283 ello es debido, bien a que una materia que ya llena el espacio ha de propagarlo y por tanto, en virtud de su continua reacción, debilita aquel en proporción a la distancia, o bien porque la causa misma consiste simplemente en una emanación que se extiende en el es-pacio, y así este es mayor cuanto más enrarecido. En cambio, el espacio vacío no puede presentar resistencia alguna ni debilitar la causalidad. Así pues, allá donde el efecto disminuye en proporción a su distancia del punto de partida de la causa, como en el caso de la luz, la gravitación, el magneto, etc., no hay una actio in distans; ni tampoco la hay cuando simplemente se retarda por la distancia. Pues lo móvil en el espacio es únicamente la materia: esta, pues, tendría que ser el soporte que cubre el camino de tal efecto y, por consiguiente, no actuar hasta que este ha llegado, luego solo por contacto y no in distans.
En cambio, los fenómenos aquí examinados y que antes hemos considerado como ramas de un mismo tronco tienen como carácter

específico, según se dijo, la actio in distans y la passio a distante. De este modo, como ya se indicó, ofrecen ante todo una confirmación fáctica, tan inesperada como segura, de la doctrina fundamental kantiana de la oposición entre el fenómeno y la cosa en sí, y entre las leyes de ambos. En efecto, la naturaleza y su orden son, se-gún Kant, mero fenómeno: en oposición a él vemos que todos los hechos aquí examinados, que podemos denominar mágicos, arrai-gan inmediatamente en la cosa en sí, y en el mundo fenoménico provocan fenómenos que nunca se pueden explicar según las leyes de este, y por eso fueron negados con razón hasta que cientos de experiencias ya no lo permitieron. Pero no solo la kantiana, tam-

25. [Visión a distancia y acción a distancia.]

287

PARERGA Y PARALIPOMENA

bién mi filosofía, si se investigan de cerca esos hechos, recibe una importante confirmación por cuanto en todos aquellos fenómenos
el verdadero agente es solamente la voluntad; con lo cual esta se revela como la cosa en sí. A partir de esa verdad, tomada en su vertiente empírica, un conocido magnetizador, el conde húngaro
284 Szapary, que evidentemente nada sabe de mi filosofía I y quizá no mucho de ninguna, en su escrito Una palabra sobre el magnetismo animal, Leipzig, 1840, titula el primer tratado: «Pruebas físicas de
que la voluntad es el principio de toda vida espiritual y corporal». Además, y prescindiendo de eso, los mencionados fenómenos
ofrecen igualmente una refutación fáctica y totalmente segura no
solo del materialismo sino también del naturalismo que, en el ca-pítulo 17 del segundo volumen de mi obra principal, he descrito como la física sentada en el trono de la metafísica; pues ellos de-muestran que el orden de la naturaleza, que las dos visiones men-cionadas pretenden hacer valer como absoluto y único, es pura-mente fenoménico y, por lo tanto, meramente superficial, siendo su base el ser de las cosas en sí mismas independiente de sus leyes. Pe-ro los fenómenos en cuestión son, al menos desde el punto de vista filosófico, los más importantes sin comparación de entre todos los hechos que nos ofrece el conjunto de la experiencia; de ahí que sea obligación de todo estudioso familiarizarse a fondo con ellos. Sirva para ilustrar esta explicación la siguiente observación ge-neral: la creencia en los espectros es innata al hombre; se encuentra en todas las épocas y en todos los países, y quizás ningún hombre esté totalmente libre de ella. Ya la gran masa y el pueblo de todos los países y épocas distingue lo natural y sobrenatural como dos órdenes de las cosas radicalmente distintos pero existentes al mis-mo tiempo. A lo sobrenatural le atribuye sin vacilar los prodigios, los augurios, los espectros y la magia, pero además admite que en general nada es absoluta y radicalmente natural sino que la natu-raleza misma se basa en algo sobrenatural. Por eso el pueblo en-tiende muy bien cuando se pregunta: «¿Ocurre esto naturalmente
o no?». En esencia esa distinción popular coincide con la kantiana
de fenómeno y cosa en sí; solo que esta define el tema con mayor exactitud y acierto, en particular al afirmar que lo natural y lo so-brenatural no son dos clases de seres distintas y separadas sino una
y la misma cosa, que tomada en sí se ha de denominar sobrenatural,
285 ya que solo I en cuanto se manifiesta [erscheint], es decir, entra en la percepción de nuestro intelecto y por tanto ingresa en sus formas, se presenta como naturaleza, cuya mera legalidad feno-ménica es justamente lo que se entiende como lo natural. Yo, por

288

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

mi parte, solo he esclarecido la expresión kantiana al denominar el «fenómeno» [Erscheinung] directamente representación. Y si se tiene en cuenta que, siempre que en la Crítica de la razón pura y los Prolegómenos la cosa en sí kantiana despunta, aunque sea un poco, de la oscuridad en que él la mantiene, enseguida se da a conocer como lo moralmente responsable en nosotros, es decir, como la voluntad; si, como digo, se tiene esto en cuenta, entonces también se comprenderá que yo, al demostrar que la voluntad es la cosa en sí, no he hecho tampoco más que esclarecer y llevar a término los pensamientos de Kant.
El magnetismo animal, considerado, no desde luego desde el punto de vista económico y tecnológico, pero sí desde el filosófico, es el más decisivo de todos los descubrimientos que se hayan hecho jamás, aun cuando por lo pronto plantee más enigmas de los que resuelve. Él es realmente la metafísica práctica, como definiera ya Bacon de Verulam la magia: es, en cierta manera, una metafísica experimental: pues las leyes primeras y más generales de la natu-raleza son abolidas por él; de ahí que haga posible incluso lo que a priori se juzga imposible. Pero si ya en la simple física durante mu-cho tiempo los experimentos y los hechos no nos abren la correcta comprensión sino que para ello se requiere una interpretación de los mismos, con frecuencia difícil de encontrar, icuánto más ocu-rrirá esto con los misteriosos hechos de aquella metafísica que se manifiesta empíricamente! Así pues, la metafísica racional o teórica tendrá que ir acompasada con ella para que se incrementen las ri-quezas aquí descubiertas. Pero llegará un tiempo en que la filosofía, el magnetismo animal y la ciencia natural, la cual habrá progresado de forma inaudita en todas sus ramas, se arrojarán recíprocamente tan clara luz que se harán manifiestas verdades que por lo demás no se podía esperar alcanzar. Pero no pensamos aquí en las decla-raciones metafísicas y las teorías de los sonámbulos: estas son en su mayoría pobres opiniones nacidas de los I dogmas aprendidos por el sonámbulo y de su mezcla con lo que encuentra en la mente de su magnetizador; de ahí que no merezcan atención.
Vemos también que el magnetismo abre el camino a las expli-caciones acerca de las apariciones de espectros, tan pertinazmente afirmadas como firmemente negadas: mas encontrar con acierto ese camino no será fácil; si bien ha de hallarse en algún punto me-dio entre la credulidad de nuestro Justinus Kerner, por lo demás
muy respetable y meritorio, y la opinión, hoy en día solo domi-nante ya en Inglaterra, que no admite más que un orden mecánico
en la naturaleza, simplemente para poder colocar y concentrar con

289

287

286

PARERGA Y PARALIPOMENA

mayor seguridad todo lo que va más allá de ella en un ser personal totalmente distinto del mundo y que dispone de él a su arbitrio.
El oscurantista clero inglés, que se enfrenta con increíble desver-güenza a todo conocimiento científico y constituye así un escán-dalo para nuestro continente, con sus grandes cuidados a todos los prejuicios favorables a la «fría superstición a la que denomina su religión» 26 y la persecución a las verdades que se oponen a ella, es el principal culpable de la injusticia que ha tenido que sufrir el magnetismo animal en Inglaterra, donde, después de llevar ya cuarenta años de reconocimiento en la teoría y en la práctica en Alemania y Francia, sin ser siquiera examinado y con la confianza que da la ignorancia, sigue siendo ridiculizado y condenado como un burdo engaño. «Quien cree en el magnetismo animal no puede creer en Dios», me dijo aún en el año 1850 un joven cura inglés: hinc illae lacrimae/27 Sin embargo, también en la isla de los pre-juicios y los engaños clericales ha enarbolado por fin su bandera el magnetismo animal, para reiterada y gloriosa confirmación del magna est vis veritatis, et praevalebit 28, esa hermosa sentencia bí-blica ante la que el pecho de todo el clero anglicano tiembla con razón por sus prebendas. En general, es momento de enviar a In-glaterra misiones de la razón, la ilustración y el anticlericalismo, con la crítica bíblica de von Bohlen y StrauB en una mano y la Crítica de la razón pura en la otra, a fin de impedir que continúen su labor aquellos que firman como reverend, los más arrogantes e insolentes de todos I los curas del mundo, y se dé fin al escándalo. Entretanto, a ese respecto podemos esperar lo mejor de los bar-cos de vapor y los ferrocarriles, que favorecen el intercambio de pensamientos tanto como el de mercancías, con lo que ponen en el mayor peligro la beatería popular que con tan pícaro cuidado es cultivada en Inglaterra y domina incluso las clases superiores. En efecto, pocos leen pero todos parlotean, para lo cual dan ocasión y ocio aquellas instituciones. Pero no se puede tolerar por más tiempo que aquellos curas con su burda beatería degraden hasta el final la más inteligente y, casi en todos los respectos, la primera na-ción de Europa, haciéndola así despreciable; sobre todo cuando se piensa en los medios con los que han logrado ese fin, en concreto, la educación del pueblo, que se les confió para cuidar de que las

26. [Cf. Príncipe Pückler-Muskau, Cartas de un difunto.]
27. Véase p. 66 [p. 96], nota 52. [N. de la T.]
28. [«Grande es la fuerza de la verdad y prevalecerá», Cf. Vulgata, III Esdras 4, 41.]

290

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

dos terceras partes de la nación inglesa no supieran leer. En eso su desfachatez llega tan lejos que incluso en las hojas públicas atacan con ira, sarcasmo e insípida burla los resultados generales de la geología, plenamente seguros; porque, en efecto, pretenden hacer valer con toda seriedad el cuento mosaico de la Creación, sin darse cuenta de que en tales ataques golpean el tarro de hierro con el de arcilla 29• - Por lo demás, la fuente del escandaloso oscurantismo inglés embaucador del pueblo es la ley de la primogenitura, que obliga a la aristocracia (en el sentido más amplio del término) a asegurar la colocación de los hijos más jóvenes: para ellos está, cuando no son aptos para la marina ni para el ejército, el Chur-ch-establishment30 (nombre característico) con sus rentas de cinco millones de libras, el instituto de pensiones. En efecto, se procura al joven a living (también un nombre muy característico: un medio de vida), es decir, una vicaría, bien mediante favores o dinero: con mucha frecuencia se ponen en venta en los periódicos, incluso I en pública subasta 31, si bien por decoro no se vende directamente la vicaría misma sino el derecho a adjudicarla (the patronage): pero dado que el negocio se ha de cerrar antes de que esta quede real-mente vacante, se añade como oportuno incentivo que el actual vicario tiene, por ejemplo, setenta y siete años, como tampoco se dejan de exaltar las hermosas oportunidades de caza y pesca en la vicaría y la elegante vivienda. Es la más insolente simonía del mun-do. Así se entiende por qué en la buena, quiero decir, distinguida sociedad inglesa, toda broma sobre la Iglesia y su fría superstición se considera de mal tono y hasta una indecencia, según la máxima

29. Los ingleses son una matter of fact nation tal que cuando con los nuevos descubrimientos históricos y geológicos (por ejemplo, la pirámide de Keops, mil años más antigua que el diluvio universal) se les priva del componente fáctico e histórico del Antiguo Testamento, toda su religión se precipita en el abismo. [Matter of fact nation: «nación de hechos», tomado de la expresión matters of facts (cuestiones de hechos), procedente de la filosofía de Hume.]
30. [Establecimiento o fundación eclesiástica.]
31. En el Galignani del 12 de mayo de 1855 se cita, a partir del Globe, que la Rectory of Pewsey, Wiltshire, va a ser vendida en pública subasta el 13 de junio de 1855, y el Galignani del 23 de mayo de 1855 ofrece a partir del Leader, y desde entonces lo hace con frecuencia, toda una lista de vicarías anunciadas para subasta: en cada una se indica el sueldo, las amenidades locales y la edad del actual vicario.
Pues exactamente igual que los puestos oficiales del ejército, también las vicarías
de la Iglesia están a la venta: qué clase de oficiales resultan de ahí lo ha puesto de manifiesto la campaña de Crimea, y qué clase de vicarios, lo enseña igualmente la experiencia.

291

288

289

PARERGA Y PARALIPOMENA

quand le bon ton arrive, le bons sens se retire32 • Precisamente por
eso, la influencia de los curas en Inglaterra es tan grande que, para permanente vergüenza de la nación inglesa, la estatua que Thord-waldsen hizo de Byron, el más grande de sus poetas después del in-alcanzable Shakespeare, no ha podido ser colocada en el Panteón Nacional de la Abadía de Westminster junto a los restantes grandes hombres; porque justamente Byron fue lo bastante honorable co-mo para no hacer ninguna concesión al clero anglicano sino seguir libre su camino; mientras que el mediocre poeta Wordsworth, fre-cuente objetivo de sus burlas, ha obtenido su estatua en la iglesia de Westminster en el año 1854. Con tal infamia la nación inglesa

se señala a sí misma as a stultified and priestridden nation 33. Con razón se ríe Europa de ella. Sin embargo, las cosas no seguirán así. Una futura generación más sabia llevará con pompa la estatua de Byron a la iglesia de Westminster. Voltaire, 1 en cambio, que ha escrito cien veces más en contra de la Iglesia que Byron, descansa glorioso en el panteón francés de la iglesia de Santa Genoveva, feliz de pertenecer a una nación que no se deja tomar el pelo ni gobernar por los curas. Naturalmente, no faltan en este caso los efectos desmoralizadores de los engaños del clero y de la beate-ría. Desmoralizador ha de ser el efecto de que el clero mienta al pueblo, de que la mitad de toda virtud consista en holgazanear el domingo y berrear en la iglesia, y de que uno de los mayores vicios sea el sabbathbreaking34, es decir, no holgazanear el domingo: por eso también con mucha frecuencia hacen que los pobres diablos a los que se va a ahorcar expliquen en los periódicos que del sab-bathbreaking, ese horrible pecado, ha nacido toda su pecaminosa vida. Precisamente debido al mencionado instituto de pensiones, todavía hoy la desdichada Irlanda, cuyos habitantes mueren de hambre por miles, además de a su clero católico, pagado por ella libremente y por sus propios medios, tiene que sustentar a una holgazana clerigalla protestante con un arzobispo, doce obispos y un ejército de deans y rectors, aunque no directamente a costa del pueblo sino de los bienes eclesiásticos.
Ya he hecho notar que el sueño, la percepción sonámbula, la cla-rividencia, las visiones, la segunda visión y cualquier posible visión

32. [«Cuando llega el buen tono se retira el buen sentido,,, tomado posible-mente de Helvecio, Del espíritu 11, cap. 9.]
33. [Una nación atrofiada y sumamente clerical.]
34. Literalmente, «romper el sábado»; en sentido amplio, infringir el precepto dominical. [N. de la T.]

292

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

espectral son fenómenos estrechamente vinculados. Su elemento común es que, cuando caemos en ellos, alcanzamos una intuición objetivamente representada, por medio de un órgano totalmen-te distinto que en el habitual estado de vigilia; en concreto, no a través de los sentidos externos, pero sí tan completa y exacta-mente como a través de ellos: en consecuencia, he denominado a eso órgano del sueño. Lo que, por el contrario, los distingue es su diferente relación con el mundo externo empírico-real, percepti-ble por los sentidos. En efecto, en el caso del sueño esta no suele ser nunca directa, e incluso en los infrecuentes sueños fatídicos la mayoría de las veces es solo indirecta y remota, y muy raramente directa: en cambio, en la percepción sonámbula y en la clarividen-cia, como también en el noctambulismo, esa relación es inmediata y plenamente correcta; en el caso de las visiones y la posible visión espectral, problemática. - En efecto, la contemplación de objetos en el sueño I es reconocidamente ilusoria, así que es en realidad meramente subjetiva, como la de la fantasía: pero la misma clase de intuición se hace completa y correctamente objetiva en la vigi-lia durmiente y en el sonambulismo; e incluso en la clarividencia alcanza un campo visual incomparablemente más amplio que el de la vigilia. Pero cuando aquí se extiende a los fantasmas de los difun-tos, se pretende hacerlo valer de nuevo como una contemplación meramente subjetiva. Mas eso no es conforme con la analogía de ese progreso, y solo se puede afirmar que ahora se contemplan ob-jetos cuya existencia no está acreditada por la intuición habitual de quien acaso esté presente despierto, mientras que en los niveles an-teriores se trataba de objetos que el que está despierto simplemente ha de buscar en la lejanía o esperar en el tiempo. En efecto, a partir de ese nivel conocemos la clarividencia como una intuición que se extiende a lo que no es accesible inmediatamente a la actividad cerebral en la vigilia, pero que es realmente existente y verdadero: por eso no podemos negar la realidad objetiva, al menos no inme-diatamente y sin más, a aquellas percepciones a las que la intuición despierta no puede llegar ni siquiera recorriendo un espacio o un tiempo. De hecho, según la analogía, podríamos incluso suponer que una facultad de la intuición que se extendiera a lo realmente futuro y aún no existente bien podría ser capaz de percibir como presente lo que una vez existió y ya no existe. Además, no es cosa resuelta que los fantasmas en cuestión no puedan acceder también
a la conciencia despierta. Lo más frecuente es que sean percibidos
en estado de vigilia durmiente, es decir, cuando se divisan correcta-mente el entorno y presente inmediatos, aunque en sueños: y dado

293

291

290

292

PARERGA Y PARALIPOMENA

que aquí es objetivamente real todo lo que se ve, los fantasmas que
ahí aparecen tienen para sí la presunción de realidad.
Por lo demás, la experiencia enseña que la función del órgano del sueño, que por lo regular tiene como condición de su activi-
dad el habitual sueño ligero, o bien el profundo sueño magnético, excepcionalmente puede también llegar a ejercitarse en el cerebro despierto, es decir, que aquel ojo con I el que vemos los sueños puede muy bien abrirse alguna vez en la vigilia. Entonces vemos ante nosotros figuras que se asemejan tan engañosamente a las que llegan hasta el cerebro a través de los sentidos, que se confunden y son tomadas por ellas, hasta que se demuestra que no son miem-bros de la conexión de la experiencia, que está formada por el nexo causal que une todas aquellas y se concibe con el nombre de mundo corpóreo; eso se pone de manifiesto, bien de manera inmediata, a causa de su naturaleza, o bien después. Una figura que así se pre-sente recibirá el nombre de alucinación, visión, segunda visión o aparición de espectros, según dónde esté su causa remota. Pues su causa próxima ha de hallarse siempre en el interior del organismo, ya que, como antes se mostró, es una acción procedente del interior lo que excita al cerebro a una actividad intuitiva que, penetrándolo totalmente, se extiende hasta los nervios sensoriales, con lo que entonces las figuras que así se presentan reciben incluso el color y el brillo, como también el tono y la voz de la realidad. Pero en el caso de que eso se produzca de forma incompleta, aparecerán con colores débiles, pálidos, grises y casi transparentes, o también, de manera análoga, cuando sean formas auditivas sus voces sonarán atrofiadas, huecas, quedas, roncas o chirriantes. Cuando el que las ve dirige hacia ellas una aguzada atención suelen desaparecer; por-que los sentidos, al aplicarse entonces con esfuerzo a la impresión externa, reciben realmente la que -por ser más fuerte y producirse en dirección opuesta- supera y reprime toda aquella actividad ce-rebral procedente de dentro. Precisamente para evitar esa colisión se da el hecho de que en las visiones el ojo interno proyecta todo lo posible las formas hacia donde el exterior no ve nada, en el ángulo oscuro, detrás de pantallas que repentinamente se vuelven transpa-rentes; y, en general, en la oscuridad de la noche, que es el tiempo de los espíritus solamente porque la oscuridad, el silencio y la sole-dad, al suspender las impresiones externas, dejan margen a la acti-vidad cerebral procedente de dentro; de modo que en ese respecto se la puede comparar con el fenómeno de la fosforescencia, que tiene también como condición la oscuridad. En ruidosa compañía 1 y a la luz de muchas velas, la medianoche no es ninguna hora de

294

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

espíritus. Pero sí lo es la medianoche oscura, callada y sola; porque ya instintivamente tememos en ella la aparición de fenómenos que se presentan como totalmente exteriores, si bien su causa próxima se encuentra en nosotros mismos: así que nos tememos en realidad a nosotros mismos. De ahí que quien teme la aparición de tales fenómenos busque compañía.
Aunque la experiencia enseña que los fenómenos del tipo del que hablamos se producen en la vigilia, lo cual es precisamente lo que los distingue de los sueños, dudo de que esa vigilia sea completa en el sentido más estricto; pues ya el reparto aquí ne-cesario de la capacidad representativa del cerebro parece exigir que, cuando el órgano del sueño está muy activo, ello no se pueda dar sin una disminución de la actividad normal, es decir, solo a base de una cierta pérdida de potencia de la conciencia sensorial despierta, dirigida hacia fuera; según ello, supongo que durante una aparición así la conciencia, aun estando despierta, se halla como envuelta por un ligero velo, con lo que recibe un cierto ma-tiz onírico, aunque débil. Así se explicaría ante todo que quienes realmente han tenido apariciones de esa clase no hayan muerto de espanto, mientras que, por el contrario, a veces las falsas aparicio-nes de espectros preparadas artificialmente han tenido ese resul-tado. De hecho, por lo regular las auténticas visiones de esa clase no causan ningún miedo, sino que solo después, al reflexionar so-bre ellas, sobreviene algún espanto: ello puede deberse también a que, mientras duran, se los toma por hombres vivos y solamente después se muestra que no podían serlo. Sin embargo, creo que la ausencia de miedo, que es incluso un distintivo característico de las auténticas visiones de esa clase, nace principalmente de la razón antes indicada, por cuanto uno, aunque despierto, está li-geramente velado por una especie de conciencia onírica, es decir, se encuentra en un elemento al que es ajeno el espanto por las apariciones incorpóreas, precisamente porque en él lo objetivo no está separado de lo subjetivo con tanta rigidez como en la acción del mundo corpóreo. Esto encuentra una confirmación I en la naturalidad con que la vidente de Prevorst trata a los espectros: por ejemplo, en el volumen 2, p. 120 (1. ª edición), deja con toda tranquilidad a un espíritu esperando hasta que ella se haya tomado la sopa. También el propio J. Kerner dice en varios pasajes (p. ej.,
vol. 1, p. 209) que aunque ella parecía estar despierta nunca lo estaba del todo; lo cual en todo caso puede ser compatible con su propia declaración (vol. 2, p. 11, 3.ª ed.), de que siempre que veía espíritus estaba totalmente despierta.

295

293

294

PARERGA Y PARALIPOMENA

En todas esas intuiciones en estado de vigilia a través del ór-gano del sueño, las cuales aparecen y se nos muestran totalmente objetivas y equivalentes a las intuiciones a través de los sentidos,
la causa próxima ha de estar, como se dijo, siempre en el interior
del organismo, donde es una inusual alteración la que actúa en el cerebro a través del sistema nervioso vegetativo, ya cercano al sis-tema cerebral; es decir, a través del nervio simpático y sus ganglios; mas con esa acción el cerebro solo puede ponerse en su natural y peculiar actividad de la intuición objetiva que tiene por forma el espacio, el tiempo y la causalidad, exactamente igual que con la ac-ción que se produce desde fuera sobre los sentidos; de ahí que tam-bién ahora ejerza su función normal. - Pero incluso la actividad intuitiva del cerebro provocada desde dentro se abre paso hasta los nervios sensoriales que, excitados a sus sensaciones específicas desde el interior igual que en otros casos lo son desde fuera, dotan a las figuras que se manifiestan de color, sonido, olor, etc., otor-gándoles así la perfecta objetividad y realidad de lo sensorialmente percibido. Esta teoría recibe una notable confirmación a partir de la siguiente indicación de una sonámbula clarividente de Heineken acerca del origen de la intuición sonámbula: «Por la noche, tras un tranquilo sueño natural, de repente se le ha abierto la claridad, la luz se extiende desde la parte trasera de la cabeza, corre desde ahí hacia la parte delantera, luego llega a los ojos y hace visibles los ob-jetos alrededor: con esa luz, semejante a la del crepúsculo, ha vis-to y conocido claramente todo en torno a ella» 1 (Kieser, Archivo sobre el magnetismo animal, vol. 2, n. 0 3, p. 43). Sin embargo, la causa próxima de tales intuiciones provocadas en el cerebro desde dentro ha de tener a su vez otra que, en consecuencia, es la causa remota de aquellas. Si descubriéramos que esta no siempre se ha de buscar solamente en el organismo sino a veces también fuera de él, entonces, en este último caso, aquel fenómeno cerebral que hasta ahora se presenta tan subjetivo como los meros sueños, e incluso como un sueño en vigilia, tendría asegurada desde un punto de vista totalmente distinto la objetividad real, es decir, la conexión causal real con algo existente fuera del sujeto; así pues, entraría, por así decirlo, por la puerta trasera. - Por consiguiente, detallaré ahora las causas remotas de aquel fenómeno en la medida en que nos son conocidas; aquí observo ante todo que cuando estas se ha-llen exclusivamente en el interior del organismo, el fenómeno se designará con el nombre de alucinación, y no recibirá este nombre sino otros cuando se pueda demostrar, o al menos haya que supo-ner, una causa situada fuera del organismo.

296

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

1) La causa más frecuente del fenómeno cerebral en cuestión son violentas enfermedades agudas, en particular fiebres altas, que conducen al delirio, en el que el mencionado fenómeno resulta de todos conocido bajo el nombre de fantasías febriles. Está claro que esta causa se encuentra únicamente en el organismo, si bien la fiebre misma puede ser provocada por causas externas.
2) La locura no está siempre, pero sí a veces, acompañada de alucinaciones; como causa de estas hemos de considerar los esta-dos patológicos que conducen a aquella, presentes la mayoría de las veces en el cerebro pero con frecuencia también en el resto del orgamsmo.
3) En casos raros, pero por fortuna plenamente constatados, sin que exista fiebre o enfermedad aguda, y mucho menos locura, se originan alucinaciones en forma de apariciones de figuras hu-manas que se asemejan engañosamente a las reales. El de Nikolai es el caso más conocido de esa clase, ya que él lo presentó en la Academia de Berlín en 1799 y también imprimió esa exposición. Otro semejante se encuentra en el Edinbugh Journal of Science, by Brewster, 1 vol. 4, n. 0 8, octubre-abril 1831, y varios más ofre-ce Brierre de Boismont, Des Hallucinations, 1845, deuxieme édit. 1852: un libro muy útil para el objeto total de nuestra investiga-ción, al que por ello me referiré con frecuencia. Ciertamente, no ofrece en modo alguno una explicación profunda de los fenómenos incluidos aquí, e incluso por desgracia ni una sola vez presenta una ordenación sistemática real sino solo aparente; sin embargo, es una recopilación muy rica, cuidadosa y crítica, de todos los casos que de alguna manera encajan en nuestro tema. Al especial punto que acabo de examinar corresponden en particular las observations 7, 13, 15, 29, 65, 108, 110, 111, 112, 114, 115 y 132. Pero en gene-ral hay que suponer y ponderar que, de los hechos que pertenecen al objeto total del presente examen, por cada uno hecho público hay otros mil análogos cuyo conocimiento no ha traspasado el es-trecho círculo de su entorno inmediato, por distintas causas fáciles de concebir. Precisamente por eso la consideración científica de este tema carga desde siglos y hasta milenios con unos pocos casos aislados, sueños perceptivos e historias de espíritus, semejantes a los cuales han ocurrido desde entonces otros cien mil, pero no han sido publicados e incorporados así a la literatura. Como ejemplo
de aquellos casos que se han hecho típicos por la innumerable re-petición, cito simplemente el sueño perceptivo que narra Cicerón
en De div. [inatione] I, 27, el fantasma en Plinio, Epístola ad Suram,
y la aparición espectral de Marsilio Ficino según el acuerdo con su

297

295

296

PARERGA Y PARALIPOMENA

amigo Mercatus 35• - Pero por lo que respecta a los casos toma-
dos en consideración en el presente apartado, de cuyo tipo es la enfermedad de Nikolai, han demostrado en su totalidad deberse a causas anómalas puramente corporales y radicadas totalmente en
el propio organismo, ello tanto por su insignificante contenido y el carácter periódico de su recurrencia, como porque siempre ceden a los medios terapéuticos, en especial a las extracciones de sangre. Así pues, pertenecen también a las meras alucinaciones y así han de denominarse en el sentido más estricto.
4) A estas siguen ante todo ciertas apariciones, por lo demás 1 semejantes a ellas, de figuras que existen objetiva y exteriormente, pero que se distinguen por tener un carácter determinado expre-samente para el vidente, relevante y la mayoría de las veces sinies-tro, y cuya importancia real queda casi siempre fuera de duda por la pronta muerte de aquel al que se le presentan. Como modelo de esa clase se puede considerar el caso que narra Walter Scott, On demonology and witchcraft, letter 1, y que también reprodu-ce Brierre de Boismont, de un funcionario de justicia que durante meses veía encarnados ante sí primero un gato, luego un maestro de ceremonias y finalmente un esqueleto, con lo cual se consumió y finalmente murió. De este tipo es también la visión de Miss Lee, a la que la aparición de su madre le anunció correctamente el día y hora de su muerte. Ha sido narrado primero en el Treatise on spirits de Beaumont {traducido al alemán en 1721 por Arnold) y luego en Hibberts sketches of the philosophy of apparitions, 1824; más tarde, en Hor. Welby's signs before death, 1825, y también en J. C. Hennings, De los espectros y los videntes de espectros, 1780, y en Bierre de Boismont. Un tercer ejemplo lo ofrece la historia, relatada en el libro de Welby recién mencionado {p. 156), de Frau Stephen, que, estando despierta, vio un cadáver que yacía detrás de su silla y algunos días después murió. También se incluyen aquí los casos de la visión de uno mismo por cuanto a veces, aunque no siempre, anuncian la muerte del que se ve. Un caso de esta clase muy curioso e inusualmente bien acreditado lo ha señalado el médico berlinés

35. Según relata Baronius, tras un largo debate sobre la inmortalidad del alma entre Ficino y su amigo, Michael Mercatus, ambos acordaron que el primero en mo-rir se aparecería al otro. Poco después, una mañana en que Mercatus se hallaba en su habitación estudiando, oyó el ruido de un caballo que galopaba en la calle y paró en su puerta: entonces oyó la voz de Ficino diciendo: «Oh, Michael! Vera sunt illa [aquellas cosas eran verdad]>>. Se volvió hacia la ventana y vio a su amigo a caballo. Inmediatamente envió a Florencia a alguien a preguntar por la salud de su amigo, y supo que había muerto a la misma hora en que se le apareció. [N. de la T.]

298

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

Formey en su escrito El filósofo pagano [o pensamientos de Plinio]: se encuentra reproducido en su totalidad en la Deuteroscopia de Horst, vol. 1, p. 115, como también en su Biblioteca de magia, vol.
1. Sin embargo, aquí hay que observar que en realidad la aparición no fue vista por la persona que poco después murió de forma in-sospechada sino solo por sus allegados. Horst, en el tomo segundo de la Deuteroscopia, p. 138, notifica un caso garantizado por él de verdadera visión de sí mismo. Incluso Goethe cuenta que se vio a sí mismo montado a caballo y con un traje con el que ocho años después cabalgó realmente allí mismo (De mi vida, libro 11). Esta aparición, 1 dicho sea de paso, tenía como finalidad consolarle, ya que le hizo verse a sí mismo volviendo después de ocho años a visi-tar a la amada de la que se acababa de despedir dolorosamente, ca-balgando por el camino inverso: así pues, le levantó por un instante el velo del futuro para, en su aflicción, anunciarle el reencuentro.
- Las apariciones de ese tipo no son ya simples alucinaciones sino visiones. Pues, o bien presentan algo real, o se refieren a futuros acontecimientos reales. Por eso son en el estado de vigilia lo que en el dormir los sueños fatídicos que, como antes se dijo, se refieren con la mayor frecuencia al propio estado de salud del que sueña, en especial al desfavorable; - mientras que las meras alucinaciones se corresponden con los habituales sueños sin significado.
El origen de aquellas visiones significativas se ha de buscar en que aquella enigmática facultad cognoscitiva que se esconde en nuestro interior, que no está limitada por las relaciones espaciales y temporales, y que en esa medida es omnisciente, aunque no recae dentro de nuestra conciencia común sino que está cubierta de un velo para nosotros; esa capacidad que, sin embargo, se despoja de su velo en la clarividencia magnética, alguna vez ha vislumbrado algo interesante para el individuo, de lo cual la voluntad, que es el núcleo de todo el hombre, quiere informar al conocimiento cere-bral; pero lo que entonces deviene posible a través de esa operación que raramente logra es que el órgano del sueño emerja en estado de vigilia y así comunique aquel descubrimiento suyo a la concien-cia cerebral en figuras intuitivas, bien de significado directo o bien alegórico. Esto lo consiguió en los casos brevemente citados antes. Todos ellos se refieren al futuro: pero también puede revelarse de ese modo uno que ocurra ahora y que entonces, naturalmente, no podrá referirse a la propia persona sino a otra. Así, por ejemplo, la muerte reciente de un amigo que está lejos se me puede anunciar presentándoseme de repente su figura tan en persona como la de
un vivo; ello sin que el propio muerto necesite cooperar pensando

299

297

298

299

PARERGA Y PARALIPOMENA

activamente en mí, tal y como realmente ocurre, en cambio, en casos de otra I especie que se han de explicar más adelante. Esto lo
he traído aquí a colación a modo de ejemplo, ya que en este aparta-
do en realidad se trata únicamente de las visiones que se refieren al vidente mismo y corresponden a los análogos sueños fatídicos.
5) A aquellos sueños fatídicos que no se refieren al propio esta-do de salud sino a acontecimientos del todo externos corresponden a su vez ciertas visiones que son muy cercanas a las anteriores y no nacen del organismo sino que anuncian los peligros externos que nos amenazan, los cuales con frecuencia pasan sobre nuestras cabe-zas sin que nos percatemos de ellos; en tal caso, no podemos cons-tatar la referencia externa de la visión. Para resultar visibles, las visiones de este tipo requieren varias condiciones, sobre todo que el sujeto en cuestión posea la receptividad adecuada a ellas. Si, por el contrario, y como ocurre la mayoría de las veces, ese requisito se da en el grado inferior, la manifestación resultará meramente audi-ble y tendrá lugar a través de distintos tonos, con mayor frecuencia golpes, que suelen irrumpir en especial durante la noche, casi siem-pre hacia la madrugada, de manera que uno se despierta y ensegui-da percibe en las puertas de su dormitorio unos fuertes golpes que tienen la total claridad de la realidad. Las apariciones [visionen] visibles, en figuras alegóricamente significativas que no se pueden diferenciar de las de la realidad, no se producen hasta que un gran peligro amenaza nuestra vida, o bien cuando hemos escapado feliz-mente de él, con frecuencia sin saberlo con certeza; entonces ellas, por así decirlo, nos desean suerte y nos indican que aún tenemos muchos años por delante. Por último, también aparecen esas visio-nes para anunciar una desgracia inevitable: de esta última clase es la conocida visión de Bruto antes de la batalla de Filipos, presen-tándose como su genio malvado 36

; y también otra muy semejante,
relatada por Valerio Máximo 37 (lib. I, c. 7, 7), de Casio de Parma después de la Batalla de Accio38 • En general, supongo que las visio-nes de esa especie han sido un motivo fundamental para el mito del genio adjudicado a cada cual entre los antiguos, como también del spiritus f amiliaris de la época cristiana. 1 En los siglos medievales se

36. Según Plutarco, Vidas paralelas, antes de la batalla de Filipos se presentó
a Bruto <<un hombre de desmedida estatura y terrible gesto» que le dijo: «Soy, oh Bruto, tu genio malvado, ya me verás en Filipos». [N. de la T.]
3 7. [Factorum et dictorum memorabilium libri.]
38. Poco tiempo antes de ser ejecutado, un hombre negro y de enorme estatura se apareció a Casio y le dijo que era su genio malvado. [N. de la T.]

300

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

intentó explicarlas por los espíritus astrales, tal como lo atestigua el pasaje de Teofrasto Paracelso citado en el tratado anterior 39: «Para comprender bien el f atum hay que decir que cada hombre tiene un espíritu gue mora fuera de él y tiene su asiento en las estrellas superiores. El mismo utiliza los moldes de su maestro: él mismo es el que le presenta los praesagia y los muestra después, ya que estos quedan tras él. Esos espíritus se llaman fatum». En cambio, en los siglos XVII y XVIII, para explicar ese, como muchos otros fenóme-nos, se utilizó la expresión spiritus vitales que, allá donde faltaban los conceptos, se había introducido a tiempo 40 • Está claro que las auténticas causas remotas de las visiones de esa clase no pueden hallarse solamente en el organismo cuando se constata su relación con peligros externos: en adelante investigaré hasta qué punto somos capaces de concebir su conexión con el mundo externo.
6) Las visiones que ya no se refieren al propio vidente y sin embargo representan de forma inmediata, exacta y con frecuencia en todos sus detalles acontecimientos futuros que se presentan a corto o largo plazo son las propias de aquel raro don denomina-do second sight, la segunda visión o deuteroscopia. Una abundante recopilación de informes al respecto se contiene en Deuteroscopia de Horst, segundo volumen, 1830: también se encuentran hechos recientes de esa especie en distintos volúmenes del Archivo sobre magnetismo animal de Kieser. La rara capacidad para visiones de este tipo no se da exclusivamente en Escocia y Noruega sino que también se presenta entre nosotros, en concreto, con referencia a casos de muerte; sobre esto existen informes en Jung-Stilling, Teoría de las ciencias espirituales § 153, etc. También la conocida profe-
cía de Cazotte 41 parece basarse en algo así. Incluso entre los negros
del desierto del Sáhara se encuentra a menudo la segunda visión (véase James Richardson, Narrative of a mission to Central Africa, London, 1853). De hecho, ya en Homero (Od. XX, 351-57) ve-mos representada una auténtica deuteroscopia que tiene incluso
una extraña semejanza con la historia de Cazotte. 1 También Heró- 300 doto, l. VIII, c. 65, relata una completa deuteroscopia. - Así pues,
en esta segunda visión, la videncia [Vision], que aquí como siempre nace ante todo del organismo, alcanza el máximo grado de verdad

39. Véase pp. 224-225 [p. 236]. [N. de la T.]
40. Cf. Fausto I, 1995-1996. [N. de la T.]
41. Jacques Cazotte, escritor francés, en una cena de gala en París, a principios de 1788, predijo ante un grupo de nobles, escritores, y cortesanos la Revolución Francesa y el modo exacto en que algunos de ellos habían de morir. [N. de la T.]

301

301

PARERGA Y PARALIPOMENA

real y objetiva, y delata así una relación entre nosotros y el mundo externo de clase totalmente distinta a la de la usual relación física. En cuanto estado de vigilia, marcha en paralelismo con el grado superior de la clarividencia sonámbula. En realidad es un completo
sueño perceptivo en la vigilia, o al menos en un estado que irrumpe durante pocos instantes en medio de esta. Tampoco la videncia de la segunda visión, al igual que el sueño perceptivo, es en muchos casos teoremática sino alegórica o simbólica, aunque -lo cual es suma-mente curioso- sigue unos símbolos fijos que aparecen en todos los videntes con el mismo significado, símbolos que se encuentran es-pecificados en el mencionado libro de Horst, volumen 1, pp. 63-69, como también en elArchivo de Kieser, volumen VI, 3, pp. 105-108.
7) La contrapartida de las visiones referentes al futuro que aca-bamos de examinar la ofrecen aquellas que traen el pasado, en concreto las figuras de las personas que vivieron en tiempos, ante el órgano del sueño que se abre en la vigilia. Es bastante seguro que pueden estar causadas por los restos de los cadáveres que se en-cuentran en las cercanías. Esta importante experiencia a la que se puede reducir una gran cantidad de apariciones de espectros tiene su acreditación más sólida e inusualmente segura en una carta del profesor Ehrmann, el yerno del poeta Pfeffel, que se reproduce in extenso en el Archivo de Kieser, volumen 10, número 3, pp. 151ss.: algunos extractos de la misma se encuentran en muchos libros, por ejemplo en El sonambulismo de F. Fischer, volumen 1, p. 246. No obstante, también se puede confirmar de otras maneras, a tra-vés de muchos casos que son reductibles a ella: quisiera citar aquí algunos de ellos. En primer lugar se incluye aquí la historia del pastor Lindner, de la que se informa igualmente en aquella carta, también de buena fuente, y que se ha repetido en muchos libros, entre otros en La vidente de Prevorst (vol. 2, p. 98 de la 1.ª ed. y p. 356 de la 3.ª ed.); de esa clase es también una historia transmitida en el citado libro de Fischer (p. 252) por él mismo, según testigos oculares, y que I él narra para corregir un breve informe al respec-to que se encuentra en La vidente de Prevorst (p. 358 de la 3.ª ed.). Luego, en G. I. Wenzel, Conversaciones sobre las más llamativas apariciones espectrales recientes, de 1800, ya en el primer capítu-lo encontramos siete historias de apariciones que en su totalidad tienen como causa los restos de los muertos que se encuentran en las cercanías. La historia de Pfeffel es la última de ellas: pero tam-bién las demás tienen todos los visos de verdad y en ningún caso de invención. Además, todas ellas narran una mera aparición de la figura del muerto sin ulterior desarrollo ni conexión dramática. De

302

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

ahí que merezcan toda atención con respecto a la teoría de esos fenómenos. Las explicaciones racionalistas que de ellos ofrece el autor pueden servir para poner claramente de manifiesto la insufi-ciencia de tales soluciones. También se ha de incluir aquí la cuarta observación del libro de Bierre de Boismont antes citado; y no en menor medida, algunas de las historias de apariciones que nos han transmitido los escritores antiguos, por ejemplo, la que cuenta Pli-nio el Joven (l. VII, epíst. 27), curiosa ya por el hecho de que tiene el mismo carácter que innumerables otras de la época moderna. En todo semejante a ella, incluso quizás simplemente otra versión de la misma, es la que expone Luciano en el Philopseudes, capítulo 31. Luego es de ese tipo la narración de Damón en el primer capítulo del Cimón de Plutarco; y también lo que Pausanias (Attica I, 32) dice del campo de batalla en Maratón; con ello se puede compa-rar lo que narra Brierre en la p. 590; por último, las indicaciones de Suetonio en Calígula, capítulo 59. En general, a la experiencia que aquí examinamos podrían reducirse casi todos aquellos casos en los que los espectros se aparecen siempre en el mismo lugar y el fantasma está ligado a una determinada localización: iglesias, cementerios, campos de batalla, escenarios de crímenes, patíbu-los, y aquellas casas que precisamente por eso tienen mala fama, en las que nadie quiere vivir, y que siempre se encuentran acá o allá: también yo he visto en mi vida varios de esos lugares. Tales localizaciones han dado ocasión al libro del jesuita Petrus Thyraeus De inf estis, ob mol estantes daemoniorum et defunctorum spiritus, locis, Colonia, 1598. - 1 Pero el hecho más singular de esa clase lo ofrece quizá la observación 77 de Brierre de Boismont. Como confirmación que cabe tener en cuenta de la explicación de tantas apariciones espectrales aquí ofrecida, y hasta como un miembro intermedio que conduce a ella, puede considerarse la visión de una sonámbula de la que se informa en los Diarios de Prevorst de Ker-ner, colección 10, p. 61: a esta, en efecto, se le presentó repenti-namente una escena doméstica, exactamente descrita por ella, que podía haber ocurrido allí más de cien años antes, ya que las perso-nas descritas por ella se asemejaban a retratos existentes que ella nunca había visto.
Sin embargo, la importante experiencia básica que aquí exami-
namos, a la que todos esos procesos son reductibles y que yo deno-mino retrospective second sight41, ha de quedar como un fenómeno originario; porque hasta ahora carecemos de medios para expli-

42. [Segunda visión retrospectiva.]

303

302

303

PARERGA Y PARALIPOMENA

carla. Entretanto se la puede relacionar estrechamente con otro fenómeno, ciertamente igual de inexplicable; pero con eso ya ha-bremos ganado mucho, porque entonces en vez de dos magnitudes desconocidas tendremos una; esta ventaja es análoga a aquella otra
tan famosa que hemos logrado al reducir el magnetismo animal a la electricidad. En efecto, así como un sonámbulo clarividente en alto grado no está limitado en su percepción ni siquiera por el tiempo, sino que de vez en cuando prevé también acontecimientos futuros y que se producen de una manera completamente casual; así como eso mismo es logrado de forma aún más llamativa por los deuteroscopistas y los videntes de muertos; y así como, por lo tan-to, acontecimientos que en nuestra realidad empírica todavía no se han producido pueden, desde la noche del futuro, actuar sobre ta-les personas y recaer en su percepción, también acontecimientos y hombres que una vez existieron realmente pueden muy bien, aun-que ya no existan, actuar sobre personas especialmente predispues-tas a ello y así, igual que aquellos manifestaban un efecto retros-pectivo [Vorwirkung], manifestar uno posterior [Nachwirkung]; de hecho esto es menos inconcebible que aquello, sobre todo cuando tal concepción está mediada e introducida por algo material, como acaso los restos mortales aún realmente existentes de las personas percibidas, o cosas que estaban en estrecha conexión con ellas: sus ropas, el aposento que ocupaban I o aquello a lo que estaban ape-gados, el tesoro oculto; ello, de forma análoga a como el sonámbu-lo altamente clarividente en ocasiones simplemente a través de un medio de conexión corporal, por ejemplo, un paño que el enfermo ha tenido algunos días sobre el cuerpo desnudo (Archivo de Kieser 111, 3, p. 24) o un bucle de cabello cortado, se pone en rapport con personas lejanas sobre cuyo estado de salud debe informar, obteniendo así una imagen de ellas; caso este que es muy cercano a aquel del que hablamos. Según esta opinión, las apariciones espec-trales ligadas a determinadas localizaciones o a los restos mortales que en ellas se encuentran no serían más que las percepciones de una deuteroscopia vuelta hacia atrás, es decir, dirigida hacia el pa-sado, - a retrospective second sight: por consiguiente, serían con toda propiedad lo que ya los antiguos (cuya representación del Rei-no de las Sombras quizás haya tenido su origen en las apariciones de espectros: véase Odisea XXIV) las llamaron: sombras, umbrae,
"s: 'I , , , , , 43 (d siuw/\.a xaµov1:wv, - vsxuwv aµsv11va xap11va, - manes e

43. [Sombras, imágenes de los muertos (Ilíada XXIII, 72); débiles cabezas de difuntos (Odisea X, 521); despojos mortales.]

304

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

manere, algo así como restos), es decir, ecos de pasados fenómenos de este mundo fenoménico nuestro que se presenta en el tiempo y el espacio, haciéndose perceptibles al órgano del sueño: en los casos más raros, durante el estado de vigilia; con más facilidad, mientras se duerme, en forma de meros sueños; y sobre todo, en el profundo sueño magnético, cuando en él el sueño se ha elevado a vigilia durmiente y esta, a clarividencia; pero también en la vigilia durmiente natural que se mencionó al principio, que fue descrita como sueño perceptivo del entorno inmediato del que duerme y que precisamente debido a la aparición de tales figuras extrañas se da a conocer ante todo como diferente al estado de vigilia. En efec-to, en esa vigilia durmiente se presentarán ante todo las figuras de aquellas personas muertas cuyo cadáver permanece aún en la casa; del mismo modo que, en general, según la ley de que esa deuteros-copia hacia atrás se inicia a través de los restos de los muertos, la imagen de un difunto se puede aparecer con la mayor facilidad a la persona predispuesta a ello, incluso en estado de vigilia, mientras aquel no haya sido aún enterrado; aunque también después es per-cibido a través del órgano del sueño.
Conforme a lo dicho, va de suyo que I a un fantasma que se aparece de ese modo no se le puede atribuir la realidad inmediata de un objeto presente, si bien indirectamente se basa en una realidad, a saber: lo que ahí se ve no es en modo alguno el difunto sino un simple 8t8wÁ.ov, una imagen del que una vez existió, surgiendo en el órgano del sueño de un hombre predispuesto a ello con ocasión de algún resto, de alguna huella que ha quedado atrás. Por eso no tiene más realidad que la aparición de aquel que se ve a sí mismo o que es percibido por otros en un lugar en que no se encuentra. Ca-sos de esa clase son conocidos a través de testimonios fidedignos, algunos de los cuales se encuentran recogidos en la Deuteroscopia de Horst, volumen 2, sección 4: también se incluye ahí el mencio-nado testimonio de Goethe; e igualmente, el hecho no infrecuente de que los enfermos, cuando están cerca de la muerte, se figuran estar duplicados en la cama. «¿Qué tal?», preguntó aquí hace no mucho tiempo un médico a su enfermo, que yacía grave: «Mejor ahora, desde que estamos dos en la cama», fue la respuesta: poco después murió. - Por consiguiente, una aparición espectral de la clase que aquí examinamos se halla en una relación objetiva con el anterior estado de la persona que se aparece, pero en modo algu-
no con el estado presente: pues este no tiene parte activa en ella;
por eso tampoco se puede inferir de ella una perpetua existencia individual. Con la explicación ofrecida concuerda el hecho de que

305

304

305

PARERGA Y PARALIPOMENA

los difuntos que así se aparecen son vistos de ordinario vestidos
y con el traje que era habitual en ellos, como también que con el asesino se aparece el asesinado, con el jinete, el caballo, etc. Entre
las visiones de ese tipo se han de contar probablemente la mayoría
de los fantasmas vistos por la vidente de Prevorst, si bien las con-versaciones que mantuvo con ellos se han de considerar obra de su propia imaginación, que proporcionó el texto a esa muda proce-sión (dumb shew) y con ello, una explicación de la misma con sus propios medios. En efecto, el hombre se esfuerza por naturaleza en explicarse de algún modo todo lo que ve, o al menos darle alguna coherencia y hasta hacerlo hablar en sus pensamientos; por eso los niños ponen a dialogar incluso a las cosas inertes. En consecuencia, la vidente I misma era, sin saberlo, el apuntador de aquellas figuras que se le aparecían; su imaginación se ponía en aquella clase de actividad inconsciente con la que nosotros en el habitual sueño sin significado dirigimos y disponemos los acontecimientos, a veces incluso tomando la ocasión para ello de las circunstancias objetivas casuales, acaso de una opresión que sentimos en la cama, de un so-nido u olor que nos llega de fuera, etc., conforme a las cuales luego soñamos largas historias. Para ilustrar esa dramaturgia de la viden-te, véase lo que en el Archivo de Kieser, vol. 11, n. 0 1, p. 121, Ben-de Bendsen cuenta de su sonámbula, a la que en ocasiones durante el sueño magnético se le aparecían sus conocidos vivos, y entonces mantenía con ellos largas conversaciones en voz alta. Ahí se dice: «Entre las muchas conversaciones que mantenía con los ausentes es característico lo siguiente: durante las supuestas respuestas, ella callaba, aparentaba una tensa atención, incorporándose en la cama hacia un lado determinado para escuchar las respuestas de los otros y aproximándose luego con sus réplicas. Ahí se representó la pre-sencia de la vieja Karen con su criada y habló alternativamente con una y otra. - - El aparente desdoblamiento de la propia persona-lidad en tres diferentes, tal y como es habitual en el sueño, llegaba ahí tan lejos que yo no podía entonces convencer a la durmiente de que ella misma era las tres personas». Así pues, de este tipo son, en mi opinión, las conversaciones con espectros de la vidente de Prevorst; y esta interpretación encuentra una sólida confirmación en la inexpresable insulsez del texto de aquellos diálogos y dramas, que solo corresponden al horizonte representativo de una igno-rante muchacha de montaña y a la metafísica popular que se le ha inculcado, y a los que solo es posible atribuir una realidad objetiva bajo el supuesto de un orden mundano tan ilimitadamente absurdo y hasta indignantemente estúpido, que tendríamos que avergon-

306

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

zarnos de pertenecer a él. - Pero si el ingenuo y crédulo Justinus Kerner no hubiera mantenido para sí una ligera sospecha del ori-
gen de aquellas conversaciones espectrales aquí señalado, no habría tenido siempre y en cada ocasión la irresponsable ligereza I de no 306 buscar con todo ahínco y celo los objetos materiales indicados por
los espectros -por ejemplo, escribanías en sótanos de las iglesias, cadenas de oro en las bóvedas de los castillos, niños enterrados en
las caballerizas-, en lugar de desistir de ello por causa de los más leves obstáculos. Pues ello habría arrojado luz sobre el tema.
En general, opino que la mayor parte de las apariciones de muertos vistas realmente pertenecen a esta categoría de las visio-nes y, en consecuencia, les corresponde una realidad pasada, pero en modo alguno presente, realmente objetiva: así, por ejemplo, la aparición del presidente de la Academia de Berlín, Maupertuis, en la sala de esta, vista por el botánico Gleditsch y citada por Nikolai en su exposición ya mencionada ante esa misma Academia; tam-bién la historia, expuesta por Walter Scott en la Edinbourg Review y repetida por Horst en la Deuteroscopia, volumen 1, p. 113, del Landammann 44 que al entrar en la biblioteca pública vio a su pre-decesor en un solemne pleno del ayuntamiento, sentado en el sillón presidencial y rodeado solamente de muertos. De algunas narracio-nes afines a estas resulta también que la ocasión objetiva para las visiones de esta clase no tiene que ser necesariamente el esqueleto o cualquier otro resto de un cadáver, sino que también otras cosas que han estado en estrecho contacto con el muerto son capaces de causarlas: así, por ejemplo, en el libro de G. l. Wenzel antes citado, entre las siete historias que se incluyen encontramos seis en las que la causa son los cadáveres, pero una en la que la simple chaqueta que siempre llevaba el muerto y que fue guardada inmediatamente después de su muerte, cuando fue sacada después de varias sema-nas provocó su aparición en persona ante la espantada viuda. Por lo tanto, podría ser que también débiles rastros apenas perceptibles por nuestros sentidos, como, por ejemplo, gotas de sangre hace tiempo empapadas por el suelo, o quizás el simple lugar rodeado
de muros donde uno sufrió una muerte violenta en medio de un
gran miedo o desesperación, bastasen para suscitar la deuterosco-
pia retrospectiva en quienes están predispuestos a ello. Puede que
con esto guarde relación también la opinión de los antiguos, citada
por Luciano (Philopseudes cap. 29), de que solamente los muertos
de muerte violenta I pueden aparecerse. En no menor medida, un 307

44. Gobernador en algunos cantones suizos. [N. de la T.]

307

308

PARERGA Y PARALIPOMENA

tesoro que el muerto hubiera enterrado y vigilado temerosamente
en todo momento, al que se hubieran dirigido todavía sus últimos pensamientos, podría ofrecer la ocasión objetiva de una visión así,
la cual entonces posiblemente resultaría hasta lucrativa. En cierta medida, las mencionadas ocasiones objetivas desempeñan en ese conocimiento del pasado a través del órgano del sueño el papel que en el pensamiento normal otorga el nexus idearum45 a sus ob-jetos. Por lo demás, de las percepciones de que aquí hablamos, al igual que de todas las percepciones mediante el órgano del sueño posibles en vigilia, rige la regla de que llegan a la conciencia con más facilidad bajo la forma de lo audible que de lo visible; por eso los relatos de sonidos que a veces se oyen en este o aquel lugar son mucho más frecuentes que los de apariciones visibles.
Cuando en algunos ejemplos de la clase que aquí considera-mos se cuenta que los muertos aparecidos han revelado a quien los ve hechos hasta entonces desconocidos, eso no se ha de ad-mitir hasta obtener los testimonios más seguros, debiéndose has-ta entonces dudar al respecto: pero entonces se podría al menos explicar mediante ciertas analogías con la clarividencia de los so-námbulos. En efecto, algunos sonámbulos en casos aislados han dicho a los enfermos que se les han presentado por qué motivo totalmente casual habían contraído hacía tiempo su enfermedad, y de ese modo les han traído a la memoria el acontecimiento casi olvidado. (Ejemplos de este tipo son, en el Archivo de Kieser vol. 3, parte 3, p. 70, el horror ante la caída de una escalera y, en la Historia de dos sonámbulos de J. Kerner, p. 189, la observación que se hace al muchacho de que en tiempos pasados ha dormido con una persona epiléptica.) También se incluye aquí el hecho de que algunos clarividentes, a partir de un bucle o de una capa que ha llevado un paciente al que nunca han visto, lo hayan reconoci-do correctamente a él y su estado. En las memorias del viaje a Lon-dres y París, de Merck, Hamburgo 1852, se cuenta cómo Alexis, a partir de una carta, reconoce exactamente la situación actual de quien la escribe, y de una vieja bolsa de alfileres, la de la difunta que la dejó. 1 -Así pues, ni siquiera las revelaciones demuestran realmente la presencia de un muerto.
Asimismo, el hecho de que la aparición de un muerto sea a veces vista y oída por dos personas se puede remitir a la conocida capacidad de contagio tanto del sonambulismo como de la segunda visión.

45. [Asociación de ideas.]

308

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

Según ello, dentro del presente apartado habríamos explicado
al menos la mayoría de las apariciones acreditadas de figuras de muertos, en la medida en que las hemos reducido a un fundamento común, la deuteroscopia retrospectiva, que es innegable en muchos de tales casos, en particular los citados al comienzo de este aparta-do. - Sin embargo, ella misma es un hecho muy infrecuente y que no tiene explicación. Pero en algunas cosas hemos de conformar-nos con una explicación de esa clase; así, por ejemplo, todo el gran sistema de la teoría de la electricidad consiste simplemente en una subordinación de variados fenómenos bajo un fenómeno origina-rio que permanece totalmente inexplicado.
8) Nuestro pensar con viveza y nostalgia en otra persona es ca-paz de suscitar en nuestro cerebro la visión de su figura, no como un mero fantasma sino de tal modo que está ante nosotros en persona e indistinguible de la realidad. En concreto son los moribundos los que manifiestan esa capacidad, y por eso se aparecen en la hora de su muerte a sus amigos ausentes, incluso a varios en distintos luga-res al mismo tiempo. El caso ha sido narrado y acreditado con tan-ta frecuencia y desde tan distintos lados, que yo lo tomo sin vacilar por fácticamente fundado. Un ejemplo muy cortés y representado por personas distinguidas se encuentra en Jung-Stilling, Teoría de las ciencias espirituales, § 198. Dos casos especialmente asombro-sos son también la historia de la señora Kahlow, en el libro de Wenzel antes mencionado, p. 11, y la de Hofprediger, en el libro de Hennings también citado, p. 329. Uno totalmente nuevo puede ser el siguiente: hace poco murió de noche, aquí en Frankfurt, en el hospital judío, una criada enferma. Por la mañana temprano, su hermana y su sobrina, una de las cuales vive aquí y la otra a una milla de aquí, se presentaron ante sus amos para preguntar por ella, ya que I por la noche se les había aparecido a ambas. El guarda del hospital, a cuyo informe se debe este hecho, aseguró que tales casos ocurrían a menudo. El mencionado libro Historia de Auguste Müller en Karlsruhe informa, y también lo reproduce el Archivo de Kieser, III, 3, p. 118, que una sonámbula clarividente, que al llegar al grado máximo de clarividencia cayó en una catalepsia semejante a la muerte aparente, se apareció en persona a su amiga. De otra aparición intencionada de la misma persona se informa, a partir de una fuente totalmente fidedigna, en el Archivo de Kieser, VI, 1, p.
34. - Mucho más infrecuente es, en cambio, que personas en ple-
no estado de salud sean capaces de producir ese efecto, aunque no faltan informes fidedignos al respecto. El más antiguo lo ofrece san Agustín, de segunda mano pero, según asegura él, muy fiable, en

309

309

310

PARERGA Y PARALIPOMENA

De civ.[itate] Dei XVIII, 18, a raíz de las palabras: Indicavit et alius
se domi suae, etc.46• Aquí, en efecto, lo que uno sueña le aparece al
otro en la vigilia, en forma de una visión que él toma como reali-
dad: un caso del todo análogo a este lo comunica (sin que parezca
haber conocido a Agustín) el Spiritual Telegraph de América, del 23 de septiembre de 1854; Dupotet ofrece su traducción al francés en su Traité complet du magnétisme, 3eme. édit., p. 561. Un caso más reciente de esta clase se ha adjuntado al último informe citado del Archivo de Kieser (VI, 1, 35). Jung-Stilling, en su Teoría de las ciencias espirituales, § 101, narra una asombrosa historia de este tipo pero sin indicar la fuente. Varias de ellas ofrece Horst en su Deuteroscopia, volumen 2, sección 4. Pero un ejemplo muy curioso de la capacidad para tales apariciones, además heredada del padre al hijo y practicada por ambos con mucha frecuencia, aun sin pro-ponérselo, se encuentra en el Archivo de Kieser volumen VII, n. 0 3, p. 158. Otro más antiguo y del todo semejante a él se halla en Pen-samientos sobre la aparición de espectros de Zeibich, 1776, p. 29, y reproducido en Hennings, De los espectros y los videntes de es-pectros, p. 746. Puesto que ambos han sido con certeza narrados independientemente uno de otro, sirven de mutua confirmación en esta cuestión tan asombrosa. También en la Revista de antro-

pología de Nasse, IV, 2, p. 11, el profesor Grohmann I informa de un caso así. Igualmente, en Horace Welby's signs before death, London 1825, se encuentran algunos ejemplos de apariciones de hombres vivos en lugares donde solo estuvieron presentes con sus pensamientos: por ejemplo, pp. 45 y 88. Especialmente fidedignos parecen los casos narrados por el muy honrado Bende Bendsen en el Archivo de Kieser, VIII, 3, p. 120, bajo el título «Dobles» [Doppelganger]. - A estas visiones que se producen en la vigilia corresponden en el estado de dormición los sueños simpatéticos, es decir, los que se transmiten in distans, y que por consiguiente son soñados al mismo tiempo y de forma pareja por dos personas. Los ejemplos de ellos son bastante conocidos: una buena recopilación de los mismos se encuentra en E. Fabius, De somniis § 21, y entre ellos hay uno especialmente bonito narrado en holandés. Además, en el Archivo de Kieser, volumen VI, n. 0 2, p. 135, se encuentra un notable artículo de H. M. Wesermann que informa de cinco casos en los que él intencionadamente, a través de su voluntad, había pro-vocado sueños exactamente determinados en otros: pero dado que en el último de esos casos la persona afectada no se había ido aún

46. [Otro señaló que él en su casa ...]

310

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

a la cama, vio la aparición que aquel había proyectado, junto con otra que se hallaba a su lado, en vigilia y como una realidad. Por consiguiente, al igual que en esos sueños, también en esa clase de visiones en vigilia el medio de la intuición es el órgano del sueño. Como miembro intermedio de ambas clases se puede considerar la historia contada por san Agustín que antes se mencionó, por cuan-to a uno se le aparece en la vigilia lo que el otro simplemente sueña que hace. Dos casos totalmente afines a estos se encuentran en Hor. Welby's signs before death, pp. 266 y 297; el último está tomado de Sinclair's invisible world. Así pues, está claro que las visiones de este tipo, por muy engañosas que sean y real que se presente la persona que se aparece en ellas, no se producen en modo alguno a través del influjo exterior sobre los sentidos, sino en virtud de una acción mágica de la voluntad de aquel de quien proceden sobre el otro, es decir, sobre el ser en sí de un organismo ajeno, que de este modo sufre desde dentro un cambio que entonces, actuando sobre su cerebro, provoca la imagen del que así actúa con la misma viva-cidad con que solo podría hacerlo una acción a través de los I rayos luminosos reflejados desde su cuerpo a los ojos del otro. Precisamente los «dobles» que aquí hemos mencionado, en los que la persona que se aparece está notoriamente viva pero ausen-te, y además por lo regular no sabe de su aparición, nos ofrecen el correcto punto de vista para las apariciones de moribundos y muertos, esto es, para los fenómenos espectrales propiamente di-chos, por cuanto nos enseñan que un presente inmediatamente real como el de un cuerpo que actúa sobre los sentidos no es en modo alguno su supuesto necesario. Precisamente este supuesto consti-tuye el error fundamental de todas las anteriores interpretaciones de los fenómenos espectrales, tanto en su impugnación como en su afirmación. Aquel supuesto se debe a su vez a haberse instalado en el punto de vista del espiritualismo en vez de en el del idealis-mo47. En efecto, de acuerdo con aquel se partía de la suposición, totalmente injustificada, de que el hombre consta de dos sustancias radicalmente diferentes: una material, el cuerpo, y otra inmaterial, la denominada alma. Tras la separación de ambas en la muerte, la última, aunque inmaterial, simple e inextensa, debía existir en el espacio, en particular, moverse, andar caminando, y actuar des-
de fuera sobre los cuerpos y sus sentidos, exactamente igual que
un cuerpo, y en consecuencia presentarse también como él; y, por

47. Véase El mundo como voluntad y representación volumen 2, p. 15 [3.ª ed.,
p. 16].

311

311

312

PARERGA Y PARALIPOMENA

supuesto, ello tiene como condición la misma presencia real en el espacio que tiene un cuerpo visto por nosotros. A esa insostenible visión espiritualista de los fenómenos espectrales se dirigen todas
las controversias racionales sobre los mismos, como también la elu-cidación crítica que hace Kant del tema y que constituye la parte primera o teórica de sus Sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica 48• Así pues, esta visión espiritualista, este supuesto de una sustancia inmaterial y, sin embargo locomotora, que asimismo, al modo de la materia, actúa sobre los cuerpos y por tanto también en los sentidos, se ha de abandonar por completo para alcanzar una correcta visión de todos los fenómenos que aquí nos interesan; y en su lugar hemos de conquistar el punto de vista idealista, 1 desde el cual vemos todas esas cosas a una luz total-mente distinta y obtenemos diferentes criterios de su posibilidad. Asentar la base para ello es justamente el fin del presente tratado.
9) El último caso que se incluye en nuestra consideración se-ría que la acción mágica descrita en el apartado anterior pudiera ejercitarse aún después de la muerte, con lo que entonces tendría lugar una verdadera aparición espectral mediante acción directa, es decir, en cierto modo la presencia real y personal de un muerto, la cual permitiría también una reacción sobre él. La negación a priori de cualquier posibilidad de esa clase y la consiguiente burla de su afirmación contraria no pueden basarse sino en la convicción de que la muerte es la aniquilación absoluta del hombre; a no ser que se apoye en el dogma protestante según el cual los espíritus no se pueden aparecer porque, según la fe o incredulidad que hayan pro-fesado durante los pocos años de la vida terrena, inmediatamente después de la muerte habrán caído para siempre en el cielo, con sus alegrías eternas, o en el infierno con sus eternos tormentos; pero de ninguno de los dos pueden salir hacia nosotros; de ahí que, según la fe protestante, todas las apariciones de esa clase procedan de demonios o de ángeles, pero no de espíritus humanos; así lo ha expuesto en detalle y profundidad Lavater, De spectris, Genevae 1580, pars 11, cap. 3 et 4. En cambio, la iglesia católica, que ya en el siglo VI, en concreto a través de Gregorio Magno, de forma

48. Triiume eines Geistersehers ... Traduzco Geisterseher como «visionario», conforme a la habitual traducción del título de la obra kantiana. Sin embargo, hay que hacer notar que ambos conceptos no tienen exactamente el mismo significado: Geisterseher significa el que tiene la facultad de ver visiones o apariciones de espec-tros, mientras que visionario es, según la R.A.E., «el que, por su fantasía exaltada, se figura y cree con facilidad cosas quiméricas>> o «el que se adelanta a su tiempo o tiene visión de futuro». [N. de la T.]

312

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

muy razonable había corregido aquel dogma indignante y absurdo introduciendo el Purgatorio entre aquella desesperada alternativa, admite la aparición de los espíritus que moran provisionalmente en él y, excepcionalmente, también de otros, según se puede apreciar en detalle en la obra de Petrus Thyraeus ya mencionada, De locis infestis, pars 1, cap. 3, sqq. Con el anterior dilema los protestantes incluso se vieron obligados a mantener a toda costa la existencia del diablo, simplemente porque no podían prescindir de él para explicar las innegables apariciones de espectros: por eso ya a co-mienzos del siglo pasado los negadores del diablo eran llamados adaemonistae casi con el mismo pius horror con que I aún hoy en día se les llama atheistae: y al mismo tiempo, conforme a ello, por ejemplo, en C. F. Romani schediasma polemicum, an dentur spectra, magi et sagae, Lips. 1703, ya de antemano se define a los espectros como apparitiones et territiones Diaboli externae, quibus corpus, aut aliud quid in sensus incurrens sibi assumit, ut homines infestet 49• Quizás esto se relacione con el hecho de que los procesos contra las brujas, que como es sabido presuponen un pacto con el diablo, hayan sido mucho más frecuentes entre los protestantes que entre los católicos. - No obstante, al margen de tales visiones mi-tológicas dije antes que el rechazo a priori de la posibilidad de una aparición real de los muertos solo puede fundarse en la convicción de que con la muerte el ser humano se convierte enteramente en nada. Pues mientras esta falte, no se puede alcanzar a ver por qué un ser que todavía existe de algún modo no hubiera de manifestar-se también de algún modo y poder actuar sobre otro, aun cuando se halle en un estado diferente. Por eso es tan consecuente como ingenuo el que Luciano, tras haber narrado cómo Demócrito no se había dejado confundir un solo instante por la mascarada espiritis-ta que se había preparado para espantarle, añada: oü1:w l3cl3aÍw<; énÍCrtcUc, µr¡8ev civat 1:d<; \jluxd<; E'tl, E~ú) ycvoµ8VU<; 'tCOV crwµchwv50 (Adeo persuasum habebat, nihil adhuc esse animas a corpore separatas), Philops. 32. - Si, en cambio, en el hombre existe aún algo indestructible además de la materia, entonces no se puede entender, al menos a priori, que aquello que produjo el asombroso fenómeno de la vida, a la terminación de esta fuera totalmente incapaz de cualquier acción sobre lo que todavía vive.

49. [Apariciones y amedrentamientos externos del diablo, en los que asume un
cuerpo o cualquier otra cosa perceptible con los sentidos, para acosar a los hombres.]
50. [Con tanta seguridad sabía que en modo alguno pueden existir las almas
separadas de los cuerpos.]

313

313

314

PARERGA Y PARALIPOMENA

Por consiguiente, el asunto solo podría decidirse a posteriori, por la experiencia: mas esto resulta tanto más difícil cuanto que, al mar-
gen de todos los engaños intencionados e inintencionados de los informantes, incluso la visión real en la que se presenta un muerto puede muy bien pertenecer a una de las ocho clases que he enume-rado hasta ahora; por eso quizás siempre ocurra así. E incluso en el caso de que tal aparición haya revelado cosas que nadie podía saber, entonces, como consecuencia del análisis ofrecido al final del

apartado 7, ello se podría interpretar como la forma que I habría asumido la revelación de una clarividencia sonámbula espontánea; si bien no se puede demostrar con seguridad la ocurrencia de tal cosa en la vigilia, o simplemente con un completo recuerdo del estado sonámbulo, sino que tales revelaciones, hasta donde yo sé, siempre llegan únicamente a través de los sueños. Entretanto, pue-de haber circunstancias que hagan también imposible tal interpre-tación. Por eso hoy en día, cuando las cosas de ese tipo son vistas con mucha más imparcialidad que nunca, y por tanto también se transmiten y hablan con mayor audacia, podemos esperar la obten-ción de explicaciones empíricas decisivas sobre este tema.
Desde luego, algunas historias de espectros son de tal índole que cualquier interpretación de otro tipo presenta una gran difi-cultad tan pronto como no se las considera totalmente ficticias. Pero contra esto último habla en muchos casos, por una parte, el carácter del narrador original y, por otra, el sello de honradez y franqueza que lleva su exposición; pero más que nada, la completa semejanza en los detalles peculiares y la naturaleza de las presuntas apariciones, por muy alejados que estén entre sí las épocas y países de los que proceden los informes. Esto se hace patente en grado máximo cuanto afecta a circunstancias especiales que se producen a veces en las visiones y que no se han conocido hasta la época re-ciente como consecuencia del sonambulismo magnético y de la más exacta observación de todas esas cosas. Un ejemplo de esta clase se puede encontrar en la ilusoria historia de espectros del año 1697 que narra Brierre de Boismont en su Observación 120: la circuns-tancia de que, aunque el joven habló tres cuartos de hora con el espíritu de su amigo, solo le resultaba visible su mitad superior. En efecto, esta aparición parcial de figuras humanas se ha confirmado en nuestra época como una peculiaridad que se produce a veces en visiones de esa clase; por eso también Brierre, en las páginas 454 y 4 7 4 de su libro, la cita sin referencia a aquella historia como un fe-nómeno no infrecuente. También Kieser (Archivo III, 2, 139) refie-re la misma circunstancia en el muchacho Arst, si bien la atribuye a

314

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

que presuntamente ve con la punta de la nariz. En consecuencia, en
la historia antes mencionada esta circunstancia ofrece la I prueba 315 de que el joven al menos no se había inventado la aparición: pero
es difícil explicarla de otro modo que por la acción que su amigo, ahogado el día anterior en un paraje lejano, le había prometido y entonces cumplía. - Otra circunstancia de la clase mencionada
es la finalización de las apariciones en cuanto se fija a propósito la atención en ellas. Esto se encuentra ya en el pasaje de Pausanias an-tes citado acerca de las apariciones audibles en el campo de batalla de Maratón, que solo eran percibidas por los que estaban allí por casualidad, pero no por quienes habían ido expresamente a ello. Observaciones análogas de la época más reciente las encontramos en varios pasajes de La vidente de Prevorst (p. ej., vol. 2, p. 10 y p. 38), donde eso se explica diciendo que lo que el sistema ganglionar percibe es enseguida impugnado por el cerebro. Según mi hipótesis se explicaría por la repentina inversión del sentido de la vibración de las fibras cerebrales. - Quisiera aquí de paso hacer notar una coincidencia muy llamativa de esa clase: en efecto, Pothius dice en su artículo Damascius: yuv11 Ícpd, ScÓµmpav Éx,oucra <pÚcrt v 1tapa'A,oyo'td'tr¡v· ú8wp yap éyx,Éoucra a,xpat<pve<; 1tO'tr¡pÍcp 'tlVt

'tCúV úa'A, Ívwv, Éropa xa'ta 'tOU ú8a't0<; ElCTú) 'tOU 1tO'tr¡pÍou \ 1 ~ , f 1 \ ,,,,. , \ 'ta <pacrµa'ta 'tú)V EcroµEVWV 1tpayµa'tWV, xat 1tp0UAEYEV ano
~ ,, ' 1 tf ,, ",", " (\ f < e;:' ~ 't1'l<; O\jlEW<; au'ta, a1tEp Eµt/\,1\,CV ECTECT'7at 1taV'twc;· 1'l uE 1tEtpa 'tOU npdyµa'to<; oux ÉAaSEv r¡µéic;51. Exactamente lo mismo, por muy incomprensible que resulte, refiere la vidente de Prevorst en la página 87 de la tercera edición. - El carácter y tipo de las aparicio-nes espectrales es tan definido y peculiar que quien tiene práctica, al leer una de tales historias, puede juzgar si está inventada, si se debe a una ilusión óptica o si ha sido una visión real. Es deseable y de esperar que pronto podamos disponer de una colección de historias espectrales chinas, a fin de ver si no tienen también en esencia el mismo tipo y carácter de las nuestras, e incluso si no muestran una gran coincidencia en las circunstancias accesorias y
los pormenores; lo cual entonces, dentro de tan general diferencia
de costumbres y creencias, ofrecería una sólida acreditación del
1 fenómeno que nos ocupa. Que los chinos tienen la misma re- 316

51. [«Había una mujer santa que tenía una disposición incomprensible otorga-
da por Dios: pues, tras haber vertido agua limpia en un vaso de cristal, en el fondo
del vaso veía las apariciones de los acontecimientos futuros y según lo que había
visto los presagiaba tal como ocurrirían; y no nos falta la confirmación del asunto», Photius, Bibliotheke, ed. Bekker 11, p. 3476 7-13, con algunas variantes.]

315

317

PARERGA Y PARALIPOMENA

presentación que nosotros de la aparición de un muerto y de las noticias que proceden de él se puede apreciar en la aparición es-pectral, aunque ahí simplemente fingida, en la novela china Hing-Lo-Tu, ou la peinture mystérieuse, traducida por Stanislas Julien,
y referida en su Orphelin de la Chine, accompagné de Nouvelles et de poésies, 1834. - También hago observar a este respecto que la mayor parte de los fenómenos que caracterizan las apariciones de fantasmas, tal y como se describen en los escritos antes citados de Hennings, Wenzel, Teller, etc., y más tarde de Justinus Kerner, Horst y muchos otros, se encuentran ya en libros muy antiguos, por ejemplo, en tres del siglo XVI que precisamente tengo ante mí: De spectris de Lava ter, De locis inf estis de Thyraeus y De spectris et apparitionibus Libri duo, Eisleben 1597, anónimo, 500 páginas en cuarto: tales fenómenos son, por ejemplo, el golpeo, el intento aparente de forzar puertas cerradas y también las que no lo están, el estruendo de un gran peso que cae dentro de la casa, el ruidoso lanzamiento de todos los cacharros en la cocina o de la madera en

el suelo, que luego se encuentra en perfecta quietud y orden; los golpes de los toneles, el claro ruido de los clavos en un ataúd cuan-do uno de los inquilinos va a morir, los pasos arrastrados o pesados en una habitación oscura, el tirar de la colcha, el olor a podrido, la petición de oraciones por parte de los espíritus que se aparecen, y otras cosas semejantes, no siendo de suponer que los autores de las declaraciones modernas, en su mayoría iletrados, hubieran leído aquellos antiguos y raros libros latinos. Entre los argumentos a fa-vor de la realidad de las apariciones espectrales merece mencionar-se también el tono de incredulidad con que las exponen de segunda mano los narradores eruditos; porque de ordinario lleva el sello de la violencia, la afectación y la hipocresía, con tal claridad que se trasluce la creencia que se oculta detrás. - En esta ocasión quisiera llamar la atención sobre una historia de espectros de la época más reciente, que merece investigarse más de cerca y conocerse mejor que a través de la mal escrita exposición I que se hace de ella en los Diarios de Prevorst, colección octava, p. 166; por una parte, porque las declaraciones al respecto están consignadas en forma de acta judicial y, por otra, debido a la sumamente curiosa circunstan-cia de que durante varias noches el espíritu aparecido no fue visto por la persona con la que entró en conexión y ante cuya cama se apareció, porque esta se hallaba dormida, sino que únicamente lo vieron dos compañeros de prisión y ella no lo vio hasta más tarde; pero entonces quedó tan trastornada que confesó espontáneamen-te siete envenenamientos. El informe se encuentra en un folleto:

316

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

Sesiones de la corte del jurado en Mainz acerca de la envenenadora Margaretha Jager, Mainz, 1835. - El acta literal de la declaración está reproducida en un diario de Frankfurt, Didaskalia, del 5 de julio de 1835. -
Mas ahora he de examinar el aspecto metafísico de la cues-tión, dado que sobre el físico, aquí fisiológico, se ha alegado ya lo necesario. - Lo que realmente suscita nuestro interés en todas las visiones, es decir, las intuiciones a través del surgimiento del órgano del sueño en la vigilia, es su eventual relación con algo empíricamente objetivo, esto es, exterior y diferente de nosotros: pues solo gracias a ella reciben una analogía y una dignidad igual a la de nuestras usuales intuiciones sensoriales en vigilia. Por eso, de las nueve causas posibles de las visiones enumeradas antes, no nos resultan interesantes las tres primeras, que conducen a meras aluci-naciones, pero sí las siguientes. Pues la perplejidad aneja al examen de la visión y la aparición espectral se debe en realidad a que en esas percepciones el límite entre sujeto y objeto, que es la primera condición de todo conocimiento, se vuelve dudoso, confuso y des-dibujado. «¿Está eso fuera o dentro de mí?», pregunta -como ya hiciera Macbeth cuando se le apareció la daga- todo aquel a quien una visión de tal clase no le priva de la reflexión. Cuando solo uno ha visto un fantasma, quiere considerarlo meramente subjetivo por muy objetivamente que estuviera allí; en cambio, si lo vieron u oyeron dos o varios, se le atribuye enseguida la realidad de un cuerpo; porque, en efecto, solo conocemos una causa en virtud de la cual varios hombres hayan de tener necesariamente la misma re-presentación intuitiva al mismo tiempo, y esa causa es que uno I y el mismo cuerpo, reflejando la luz en todas direcciones, ha afectado a los ojos de todos ellos. Pero además de esa, altamente mecánica, bien podría haber otras causas del surgimiento simultáneo de la misma representación intuitiva en diferentes hombres. Así como en ocasiones dos tienen a la vez el mismo sueño (véase supra, p. 2 78 [p. 31 O de la presente edición]), es decir, durmiendo perciben lo mismo a través del órgano del sueño, también en la vigilia el ór-gano del sueño puede en dos (o varios) caer en la misma actividad, con lo que entonces un fantasma visto por ellos a la vez se presenta objetivamente, como un cuerpo. Mas en general la diferencia entre lo subjetivo y lo objetivo no es en el fondo absoluta sino relativa:
pues todo lo objetivo lo es en la medida en que está condicionado
por un sujeto, y en realidad solo existe en este, que es a su vez subjetivo; por eso en última instancia el idealismo tiene la razón.
La mayoría de las veces creemos haber invalidado la realidad de

317

318

319

PARERGA Y PARALIPOMENA

una aparición espectral cuando demostramos que estaba subjetiva-mente condicionada: ¿pero qué peso puede tener ese argumento
en quien, por la doctrina kantiana, sabe la gran parte que toman
las condiciones subjetivas en el fenómeno del mundo corpóreo,
cómo este, junto con el espacio en el que se halla, el tiempo en el que se mueve y la causalidad en la que consiste la esencia de la materia, es decir, en toda su forma, no es más que un producto de las funciones cerebrales una vez que estas han sido excitadas por un estímulo en los nervios de los órganos sensoriales; de modo que solo queda la pregunta por la cosa en sí? - Desde luego, la reali-dad material de los cuerpos que actúan desde fuera sobre nuestros sentidos conviene tan poco a la aparición espectral como al sueño, a través de cuyo órgano es percibida; por eso se la puede siempre denominar un sueño en la vigilia (a waking dream, insomnium sine somno; véase Sonntag, Sicilimentorum academicorum Fasciculus de Spectris et Ominibus morientium, Altdorfii, 1716, p. 11): pero en el fondo no pierde por ello su realidad. Por supuesto, ella es, como el sueño, una mera representación y, en cuanto tal, solo exis-te en la conciencia cognoscente: pero lo mismo se puede afirmar de nuestro mundo externo real; porque también este nos es dado primera e inmediatamente como simple representación y, como se dijo, es un mero fenómeno cerebral suscitado por estímulos nervio-sos y surgido conforme a las leyes de funciones subjetivas (formas de la I sensibilidad pura y del entendimiento). Si se pretende otra clase de realidad para él, se trata ya de la pregunta por la cosa en sí, que fue planteada y despachada precipitadamente por Locke, que luego Kant demostró en toda su dificultad y abandonó como irresoluble, pero que yo he respondido, aunque bajo una cierta restricción. Pero así como en todo caso la cosa en sí que se mani-fiesta en el fenómeno de un mundo externo es toto genere distinta de él, puede que algo análogo ocurra con lo que se manifiesta en la aparición espectral, y que al final lo que en ambos se revela sea quizás lo mismo: voluntad. En conformidad con esta opinión, en-contramos que también respecto a la realidad objetiva de las apari-ciones espectrales, como respecto a la del mundo corpóreo, hay un realismo, un idealismo y un escepticismo, pero por último también un criticismo en cuyo interés nos ocupamos justo ahora. De hecho, una confirmación expresa de la misma opinión la ofrece incluso la siguiente declaración de la más famosa y más cuidadosamente observada vidente de espectros, la de Prevorst (vol. 1, p. 12): «Si los espíritus solo se pueden hacer visibles bajo esa figura, o si mi ojo solo puede verlos bajo esa forma y mi sentido solo puede captarlos

318

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

así; si ellos no serían más espirituales para un ojo más espiritual, eso no lo puedo afirmar con certeza, pero casi lo presiento». ¿No es esto totalmente análogo a la teoría kantiana: «Qué puedan ser las cosas en sí mismas no lo sabemos sino que conocemos únicamente sus fenómenos»?
Toda la demonología y la ciencia espiritista de la Antigüedad y el Medioevo, como también la visión de la magia vinculada a ellas, tienen por fundamento el realismo, aún incontrovertido entonces, y que finalmente fue quebrantado por Descartes. Solo el idealismo que fue madurando poco a poco en la época moderna nos conduce al punto de vista desde el que podemos alcanzar un juicio correcto acerca de todas aquellas cosas, luego también acerca de las visiones y las apariciones espectrales. Por otra parte, al mismo tiempo el magnetismo animal, por la vía empírica, ha traído a la luz del día la magia, que en todas las épocas anteriores estaba envuelta en la os-curidad y temerosamente oculta; y precisamente así ha convertido las apariciones de espectros en objeto de sobria observación inves-tigadora e imparcial enjuiciamiento. Lo último I en todas las cosas le toca siempre a la filosofía, y yo espero que la mía, así como a par-tir de la realidad única y la omnipotencia de la voluntad en la natu-raleza ha presentado la magia al menos como pensable y, si existe, como comprensible 52, al entregar claramente el mundo objetivo a la idealidad haya abierto también el camino a un correcto modo de entender incluso las visiones y las apariciones espectrales.
La decidida incredulidad con la que los hombres pensantes han oído hablar al principio, por un lado, de los hechos de la clari-videncia y, por otro, de los del influjo mágico, vulgo magnético, incredulidad que solo cede después de la experiencia propia o de cientos de testimonios fidedignos, se debe a una y la misma razón: que ambos se oponen a las leyes, conocidas por nosotros a priori, del espacio, el tiempo y la causalidad, tal y como determinan en su conjunto el curso de la experiencia posible: la clarividencia, con su conocimiento in distans; la magia, con su acción in distans. Por eso cuando se narran los hechos incluidos en ellas no se dice simple-mente «no es verdad» sino «no es posible» (a non posse ad non es-se53), si bien por otra parte se replica «pero es» (ab esse ad posse54). Este conflicto se debe, y de hecho ofrece incluso una prueba de que

52. Véase en Sobre la voluntad en la naturaleza, la rúbrica «Magnetismo ani-
mal y magia».
53. [De la imposibilidad a la inexistencia.]
54. [De la existencia a la posibilidad.]

319

321

320

PARERGA Y PARALIPOMENA

aquellas leyes conocidas por nosotros a priori no son absolutamen-
te incondicionadas, no son unas veritates aeternae escolásticas ni
unas determinaciones de las cosas en sí, sino que nacen de simples formas de la intuición y el entendimiento, y por consiguiente, de funciones cerebrales. El mismo entendimiento consistente en ellas ha nacido simplemente a efectos de perseguir y alcanzar los fines de los fenómenos individuales de la voluntad, y no de captar la naturaleza absoluta de las cosas en sí mismas; por eso, según he expuesto (Mundo como voluntad y representación vol. 2, pp. 177, 273, 285-289 [3.ª ed., pp. 195,309, 322-326]), es una mera fuerza superficial que en esencia y en todo caso alcanza solo la corteza, nunca el interior de las cosas. El que quiera entender bien lo que aquí quiero decir, que relea esos pasajes. Pero si alguna vez con-seguimos, dado que también nosotros mismos pertenecemos a la esencia interna del mundo, pasando por alto el I principium indivi-duationis, aproximarnos a las cosas desde otro aspecto totalmente distinto y por otro camino diferente, a saber, directamente desde dentro en vez de simplemente desde fuera; y si así nos apropiamos de ellas conociendo en la clarividencia o actuando en la magia, entonces se produce justo para aquel conocimiento cerebral un re-sultado que era realmente imposible de alcanzar por su propia vía; por eso él insiste en discutirlo: pues un resultado de esa clase solo es metafísicamente concebible, mientras que físicamente resulta imposible. Según ello, la clarividencia constituye por otra parte una confirmación de la doctrina kantiana de la idealidad del espacio, el tiempo y la causalidad, pero la magia lo es también de mi teoría acerca de la realidad exclusiva de la voluntad en cuanto núcleo de todas las cosas; con ello se confirma a su vez la sentencia de Bacon de que la magia es la metafísica práctica.
Recordemos ahora las discusiones antes ofrecidas y la hipótesis fisiológica planteada en ellas: según dicha hipótesis, todas las intui-ciones realizadas a través del órgano del sueño se distinguen de la percepción usual que funda el estado de vigilia en que en la última el cerebro es excitado desde fuera mediante una acción física sobre los sentidos, con lo que al mismo tiempo recibe los datos conforme a los cuales produce la intuición empírica mediante la aplicación de sus funciones de la causalidad, el tiempo y el espacio; mientras que, por el contrario, en la intuición a través del órgano del sueño la excitación nace del interior del organismo y se propaga desde el sistema nervioso plástico hasta el cerebro, en el que se provoca así una intuición en todo semejante a la primera, pero en la cual, al venir la excitación del lado opuesto y producirse así en dirección

320

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

contraria, se puede suponer que también las vibraciones o en gene-ral los movimientos internos de las fibras cerebrales se producen en la dirección opuesta y, por consiguiente, solo al final se extienden a los nervios sensoriales, que entonces son aquí los últimos que se ponen en acción y no los primeros en excitarse, como ocurre en la intuición usual. Pero si --como se supone en el sueño per-ceptivo, las visiones proféticas y las apariciones espectrales- una intuición de esa clase ha de I referirse a algo realmente externo, empíricamente existente, es decir, totalmente independiente del sujeto, que en esa medida sería conocido a través de ella, entonces tal cosa ha de entrar en alguna comunicación con el interior del organismo, desde el cual se ha provocado la intuición. Pero eso no se puede demostrar en absoluto empíricamente, e incluso, dado que por hipótesis no puede ser algo espacial que proceda de fuera, no es ni siquiera pensable empíricamente, es decir, físicamente. Si, no obstante, se da, entonces ha de ser solo metafísicamente com-prensible y pensarse como algo que ocurre con independencia del fenómeno y todas sus leyes -en la cosa en sí, que en cuanto esen-cia interior de las cosas funda el fenómeno de las mismas- y que después se hace perceptible en el fenómeno: - eso es lo que se concibe bajo el nombre de acción mágica.
Si se pregunta cuál es el camino de la acción mágica del tipo de
la que se nos da en la cura simpatética y en el influjo del magnetiza-dor lejano, yo digo: es el camino que recorre el insecto que ahora muere y que vuelve a nacer en plena vitalidad de cada huevo que ha conservado durante el invierno. Es el camino por el que ocurre que, en una cantidad de población dada, tras un incremento ex-traordinario de defunciones aumenten también los nacimientos. Es el camino que no marcha bajo la tutela de la causalidad a lo largo del tiempo y el espacio. Es el camino a través de la cosa en sí. Mas por mi filosofía sabemos que esa cosa en sí, y por tanto también la esencia interior del hombre, es su voluntad, y que to-do el organismo de cada cual, según se presenta empíricamente, no es más que la objetivación de la misma o, más exactamente, la imagen nacida en su cerebro de esa voluntad suya. Pero la voluntad en cuanto cosa en sí se encuentra fuera del principium individua-tionis (tiempo y espacio) por el que los individuos están separados: los límites que nacen con este no existen, pues, para ella. Así se explica, hasta donde puede alcanzar nuestra comprensión cuando pisamos ese terreno, la posibilidad de una acción inmediata de los individuos entre sí, independientemente de su cercanía o distan-
cia en el espacio, que se manifiesta fácticamente en algunas de las

321

322

323

324

PARERGA Y PARALIPOMENA

nueve clases antes enumeradas de intuición en vigilia I a través
del órgano del sueño, y con más frecuencia en la que se produce durmiendo; y justamente así se explica, a partir de esa comuni-cación inmediata basada en el ser en sí de las cosas, la posibilidad
del sueño perceptivo, de la conciencia del entorno inmediato en el sonambulismo y, finalmente, la de la clarividencia. En tanto que la voluntad del uno, no impedida por los límites de la in-dividuación, es decir, inmediatamente e in distans, actúa sobre la voluntad del otro, ha actuado también sobre el organismo de este, que no es más que su voluntad misma intuida espacialmente. Cuando tal acción, que alcanza por esa vía el interior del organis-mo, se extiende a su guía y rector, el sistema ganglionar, y luego se propaga desde este hasta el cerebro rompiendo su aislamien-to, entonces aquella solo puede ser elaborada por este de forma cerebral, es decir, provocará intuiciones totalmente iguales a las que surgen a raíz de la excitación externa de los sentidos: imáge-nes en el espacio en sus tres dimensiones, con movimiento en el tiempo, en conformidad con la ley de causalidad, etc.: pues tanto las unas como las otras son precisamente productos de la función cerebral intuitiva, y el cerebro nunca puede hablar más que su propio lenguaje. Entretanto, una acción de aquel tipo siempre llevará en sí misma el carácter, el sello de su origen, es decir, de aquello de lo que ha surgido, y en consecuencia se lo imprimirá a la figura que después de tan amplio rodeo evoque en el cerebro, por muy diferente de esta que sea su ser en sí. Si, por ejemplo, un moribundo actúa con un intenso anhelo o cualquier otra inten-ción de la voluntad sobre una persona lejana, si la acción es muy enérgica se presentará su figura en el cerebro del otro, es decir, se le aparecerá en la realidad exactamente igual que un cuerpo. Mas está claro que tal acción producida a través del interior del orga-nismo sobre un cerebro ajeno será más fácil cuando este duerme que cuando está despierto; porque en el primer caso sus fibras no tienen ningún movimiento y en el segundo poseen uno opuesto al que han de adoptar entonces. Por consiguiente, una acción más débil de esta clase solo se podrá manifestar mientras se duerme, provocando sueños; pero en la vigilia suscitará a lo sumo pensa-mientos, sensaciones e inquietud; 1 mas todo seguirá siendo con-forme a su origen y llevará su sello: por eso tal acción puede, por ejemplo, provocar un inexplicable pero irresistible afán o impulso de ir a ver a aquel de quien ha surgido; o también, a la inversa, a aquel que quiere venir puede ahuyentarlo en el mismo umbral de la casa con el deseo de no verlo, aun cuando hubiera sido lla-

322

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

mado y mandado a buscar (experto crede Roberto 55). En esa acción, cuyo fundamento es la identidad de la cosa en sí en todos los fe-nómenos, se basa también el conocido carácter contagioso de las visiones, de la segunda visión y de la visión espectral, carácter que produce un efecto que en el resultado se asemeja al que ejerce un objeto corpóreo sobre los sentidos de varios individuos, por cuan-to también a consecuencia de aquel varios ven al mismo tiempo la misma cosa, la cual se constituye entonces objetivamente. En la misma acción directa se basa también la inmediata transmisión de

los pensamientos que se observa con frecuencia y que es tan cierta, que a quien tenga que guardar un secreto le aconsejo que no hable nunca acerca del asunto al que se refiere con quien no deba cono-cerlo; porque mientras lo hiciera habría de tener inevitablemente en su pensamiento el verdadero estado de la cuestión, con lo que al otro se le podría abrir repentinamente una luz; pues existe una comunicación de la que no protegen ni la discreción ni el disimulo. Goethe narra (en las ilustraciones a Diván de Oriente y Occidente, rúbrica «Intercambio de flores») que dos parejas de amantes que estaban en viaje de placer estaban proponiéndose charadas: «Pron-to no solo se adivina inmediatamente cada palabra según sale de la boca, sino que incluso la que el otro piensa y pretende transformar en adivinanza es conocida y pronunciada a través de la más inme-diata adivinación». - Hace muchos años mi hermosa patrona de Milán me preguntó durante una animada conversación en la cena cuáles eran los tres números que había marcado como terna en la lotería. Sin pensarlo dije el primero y el segundo correctamente, pero luego, desconcertado por su júbilo, por así decirlo, desperté y reflexioné, y dije mal el tercero. Como es sabido, el grado máximo de tal acción tiene lugar en los sonámbulos altamente clarividentes, que con exactitud y acierto describen a quien les pregunta su patria lejana, su casa en I ella o países lejanos que han recorrido. La cosa en sí es en todos los seres la misma, y el estado de clarividencia capacita a quien se encuentra en él a pensar con mi cerebro en vez de con el suyo, que duerme profundamente.
Puesto que, por otro lado, nos consta que la voluntad, en la medida en que es cosa en sí, no es destruida y aniquilada por la muerte, no puede negarse a priori directamente la posibilidad de

55. [«Cree a Roberto, que tiene experiencia», proverbio latino que aparece en
diversas versiones en Virgilio, Eneida XI, 283 y Ovidio, El arte de amar III, 511,
entre otros. En esta versión aparece por primera vez en Antonius Arena, Ad com-pagnones.]

323

325

326

PARERGA Y PARALIPOMENA

que una acción mágica de la clase antes descrita pudiera partir de alguien que está ya muerto. Mas tampoco se puede contemplar claramente tal posibilidad ni, por lo tanto, afirmarla positivamen-
te; porque, aunque en general no es impensable, al considerarla
más de cerca se halla sometida a grandes dificultades que quisie-ra indicar ahora brevemente. - Dado que la esencia interna del hombre que queda intacta en la muerte nos la hemos de represen-tar como existiendo fuera del tiempo y del espacio, una acción de la misma sobre nosotros, los vivientes, solo podría tener lugar bajo muchas mediaciones que quedarían todas de nuestro lado; de modo que sería difícil convenir qué parte de ella procedería realmente del muerto. Pues una acción de tal clase no solo tendría que ingresar ante todo en las formas intuitivas del sujeto que la percibiera, y por tanto presentarse como algo espacial, tempo-ral y que actúa materialmente según la ley de la causalidad, sino que además tendría que entrar en la conexión de su pensamiento conceptual, ya que si no, no sabría qué hacer con ello; pero el que se le aparece no solo quiere ser visto sino también ser en alguna medida comprendido en sus intenciones y en las acciones correspondientes a ellas: por consiguiente, también este tendría que acomodarse y adherirse a las limitadas opiniones y prejuicios del sujeto concernientes a la totalidad de las cosas y del mundo. iPero aún más! Que los espíritus son vistos a través del órgano del sueño y a consecuencia de una acción que llega al cerebro desde dentro, y no de la usual que llega de fuera a través de los sentidos, no es solo una consecuencia de toda mi exposición anterior; sino que J. Kerner, firme defensor de la realidad de los espectros apa-recidos, dice lo mismo en su afirmación, repetida frecuentemente, de que los espectros «no son vistos con el ojo corporal sino I con el espiritual». Por consiguiente, aunque la aparición espectral se produce a través de una acción sobre el organismo nacida del ser en sí de las cosas, es decir, mágica, y que se propaga desde el siste-ma ganglionar hasta el cerebro, es captada al modo de los objetos que actúan sobre nosotros desde fuera por medio de la luz, el aire, el sonido, el choque y el aroma. i Qué transformación no tendría que haber sufrido la supuesta acción de un muerto con semejante traducción, en un meta-esquematismo tan total! ¿Pero cómo po-dría admitirse que en tal caso y con tales rodeos pueda darse aún un diálogo real con pros y contras, como a menudo se cuenta? -Obsérvese aquí de paso que el elemento irrisorio que -al igual que por otra parte también el espantoso- va más o menos unido a toda afirmación de haber tenido una aparición de esa clase, y de-

324

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

bido al cual se vacila en comunicarlo, se debe a que quien la cuen-ta habla como de una percepción a través de los sentidos externos, que ciertamente no existió, ya que en otro caso un espíritu tendría que ser siempre visto y percibido de la misma manera por todos los presentes; mas distinguir de las meras fantasías una percep-ción solo en apariencia externa y nacida como resultado de una acción interna no es cosa de todos. -Así pues, estas serían, en el caso de una verdadera aparición espectral, las dificultades del la-do del sujeto que la percibiera. Pero por otra parte, se encuentran a su vez otras del lado del muerto que supuestamente actúa. De acuerdo con mi teoría, solo la voluntad tiene una entidad metafí-sica, gracias a la cual es indestructible por la muerte; en cambio, el intelecto, en cuanto función de un órgano corpóreo, es mera-mente físico y perece con él. De ahí que el modo y manera en que un muerto pudiera alcanzar un conocimiento del vivo para actuar sobre este conforme a él sea sumamente problemático. Y no en menor medida lo es la especie misma de ese actuar; porque con la corporalidad él ha perdido todo medio usual, es decir, físico, de actuar sobre otros como también sobre el mundo corpóreo en general. No obstante, si quisiéramos otorgar alguna verdad a los sucesos narrados y asegurados por tantas y tan distintas páginas, los cuales indican claramente una acción objetiva de los muer-tos, tendríamos que explicarnos la cuestión I diciendo que en tales casos la voluntad del muerto seguiría estando fervientemen-te orientada a los asuntos terrenales y entonces, a falta de todo medio físico para influir en ellos, recurriría al poder mágico que le incumbe en su cualidad originaria, es decir, metafísica, tanto en muerte como en vida, poder que antes mencioné y sobre el que he expuesto en detalle mis pensamientos fundamentales en La voluntad en la naturaleza, rúbrica «Magnetismo animal y magia». Así pues, solo en virtud de ese poder mágico podría él, a lo sumo, ejercer ahora lo que posiblemente también pudo en vida, a saber, una actio in distans real, sin ayuda corpórea, y en consecuencia actuar sobre otros afectando a su organismo de tal modo que a su cerebro se le tendrían que presentar intuitivamente figuras como en otro caso solo se producen como consecuencia de la acción externa sobre sus sentidos. De hecho, dado que esa acción solo se puede pensar como una acción mágica, es decir, que se ha de llevar a cabo por medio de la esencia interior de las cosas idéntica
en todo, o a través de la natura naturans, en el caso de que solo así
se pudiera salvar el honor de respetables informadores podríamos
como mucho arriesgarnos aún al ilusorio paso de no limitar esa

325

328

327

PARERGA Y PARALIPOMENA

acción a organismos humanos sino admitirla como no absoluta y estrictamente imposible en los cuerpos inertes, luego inorgánicos,
que por lo tanto podrían ser movidos por ella; ello, a fin de no vernos en la necesidad de calificar directamente de mentiras cier-tas historias que se dan por seguras, del tipo de la del consejero Hahn en La vidente de Prevorst, ya que esta no aparece en modo alguno aislada sino que ha de mostrar algún equivalente del todo análogo a ella en escritos antiguos e incluso en relatos modernos. Desde luego, el asunto raya aquí en el absurdo: pues incluso la forma de acción mágica, en la medida en que está acreditada por el magnetismo animal, es decir, legítimamente, hasta ahora solo ofrece en favor de tal acción a lo sumo un análogo débil y aun así dudoso: el hecho, afirmado en Informes sobre la vida en sueños de la sonámbula Auguste K ... en Dresden, 1843, pp. 115 y 318, de que esa sonámbula consiguiera repetidamente desviar la aguja magnética con su sola voluntad y sin usar las manos. Lo I mismo relata Ennemoser (Introducción a la praxis de Mesmer, 1852) de la sonámbula Kachler: «La clarividente Kachler movía la aguja mag-nética no solo extendiendo los dedos sino con la mirada. Cuando dirigía la vista, por ejemplo, a lo lejos, media vara hacia el ángulo norte, a los pocos segundos la aguja giraba cuatro grados hacia el oeste: en cuanto volvía la cabeza y desviaba la mirada, la aguja volvía a su posición anterior». También en Londres ha ocurrido lo mismo con la sonámbula Prudence Bernard en una sesión pública y ante testigos competentes seleccionados.
La visión aquí expuesta acerca del problema en cuestión expli-ca ante todo por qué, aunque queramos admitir como posible una acción real de un muerto sobre el mundo de los vivos, esta solo podría producirse de forma muy infrecuente y totalmente excep-cional: porque su posibilidad estaría ligada a todas las condiciones indicadas, que no se producen juntas con facilidad. Además, de esa visión se desprende que, si los hechos narrados en La vidente de Prevorst y los escritos afines de Kerner, que constituyen los más detallados y fidedignos informes impresos disponibles acerca de visiones espectrales; si, como digo, no consideramos esos hechos meramente subjetivos, simples aegri somnia 56 ni tampoco nos con-formamos con la aceptación antes expuesta de una retrospective se-cond sight a cuya dumb shew (muda procesión) la vidente la habría añadido el diálogo por su propia cuenta, sino que pretendemos fundar la cuestión en una acción real de los muertos, a pesar de to-

56. [«Sueños de enfermo)>, Horacio, Arte poética 7.]

326

ENSAYO SOBRE LA VISIÓN DE ESPECTROS Y LO QUE SE RELACIONA CON ELLA

do el orden del mundo tan indignantemente absurdo y hasta infa-memente tonto que resultaría de las declaraciones y la conducta de esos espíritus no ganaría con ello ninguna base objetivamente real, sino que iría a cuenta de la capacidad de intuición y pensamiento de la vidente, muy ignorante y totalmente acostumbrada a su fe de catecismo; una capacidad que, aunque impulsada por una acción procedente del exterior de la naturaleza, necesariamente permane-
cería fiel a sí misma.
En todo caso, una aparición espectral no es primaria e inmedia-
tamente más que una visión en el cerebro del vidente: que la puede provocar desde fuera un moribundo lo ha atestiguado a menudo la experiencia; que puede hacerlo un vivo ha sido igualmente I acre- 329
ditado de buena fuente en varios casos: la cuestión es solamente si también puede hacerlo un muerto.
Al explicar las apariciones espectrales se podría en último tér-
mino alegar que la diferencia entre lo que vivió una vez y lo que
vive ahora no es absoluta sino que en ambos se manifiesta una y la misma voluntad de vivir; con lo que un vivo, comenzando desde el principio, podría dar a luz reminiscencias que se presentan como comunicaciones de un muerto.
Si con todas estas consideraciones hubiera conseguido arrojar siquiera una débil luz sobre una cuestión muy importante e inte-resante respecto de la cual se enfrentan desde hace milenios dos facciones, de las que una asegura tenazmente: «iEs!»; mientras que la otra repite insistentemente: «No puede ser», entonces habré lo-grado todo lo que me podía prometer y lo que el lector podía con justicia esperar.

327

AFORISMOS SOBRE

LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Le bonheur n'est pas chose aisée: il est tres
difficile de le trouver en nous, et impossible
de le trouver ailleurs.
Chamfort.

[«La felicidad no es cosa fácil; es muy difícil
encontrarla en nosotros, e imposible encon-
trarla en otra parte.»

(Oeuvres recueillies,
Caracteres et anecdotes, p. 433.)]

1 INTRODUCCIÓN

Tomo aquí el concepto de la sabiduría de la vida en sentido total-mente inmanente, a saber: en el del arte de llevar una vida tan agra-dable y feliz como sea posible, cuya instrucción podría también lla-marse eudemonología: sería, por consiguiente, la indicación para una existencia feliz. Esta, a su vez, se podría a lo sumo definir como aquella que, considerada de forma puramente objetiva o, más bien (puesto que aquí se trata de un juicio subjetivo), en una reflexión fría y madura, sería claramente preferible a la inexistencia. De ese concepto de la misma se sigue que nosotros estaríamos apegados a ella por sí misma y no simplemente por miedo a la muerte; y de aquí, a su vez, que quisiéramos durar eternamente. Si la vida humana se corresponde o puede siquiera corresponderse con ese concepto es una cuestión que, como es sabido, mi filosofía res-ponde negativamente, mientras que la eudemonología supone su respuesta afirmativa. Esta, en efecto, se basa justamente en el error innato cuya reprensión abre el capítulo cuadragésimo noveno del segundo volumen de mi obra principal. De ahí que, para poder desarrollarlo, haya tenido que prescindir totalmente del superior punto de vista metafísico-ético al que conduce mi verdadera filoso-fía. En consecuencia, la exposición que aquí se va a ofrecer se basa en cierta medida en una acomodación, por cuanto se queda en el usual punto de vista empírico I y se aferra al error de este. Por lo tanto, su valor solo puede ser condicionado, ya que incluso la pa-labra eudemonología es solo un eufemismo. - Además, tampoco
tiene pretensiones de compleción; por una parte, porque el tema
es inagotable y, por otra, porque si no, habría tenido que repetir lo
ya dicho por otros.

331

333

334

PARERGA Y PARALIPOMENA

Solo recuerdo un libro que esté redactado con una intención semejante a la de los presentes aforismos: De utilitate ex adversis capienda de Cardanus; un libro que vale la pena leer y con el que puede así completarse lo presentado aquí. También Aristóteles ha intercalado una breve eudemonología en el capítulo quinto del pri-mer libro de su Retórica, pero resulta muy insípida. Yo no me he servido de esos predecesores, ya que el compilar no es cosa de mi incumbencia; y tanto menos cuanto que con ello se pierde la unidad de visión, que es el alma de las obras de esta clase. - Por supues-to, en general los sabios de todos los tiempos han dicho siempre lo mismo, y los necios, es decir, la inmensa mayoría de todos los tiempos, han hecho siempre lo mismo, a saber, lo contrario: y así seguirá siendo. Por eso dice Voltaire: nous laisserons ce monde-ci aussi sot et aussi méchant que nous l'avons trouvé en y arrivant 1

•

1. [Dejaremos este mundo tan tonto y tan malvado como lo encontramos al llegar.]

332

1 Capítulo I 335

DIVISIÓN FUNDAMENTAL

Aristóteles (Eth. Nicom. I, 8) ha dividido los bienes de la vida hu-mana en tres clases, - los exteriores, los del alma y los del cuerpo. Conservando de ahí nada más que la terna, yo digo que la diferen-
cia en la suerte de los mortales se puede reducir a tres determina-ciones fundamentales. Estas son:
1) Lo que uno es: es decir, la personalidad en el sentido más amplio. Luego se concibe ahí la salud, la fuerza, la belleza, el tem-peramento, el carácter moral, la inteligencia y su formación.
2) Lo que uno tiene: es decir, propiedades y posesiones en to-dos los sentidos.
3) Lo que uno representa: con esta expresión se entiende, como
es sabido, lo que uno es en la representación de otros, es decir, cómo es representado por ellos. Consiste, por lo tanto, en su opi-nión sobre él, y se divide en honor, rango y fama.
Las diferencias que se han de examinar bajo la primera rúbrica son aquellas que la naturaleza misma ha establecido entre los hom-bres; de donde se puede ya deducir que su influjo en la felicidad o desdicha será mucho más esencial y radical de lo que puedan ori-ginar las diferencias señaladas bajo las otras dos rúbricas, las cuales solo nacen de determinaciones humanas. A la auténtica preeminen-
cia personal, al gran espíritu o al gran corazón, toda preeminencia
de rango, de cuna-aunque sea regia-, de riqueza etc., es lo que el
rey teatral al verdadero. Ya Metrodoro, el primer discípulo de Epi-curo, tituló un capítulo: 1t8pt 't'OÜ µf:Íl;ova f:ivat 't~V nap' l)µéi<; 1 ahíav 1tpo<; 8Ú8atµovíav 't'Tl<; f,'K, 't'WV 1tpayµa't'WV2 (Majorem 336

2. [«Que es mayor la causa de la felicidad que está en nosotros que la proce-

333

337

PARERGA Y PARALIPOMENA

esse causam ad felicitatem eam, quae est ex nobis, ea, quae ex rebus oritur. -Véase Clemens Alex. Strom. 11, 21. p. 3 62 de la edición de
las opp. polem. de Würzburg). Y, desde luego, está claro que lo prin-cipal para el bienestar del hombre e incluso para todo el modo de
su existencia es lo que reside y sucede en él mismo. Aquí, en efecto, se halla inmediatamente su interno bienestar o malestar, que es ante todo el resultado de su sentir, querer y pensar; mientras que todo lo que se encuentra fuera tiene ahí un influjo meramente indirecto. Por eso los mismos acontecimientos o circunstancias externas afectan a cada uno de forma totalmente distinta y, estando en un mismo entorno, cada cual vive, sin embargo, en un mundo diferente. Pues él solo tiene que ver inmediatamente con sus propias representacio-nes, sentimientos y movimientos de la voluntad: las cosas exteriores solo tienen influencia sobre él en la medida en que provocan estos. El mundo en que cada uno vive depende ante todo de cómo lo con-ciba, y por eso se ajusta a la diversidad de las mentes: en función de ella resultará pobre, trivial y superficial, o rico, interesante y significativo. Mientras que, por ejemplo, alguno envidia a otro por los interesantes acontecimientos con que se ha topado en su vida, más bien debería envidiarle por las dotes de captación que dieron a aquellos acontecimientos la relevancia que tienen en su descripción: pues el mismo acontecimiento que en una mente aguda se presenta tan interesante, captado por una trivial mente vulgar no sería más que una insulsa escena de la vida cotidiana. Esto se muestra en el más alto grado en algunos poemas de Goethe y Byron, claramen-te basados en sucesos reales: un lector necio es capaz de envidiar en el poeta el encantador suceso, en vez de la poderosa fantasía que fue capaz de convertir un acontecimiento bastante cotidiano en algo tan grandioso y bello. Igualmente, el melancólico ve una escena trágica allá donde el sanguíneo solo tiene ante sí un intere-sante conflicto, y el flemático, algo irrelevante. Esto se debe a que toda realidad, es decir, todo presente cumplido, consta de dos mi-tades, el sujeto y el objeto, aunque en una conexión tan necesaria y estrecha como la del oxígeno y el hidrógeno I en el agua. Por eso, cuando las dos mitades objetivas son exactamente iguales pero las subjetivas distintas, la realidad presente es, como ocurre en el caso contrario, del todo diferente: la más bella y mejor mitad objetiva, en una mitad subjetiva torpe y mala, solo da lugar a una realidad y un presente malos, igual que un bello paisaje con mal tiempo o en

dente de las cosas», Clemente de Alejandría, Stromata II 21, p. 362, ed. Migne, p. 1079.]

334

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

el reflejo de una mala camera obscura. O, hablando de forma más llana: cada uno está metido en su conciencia como en su piel, y solo en ella vive inmediatamente: de ahí que nada exterior pueda ayu-darle mucho. Sobre el escenario uno representa al príncipe, el otro, al consejero, un tercero, al sirviente, al soldado, al general, etc. Pero esas diferencias no existen más que en el exterior: en el interior, como núcleo de tal fenómeno, se encierra en todos lo mismo: un pobre comediante con sus penas y miserias. En la vida es también así: las diferencias de rango y riqueza dan a cada cual un papel que desempeñar; pero en modo alguno corresponde a este una diferen-cia interna de felicidad y bienestar, sino que también aquí se halla en cada cual el mismo pobre diablo, con sus miserias y penas, que en su materia bien pueden ser distintas en cada uno, pero en la forma son las mismas en todos, aunque con diferencias de grado que, sin em-bargo, en modo alguno se ajustan al rango y riqueza, es decir, al pa-pel. En efecto, dado que todo lo que existe y sucede para el hombre solo existe inmediatamente en su conciencia y solo para ella sucede, está claro que lo esencial es ante todo la índole de su conciencia, y en la mayoría de los casos importa más ella que las formas que en ella se representan. Todos los lujos y placeres, reflejados en la con-fusa conciencia de un tonto, son muy pobres frente a la conciencia de Cervantes cuando escribió El Quijote en una incómoda prisión.
- La mitad objetiva del presente y de la realidad está en manos del destino y es, por consiguiente, variable: la subjetiva somos nosotros mismos: de ahí que sea en esencia inmutable. En consecuencia, la vida de cada hombre, pese a todos los cambios externos, lleva sin excepción el mismo carácter y es comparable a una serie de varia-ciones sobre un tema. Nadie puede salir de su individualidad. 1 Y así como el animal, en todas las situaciones en las que se le ponga, sigue limitado al estrecho círculo que la naturaleza ha trazado a su esencia -y de ahí que, por ejemplo, nuestros esfuerzos por hacer feliz a un animal al que amamos tengan que mantenerse siempre dentro de un estrecho campo precisamente debido a los límites de su ser y su conciencia-, lo mismo ocurre con el hombre: la medida de su posible felicidad está determinada de antemano por su indivi-dualidad. Y, en especial, los límites de sus capacidades intelectuales han fijado de una vez por todas su capacidad para un placer elevado (véase El mundo como voluntad y representación vol. 2, p. 73 [3.ª ed., p. 79]). Si son estrechos, todos los esfuerzos exteriores, todo lo
que los hombres o la suerte hagan por él es incapaz de hacerle su-perar la medida de la común y semi-animal felicidad y bienestar del hombre: él permanece dependiente del placer sensorial, de la con-

335

339

338

PARERGA Y PARALIPOMENA

fortable y apacible vida de familia, de la trivial vida social y de los vulgares pasatiempos: ni siquiera la instrucción es capaz en conjun-
to de ampliar mucho aquel círculo, aunque sí algo. Pues los placeres
más elevados, los más variados y duraderos, son los espirituales, por mucho que en la juventud nos engañemos al respecto; pero estos dependen principalmente de la capacidad innata. - A partir de aquí se hace claro hasta qué punto depende nuestra felicidad de lo que somos, de nuestra individualidad, mientras que en la mayoría de los casos solo tenemos en cuenta nuestro destino, solo aquello que tenemos o lo que representamos. Mas el destino puede mejorar y además, cuando se tiene riqueza interior, no se exigirá mucho de él: en cambio, un tonto sigue siendo hasta el final un tonto, y un zoquete, un zoquete, aunque esté en el paraíso y rodeado de huríes. Por eso dice Goethe:

Pueblo, siervos y señores
Declaran en todo tiempo
Que la suma felicidad de los hijos de la tierra
Es solo la personalidad.
W. O. Divan 3

Que de cara a nuestra felicidad y nuestro placer lo subjetivo es sin comparación más esencial que lo objetivo se confirma en todo: desde en que el hambre es la mejor cocinera y el anciano mira con indiferencia a la diosa de la juventud, hasta en I la vida del genio y el santo. En especial la salud prevalece sobre todos los bienes ex-teriores hasta el punto de que un mendigo sano es verdaderamente más feliz que un rey enfermo. Un temperamento tranquilo y alegre nacido de una plena salud y una feliz organización, un entendi-miento claro, vivaz, penetrante y de acertada captación, una volun-tad moderada, benigna y, en consecuencia, una buena conciencia moral: esas son ventajas que ningún rango o riqueza puede suplir. Pues lo que uno es por sí mismo, lo que le acompaña en la soledad y lo que nadie puede darle o quitarle, es claramente más esencial para él que lo que pueda poseer o ser a los ojos de los demás. Un hombre de espíritu ingenioso en total soledad tiene un excelente entretenimiento en sus propios pensamientos y fantasías, mientras que en un hombre torpe el continuo cambio de compañías, espectá-culos, paseos y diversiones no es capaz de ahuyentar el atormenta-dor aburrimiento. Un carácter bueno, moderado y tranquilo puede

3. [Diván de Oriente y Occidente, libro de Zuleika, parte 7.]

336

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

estar satisfecho en situación de indigencia, mientras que uno ansio-so, envidioso y malvado no lo está ni con todas las riquezas. Mas a aquel que disfruta continuamente del placer de una individualidad extraordinaria, intelectualmente eminente, la mayoría de los place-res generalmente ansiados le resultan superfluos y hasta molestos y gravosos. Por eso dice Horacio de sí mismo:

Gemmas, marmor, ebur, Tyrrhena sigilla, tabellas,
Argentum, vestes Gaetulo murice tinetas,
Sunt qui non habeant, est qui non curat habere4;

Y Sócrates dijo, al ver un lujoso artículo expuesto a la venta: «Cuántas cosas hay que no necesito».
Por consiguiente, lo absolutamente primero y más esencial pa-
ra nuestra felicidad vital es aquello que somos, la personalidad, ya por el hecho de que ella está activa constantemente y en toda cir-cunstancia: pero además ella no está sometida al destino como los bienes de las otras dos rúbricas, y no nos puede ser arrebatada. Su valor puede denominarse, en esa medida, absoluto, en oposición al meramente relativo de los otros dos. De aquí se desprende que al hombre le puede venir de fuera mucho menos de lo que cree. Solo el omnipotente tiempo ejerce aquí su derecho: a él sucumben poco a poco las ventajas corporales y las espirituales: 1 únicamente el carácter moral permanece inaccesible también a él. En este sentido, los bienes de las dos últimas rúbricas, que no son inmediatamente arrebatados por el tiempo, tendrían una ventaja sobre los de la primera. Una segunda ventaja podría encontrarse en que, al estar ubicadas en lo objetivo, son asequibles por naturaleza y todos tie-nen al menos la posibilidad de alcanzar su posesión; mientras que, por el contrario, lo subjetivo no está en nuestro poder sino que, surgido jure divino5, está inalterablemente fijado para toda la vida, de modo que aquí rigen, inexorablemente, estos versos:

Como en el día que te trajo al mundo
Estaba el Sol para saludar a los planetas,
Has crecido al punto y sin pausa
Según la ley en la que fuiste originado.
Así has de ser, de ti no puedes escapar

4. [«Gemas, mármol, marfil, figuras tirrenas, tablas,/ Plata, ropas de Getulia
teñidas de púrpura,/ Hay quienes no los tienen, hay quien no se preocupa de tener-
los», Epístolas II, 2, 180.]
5. [Por derecho divino.]

337

340

341

PARERGA Y PARALIPOMENA

Así lo dijeron ya las sibilas, así los profetas;
Y ningún tiempo y ningún poder rompe
La forma impresa que viviente se desarrolla.
(Goethe6)

Lo único que a este respecto está en nuestro poder es utilizar
la personalidad dada en el mayor provecho posible; en consecuen-cia, perseguir solamente las aspiraciones conformes a ella y buscar un tipo de instrucción que le sea exactamente apropiado evitando cualquier otro, y así elegir el puesto, la ocupación y la forma de vida que le vengan bien.
Un hombre hercúleo, dotado de una inusual fuerza muscular, que por circunstancias externas está obligado a dedicarse a una ocupación sedentaria, a un nimio y penoso trabajo manual, o bien a realizar estudios y trabajos intelectuales que exigen capacidades de otro tipo que son inferiores en él, teniendo así que dejar inutili-zadas precisamente las fuerzas en las que sobresale: ese hombre se sentirá desgraciado toda su vida; pero más aún aquel cuyas capa-cidades intelectuales son muy predominantes y las ha de dejar sin desarrollo ni uso para desempeñar una ocupación vulgar que no las requiere o un trabajo manual para el que su fuerza no alcanza. Sin embargo, aquí se ha de evitar, sobre todo en la juventud, el peligro de pretender atribuirse un exceso de capacidades que no se tiene. Pero del claro predominio de nuestra primera rúbrica sobre
1 las otras dos se infiere que es más sabio trabajar por conservar la propia salud y cultivar las propias capacidades que por adquirir riquezas; lo cual no se debe malinterpretar en el sentido de que se deba desatender la adquisición de lo necesario y razonable. Pero la verdadera riqueza, es decir, la gran abundancia, poco es capaz de hacer por nuestra felicidad; de ahí que muchos ricos se sien-tan infelices; porque carecen de auténtica formación intelectual, de conocimientos y, por ende, de cualquier interés objetivo que les capacite para una ocupación del espíritu. Pues lo que puede lograr la riqueza más allá de la satisfacción de las necesidades reales y naturales tiene escaso influjo sobre nuestro verdadero bienestar: antes bien, este es perturbado por los muchos e inevitables cuida-dos que genera la conservación de un gran patrimonio. No obs-tante, los hombres se afanan mil veces más en adquirir riqueza que formación intelectual, cuando es totalmente cierto que lo que uno es contribuye mucho más a su felicidad que lo que tiene. Por eso

6. [Dios y mundo, Palabras primigenias, Órfico.]

338

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

vemos que algunos, en incesante ajetreo y laboriosos como la hor-miga, se afanan de la mañana a la noche en incrementar la riqueza que ya tienen. No conocen nada que no sea el estrecho campo de visión de la esfera de los medios para ello: su espíritu está vacío, y por ello insensible a todo lo demás. Los placeres más elevados, los espirituales, les resultan inasequibles: ellos intentan en vano susti-tuirlos por los placeres pasajeros, sensibles, baratos en tiempo pero costosos en dinero, que se permiten de vez en cuando. Al final de su vida y como resultado de la misma, si la suerte fue buena, tienen realmente ante sí un gran cúmulo de dinero que entonces confían a sus herederos para que lo aumenten todavía más, o bien lo des-pilfarren. Una vida así, por muy serios y graves ademanes con que se desarrolle, es exactamente tan necia como alguna otra que tuvo directamente por símbolo el gorro con los cascabeles.
Así pues, lo que uno tiene en sí mismo es lo esencial para su felicidad en la vida. Solo porque eso es de ordinario tan exiguo, es por lo que la mayoría de quienes están más allá de la lucha contra la necesidad se sienten en el fondo tan infelices como los que están aún envueltos en ella. El vacío de su interior, lo insustancial de su conciencia, la pobreza de su espíritu, 1 les impulsan a la sociedad, que sin embargo está formada por otros como ellos; porque similis simili gaudet 7• Entonces se realiza una persecución común de la diversión y el entretenimiento, que se busca ante todo en los pla-ceres sensoriales, en el esparcimiento de todas clases y, finalmente, en los vicios. La fuente del pernicioso derroche con el que algunos hijos de buena familia, ricos de nacimiento, han disipado su gran herencia en un tiempo increíblemente corto no es en realidad sino el aburrimiento nacido de la pobreza y el vacío de espíritu que acabamos de describir. Un joven fue traído al mundo rico por fuera pero pobre por dentro, y se afanaba en vano por suplir la pobre-za interior con la exterior, pretendiendo recibirlo todo de fuera
- igual que los viejos que intentan fortalecerse con la transpira-ción de las muchachas jóvenes. De este modo, la pobreza interior produjo también la exterior.
No necesito recalcar la importancia de las otras dos rúbricas de los bienes de la vida humana. Pues el valor del patrimonio es hoy en día tan generalmente reconocido que no precisa recomendación. Incluso la tercera rúbrica tiene una naturaleza muy etérea frente a
la segunda, ya que solamente consiste en la opinión de otros. Sin

7. [<<A lo igual le complace lo igual», proverbial, presente ya en Homero, Odisea XVII, 218.]

339

342

PARERGA Y PARALIPOMENA

embargo, todos han de aspirar al honor, es decir, al buen nombre; al rango, solo aquellos que sirven al Estado; y a la fama, muy po-cos. Entretanto, el honor es considerado un bien inestimable, y la fama, lo más preciado que el hombre puede alcanzar, el vellocino de oro de los elegidos: en cambio, solo los necios prefieren el rango a las posesiones. Por lo demás, las rúbricas segunda y tercera están, por así decirlo, en interacción, por cuanto el habes, habeberis8 de Petronio tiene su razón y, a la inversa, la buena opinión de los otros en todas sus formas contribuye a menudo a la riqueza.

8. [«Tanto tienes, tanto vales», Petronio, Satiricón 77, 6.]

340

1 Capítulo 11

DE LO QUE UNO ES

Que esto contribuye a su felicidad mucho más que lo que tiene o lo que representa lo hemos visto ya en general. Lo importante es siempre lo que uno es y, por lo tanto, tiene en sí mismo: pues su individualidad le acompaña siempre y en todo lugar, y de ella está teñido todo lo que vive. En todo y con todo él solo disfruta prima-riamente de sí mismo: esto rige ya en los placeres físicos y mucho más en los espirituales. De ahí que el inglés to enjoy one's self 9 sea una acertada expresión con la que, por ejemplo, se dice: he enjoys himself at Paris, es decir, no «él disfruta París» sino «el disfruta de sí en París». - Pero si la individualidad es de mala condición, enton-ces todos los placeres son como vinos exquisitos en bocas teñidas de hiel. Por consiguiente, en lo bueno y en lo malo, y dejando aparte las desgracias graves, lo que uno se encuentre y le suceda en la vida importa menos que el modo en que lo sienta, es decir, el tipo y grado de su sensibilidad en todos los respectos. Lo que uno es en sí y tiene en sí mismo, en suma, la personalidad y su valor, es lo único inmediato de cara a su felicidad y bienestar. Todo lo demás es mediato; de ahí que pueda impedirse su acción, pero nunca la de la personalidad. Precisamente por eso la envidia dirigida a la pre-eminencia personal es la más irreconciliable, como también la que con más cuidado se disimula. Además, la índole de la conciencia es lo único permanente y duradero, y la individualidad actúa de forma incesante y sostenida más o menos a cada instante: todo lo demás, en cambio, actúa solo a veces, ocasional y transitoriamen-
te, y además está sometido al cambio y la alteración: por eso dice

9. [Disfrutar de uno mismo.]

341

344

343

345

PARERGA Y PARALIPOMENA

Aristóteles: 1Í yap <púen<; ~s~aía, ou 'ta XPTÍµa'ta10 (nam natura perennis est, non opes). Eth. 1 Eud. VII, 2. A esto se debe el que so-portemos con mayor serenidad una desgracia sobrevenida de fuera
que una de la que somos culpables: pues el destino puede cambiar;
pero la propia índole, nunca. Así pues, los bienes primeros y más importantes para nuestra felicidad son los subjetivos, como un ca-rácter noble, una mente capaz, un temperamento feliz, un ánimo alegre y un cuerpo totalmente sano y bien constituido; es decir, en general mens sana incorpore sano11 Ouvenal, Sat. X, 356); por eso deberíamos pensar más en su fomento y conservación que en la posesión de bienes y honores externos.
Pero, de todo aquello, lo que nos hace felices de forma más inmediata es la alegría de ánimo: pues esa buena cualidad se re-compensa a sí misma al instante. El que está contento tiene siem-pre causa para estarlo: precisamente esa, que lo está. Nada como esa cualidad puede reemplazar tan plenamente cualquier otro bien, mientras que ella misma no puede ser sustituida por nada. Por mu-cho que uno sea joven, bello, rico y respetado, cuando se quiere juzgar sobre su felicidad se plantea la pregunta de si está contento de serlo: en cambio, si está contento da igual que sea joven o viejo, erguido o jorobado, pobre o rico; es feliz. Cuando era joven una vez abrí un libro que decía: «Quien ríe mucho es feliz, y quien llora mucho es infeliz» - una observación muy simple pero que yo, de-bido a su sencilla verdad, no he podido olvidar, por mucho que sea el superlativo de un truism 12• Así pues, debemos abrir las puertas a la alegría allá donde se presente, pues nunca llega en mal momento, en vez de, como hacemos a menudo, vacilar en permitirle la entrada porque queremos saber primero si tenemos en todo respecto causa para estar contentos; o bien porque tememos ser molestados en nuestras serias reflexiones e importantes preocupaciones: pero lo que mejoramos con estas es muy incierto; en cambio, la alegría es una ganancia inmediata. Solo ella es, por así decirlo, el dinero en efectivo de la felicidad y no, como todo lo demás, la simple letra de cambio; porque solo ella hace inmediatamente feliz en el presente; por eso es el supremo bien para seres cuya realidad tiene la forma de un presente indivisible entre dos tiempos infinitos. 1 En conse-cuencia, deberíamos anteponer a cualquier otra aspiración la adqui-sición y fomento de este bien. Mas es cierto que nada contribuye

10. [Pues es permanente la naturaleza, no las obras.]
11. [Una mente sana en un cuerpo sano.]
12. [(Del inglés) «perogrullada».]

342

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

menos a la alegría que la riqueza y nada más que la salud: en las inferiores clases trabajadoras, sobre todo las que cultivan la tierra, están los rostros alegres y satisfechos; en las ricas y distinguidas se encuentran las caras malhumoradas. En consecuencia, deberíamos esforzarnos ante todo por mantenernos en el mayor grado de plena salud, como florescencia de la cual se produce la alegría. Los medios para ello son, como es sabido, evitar todos los excesos y desórdenes, todas las emociones violentas y desagradables, como también todo esfuerzo intelectual excesivo o demasiado sostenido; dos horas dia-rias de movimiento rápido al aire libre, muchos baños fríos y me-didas dietéticas parecidas. Uno no se puede mantener sano sin un adecuado ejercicio diario: para desarrollarse adecuadamente, todos los procesos requieren movimiento, tanto de las partes en las que se realizan como del conjunto. Por eso dice Aristóteles con razón: o ~ÍO<; Év 't'Íj xivrícrtt Écr'tÍ13• La vida consiste en el movimiento y tiene su esencia en él. En todo el interior del organismo domina un movimiento rápido e incesante: el corazón, en su complicada sístole y diástole, late enérgica e incesantemente; con veintiocho de sus latidos ha impulsado toda la masa sanguínea a través de todo el sistema circulatorio mayor y menor; el pulmón bombea sin inte-rrupción como una máquina de vapor; los intestinos se retuercen continuamente en el motus peristalticus; todas las glándulas absor-ben y segregan constantemente, e incluso el cerebro tiene un doble movimiento con cada pulsación y cada aspiración. Si aquí, como ocurre en la forma de vida totalmente sedentaria de innumerables hombres, falta el movimiento exterior, surge una manifiesta y nociva desproporción entre el reposo exterior y el tumulto interno. Pues el continuo movimiento interno requiere incluso ser apoyado en algo por el externo: mas aquella desproporción resulta análoga a cuando a consecuencia de algún afecto este bulle en nuestro interior pero nosotros no podemos permitir que se vea nada de él desde fuera. Hasta los árboles necesitan ser movidos por el viento para crecer. Aquí rige una regla que se puede expresar en su mayor brevedad en latín: omnis I motus, quo celerior, eo magis motus 14 • - Hasta qué punto nuestra felicidad depende de la alegría del ánimo y ésta del estado de salud lo enseña la comparación de la impresión que ejer-cen sobre nosotros las mismas situaciones o acontecimientos exter-nos en días de salud y vigor, con la que producen cuando el estado enfermizo nos ha puesto de mal humor y aprensivos. No lo que las

13. [«La vida consiste en el movimiento», cf. Aristóteles, Sobre el alma I, 2,
4036.]
14. [Un movimiento es más movimiento cuanto más rápido es.]

343

347

346

PARERGA Y PARALIPOMENA

cosas son objetiva y realmente, sino lo que son para nosotros, en nuestra captación, es lo que nos hace felices o infelices: justamente
eso dice Epicteto: 'tapácrcrf:t 'tOU<; avSpwnou<; oú 't(l npáyµa'tµa aÁ.Áa 'tCX ntpl 'tWV npayµá'twv 8Óyµa'ta 15 (commovent homines non res, sed de rebus opiniones). Mas en general las nueve décimas partes de nuestra felicidad se basan exclusivamente en la salud. Con ella todo se convierte en una fuente de placer: en cambio, sin ella ningún bien externo, de la clase que sea, puede disfrutarse, y hasta los restantes bienes subjetivos, las cualidades del espíritu, del áni-mo y del temperamento, se abaten y decaen en gran medida con el estado enfermizo. En consecuencia, no carece de razón el que la gente se pregunte mutuamente ante todo por el estado de salud y se deseen unos a otros que se encuentren bien: pues realmente esa es con mucho la cuestión principal para la felicidad humana. De aquí se sigue que la mayor de todas las necedades es sacrificar la propia salud por lo que sea: por el lucro, el ascenso, la erudición, la fama, por no hablar de la voluptuosidad y los placeres efímeros: antes bien, se debe posponer todo a ella.
Mas por mucho que contribuya la salud a la alegría, tan esen-cial para nuestra felicidad, no la condiciona en exclusiva: pues tam-bién con una plena salud puede existir un temperamento melan-cólico y un ánimo predominantemente triste. La razón última de ello está sin duda en la índole originaria y por lo tanto invariable del organismo, y principalmente en la relación más o menos nor-mal de la sensibilidad con la irritabilidad y la fuerza reproductiva. Un predominio anómalo de la sensibilidad provocará un ánimo desigual, periodos de alegría excesiva y una preponderancia de la melancolía. Pero, dado que también el genio está condicionado por un exceso de la fuerza nerviosa, es decir, de la sensibilidad, Aristó-

teles ha observado acertadamente que todos los I hombres insignes

y superiores son melancólicos: náv'tt<; ocrm ntpt 't'tOt ytyóva-,, s: " \ 'I , " 'I \ " , crtv avupt<;, 11 xa'ta <pt/\,omxpiav, 11 1tO/\.tnx11v, 11 1to111cr1v,
~ 'téxva<;, <paívov'tat µtÁayxoÁtxol ov'tt<;16 (Probl. 30, 1). Sin duda este es el pasaje que tenía Cicerón a la vista en su informe, frecuentemente citado: Aristoteles ait, omnes ingeniosos melancho-licos esse17 (Tusc. I, 33). - La gran diversidad innata del ánimo

15. [«No perturban a los hombres las cosas sino las opiniones sobre las cosas», Enquiridión, c. V.]
16. [«Todos los hombres que han destacado en la filosofía, en la política, en la poesía o en las artes parecen ser melancólicos», Problemata physica 30, 1, 953a.]
17. [«Aristóteles opina que todos los hombres de ingenio son melancólicos», Disputaciones tusculanas I, 33, 80.]

344

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

fundamental que aquí hemos examinado la ha descrito Shakespeare con mucha gracia:

Nature has fram'd strange fellows in her time:
Sorne that will evermore peep through their eyes,
And laugh, like parrots, ata bag-piper;
And others of such vinegar aspect,
That they'll not show their teeth in way of smile,
Though Nestor swear the jest be laughable 18•
Merch. of Ven. Se. l.

Precisamente esa diferencia es lo que designa Platón con las expresiones 8Úcrxolo<; y sÜxol0<;19• Esta se puede reducir a la muy distinta sensibilidad que se da en diferentes hombres para impre-siones agradables y desagradables, a consecuencia de la cual el uno se ríe con lo que al otro casi le lleva a la desesperación: y, cierta-mente, la sensibilidad a las impresiones agradables suele ser más débil cuanto más fuerte es la de las desagradables, y a la inversa. A igual posibilidad del desenlace feliz o infeliz de un asunto, el 8Úcr-xolo<; se enojará o afligirá con el desenlace infeliz pero no se ale-grará con el feliz; el sÜxoAo<;, en cambio, no se enojará ni se afligirá con el infeliz pero se alegrará del feliz. Si al 8Úcrxolo<; le salen bien nueve proyectos de diez, no se alegra de ellos sino que se enoja por el único que ha fracasado: el sÜxoAo<;, en el caso inverso, es capaz de consolarse y animarse con el único logrado. - Pero co-mo no es fácil que un mal carezca de toda compensación, también aquí resulta que los 1 8úcrxoA0t, es decir, los caracteres sombríos y medrosos, han de soportar más desgracias y sufrimientos ima-ginarios, pero a cambio menos desdichas reales, que los alegres y despreocupados: pues quien todo lo ve negro siempre teme lo peor y, por consiguiente, siempre toma precauciones y no se equivoca en sus cálculos tan a menudo como el que siempre da a las cosas un tinte y aspecto alegres. - No obstante, cuando una afección patológica del sistema nervioso o de los órganos digestivos contri-buye a la 8ucrxoA ía innata, esta puede alcanzar el grado en que el continuo disgusto genere el hastío de la vida y surja así la tendencia

18. «La naturaleza ha producido en sus días tipos raros, algunos que siempre dejan ver la alegría en sus ojos y que se ríen como papagayos de un gaitero, y otros de apariencia tan avinagrada que no ponen sus dientes al descubierto con una son-
risa, aunque el propio Néstor jure que la broma es para reírse.» [El mercader de Venecia, acto I, escena 1.]
19. [Malhumorado y de buen humor.]

345

349

348

PARERGA Y PARALIPOMENA

al suicidio. Entonces hasta las más nimias contrariedades pueden provocarlo, e incluso, en los grados más altos de la afección, ni siquiera se necesitan; antes bien, el suicidio se decide como conse-cuencia del disgusto crónico y entonces es llevado a cabo con tan fría reflexión y tan firme resolución que el enfermo, en la mayoría de los casos ya bajo vigilancia, y siempre tendente a él, aprovecha el primer instante de descuido para aferrarse sin vacilación, lucha ni estremecimiento a aquel medio de alivio que ahora le es natural y bienvenido. Esquirol, en Des maladies mentales, ofrece detalladas descripciones de ese estado. Pero por supuesto, también el hombre más sano y hasta el más alegre pueden, según las circunstancias, resolver suicidarse si la magnitud de los sufrimientos o de la des-gracia que ineludiblemente les amenaza supera el horror ante la muerte. La diferencia se encuentra únicamente en la distinta mag-nitud del motivo que para ello se requiere, y que está en propor-ción inversa a la 8ucrxoA ía. Cuanto mayor es esta, menor podrá ser aquel, e incluso reducirse al final a nada; en cambio, cuanto mayor es la súxoA ía y la salud que la fomenta, tanto más ha de haber en el motivo. Según ello, existen innumerables grados de casos entre los dos extremos del suicidio, en concreto, entre el que nace de un incremento patológico de la 8ucrxoA ía innata y el del hombre sano y alegre, debido solo a razones objetivas.
Parcialmente afín a la salud es la belleza. Si bien esta ventaja subjetiva no contribuye a nuestra felicidad de forma inmediata sino simplemente mediata, a través de la I impresión sobre los demás, es de gran importancia, también en el varón. La belleza es una abierta carta de recomendación que nos hace ganarnos de antemano los corazones: por eso vale especialmente de ella el verso de Homero:

OÜ-cot a.1tÓ~A'T)'t' Écr-cl SEWV ÉptxuoÉa owpa, tiº crcra XEV au-cot ' ' uwcrtv, <;: ~ Exwv ' ' u <;:' oux ' av " n<; EI\.0t'to "1 20 .
La ojeada más general nos muestra que los dos enemigos de la felicidad humana son el dolor y el aburrimiento. Además se puede observar que en la medida en que logramos alejarnos de uno de ellos nos aproximamos al otro, y viceversa; de modo que nuestra vida representa realmente una oscilación más o menos fuerte entre ellos. Esto se debe a que ambos se hallan en un doble antagonismo: uno externo u objetivo, y uno interno o subjetivo. En efecto, exter-

20. [«No son despreciables los eximios dones de los dioses / Que solo ellos conceden y nadie obtiene por su voluntad>>, Ilíada III, 65.]

346

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

namente la necesidad y la privación producen el dolor; la seguri-dad y la abundancia, en cambio, el aburrimiento. Conforme a ello, vemos a la clase inferior del pueblo en una continua lucha contra la necesidad, es decir, contra el dolor; y al mundo rico y distinguido, por el contrario, en una lucha continuada y a menudo realmente desesperada contra el aburrimiento 21• Mas el antagonismo interno entre ambos se basa en que en el hombre individual la sensibilidad a uno de ellos está en proporción inversa con la del otro, por cuan-to está determinada por la medida de sus capacidades intelectuales. En efecto, la torpeza del espíritu está sin excepción unida a la tor-peza de la sensación y la falta de irritabilidad, condición esta que nos hace menos sensibles a los dolores y aflicciones de toda clase y magnitud: justamente de esa torpeza de espíritu nace, por otro lado, aquel vacío interior marcado en innumerables rostros y que se delata en la atención continuamente despierta hacia todos los acontecimientos del mundo externo, incluso los más nimios; un va-cío este que constituye la verdadera fuente del aburrimiento y que está siempre ávido de estímulos externos para poner en movimien-to el espíritu y el ánimo con alguna I cosa. Por eso no es fastidioso en la elección de aquellos, como atestigua la lamentable condición de los entretenimientos a los que se ve aferrarse a los hombres, co-mo también su clase de vida social y de conversación, y no menos los muchos porteros y mirones de ventanas. Principalmente de ese vacío interior surge el afán de compañía, distracción, diversiones y lujos de todas clases, que lleva a muchos al derroche y después a la pobreza. Nada preserva con tanta seguridad de ese extravío como la riqueza interior, la riqueza del espíritu: pues cuanto más se aproxima este a la eminencia, menos lugar deja al aburrimien-to. Mas la inagotable actividad de los pensamientos, su juego que se renueva constantemente en los variados fenómenos del mundo interno y externo, la fuerza y el impulso de realizar combinaciones siempre distintas de los mismos, colocan a la mente eminente total-mente fuera del dominio del aburrimiento, excepción hecha de los momentos de relajación. Pero, por otra parte, la inteligencia eleva-da tiene como condición inmediata una sensibilidad incrementada y como raíz una mayor vehemencia de la voluntad, es decir, del apasionamiento: de su unión con estas surge una intensidad mucho mayor de todos los afectos y una alta sensibilidad a los dolores es-

21. La vida nómada, que caracteriza el grado inferior de la civilización, vuelve
a encontrase en la vida turística, generalizada en grado máximo. La primera fue originada por la necesidad, la segunda, por el aburrimiento.

347

351

350

PARERGA Y PARALIPOMENA

pirituales y hasta a los corporales, e incluso una mayor impaciencia
ante todos los obstáculos o simples molestias; a aumentar todo eso contribuye poderosamente la vivacidad de todas las representacio-
nes, también las adversas, que nace de la fuerza de la fantasía. Lo dicho vale proporcionalmente de todos los grados intermedios que llenan el amplio espacio desde la más embotada estupidez hasta el máximo genio. Por lo tanto, cada cual está, tanto objetiva como subjetivamente, más próximo a una fuente de los sufrimientos de la vida humana cuanto más alejado de la otra. Conforme a ello, su tendencia natural le llevará a acomodar en lo posible lo objetivo a lo subjetivo en este sentido, es decir, a tomar precauciones frente a la fuente de sufrimiento para la que él tiene una mayor sensibi-lidad. El hombre de ingenio aspirará ante todo a la ausencia de dolor, a no ser importunado, a la calma y el ocio; en consecuencia, buscará una vida tranquila, moderada, pero con el menor estorbo posible; y así, tras algunos tratos con los llamados «hombres», ele-girá la vida retirada y, en I el caso de un gran espíritu, la soledad. Pues cuanto más tiene uno en sí mismo, tanto menos necesita de fuera y también tanto menos pueden ser los demás para él. Por eso la eminencia del espíritu conduce a la insociabilidad. De hecho, si la calidad de la compañía pudiera sustituirse por la cantidad, val-dría la pena incluso vivir en el gran mundo: pero, por desgracia, cien mentecatos en grupo no dan un hombre inteligente. - Por el contrario, el que se halla en el otro extremo, tan pronto como la necesidad le dé un respiro, buscará a toda costa distracción y compañía, y se dará por satisfecho con todo, no huyendo de nada tanto como de sí mismo. Pues en la soledad, donde cada cual es remitido a sí mismo, es donde se muestra lo que tiene en sí mismo: ahí el tonto vestido de púrpura suspira bajo la ineludible carga de su individualidad; mientras que el de altas dotes llena y vivifica con sus pensamientos el entorno más desértico. Por eso tiene una gran verdad lo que dice Séneca: omnis stultitia laborat fastidio sui12 (Ep. 9); como también la sentencia del Eclesiástico: «La vida del necio es peor que la muerte» 23• En consecuencia, en conjunto encontra-remos que cada cual es sociable en la medida en que es intelectual-mente pobre y, en general, vulgar 24 • Pues en el mundo no se tiene mucho más que la elección entre soledad y vulgaridad. Los hom-

22. [«Toda estupidez padece por el fastidio de sí misma>>, Epístolas a Lucilio 9,
§ 22.)
23. [Eclesiástico 22, 12.)
24. Lo que hace al hombre sociable es precisamente su pobreza interior.

348

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

bres más sociables de todos suelen ser los negros, que son también los de menor categoría intelectual: según informes procedentes de Norteamérica aparecidos en periódicos franceses (Le commerce, 19 de octubre de 1837), los negros, tanto libres como esclavos, se recluyen juntos en gran número dentro del lugar más angosto, porque no pueden ver repetida con suficiente frecuencia su negra cara de nariz chata.
Conforme al hecho de que el cerebro surge como el parásito
o el pensionista de todo el organismo, el libre ocio que cada uno consigue, al proporcionarle el libre disfrute de su conciencia y su individualidad, es el fruto y el rendimiento de toda su existencia, que por lo demás es solo fatiga y trabajo. ¿pero qué rinde el libre ocio de la mayoría de los hombres? Aburrimiento y apatía, siempre que no I haya placeres sensibles o necedades que lo llenen. El nulo valor que tiene lo muestra el modo en que lo emplean: es justa-mente el ozio lungo d'uomini ignoranti 25 de Ariosto. La gente co-rriente solo piensa en pasar el tiempo; el que tiene algún talento, en aprovecharlo. - El que las mentes limitadas estén tan expuestas al aburrimiento se debe a que su intelecto no es más que el medium de los motivos para su voluntad. Cuando no hay de momento motivos que captar, la voluntad descansa y el intelecto hace fiesta; este, por-que no se pone en actividad por su cuenta en mayor medida que aquella: el resultado es un terrible estancamiento de todas las fuer-zas en el hombre entero - aburrimiento. Para afrontarlo se pretex-tan a la voluntad motivos nimios que se asumen provisionalmente y a discreción, para excitarla y así poner en actividad el intelecto que ha de captarlos: por lo tanto, estos son a los motivos reales y naturales lo que el papel moneda a la plata; porque su validez está supuesta arbitrariamente. Tales motivos son los juegos, con cartas, etc., que han sido inventados con ese fin. Cuando estos faltan, el hombre limitado se las arregla traqueteando y tocando el tambor con todo lo que encuentra a mano. También el puro es para él un bienvenido sucedáneo de los pensamientos. - Por esa razón en todos los países el juego de cartas se ha convertido en la principal ocupación de toda reunión social: él es la medida de su valor y la declarada bancarrota de todo pensamiento. En efecto, porque no tienen ningún pensamiento que intercambiar, intercambian cartas e intentan quitarse los florines unos a otros. iüh, triste generación!
No obstante, para no ser injusto aquí no quiero suprimir la idea de
que en todo caso, para disculparse de los juegos de cartas, se podría

25. [«El largo ocio de los hombres ignorantes», Orlando furioso XXXN, 75.]

349

353

352

PARERGA Y PARALIPOMENA

aducir que es un ejercicio preparatorio para la vida mundana y los negocios, por cuanto así se aprende a aprovechar prudentemente
las circunstancias (cartas) inevitablemente dadas por el azar para hacer con ellas lo que sea posible, a cuyo fin uno se acostumbra también a contenerse, ya que pone buena cara a un mal juego. Pero, precisamente por eso, el juego de cartas tiene por otro lado una influencia desmoralizante. En efecto, el espíritu del juego consiste en sacarle al otro lo suyo de todas las maneras y con I toda clase de intrigas y jugadas. Pero la costumbre de proceder así en el juego arraiga, se extiende a la vida práctica y poco a poco se llega a hacer exactamente lo mismo en los asuntos del mío y el tuyo, así como a considerar legítima toda ventaja que se tiene en la mano simple-mente con tal de que esté permitida por la ley. Pruebas de ello las ofrece a diario la vida civil. - Así pues, dado que, según se dijo, el libre ocio es la flor o, mejor, el fruto de la existencia de cada cual, ya que solo él le coloca en posesión de su propio yo, hay que con-siderar dichosos a quienes entonces también conservan algo autén-tico en sí mismos; mientras que a la gran mayoría el libre ocio no les reporta más que un tipo que no hay por dónde agarrarlo, que se aburre terriblemente para carga de sí mismo. Por eso nos alegramos «queridos hermanos, porque no somos hijos de la esclava sino de la libre» (Gálatas 4, 31).
Además así como el país más feliz es el que necesita menos importaciones, o ninguna, también es el hombre más feliz el que tiene suficiente con su riqueza interior y para entretenerse necesita poco o nada de fuera; porque tal abastecimiento es muy costoso, origina dependencia, trae peligro, causa disgusto y al final no es más que un mal sustituto de los productos del propio suelo. Pues de los demás, y en general de fuera, no se puede esperar mucho en ningún sentido. Lo que uno puede ser para otro tiene unos límites muy estrechos: al final cada uno se queda solo, y lo que importa entonces es quién está solo. De ahí que valga aquí también lo que ha expresado Goethe (Poesía y verdad vol. 3, p. 474) en general: que en todas las cosas cada cual es al final remitido a sí mismo; o, como dice Oliver Goldsmith:

Still to ourselves in ev'ry place consign'd,
Our own f elicity we make or find26 •
(The Traveller v. 431 sq.)

26. [Confiados a nosotros mismos en todo lugar,/ Nosotros hacemos o encon-tramos nuestra propia felicidad.]

350

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Por eso, lo mejor y la mayor parte ha de serlo y ofrecérselo cada cual a sí mismo. Cuanto más sea esto y, en consecuencia, cuanto más encuentre en sí mismo las fuentes de sus placeres, más feliz será. Con la mayor razón dice Aristóteles: 11 EÚ8atµov ía 'tWV aúi:áp-xwv Écr'tÍ (Eth. Eud. VII, 2), traducido: la felicidad I pertenece a los que se bastan a sí mismos. Pues todas las fuentes externas de la felicidad y el placer son por naturaleza sumamente inseguras, pre-carias, efímeras y sometidas al azar, por lo que hasta en las circuns-tancias más favorables pueden cortarse; y de hecho eso es inevi-table por cuanto no pueden estar siempre disponibles. En la vejez casi todas se agotan necesariamente: pues entonces nos abandona el amor, las bromas, el deseo de viajar, la afición a los caballos y las aptitudes sociales: e incluso la muerte nos arrebata a los amigos y los parientes. Entonces importa más que nunca lo que uno tiene en sí mismo. Pues eso se mantendrá como lo más sólido. Mas también en toda edad esa es y sigue siendo la auténtica y la única fuente duradera de la felicidad. En el mundo, sin embargo, no hay por ningún lado mucho que ganar: la necesidad y el dolor lo llenan, y a quienes escapan de estos les aguarda por todas las esquinas el aburrimiento. Además, en general domina la maldad y la necedad lleva la voz cantante. El destino es cruel, y los hombres, miserables. En un mundo de esta condición, el que posee mucho en sí mismo se asemeja al luminoso, cálido y alegre aposento navideño en medio de la nieve y el hielo de la noche de diciembre. En consecuencia, una individualidad excelente y rica, y en especial la posesión de un gran espíritu, constituyen sin duda la suerte más feliz sobre la tierra, por mucho que esta pueda diferir de la más brillante. Por eso fue una sabia sentencia la de la reina Cristina de Suecia, de solo 19 años, acerca de Descartes, a quien únicamente conocía aún por un artículo y por informes verbales, y que en ese tiempo llevaba veinte años viviendo en Holanda en la más total soledad: Mr. Descartes

est le plus heureux de tous les hommes, et sa condition me semble digne d'envie 27 (Vie de Descartes par Baillet Liv. VII. ch. 10). Solo se requiere, como fue el caso de Descartes, que las circunstancias externas sean favorables hasta el punto de que uno pueda ser due-ño de sí y llegar a estar contento consigo mismo; por eso dice ya el Eclesiastés (7, 12): «Buena es la sabiduría con herencia, y ayuda a que uno pueda alegrarse del sol»28 • Aquel a quien por el favor de

27. [El señor Descartes es el más feliz de todos los hombres y su condición me
parece digna de envidia.]
28. Según la Vulgata. En la versión de las lenguas originales, 7, 11: «Buena es
la ciencia con hacienda, y es una ventaja para los que ven el sol». [N. de la T.]

351

354

355

PARERGA Y PARALIPOMENA

la naturaleza y el destino le es dada esa suerte velará con temeroso cuidado porque le permanezca accesible la fuente interior de su

felicidad; l las condiciones para ello son la independencia y el ocio.
Por eso las comprará gustoso con la moderación y el ahorro; tanto
más cuanto que él no está remitido como los demás a las fuentes externas de los placeres. Así pues, la perspectiva del cargo, el di-nero, el favor y el aplauso del mundo no le inducirán a renunciar a sí mismo para contemporizar con los viles propósitos o el mal gusto de los hombres 29• Eventualmente hará como Horacio en la epístola a Mecenas (lib. I, ep. 7)30 • Es una gran necedad perder hacia dentro para ganar hacia fuera, es decir, sacrificar en todo o en parte la propia tranquilidad, ocio e independencia a cambio de esplendor, rango, opulencia, título y honor. Pero eso es lo que ha hecho Goethe. A mí, mi genio guardián me ha empujado con deci-sión hacia el otro lado.
La verdad aquí debatida según la cual la fuente principal de la felicidad humana nace en su propio interior encuentra su confirma-ción también en la muy certera observación de Aristóteles en la Éti-ca a Nicómaco (1, 7 y VII, 13, 14): que todo placer supone alguna actividad, es decir, la aplicación de alguna capacidad, y no puede existir sin ella. Esta teoría aristotélica de que la felicidad de un hombre consiste en el libre ejercicio de su capacidad prominente la reproduce también Stobeo en su exposición de la ética peripatética (Ecl. eth.lI, c. 7, pp. 268-278), por ejemplo: ÉvÉpyEtav Elvat 't11V EÚ8atµovíav xai:' ÚpE't,Ív, Év npá~Ecrt 1tpoT1youµÉvat<; xa't' EÚx,,Ív31 (la versión de Heeren es: felicitatem esse functionem se-cundum virtutem peractiones successus compotes). En general tam-bién la presenta en expresiones más breves con la explicación de que ÚpE-r,Í es todo virtuosismo. El destino primordial de las fuerzas con que la naturaleza ha dotado al hombre es la lucha contra la necesidad que le acosa por todos lados. Pero una vez que cesa esa

29. Ellos consiguen su bienestar a costa de su ocio: ¿pero de qué me sirve el bienestar si a cambio de él debo entregar lo único que lo hace deseable, a saber, el libre ocio?

30. Se refiere a la historia de Vulteyo, pregonero y vendedor ambulante, a quien Filipo le da el dinero para comprar una granja. Poco después, y tras compro-bar los desvelos y disgustos que esta supone, Vulteyo se presenta ante Filipo y le pide que le devuelva a su estado anterior. La historia concluye afirmando que quien vea que es mejor lo que dejó que lo que recibió a cambio ha de intentar recuperar enseguida lo que perdió. «Cada uno se mide según su propia medida: esa es la ver-dadera sabiduría.» [N. de la T.]
31. [«La felicidad es la actividad según la virtud en asuntos que resultan según se desea», Eclogae physicae et ethicae 11, c. 7.)

352

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

lucha, esas fuerzas desocupadas se le convierten en una carga: de ahí que tenga entonces que jugar con ellas, es decir, emplearlas sin objeto: pues si no, recae enseguida en la otra I fuente del sufri-miento humano: el aburrimiento. Por eso todos los grandes y ricos son atormentados por él, y ya Lucrecio ofreció una descripción de su miseria, cuya exactitud aún hoy en día tenemos ocasión de conocer en toda gran ciudad:

Exit saepe foras magnis ex aedibus ille,
Esse domi quem pertaesum est, subitoque reventat;
Quippe foris nihilo melius qui sentiat esse.
Currit, agens mannos, ad villam praecipitanter,
Auxilium tectis quasi ferre ardentibus instans:
Oscitat extemplo, tetigit quum limina villae;
Aut abit in somnum gravis, atque oblivia quaerit;
Aut etiam properans urbem petit, atque revisit32•
III, 1073

En estos señores, durante la juventud son la fuerza muscular y la capacidad reproductiva las que tienen que aguantarlo todo. Pero después solo quedan las fuerzas espirituales: si faltan estas, o bien su educación y el acopio de materia para su actividad, la aflicción se hace grande. Dado que la voluntad es la única fuerza inagotable, entonces es excitada con el estímulo de las pasiones, por ejemplo, con juegos de azar, ese vicio verdaderamente degradante. - Pero en general todo individuo desocupado elegirá un juego en el que ocuparse según el tipo de capacidades que en él predominen: quizá los bolos o el ajedrez; la caza o la pintura; las carreras o la música; el juego de naipes o la poesía; la heráldica o la filosofía, etc. Pode-mos incluso investigar metódicamente la cuestión remontándonos a la raíz de todas las manifestaciones de fuerza humanas, es decir, a las tres fuerzas fisiológicas fundamentales que, por lo tanto, hemos de examinar aquí en su juego sin finalidad, en el que aparecen como las fuentes de las tres clases de posibles placeres de las cuales cada hombre elegirá la que le resulte adecuada según que en él predomi-ne una u otra de aquellas capacidades. Así pues, tenemos en primer

32. [«Con frecuencia sale aquel fuera del palacio/ Porque está hastiado de la casa, y al momento retorna; / Ya que fuera no se siente mejor en nada. / Corre a caballo precipitadamente a la villa,/ Como si hubiera de apagar el fuego de la casa:
/ Apenas ha traspasado el umbral se vuelve indolente; / O cae en un profundo sueño
e intenta olvidarse; / O bien se acerca apresurado a la ciudad y vuelve a visitarla»,
Sobre la naturaleza de las cosas III, 1060-1067 (no 1073).]

353

356

357

358

PARERGA Y PARALIPOMENA

lugar los placeres de la capacidad reproductiva: consisten en comer, beber, digerir, descansar y dormir. De ahí que incluso pueblos ente-
ros sean objeto del elogio de los demás por haberlos convertido en
sus placeres nacionales. En segundo lugar, los placeres de la irrita-bilidad: consisten en el excursionismo, los saltos, la lucha, la danza, la esgrima, la equitación y los juegos atléticos de todas clases, como también I la caza e incluso la batalla y la guerra. En tercer lugar, los placeres de la sensibilidad: consisten en contemplar, pensar, sentir, poetizar, esculpir, tocar música, aprender, leer, meditar, inventar, filosofar, etc. - Sobre el valor, grado y duración de cada una de esas clases de placeres se pueden hacer muy variadas reflexiones que quedan a cargo del propio lector. Mas a todos resultará obvio que nuestro placer, siempre condicionado por el uso de las pro-pias fuerzas, y con él nuestra felicidad, consistente en la frecuente recurrencia de tal uso, será tanto mayor cuanto más noble sea el tipo de la fuerza que lo condiciona. Nadie negará la primacía que a este respecto tiene la sensibilidad, cuyo claro predominio es el elemento distintivo del hombre frente a las restantes especies ani-males, sobre las otras dos fuerzas fisiológicas fundamentales, que habitan igualmente o incluso en mayor medida en los animales. A la sensibilidad pertenecen nuestras capacidades cognoscitivas: por eso su primacía capacita para los placeres consistentes en conocer, es decir, para los llamados placeres espirituales, y en mayor medida cuanto mayor es esa supremacía 33• El I hombre normal y corrien-

33. La naturaleza progresa continuamente; primero, desde la acción mecánica
y química del reino inorgánico hasta el reino vegetal y su sordo placer propio; desde ahí, al reino animal con el que despunta la inteligencia y la conciencia; y entonces, desde unos débiles comienzos, va ascendiendo gradualmente y por fin se eleva con el paso último y máximo hasta el hombre, en cuyo intelecto alcanza la naturaleza el punto culminante y el objetivo de sus producciones, es decir, ofrece lo más perfecto y complicado que es capaz de producir. Pero incluso dentro de la especie humana el intelecto presenta aún muchas y notables gradaciones, y muy raramente llega al nivel superior de la inteligencia verdaderamente elevada. Esta es, pues, en el sentido más estricto y propio, el producto más complicado y elevado de la naturaleza, y con ello lo más raro y valioso que el mundo puede mostrar. En tal inteligencia aparece la más clara conciencia, y en consecuencia el mundo se presenta con mayor claridad y perfección que en ninguna otra parte. El que está dotado de ella posee, por tanto, lo más noble y preciado de la tierra y tiene conforme a ello una fuente de placeres frente a los cuales todos los demás son nimios; de modo que no necesita de fuera más que el ocio para regocijarse tranquilo con esa posesión y tallar sus diamantes. Pues todos los demás placeres, es decir, los no intelectuales, son de clase inferior: todos ellos acaban en movimientos de la voluntad, esto es, en deseos, esperanzas, miedos y logros, sin importar en qué dirección; en ese caso nunca se termina sin dolor y además, por lo regular, con el logro surge un mayor o menor desengaño

354

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

te solo puede participar vivamente en una cosa si esta excita su voluntad, es decir, si tiene un interés personal para él. Pero toda excitación duradera de la voluntad es por lo menos de tipo mixto, es decir, está unida al dolor. Un medio intencionado de excitarla, y además a través de unos intereses tan nimios que solo provocan dolores momentáneos y ligeros, no permanentes ni serios, y por tanto se han de considerar simples comezones de la voluntad, es el juego de cartas, esa constante ocupación de la «buena sociedad» de todos los lugares 34• - En cambio, el hombre de preponderan-tes capacidades intelectuales es capaz de implicarse vivamente por la vía del puro conocimiento, sin mezcla alguna de la voluntad, y hasta lo necesita. Mas esa participación se instala entonces en una región esencialmente ajena al dolor, algo así como la atmósfera de los dioses de vida fácil, Sswv pctCX. swÓV'tWV 35• En consecuencia, mientras que la vida de los demás transcurre en la apatía, al estar sus pensamientos I y acciones totalmente orientados a los mezqui-nos intereses de la prosperidad personal y con ellos a las miserias de todas clases - razón por la cual les invade un insoportable abu-

en lugar de hacerse cada vez más clara la verdad, como en el caso de los placeres intelectuales. En el reino de la inteligencia no impera ningún dolor sino que todo es conocimiento. Todos los placeres intelectuales son accesibles a cada cual a través de su propia inteligencia y, por lo tanto, en la medida de ella: pues tout /'esprit qui est au monde est inutile a celui qui n'en a point [«todo el espíritu que hay en el mundo le resulta inútil a quien carece de él», Labruyere, Los caracteres, capítulo del hombre.] Pero una desventaja real que acompaña a aquel privilegio es que, en toda la naturaleza, con el grado de la inteligencia se eleva también la capacidad para el dolor, así que también aquí alcanza esta su máximo nivel.
34. La vulgaridad consiste en el fondo en que en la conciencia el querer pre-valece totalmente sobre el conocer, con lo que alcanza el grado en el que el cono-cimiento solo aparece al servicio de la voluntad y, por consiguiente, cuando ese servicio no lo anima, es decir, cuando no hay motivos ni grandes ni pequeños, el conocer cesa totalmente y surge en consecuencia un completo vacío de pensa-miento. Mas el querer carente de conocimiento es lo más vulgar que existe: cada tronco de madera lo tiene y lo muestra al menos cuando cae. Por eso aquel estado constituye la vulgaridad. En él solo quedan activos los instrumentos sensoriales y la actividad inferior del entendimiento requerida para la aprehensión de sus datos; como consecuencia de ello el hombre vulgar está continuamente abierto a todas las impresiones, así que percibe al instante todo lo que ocurre a su alrededor, de modo que el sonido más leve y hasta el más insignificante detalle suscitan enseguida su atención, como ocurre con los animales. Todo ese estado se hace visible en su cara y en todo su exterior, - de ahí procede la apariencia vulgar, cuya impresión resulta más desagradable cuando, como en la mayoría de los casos, la voluntad que ha de
llenar aquí en exclusiva la conciencia es vil, egoísta y en general mala.
35. [«Los dioses que viven cómodamente}>, Homero, Ilíada VI, 138; Odisea rv,
805.]

355

359

360

PARERGA Y PARALIPOMENA

rrimiento tan pronto como cesa la ocupación con aquellos fines y ellos quedan remitidos a sí mismos, ya que solo el salvaje fuego de
la pasión es capaz de transmitir algo de movimiento a la masa iner-
te-; mientras tanto, digo, el hombre dotado de fuerzas espirituales predominantes posee una existencia fecunda en ideas, siempre ani-mada y significativa: se ocupa de objetos dignos e interesantes en cuanto puede entregarse a ellos y lleva en sí mismo una fuente de los más nobles placeres. El estímulo externo se lo dan las obras de la naturaleza y la visión de la actividad humana, después las varia-das producciones de los hombres de altas dotes de todas las épocas y países, que en realidad solo él puede disfrutar plenamente porque solo a él le resultan totalmente inteligibles y perceptibles. Por lo tanto, para él han vivido aquellos realmente, en él han puesto sus miras; sin embargo, los demás, en cuanto oyentes ocasionales, solo entienden a medias un poco de aquí y de allá. Mas, desde luego, debido a todo eso él tiene una necesidad más que los otros, la ne-cesidad de aprender, de ver, de estudiar, de meditar, de practicar y, por lo tanto, también la necesidad de ocio libre: pero precisamen-te porque, como observa acertadamente Voltaire, il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins36, esa necesidad es la condición de que le estén abiertos placeres que quedan vedados a los otros, para quienes las bellezas naturales y artísticas y las obras del espíritu, aun cuando las amontonen a su alrededor, solo son en el fondo lo que las hetairas 37 a un anciano. Como resultado de ello, un hombre tan privilegiado además de su vida personal lleva otra, la intelectual, que para él va poco a poco convirtiéndose en el verdadero fin para el cual él considera la primera un simple medio; mientras que para los demás ha de valer como fin esta existencia trivial, vacía y triste. Por eso aquella vida intelectual le ocupará prioritariamente y, con el progresivo aumento de comprensión y conocimiento, recibirá una cohesión, una elevación continua, una totalidad y perfección cada vez más completas, como una obra de arte que se va formando; con ella contrasta tristemente la vida meramente práctica de los demás, orientada a la simple prosperidad personal, capaz de crecer solo a lo largo y no en hondura; 1 aunque, como se dijo, para ellos ha de valer como fin en sí misma mientras que para aquel es un simple medio. En efecto, nuestra vida práctica, real, es aburrida e insípida si no la mueven las pasiones; pero si la mueven, se vuelve enseguida

36. («No hay verdaderos placeres sin verdaderas necesidades», Compendio del Eclesiastés, verso 30, ed. Hachette, p. 404.]
37. [Cortesanas griegas./ Prostitutas.]

356

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

dolorosa: de ahí que solo sean felices aquellos a quienes ha caído en suerte algún exceso de intelecto respecto de la medida necesaria para el servicio de su voluntad. Pues con él llevan, además de su vi-da real, otra intelectual que les ocupa y entretiene sin cesar de una forma indolora pero viva. El simple ocio, es decir, el intelecto des-ocupado del servicio de la voluntad, no basta para eso, sino que se requiere un exceso real de la capacidad: pues solo este faculta para una ocupación puramente espiritual que no sirva a la voluntad: en cambio, otium sine litteris mors est et hominis vivi sepultura38 (Sen., Ep. 82). Pero según sea mayor o menor ese exceso, hay innu-merables gradaciones de aquella vida intelectual que hay que llevar junto a la real, desde la simple colección y descripción de insectos, aves, minerales y monedas, hasta las más altas producciones de la poesía y la filosofía. Mas tal vida intelectual no solo previene del aburrimiento sino también de sus funestas consecuencias. En efec-to, ella se convierte en defensa frente a las malas compañías y los muchos peligros, desgracias, pérdidas y derroches en que uno cae cuando busca su felicidad en el mundo real. Así, por ejemplo, a mí la filosofía nunca me ha reportado beneficios, pero me ha ahorrado muchas cosas.
En cambio, el hombre normal está remitido con respecto al disfrute de su vida a cosas externas a él: a las posesiones, el rango, la esposa e hijos, los amigos, la sociedad, etc., y en ellos se apoya su felicidad vital: por eso se derrumba cuando los pierde o cuando se ve decepcionado con ellos. Para expresar esa relación podemos decir que su centro de gravedad recae fuera de él. Precisamente por eso tiene siempre deseos y caprichos cambiantes: cuando sus medios se lo permitan comprará casas de campo o caballos, dará fiestas, hará viajes, y en general vivirá con gran lujo; porque I pre-cisamente busca una satisfacción externa en cosas de todas clases, al igual que quien está débil espera obtener de los consomés y las drogas farmacéuticas la salud y la fuerza cuya fuente verdadera es la propia fuerza vital. Si, para no pasarnos inmediatamente al otro extremo, colocamos junto a él a un hombre de capacidades espi-rituales no precisamente eminentes pero que sobrepasan la corta medida usual, veremos que este acaso practique como diletante un arte bella o cultive una ciencia real como la botánica, la mineralo-
gía, la física, la astronomía, la historia, etc.; y enseguida encontrará
en ello una gran parte de su placer, recreándose con eso cuando

38. [«El ocio sin letras es la muerte y la sepultura del hombre vivo», Séneca,
Epístolas a Lucilio 82, 3.]

357

361

362

PARERGA Y PARALIPOMENA

dejen de manar aquellas fuentes externas o ya no le satisfagan. En
esa medida podemos decir que su centro de gravedad recae ya par-cialmente en él mismo. Sin embargo, puesto que el simple dile-tantismo en el arte está aún muy lejos de la capacidad creadora, y
dado que las meras ciencias reales se quedan en las relaciones de los fenómenos entre sí, no todo el hombre puede quedar absorbido por ellos ni pueden estos llenar hasta el fondo todo su ser, por lo que su existencia no puede implicarse en ellos hasta el punto de perder todo interés por lo demás. Esto solo queda reservado a la más alta eminencia espiritual que se suele designar con el nombre de genio: pues solo ella convierte en su tema la existencia y la esen-cia de las cosas en su totalidad y en absoluto; según eso, aspirará a expresar su profunda captación de las mismas, de acuerdo con su orientación individual, a través del arte, la poesía o la filosofía. De ahí que solo para un hombre de esa clase resulte una apremiante necesidad la tranquila ocupación consigo mismo, con sus pensa-mientos y obras, que la soledad le sea bienvenida, que el libre ocio sea el supremo bien y todo lo demás prescindible o incluso, de te-nerlo, con frecuencia sea solo una carga. Por consiguiente, solo de un hombre así podemos decir que su centro de gravedad recae por completo en él. A partir de aquí se vuelve incluso explicable que la muy infrecuente gente de esa clase, aun teniendo el mejor carácter, no muestre aquel interno e ilimitado interés por los amigos, la fa-milia y la vida en común, del que algunos de los demás son capaces: pues en último término pueden consolarse de todo simplemente con tenerse a sí mismos. Por eso se encuentra en ellos un elemento

más de aislamiento que es tanto más eficaz I cuanto los demás nunca les satisfacen plenamente; por eso no pueden ver en ellos del todo a sus iguales e incluso, dado que esa heterogeneidad les resul-ta perceptible en todos y cada uno, poco a poco se acostumbran a andar entre los hombres como seres de distinta clase y a servirse en sus pensamientos sobre ellos de la tercera persona del plural en lugar de la primera. - Nuestras virtudes morales redundan princi-palmente en el bien de los demás; las intelectuales, en cambio, nos benefician ante todo a nosotros mismos: por eso aquellas nos hacen generalmente queridos; - estas, odiados.
Desde este punto de vista, aquel al que la naturaleza ha dotado con largueza en el sentido intelectual nos aparece como el más feliz; es cierto que lo subjetivo se halla más cercano a nosotros que lo objetivo, cuyo efecto, de la clase que sea, siempre está mediado por aquel, así que es secundario. Eso atestigua también el hermoso
verso:

358

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ílAou-co~ o -c-ij~ \lfux'ii~ 1tAou-co~ µóvo~ Écrdv ÚA'fl~hk,
T ,-;-') ') s.:, ,, ,, ') 1 ~ 1 39 (J.,11,11,a, u EX,Et U'C'flV 1t11,Etova 'CWV X'tEavwv .
Luciano en Anthol. 1, 67.

Ese rico interior no necesita de fuera más que un regalo nega-tivo, a saber, libre ocio para poder cultivar y desarrollar sus capaci-dades espirituales y disfrutar su riqueza interior, es decir, nada más que el permiso para ser plenamente él mismo durante toda su vida, cada día y a cada hora. Cuando uno está destinado a imprimir la huella de su espíritu en todo el género humano, solo existe para él una felicidad o desdicha: poder cultivar plenamente sus dispo-siciones y completar sus obras, - o bien estar imposibilitado de hacerlo. Todo lo demás es para él insignificante. Conforme a ello, vemos que los grandes espíritus de todos los tiempos atribuyen el máximo valor al libre ocio. Pues el libre ocio de cada uno vale lo

que vale él mismo. i'.10Xf:t 8e ,; f:Uóatµovía f,V 't'Ü CTXOA'Ü civat 40 (videtur beatitudo in otio esse sita), dice Aristóteles (Eth. Nic. X,
7), y Diógenes Laercio (II, 5, 31) informa de que ~wxpd.'t'Tl<; E7t1JVf:t crxoA11v, w<; xÚAAtcr'tov X't'Tlµchwv41 (Socrates otium ut posses-sionum omnium pulcherrimam laudabat). Con esto concuerda tam-bién el que Aristóteles (Eth. Nic. X, 7, 8, 9) considere la vida filosó-fica I la más feliz. También es pertinente aquí incluso lo que dice en 363 la Política (Iv, 11): 'tOV cu8aíµova ~íov civat 1:ov xa't' apc't'TlV avf:µnó8tcr'tov 42, que traducido en profundidad significa: «Poder ejercitar sin impedimentos la propia excelencia, de la clase que sea,
es la verdadera felicidad»; y también coincide con la sentencia de Goethe en el Guillermo Meister: «Quien ha nacido con un talento,
para un talento, encuentra en él su más bella existencia» 43• - Pe-ro el disponer de libre ocio no es ajeno solo al usual destino sino también a la usual naturaleza del hombre: pues su determinación natural es pasar el tiempo procurando lo necesario para su existen-cia y la de su familia. Él es un hijo de la necesidad, no una inteligencia libre. Conforme a ello, el libre ocio se convierte pronto en una carga para el hombre corriente, y finalmente en un tormento, si no es capaz de llenarlo con toda clase de fines simulados y fingidos, a

39. [«Solo la riqueza del alma es verdadera riqueza/ Todo lo demás trae más molestias que ganancia», Luciano, Epigramas 12.]
40. [«Parece que la felicidad está en el ocio», Ética a Nicómaco X, 7, 11776.]
41. [«Sócrates elogiaba el ocio como el más hermoso bien», Vida, opiniones y sentencias de los filósofos 11, cap. 5, § 31.]
42. [«La vida feliz es la que se vive sin impedimento según la virtud», Política Iv, 11, 1995a.]
43. [Los años de aprendizaje de Guillermo Meister l. I, c. 14, mitad.]

359

364

PARERGA Y PARALIPOMENA

través de los juegos, los pasatiempos y las aficiones de todo tinte:
y también por la misma causa, le trae peligros, ya que con razón se
dice: difficilis in otio quies44 • Pero, por otra parte, un intelecto que exceda en mucho la medida usual es anómalo, es decir, no natural.
Mas una vez que existe, para la felicidad del que está dotado de él se requiere justo aquel libre ocio que para los demás es unas veces gravoso y otras nocivo; porque sin él será un pegaso bajo el yugo y, por lo tanto, infeliz. Si coinciden ambos factores no naturales, el externo y el interno, es una gran suerte: pues entonces el así favo-recido llevará una vida de índole superior: la de quien está exento de las dos fuentes opuestas del sufrimiento humano, la necesidad y el aburrimiento, o el afanoso desvelo por la existencia y la incapa-cidad de soportar el ocio (es decir, la libre existencia misma); males ambos de los que en otro caso solo se puede escapar haciendo que se neutralicen y anulen mutuamente.
Mas, por otro lado, frente a todo eso hay que tener en cuenta que las grandes dotes intelectuales originan una elevada sensibili-dad al dolor en todas sus formas debido a la preponderancia de la actividad cerebral; que, además, el temperamento apasionado que las condiciona y, al mismo tiempo, la I mayor viveza y perfección de todas las representaciones, inseparables de tales dotes, provocan una mayor vehemencia de los afectos suscitados por dichas repre-sentaciones, cuando en general hay más afectos desagradables que agradables; y, finalmente, que las grandes dotes intelectuales alejan a su poseedor de los demás hombres y sus afanes, ya que cuanto más tiene él en sí mismo menos puede encontrar en ellos, y cien cosas en las que ellos encuentran gran placer son para él sosas e insoportables; con lo que quizás también siga aquí en vigor la ley de la compensa-ción que se hace valer en todas partes; incluso se dice con bastante frecuencia, y no sin visos de verdad, que el hombre más limitado intelectualmente es en el fondo el más feliz, si bien nadie puede en-vidiarlo por esa felicidad. No quiero anticiparme al lector en la de-cisión definitiva del asunto, tanto menos cuando el mismo Sófocles ha presentado al respecto dos sentencias diametralmente opuestas:

ílo')..,')..,é¡) -ro <ppovEiv EÚomµovía~ 1tpéihov únápx,Et 45 •
(Sapere longe prima felicitatis pars est.)
Antig. 1328.

Y a su vez:

44. [Difícil es la calma en el ocio.]
45. [Tener entendimiento es con mucho el primer principio de la felicidad.]

360

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Ev -e~ <ppovs'iv yap µ11ósv 1181.cr-coc; ~íoc;46•
(Nihil cog#antium jucundissima vita est.)
Ajax. 550.

Igual de discrepantes son los filósofos del Antiguo Testamen-
to: «iLa vida del necio es peor que la muerte!» ('rou yap µéopou Ú7tEp Scivcx:tou sw~ 1tov11pci, Eclesiástico, 22, 12), y: «Donde hay mucha sabiduría hay mucha aflicción» (ó npocr't'ÍSst<; yvéocrtv, npocrS~crEt a.Ay11µa, Eclesiastés 1, 18). Entretanto, no quiero dejar de mencionar que el hombre que, como consecuencia de la

estrecha y apenas normal medida de sus fuerzas intelectuales care- ' ce de necesidades espirituales es lo que se designa como filisteo, en
una expresión exclusiva del idioma alemán que procede de la vida estudiantil, pero después se ha utilizado en un sentido superior, aunque análogo al original, en oposición al hijo de las Musas. El filisteo, en efecto, es y sigue siendo el &µoucro<; av~p 47• Desde un punto de vista superior yo formularía la definición de los filisteos diciendo que son gentes que I continuamente se ocupan con la 365 mayor seriedad de una realidad que no lo es. Mas una definición
así, ya transcendental, no sería adecuada al punto de vista popular
en el que me he instalado en este tratado, y por eso quizás no sea
del todo comprensible para cualquier lector. En cambio, aquella primera admite con mayor facilidad una especial ilustración y de-signa suficientemente la esencia del asunto, la raíz de todas las cua-lidades que caracterizan al filisteo. Es, por consiguiente, un hombre sin necesidades espirituales. De ahí se siguen varias cosas: primero, con respecto a sí mismo, que se queda sin placeres espirituales, se-gún el principio antes citado: il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins48 • Ningún afán de conocimiento y comprensión por voluntad propia vivifica su existencia, ni tampoco el afán de place-res verdaderamente estéticos, que es del todo afín a aquel. Si acaso la moda o la autoridad le imponen algún placer de esa clase, lo despachará lo más rápidamente posible como una especie de trabajo forzado. Los únicos placeres reales para él son los sensibles: con ellos se satisface. En consecuencia, las ostras y el champán son el punto culminante de su existencia, y el fin de su vida es lograr todo lo que contribuya al bienestar corporal. iFeliz él si ese fin le da mu-cho trabajo! Pues si aquellos bienes se le imponen ya de antemano inevitablemente cae en el aburrimiento, contra el cual intentará

46. [Pues en el entendimiento no se da la vida más agradable.]
47. [El hombre rudo. Literalmente, el hombre sin musas.]
48. Véase p. 359 [p. 356], nota 36. [N. de la T.]

361

PARERGA Y PARALIPOMENA

entonces todo lo imaginable: baile, teatro, vida social, juegos de naipes, juegos de azar, caballos, mujeres, bebida, viajes, etc. Y, sin embargo, nada de eso basta contra el aburrimiento cuando la ca-rencia de necesidades intelectuales hace imposibles los placeres del espíritu. Por eso es propia y característica del filisteo una sombría y seca seriedad que se acerca a la del animal. Nada le alegra, nada le estimula, nada es de su interés. Pues los placeres sensibles se agotan pronto; la compañía, formada de tales filisteos, se vuelve enseguida aburrida; el juego de cartas termina cansando. A lo sumo le quedan
los placeres de la vanidad, a su estilo, consistentes en superar a los demás en riqueza, o rango, o influencia y poder, por lo que enton-
ces será respetado por ellos; o bien en tener al menos trato con
366 los que destacan en tales cosas, 1 y así participa él del reflejo de su esplendor (a snob). - De la cualidad fundamental del filisteo que
se ha expuesto se sigue en segundo lugar, con relación a los demás,
que, al no tener necesidades intelectuales sino solo físicas, buscará
a quien esté en condiciones de satisfacer estas y no aquellas. Por eso nada exigirá menos de los demás que el tener algunas capacidades intelectuales predominantes: antes bien, cuando se tope con ellas suscitarán su rechazo y hasta su odio; porque él no tiene más que un gravoso sentimiento de inferioridad y además experimenta una sorda envidia oculta que intenta disimular con el mayor cuidado tratando incluso de ocultársela a sí mismo, con lo que a veces crece hasta convertirse en una rabia contenida. Por consiguiente, en mo-do alguno se le ocurrirá medir por semejantes cualidades su estima o respeto, sino que estos se reservarán exclusivamente al rango y la riqueza, el poder y las influencias, que a sus ojos son los únicos ver-daderos privilegios, en los que él también desearía sobresalir. -Mas todo eso se debe a que es un hombre sin necesidades espirituales. Un gran sufrimiento de todos los filisteos radica en que las idea-lidades no les ofrecen ningún entretenimiento sino que para escapar del aburrimiento necesitan siempre realidades. Estas, por una par-te, se agotan pronto cuando, en vez de entretener, aburren; y, por otra, provocan perjuicios de todas clases; mientras que, en cambio, las idealidades son inagotables al tiempo que inocentes e inocuas en sí mismas. -
En todo este examen de las cualidades personales que contri-buyen a nuestra felicidad he tomado en consideración, junto a las físicas, principalmente las intelectuales. De qué forma hace inme-diatamente feliz la excelencia moral lo he expuesto ya antes en mi escrito de concurso Sobre el fundamento de la moral§ 22, p. 275 [2.ª ed., p. 272], al que, por lo tanto, remito desde aquí.

362

1 Capítulo 111

DE LO QUE UNO TIENE

De forma acertada y hermosa Epicuro, el gran maestro de la felici-dad, ha dividido las necesidades humanas en tres clases. Primera, las naturales y necesarias: son las que causan dolor si no son satis-fechas. Por consiguiente, se incluye aquí solo el victus et amictus 49 • Son fáciles de satisfacer. En segundo lugar, las naturales pero no necesarias: es la necesidad de satisfacción sexual, si bien Epicuro no la formula en el informe de Laercio (yo, en general, reproduzco aquí su teoría algo mejorada y retocada). Satisfacer esta necesidad es ya más difícil. En tercer lugar, las que no son naturales ni nece-sarias: son las del lujo, la opulencia, la pompa y el esplendor: son infinitas, y su satisfacción, muy difícil (véase Diog. Laert. l. X, c. 27, § 149 y§ 127, y Cicerón, De finibus 1, c. 14 y 16).
Definir los límites de nuestros deseos razonables con respecto
a las posesiones es difícil, cuando no imposible. Pues la satisfacción de cada cual en este sentido no se basa en una magnitud absoluta sino meramente relativa, a saber: la relación entre sus pretensiones y sus bienes: de ahí que estos últimos, considerados por sí solos, estén tan vacíos de significado como el numerador de un quebrado sin el denominador. Un hombre no está en absoluto privado de los bienes que nunca se le ha pasado por la cabeza pretender, sino que está plenamente satisfecho aun sin ellos; mientras que otro I que posee cien veces más que él se siente desdichado porque le falta
una cosa que pretende. Cada uno tiene, también en este sentido,
su propio horizonte de lo que le es posible alcanzar: hasta donde
este llega, alcanzan sus pretensiones. Cuando algún objeto situado

49. [La alimentación y el vestido.]

363

367

369

368

PARERGA Y PARALIPOMENA

dentro de él se le presenta de tal modo que puede confiar lograrlo,
se siente feliz; infeliz, en cambio, cuando las dificultades que sur-
gen le quitan la perspectiva de conseguirlo. Lo que queda fuera de
ese horizonte no tiene efecto alguno sobre él. Por eso al pobre no le preocupan las grandes posesiones de los ricos y, por otra parte, cuando al rico se le malogran sus propósitos no le consuela lo mu-cho que ya posee. La riqueza se parece al agua de mar: cuanto más se bebe de ella, más sediento se está. - Lo mismo vale de la fama.
- El hecho de que tras haber perdido la riqueza o el bienestar, y una vez superado el dolor inicial, nuestro ánimo habitual no resulte muy diferente del anterior se debe a que, después de que el desti-no ha disminuido el factor de nuestra posesión, nosotros mismos reducimos en gran medida el factor de nuestras pretensiones. Pero esa operación es lo realmente doloroso en un caso de desgracia: una vez ejecutada, el dolor se hace cada vez menor y al final deja de sentirse: las heridas cicatrizan. A la inversa, en un caso de fortuna el compresor de nuestras pretensiones se levanta y estas se extien-den: ahí se encuentra la alegría. Pero esta tampoco dura más que hasta que esa operación se ha efectuado por completo: nos acos-tumbramos a la medida incrementada de nuestras pretensiones y nos volvemos indiferentes hacia la posesión correspondiente a ella. Eso afirma ya el pasaje de Homero en la Od.[isea] XVIII, 130-137, que concluye:

T ~ \ 1 ' \' s ' 's 1 otoc; ya¡:, vooc; ecrnv e7ttX, ovtwv av pwnwv,
Olov sq>' ~µap ayet 1tClTI\P á.v8pmv 'Ce Semv -Ce50 •

La fuente de nuestra insatisfacción se halla en los intentos siem-pre renovados de elevar el factor de las pretensiones dentro de la inmovilidad del otro factor, que lo impide. -
En un género necesitado y consistente en necesidades como es

el humano, no es de extrañar que l la riqueza sea en mayor medida y más abiertamente estimada y hasta respetada, y que incluso el poder lo sea únicamente como medio para la riqueza; ni tampoco que, con el fin de adquirirla, todo lo demás se deje de lado o se lance sobre la multitud, por ejemplo, la filosofía de los profesores de filosofía.
Con frecuencia se reprocha a los hombres que sus deseos estén dirigidos principalmente al dinero y que amen este sobre todas las

50. [Pues el pensamiento de los hombres que habitan la tierra es/ Como el día que nos trae el padre de los hombres y de los dioses.]

364

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

cosas. Sin embargo, es natural y hasta irremediable amar aquello que, como un infatigable Proteo, a cada instante está dispuesto a transformarse en el correspondiente objeto de nuestros cambian-tes deseos y variadas necesidades. En efecto, cualquier otro bien solo puede satisfacer un deseo, una necesidad: la comida solo es buena para el hambriento; el vino, para el sano; la medicina, para el enfermo; una piel, para el invierno; las mujeres, para los jóve-nes, etc. Todos ellos no son, por lo tanto, más que áyaSá npÓ<; ,; t51, es decir, solo relativamente buenos. Únicamente el dinero es lo absolutamente bueno, porque no previene solo una necesidad in concreto sino la necesidad en general, in abstracto. -
La fortuna disponible se ha de considerar como un muro de defensa contra los muchos males y desgracias posibles, no como un permiso o incluso una obligación de procurarse los placeres del mundo. La gente que no tiene fortuna de familia pero finalmente llega a la situación de ganar mucho dinero gracias a sus talentos, de la clase que sean, cae casi siempre en la ilusión de que su talento es el capital constante y la ganancia que obtiene con él, el interés. En consecuencia, no ahorran parte de lo ganado para reunir así un capital constante, sino que gastan a medida que ganan. Pero después, en la mayoría de los casos terminan en la pobreza; porque su ganancia se estanca, o cesa, bien porque el talento mismo se ha agotado, ya que era de tipo perecedero -como, por ejemplo, el de casi todas las bellas artes-, o bien porque solo podía abrirse paso bajo especiales circunstancias y coyunturas que han desaparecido. Los artesanos pueden siempre proceder de la forma indicada, ya que las capacidades para sus producciones no se pierden fácilmen-te, además de que son sustituidas por las fuerzas de los compañeros y porque sus fabricaciones son objetos de necesidad, 1 así que se venden en toda época; por eso es acertado el refrán: «Quien ha oficio, ha beneficio»52• Pero no ocurre lo mismo con los artistas y los virtuosi de cualquier clase. Precisamente por eso están bien pagados. Mas, por la misma razón, lo que ganan debe convertirse en su capital, y sin embargo de forma temeraria lo toman por inte-reses y con ello van hacia la ruina. - En cambio, los que poseen un patrimonio heredado al menos saben bien qué es el capital y qué los intereses. Por eso la mayoría intentarán poner aquel a seguro, no echar mano de él en ningún caso e incluso, cuando sea posible,

51. [Bienes para algo.]
52. En el original, ein Handwerk hat einengoldenen Boden: «un oficio tiene el
suelo de oro». [N. de la T.]

365

371

370

PARERGA Y PARALIPOMENA

ahorrar al menos una octava parte de los intereses para afrontar futuras faltas de liquidez. Así la mayor parte se mantendrán en el bienestar. - Esta observación no es aplicable a los comerciantes:
pues para ellos el dinero es un simple medio para una ganancia ul-terior, algo así como un instrumento del oficio; de ahí que, aunque haya sido ganado por ellos mismos, intenten conservarlo e incre-mentarlo mediante la inversión. Por consiguiente, en ningún oficio está la riqueza tan en su hogar como en este.
En general, es normal encontrar que quienes han luchado ya con la verdadera necesidad y la carencia son, sin comparación, los que menos las temen; por eso tienen más tendencia al derroche que quienes las conocen solo de oídas. A los primeros pertenecen todos los que, gracias a un golpe de fortuna de cualquier clase o a un especial talento de la especie que sea, han pasado con bastante rapidez de la pobreza al bienestar: los otros, por el contrario, son los que han nacido y permanecido en el bienestar. Estos siempre piensan más en el futuro y son, por lo tanto, más ahorradores que aquellos. De ahí se podría inferir que la necesidad no es algo tan malo como parece vista de lejos. Pero la verdadera razón podría ser más bien que a quien ha nacido en medio de la riqueza familiar esta le parece algo imprescindible en cuanto elemento de la única vida posible, igual que el aire; de ahí que la custodie como su pro-pia vida y, por consiguiente, sea en la mayoría de los casos amante del orden, precavido y ahorrativo. En cambio, al que ha nacido en medio de la pobreza familiar esta le parece el estado natural; la riqueza que después le ha recaído de cualquier manera le parece, en cambio, algo superfluo, simplemente I apropiado para disfrutar y dilapidar; pues cuando la vuelve a perder se las arregla sin ella igual que antes, y además se le quita una preocupación. Ocurre lo que dice Shakespeare:

The adage must be verified,
That beggars mounted run their horse to death.

(El adagio ha de verificarse, que el mendigo montado hace
correr al caballo hasta la muerte.)
Enrique VI p. 3, a. 1.

A eso se añade además que esa gente lleva, no tanto en la ca-beza como en el corazón, una firme y desmesurada confianza, por una parte, en el destino y, por otra, en los propios medios que ya le han sacado de la necesidad y la pobreza; por eso no consideran,

366

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

como hace el que ha nacido rico, que los abismos de estas carecen de fondo, sino que piensan que, al chocar con el suelo, volverán a elevarse. - Por esa peculiaridad humana se puede explicar que las mujeres que fueron muchachas pobres sean con frecuencia más exi-gentes y despilfarradoras que aquellas que aportaron un rico ajuar; porque en su mayor parte las muchachas ricas no solo aportan for-tuna sino también más celo que las pobres, y hasta un impulso he-redado de conservarla. Entretanto, quien pretenda afirmar lo con-trario encontrará una autoridad en su favor en la primera sátira de Ariosto. En cambio, el doctor Johnson concuerda con mi opinión: A woman of fortune being used to the handling of money, spends it judiciously: but a woman who gets the command of money for the first time upon her marriage, has such a gust in spending it, that she throws it away with great profusion 53 (véase Boswell, Life of Johnson, ann. 1776, aetat. 67). En todo caso, me gustaría aconsejar al que se case con una mujer pobre que no le deje en herencia el capital sino solo una renta, pero en especial que tenga cuidado de que el patrimonio de los hijos no caiga en sus manos.
En manera alguna creo hacer algo indigno con mi pluma al recomendar el desvelo por el patrimonio adquirido y el heredado. Pues el hecho de poseer de familia lo suficiente, aunque sea solo para la propia persona y sin familia, para poder vivir cómodamen-te en una verdadera independencia, es decir, sin I trabajar, es una inestimable ventaja: pues supone la exención y la inmunidad de la necesidad y la fatiga inherentes a la vida humana, es decir, la emancipación de la servidumbre universal, esa suerte natural del hijo de la tierra. Solo bajo esa protección del destino se nace como un verdadero hombre libre: pues solo así se es verdaderamente sui juris 5

4, señor del propio tiempo y las propias fuerzas, y se puede decir cada mañana: «El día es mío». Precisamente por eso, la dife-rencia entre quien tiene mil táleros de renta y quien tiene cien mil es infinitamente menor que la que existe entre el primero y quien no tiene nada. Pero la fortuna de familia alcanza su máximo valor cuando recae sobre alguien que está dotado de capacidades espi-rituales de tipo superior y tiene aspiraciones que no se llevan bien con el lucro: pues entonces está doblemente dotado por el destino y puede vivir de su genio: pero saldará centuplicada su deuda con

53. [Una mujer de fortuna acostumbrada a manejar el dinero lo gasta juiciosa-
mente: pero una mujer que llega a disponer de dinero por primera vez a partir de su matrimonio encuentra tal placer en gastarlo que lo dilapida con gran profusión.]
54. [Independiente.]

367

372

373

PARERGA Y PARALIPOMENA

la humanidad produciendo lo que ningún otro puede y creando
algo que la beneficia en su conjunto y que redunda en su honor. Otro, a su vez, en una situación tan privilegiada se hará merecedor
de la gratitud de la humanidad por sus aspiraciones filantrópicas.
En cambio, el que no hace nada de todo eso ni aun en alguna me-dida o a modo de ensayo, el que ni siquiera con el estudio a fondo de una ciencia se abre al menos la posibilidad de fomentarla, - un hombre así con una fortuna heredada es un simple gandul y resulta despreciable. Tampoco será feliz: pues la exención de la necesidad le entrega en manos del otro polo de la miseria humana, el abu-rrimiento, el cual le atormenta tanto que sería mucho más feliz si la necesidad le hubiera dado ocupación. Mas precisamente ese aburrimiento le inducirá fácilmente a extravagancias que le harán perder aquel privilegio del que no era digno. En realidad innume-rables hombres se encuentran en la indigencia simplemente porque cuando tuvieron dinero lo gastaron solamente para conseguir un momentáneo alivio del aburrimiento que les oprimía.
Pero totalmente distinto es el caso cuando la finalidad es llegar alto en la administración pública, en la que por tanto se han de lograr favores, amigos I y relaciones para, a través de ellos, esca-lonadamente, lograr la promoción quizás hasta los más altos pues-tos: en el fondo aquí es mejor haber venido al mundo sin fortuna ninguna. En especial a quien no es aristócrata pero está dotado de algún talento, le supondrá una ventaja y una recomendación el ser un pobre diablo. Pues lo que más busca y ama cada cual, ya en la simple conversación y mucho más en el empleo, es la inferioridad de los demás. Mas solo un pobre diablo está convencido y penetra-do en el grado que aquí se requiere de su total, profunda, decidida y completa inferioridad, así como de su absoluta insignificancia y carencia de valor. En consecuencia, solo él se inclina con frecuencia y durante el tiempo suficiente y solo sus reverencias alcanzan los noventa grados; solo él lo aguanta todo sonriendo; solo él conoce la completa carencia de valor de los méritos; solo él elogia públi-camente y en voz alta, o bien con grandes letras impresas, las cha-puzas literarias de sus superiores o de los hombres influyentes co-mo obras maestras; solo él sabe mendigar: en consecuencia, solo él puede tempranamente, es decir, en la juventud ser un iniciado 55 en aquella oculta verdad que Goethe nos ha revelado en las palabras:

55. Epopte: del griego é1tó1n11, el vidente o iniciado en los grandes misterios. [N. de la T.]

368

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

De lo infame
Nadie se queje:
Pues es lo más poderoso,
Por mucho que te digan.
Diván de Oriente y Occidente 56

En cambio, aquel que tiene para vivir en su familia se mos-trará la mayoría de las veces rebelde: está acostumbrado a ir tete levée57, no ha aprendido todas aquellas artes, y además quizá esté empeñado en conseguir algún talento cuya insuficiencia frente al médiocre et rampant 58 debería más bien comprender; al final está en condiciones de notar la inferioridad de sus superiores y, si esta llega
a la indignidad, se volverá estático o desconfiado. A eso no se le da
coba en el mundo: antes bien, al final se llegará a la situación de decir con el audaz Voltaire: nous n'avons que deux jours a vivre: ce n'est pas la peine de les passer a ramper I sous des coquins mépri- 374 sables59: - por desgracia, dicho sea de paso, ese coquin méprisable
es un predicado para el que hay muchos sujetos en este endiablado mundo. Así pues, se ve que la sentencia de Juvenal:

Haud f acile emergunt, quorum virtutibus obstat
Res angusta domi 60,

rige más para la carrera de los virtuosos que para la de la gente de mundo. -

Dentro de lo que uno tiene no he contado la mujer y los hijos, ya que más bien es tenido él por ellos. Antes se podrían incluir ahí los amigos, aunque también en ese caso el poseedor ha de ser en la misma medida posesión del otro.

5 6. [Libro del disgusto, «Sosiego del viajero>>.]
57. [Con la cabeza erguida.]
58. [Mediocre y rastrero.]
59. [,<Solo tenemos dos días de vida: no vale la pena pasarlos arrastrándonos bajo bribones miserables», Oeuvres, ed. Beuchot, 26, p. 116.]
60. [«No ascienden fácilmente aquellos cuyas virtudes obstaculizan/ Los esca-sos recursos de su casa», Sátiras 3, 164.]

369

375 1 Capítulo IV

DE LO QUE UNO REPRESENTA

Esto, es decir, nuestra existencia en la opinión de los demás, es algo
que siempre se aprecia en exceso debido a una especial debilidad
de nuestra naturaleza; si bien ya la más ligera reflexión nos podría enseñar que eso no es en sí mismo esencial para nuestra felicidad.
Por consiguiente, apenas resulta explicable todo lo que un hom-bre se alegra interiormente tan pronto como observa indicios de la opinión favorable de los demás y su vanidad es de alguna manera lisonjeada. Tan inevitablemente como ronrronea el gato cuando se le acaricia, se dibuja un dulce deleite en el rostro del hombre al que se elogia, y más si el elogio entra en el campo de sus pretensiones, aunque se trate de una mentira palpable. Con frecuencia los signos de aprobación ajena le consuelan de la desgracia real o de la escasez con la que fluyen para él las dos fuentes principales de nuestra feli-cidad de las que hemos tratado: y, a la inversa, es asombroso cómo toda ofensa a su ambición en cualquier sentido, grado o respecto, todo menosprecio, humillación o falta de respeto, le mortifican de manera indefectible y con frecuencia le duelen hondamente. En la medida en que el sentimiento del honor se basa en esa cualidad, esta puede tener consecuencias ventajosas en cuanto sucedáneo de la moralidad, de cara a la buena conducta de muchos; pero en
la propia felicidad del hombre, y ante todo en el sosiego y la in-dependencia tan esenciales a ella, tiene más efecto perturbador y perjudicial que favorable. De ahí que sea aconsejable desde nuestro punto de vista ponerle sus límites y, por medio de una adecuada reflexión y una certera estimación del valor de los bienes, moderar
376 en lo posible aquella gran sensibilidad a la opinión ajena, 1 tanto cuando halague como cuando duela: pues ambas cosas penden del

370

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

mismo hilo. En otro caso, se sigue siendo esclavo de la opinión y el parecer ajenos:

Sic leve, sic parvum est, animum quod laudis avarum
Subruit ac reficit61•

En consecuencia, una correcta estimación del valor de lo que uno es en y para sí mismo frente a lo que simplemente es a los ojos de los demás puede aportar mucho a nuestra felicidad. En la prime-ra se incluye llenar todo el tiempo de nuestra propia existencia, su contenido interno, con todos los bienes que hemos examinado bajo los títulos «Lo que uno es» y «Lo que uno tiene». Pues el lugar en el que todo eso tiene su esfera de acción es la propia conciencia. En cambio, el lugar de lo que somos para los demás es la conciencia ajena: es la representación bajo la cual nosotros aparecemos en ella junto a los conceptos que se le aplican 62 • Mas eso es algo que no existe inmediatamente para nosotros sino solo de forma indirecta, a saber: en la medida en que con ello se determina la conducta de los demás para con nosotros. Y tampoco eso mismo entra en consi-deración más que en cuanto influye sobre algo que puede modificar lo que somos en y para nosotros mismos. Además, lo que pase en una conciencia ajena nos es indiferente en cuanto tal, y también nosotros nos iremos haciendo paulatinamente indiferentes a ello si alcanzamos un conocimiento suficiente de la superficialidad y futilidad de los pensamientos, de la limitación de los conceptos, de la cortedad del ánimo, de lo absurdo de las opiniones y del número
de los errores que hay en la mayoría de las cabezas, y si además aprendemos por propia experiencia con qué menosprecio se habla
en ocasiones de cualquiera tan pronto como no hay que temerle o cuando se cree que no llega a sus oídos; pero en especial, después
de haber oído cómo media docena de imbéciles hablan con despre-
cio de un gran hombre. Veremos I entonces que quien da un gran 377 valor a la opinión de los hombres les dispensa un honor excesivo.
En cualquier caso, está remitido a un triste recurso aquel que
no encuentra su felicidad en las dos clases de bienes ya examina-
dos, sino que ha de buscarla en esta tercera; es decir, no en lo que
él es realmente sino en lo que es en la representación ajena. Pues

61. [«Tan leve, tan mezquino es lo que al ánimo ansioso de alabanza/ Abate y reconforta», Horacio, Epístolas II, 1, 179.]
62. Las clases más altas, en su esplendor, en su pompa y fasto, en su magnifi-cencia y representatividad de todas clases, pueden decir: «toda nuestra felicidad se encuentra fuera de nuestro yo: su lugar son las mentes de los demás,,.

371

378

PARERGA Y PARALIPOMENA

nuestra naturaleza animal es en general la base de nuestro ser y, por
lo tanto, también de nuestra felicidad. De ahí que lo esencial para nuestro bienestar sea la salud y, junto a esta, los medios para nuestro sustento, es decir, unos ingresos seguros. Honor, esplendor, rango, fama, por mucho valor que alguno les quiera atribuir, no pueden competir con aquellos bienes esenciales ni sustituirlos: antes bien, en caso necesario, serían sacrificados por aquellos sin pensarlo. Por esa razón, contribuirá a nuestra felicidad el que de vez en cuando alcancemos la simple comprensión de que cada cual vive, ante to-do y realmente, en su propia piel, no en la opinión de los demás; y que, por consiguiente, nuestro estado real y personal, tal como viene determinado por la salud, el temperamento, las capacidades, los ingresos, la mujer, los hijos, los amigos, el lugar de residencia, etc., es cien veces más importante para nuestra felicidad que lo que los demás gusten pensar de nosotros. La ilusión opuesta nos hace infelices. Cuando se grita con énfasis: «El honor está por encima de la vida», en realidad se quiere decir: «La existencia y el bienestar no son nada; lo que piensan los demás de nosotros, esa es la cuestión». A lo sumo la sentencia puede valer como una hipérbole basada en la prosaica verdad de que, para salir adelante y subsistir entre los hom-

bres, con frecuencia es ineludiblemente necesario el honor es decir ' ' la opinión de aquellos sobre nosotros; sobre esto volveré más ade-
lante. En cambio, cuando se ve cómo casi todo a lo que los hombres aspiran sin tregua durante toda su vida, con incansable esfuerzo y mil peligros y penalidades, tiene como último fin el ascender en la opinión de los otros; porque, en efecto, no solo los cargos, títulos y condecoraciones, sino también la riqueza e incluso la ciencia 63 y el arte I son_ perseguidos en el fondo y principalmente por esa razón, y consegmr un respeto mayor de los demás es el fin último al que se tiende; entonces, por desgracia, esto no demuestra más que la mag-nitud de la necedad humana. Otorgar excesivo valor a la opinión de los demás es un error que impera universalmente, al margen de que tenga su raíz en nuestra propia naturaleza o haya surgido como con-secuencia de la sociedad y la civilización; en todo caso ejerce sobre todas nuestras acciones una influencia completamente desmesurada y opuesta a nuestra felicidad, influencia que se puede seguir desde allá donde se muestra como un temeroso y esclavo cuidado por el qu'en dira-t-on 64, hasta allá donde se topa con el puñal de Virginia

63. Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter. [«Tu saber no es nada si otro no sabe de tu sabeP>, Persio, Sátiras I, 27.]
64. [Qué dirán.]

372

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

en el corazón de su hija65 o induce a los hombres a sacrificar la tran-quilidad, la riqueza y la salud, e incluso la vida, por la gloria. Esa ilusión ofrece un cómodo pretexto al que tiene que gobernar a los hombres o guiarlos de cualquier otra manera; por eso en el arte del adiestramiento humano de todas clases ocupa un puesto principal el precepto de mantener vivo y agudizar el sentimiento del honor: pero en relación con la propia felicidad del hombre, que es aquí nuestro objetivo, las cosas son totalmente distintas y más bien hay que desaconsejar que se dé demasiado valor a la opinión de otros. Si no obstante, como enseña la experiencia cotidiana, eso ocurre; si precisamente la mayoría de los hombres dan el máximo valor a la opinión que los demás tienen de ellos y eso les importa más que lo que existe inmediatamente para ellos porque ocurre en su propia conciencia; si, por lo tanto, al invertirse el orden natural, aquella les parece ser la parte real de su existencia y esta la meramente ideal; si convierten, pues, lo derivado y secundario en la cuestión principal y les preocupa más la imagen de su ser en la mente de otros que ese ser mismo, entonces ese inmediato aprecio de lo que no existe inmediatamente para nosotros constituye aquella necedad que se ha denominado vanidad, vanitas, para designar así lo vacío y hueco de ese afán. A partir de lo anterior se puede también comprender fácilmente que en ella los medios hacen olvidar el fin, como ocurre con la avaricia.

De hecho, el valor que damos a la I opinión de los demás y nuestra continua inquietud con respecto a ella superan de ordi-nario casi todas las aspiraciones razonables, de modo que pueden ser considerados una especie de manía ampliamente extendida o, más bien, innata. En todo lo que hacemos y omitimos tenemos en cuenta la opinión ajena casi por delante de todo lo demás y, si investigamos minuciosamente, vemos que de la preocupación por ella han nacido casi la mitad de las aflicciones y temores que jamás hayamos sentido. Pues en ella se basa toda nuestra dignidad per-sonal, con tanta frecuencia humillada por ser tan morbosamente sentida; ella está en el fondo de todas nuestras vanidades y pre-

65. Según la tradición que recoge Tito Livio (III, 44-48), fue un centurión romano que vivió en torno al 450 a.C., cuando los decenviros nombrados para la redacción de la Ley de las Doce Tablas se convirtieron en tiranos al no permitir la restitución de las libertades. Apio Claudio, uno de los decenviros, que estaba enamorado de Virginia, la hija de Virginio, intentó conseguirla haciendo abuso de
su autoridad. El padre de Virginia hundió un cuchillo en el pecho de su hija, pues prefería verla muerta que deshonrada. Este hecho provocó una insurrección que
acabó con el poder de los decenviros. [N. de la T.]

373

379

380

PARERGA Y PARALIPOMENA

tensiones, como también de nuestra ostentación y jactancia. Sin
esa preocupación y afán, el lujo apenas sería una décima parte de
lo que es. Todo orgullo, point d'honneur y puntiglio 66, por distinta
que sea su especie y esfera, se funda en ella, - iy qué sacrificios exige con frecuencia! Se muestra ya en el niño y después en todas las edades, pero con la mayor intensidad en la vejez; porque enton-ces, al agotarse la capacidad para los placeres sensibles, la vanidad y el orgullo solo tienen que compartir el dominio con la avaricia. En quienes más claramente se puede observar es en los franceses, en quienes es totalmente endémica y a menudo se desahoga en la más insulsa ambición de honores, el orgullo nacional más ridículo y la más desvergonzada jactancia; con lo cual su afán se frustra a sí mismo, ya que ha hecho de ella un objeto de escarnio de las demás naciones y la grande nation se ha convertido en un nombre gracioso. Pero a fin de explicar de forma especial lo absurdo de la desmesurada preocupación por la opinión de los demás, pue-de ser oportuno aquí un ejemplo superlativo de aquella necedad arraigada en la naturaleza humana, ejemplo que se halla favorecido en un grado infrecuente por el efecto luminoso de la coincidencia de las circunstancias con el carácter adecuado; pues en él se pue-de apreciar la intensidad de ese móvil sumamente asombroso. Se trata del siguiente pasaje tomado del Times del 31 de marzo de 1846, a partir del detallado informe sobre la reciente ejecución de Thomas Wix, un oficial artesano que había asesinado a su maestro por venganza: «En la mañana fijada para la ejecución, el venerable capellán de la prisión acudió temprano junto a él. Pero Wix, aun-que comportándose con tranquilidad, 1 no mostró ningún interés en sus exhortaciones: antes bien, lo único que le preocupaba era conseguir conducirse con una gran valentía ante los espectadores de su ignominioso final. - Eso lo logró. En el patio que tenía que atravesar hasta el cadalso construido muy cerca de la prisión, dijo: "iAdelante, como ha dicho el doctor Dodd, pronto conoceré el gran secreto!". Aunque tenía las manos atadas, subió la escalera del patíbulo sin la menor ayuda: llegado allí, hizo a los espectadores reverencias a derecha e izquierda, que fueron respondidas con la atronadora aclamación de la multitud reunida, etc.». iEste es un soberbio ejemplar de la ambición de no preocuparse más que por la impresión ejercida sobre la multitud de mirones reunidos y la opinión que se dejará en sus mentes, cuando se tiene ante los ojos la muerte en su forma más horrible y la eternidad tras ella! - Y,

66. [Sentimiento de honor.]

374

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

sin embargo, también un tal Lecomte, ajusticiado en ese mismo año por el intento de asesinato del rey, durante su proceso estuvo eno-jado principalmente porque no pudo aparecer ante la Cámara de los Pares con una ropa decente, e incluso en su ejecución su princi-pal disgusto fue que no se le hubiera permitido afeitarse antes. Que tampoco en tiempos pasados las cosas fueron diferentes podemos apreciarlo en lo que Mateo Alemán cita en la introducción (decla-ración) antepuesta a su famosa novela Guzmán de Alfarache: que muchos criminales trastornados, que deberían dedicar sus últimas horas exclusivamente a la salvación de su alma, se las quitan a es-ta para redactar y memorizar una pequeña plática que pretenden pronunciar en el cadalso. - Pero en tales rasgos podemos refle-jarnos nosotros mismos: pues los casos colosales ofrecen siempre la más clara ilustración. Lo que afecta a todos nuestros desvelos, preocupaciones, aflicciones, disgustos, miedos y fatigas es, quizá en la mayoría de los casos, la opinión ajena, y eso es tan absurdo como lo de aquellos pobres diablos. No en menor medida nace la mayor parte de nuestra envidia y odio de la mencionada raíz.
Está claro que a nuestra felicidad, que I en su mayor parte se basa en la tranquilidad de ánimo y la satisfacción, apenas na-da podría contribuir tanto como la limitación y moderación de ese móvil a su medida racionalmente justificable, que sería quizás una quincuagésima parte de la actual; es decir, arrancar de nues-tra carne ese aguijón que siempre martiriza. No obstante, eso es muy difícil: pues nos las vemos con un absurdo natural e innato. Etiam sapientibus cupido gloriae novissima exuitur67, dice Tácito (Hist. rv, 6). El único medio de desembarazarse de aquella necedad generalizada sería reconocerla claramente como tal y, con ese fin, percatarnos de lo falsas, invertidas, erróneas y absurdas que suelen ser la mayoría de las opiniones en la mente de los hombres, por lo que no son merecedoras de atención en sí mismas; luego, del poco influjo real que puede tener sobre nosotros la opinión ajena en la mayor parte de las cosas y casos; además, de lo desfavorable que es en la mayoría de los casos, de modo que casi no habría quien no se indignara si se enterara de todo lo que se dice de él y el tono en el que sobre él se habla; por último, de que incluso el honor mismo tiene en realidad un simple valor mediato y no inmedia-
to, etc. Si lográramos una conversión tal de la necedad general, el resultado sería un aumento increíblemente mayor de tranquilidad
de ánimo y alegría, así como una conducta más firme y segura, un

67. [El ansia de gloria es lo último que abandona también a los sabios.]

375

381

382

PARERGA Y PARALIPOMENA

modo de comportamiento más despreocupado y natural. El influjo sumamente beneficioso que tiene un modo de vida retirado sobre nuestra tranquilidad de ánimo se debe en su mayor parte a que nos sustrae al constante vivir ante los ojos de los demás y, por ende, a
la continua atención a su eventual opinión, devolviéndonos así a nosotros mismos. De ese modo evitaríamos muchas desgracias rea-les a las que nos arrastra aquel afán puramente ideal o, más exac-tamente, aquella funesta necedad, y también pondríamos mayor cuidado en los bienes sólidos y los disfrutaríamos sin estorbo. Pero, como se dijo, X,CX.Asna -ra xcx.Acx. 68.
La necedad de nuestra naturaleza, que aquí se ha descrito, en-gendra principalmente tres vástagos: la ambición, la vanidad y el orgullo. La diferencia entre estos dos últimos estriba principalmen-te en que el orgullo es la convicción ya asentada de la primacía del propio I valor en algún respecto; la vanidad, en cambio, es el deseo de despertar tal convicción en otros, acompañada la mayoría de las veces de la secreta esperanza de poder hacerla propia como resultado de ello. Por consiguiente, el orgullo es la alta estima de sí mismo que procede de dentro y es, por tanto, directa; en cambio, la vanidad es el afán por conseguirla desde fuera, es decir, indi-rectamente. Conforme a ello, la vanidad nos hace habladores; el orgullo, callados. Pero el vanidoso debería saber que la alta opinión ajena a la que aspira se puede alcanzar con facilidad y seguridad mayores mediante un incesante silencio que hablando, aun cuando uno tuviera las cosas más bellas que decir. - No es orgulloso el que quiere, sino que a lo sumo el que quiere puede afectar orgullo, pero pronto saldrá de él como de un papel ficticio. Pues solo la firme, interna e inquebrantable convicción de los rasgos prepon-derantes y el valor especial hace a uno verdaderamente orgulloso. Esa convicción puede ser errónea o basarse en rasgos meramente externos y convencionales; - eso no daña el orgullo si este existe real y seriamente. Así pues, dado que el orgullo tiene su raíz en la convicción no depende, como cualquier conocimiento, de nuestro arbitrio. Su peor enemigo, quiero decir, su mayor obstáculo, es la vanidad, que aspira al aplauso de los demás para fundar solo a par-tir de él la elevada opinión de sí mismo, mientras que el supuesto del orgullo se halla en estar ya consolidado en ella.
Por mucho que se censure y desacredite el orgullo, yo supon-
go que ese rechazo procede principalmente de quienes no tienen nada de lo que pudieran enorgullecerse. Ante la desvergüenza y

68. [«Lo bueno es arduo», Platón, República VI, 11, 435c, 497d.]

376

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

desfachatez de la mayoría de los hombres, cualquiera que tenga algún mérito hará bien en no perderlo de vista para no dejar que caiga totalmente en el olvido: pues al que, ignorándolo bondadosa-mente, se comporte con aquellos como si fuera su igual enseguida le considerarán ingenuamente como tal. Pero sobre todo quisiera recomendar tal cosa a aquellos cuyos méritos son de clase supe-rior, es decir, reales, y por lo tanto puramente personales, ya que estos no se recuerdan a cada instante mediante acciones sensibles, como ocurre con las condecoraciones y los títulos: 1 pues, en otro caso, verán ejemplificado con frecuencia el sus Minervam 69• «Bro-mea con el esclavo; pronto te mostrará el trasero» es un excelente proverbio árabe; y tampoco es de desestimar el sume superbiam quaesitam meritis 70 de Horado. Pero la virtud de la modestia es un considerable invento para la canalla, ya que conforme a ella cada cual ha de hablar de sí mismo como si perteneciera también a esta, lo cual produce un excelente efecto nivelador, al resultar entonces que no habría nada más que canalla.
En cambio, la especie más barata del orgullo es el orgullo na-cional. Pues denota en el que adolece de él la falta de cualidades individuales de las que pudiera estar orgulloso, ya que si no, no se aferraría a lo que comparte con tantos millones. Quien posee per-fecciones personales relevantes más bien reconocerá con la mayor claridad los defectos de su propia nación, ya que los tiene constan-temente ante sus ojos. Pero cualquier miserable tonto que no tiene en el mundo nada de lo que poder enorgullecerse adopta como último recurso el sentirse orgulloso de la nación a la que pertenece: con ello se siente aliviado y, en agradecimiento, está dispuesto a defender nu~ xa.l AÚ~71 todos los defectos y necedades, que son los suyos propios. De ahí que, por ejemplo, entre cincuenta ingle-ses apenas se encuentre más de uno que consienta en que se hable con merecido desprecio de la estúpida y degradante mojigatería de su nación: pero ese uno suele ser un hombre con cabeza. - Los alemanes están libres del orgullo nacional, dando así una prueba de su famosa honradez, al contrario de quienes entre ellos apa-rentan y fingen ridículamente tenerlo, como hacen, sobre todo, los «hermanos alemanes» y los demócratas, que halagan al pueblo para engañarlo. Se dice, ciertamente, que los alemanes han inventado la

69. Sus Minervam docet: «el cerdo enseña a Minerva», proverbio romano uti-
lizado por Cicerón, Academica posteriora I, 5, 18. [N. de la T.]
70. [<<Asume la soberbia que requieren los méritos>>, Horacio, Odas Ill, 30, 14.]
71. [Con manos y pies.]

377

383

384

385

PARERGA Y PARALIPOMENA

pólvora: pero yo no puedo adherirme a esa opinión. Y Lichtenberg pregunta: «¿Por qué nadie que no lo sea se hace pasar fácilmente
por alemán y sin embargo por lo común, cuando quiere pasar por algo, finge ser francés o inglés?»72• Además, la individualidad pre-valece ampliamente sobre la nacionalidad, y en un hombre dado merece mil veces mayor consideración que esta. El carácter na-cional, puesto que I habla de la multitud, nunca se puede elogiar honradamente en gran medida. Antes bien, la limitación, el absur-do y la maldad humanos se manifiestan de forma diferente en cada país, y a eso se le llama el carácter nacional. Asqueados de uno de ellos, alabamos el otro hasta que nos ocurre igual con este. - Cada nación se burla de las otras y todas tienen razón. -
El objeto de este capítulo, es decir, lo que representamos en el mundo o lo que somos a ojos de los demás, se puede dividir, como ya antes se observó, en honor, rango y fama.
El rango, por importante que sea a los ojos de la gran masa y de los filisteos, y por grande que sea su utilidad en el engranaje de la maquinaria estatal, para nuestros fines puede despacharse en pocas palabras. Es un valor convencional, es decir, propiamente simulado: su efecto es un respeto fingido, y el conjunto, una comedia para la gran masa. - Las condecoraciones son letras de cambio libradas a la opinión popular: su valor se basa en el crédito del librador. Mas, prescindiendo del mucho dinero que ahorran al Estado como sus-titutos de recompensas pecuniarias, son una institución totalmente adecuada, suponiendo que su reparto se haga con entendimiento y justicia. En efecto, la gran masa tiene ojos y oídos pero no mucho más; y sobre todo, casi nada de juicio e incluso poca memoria. Muchos méritos quedan totalmente fuera de la esfera de su com-prensión, otros los entiende y vitorea cuando aparecen, pero poco después los ha olvidado. Ahí encuentro yo totalmente adecuado gritar a la masa con una cruz o una estrella en todo tiempo y lugar: «iEste hombre no es igual a vosotros: él posee méritos!». Pero las condecoraciones pierden ese valor si se reparten injustamente, sin juicio o en demasía; por eso un príncipe ha de ser tan cuidadoso al otorgarlas como un comerciante al firmar las letras. La inscripción pour le mérite en una cruz es un pleonasmo: toda condecoración debería ser pour le mérite, - fª va sans dire73• -
Mucho más difícil y extensa que la del rango es la dilucidación del honor. Ante todo tendríamos que definirlo. 1 Si a este fin dije-

72. [Miscelánea vol. II, Gotinga, 1844, p. 122.]
73. [Por el mérito, va de suyo.]

378

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ra algo como: el honor es la conciencia [Gewissen] exterior, y la conciencia es el honor interior, quizá esto podría gustar a algunos; pero sería más una explicación brillante que clara y profunda. Por eso digo: el honor es, considerado objetivamente, la opinión ajena acerca de nuestro valor, y desde el punto de vista subjetivo, nuestro temor a esa opinión. En calidad de esto último tiene con frecuencia un efecto muy provechoso, aunque en modo alguno puramente moral, en el hombre de honor.
La raíz y el origen del sentimiento del honor y la vergüenza que habita en todo hombre que no esté totalmente depravado, co-mo también del alto valor que se reconoce al primero, se encuen-tra en lo siguiente: el hombre puede hacer poco por sí solo y es un Robinson abandonado: solo en comunidad con los demás es y puede mucho. Él se percata de esa relación en cuanto comienza a desarrollarse su conciencia, y enseguida nace en él el empeño por ser considerado un miembro idóneo de la sociedad, es decir, capaz de participar pro parte virili74 y así con derecho a participar de las ventajas de la sociedad humana. Pero él solo es tal en cuanto hace, en primer lugar, lo que se exige y espera de todos, y luego, de él en el puesto especial que ha asumido. Igual de pronto llega a conocer que lo importante no es ser de tal índole en su propia opinión si-no en la de los demás. En consecuencia, de aquí nace su ferviente aspiración a la opinión favorable de los otros y el alto valor que otorga a esta: ambas cosas se muestran con la naturalidad de un sentimiento innato que se denomina sentimiento del honor o, se-gún las circunstancias, sentimiento de la vergüenza (verecundia). Este es el que hace enrojecer sus mejillas en cuanto cree que ha de perder repentinamente en la opinión ajena, aun cuando se sepa inocente, e incluso cuando el defecto que se descubre afecta a una obligación meramente relativa que se ha asumido voluntariamente: y, por otro lado, nada fortalece tanto su ánimo como el hecho de lograr o renovar la certeza de la favorable opinión ajena; porque esta le promete el apoyo y la ayuda de las fuerzas unificadas de to-dos, que I son un baluarte contra los males de la vida infinitamente mayor que el suyo propio.
De las distintas relaciones en las que se puede encontrar el hom-bre con los demás y con respecto a las cuales ellos han de profesar confianza en él, es decir, una cierta buena opinión, nacen distintas clases de honor. Esas relaciones son principalmente lo mío y lo tu-
yo; después, el cumplimiento de los compromisos y, finalmente,

74. [Como hombre apto.]

379

387

386

PARERGA Y PARALIPOMENA

la relación sexual: a ellas corresponden el honor civil, el honor de cargo y el honor sexual, cada uno de los cuales tiene a su vez nue-
vas clases.
La esfera más amplia la tiene el honor civil: consiste en el su-puesto de que nosotros respetamos incondicionalmente los dere-chos de cada cual y, por lo tanto, nunca nos serviremos de medios injustos o legalmente ilícitos en nuestro provecho. Es la condición para formar parte de toda relación pacífica. Se pierde con una sola acción que vaya manifiesta y pronunciadamente contra eso y, por consiguiente, también con cualquier condena criminal, aunque so-lo bajo el supuesto de que esta sea justa. Mas el honor siempre se basa en última instancia en la convicción de la inmutabilidad del carácter moral, en virtud de la cual una única mala acción garantiza la análoga índole moral de las siguientes, tan pronto como aparez-can unas circunstancias semejantes: prueba de esto es la expresión inglesa character como sinónimo de fama, reputación, honor. Pre-cisamente por eso el honor perdido no se puede restablecer, a no ser que la pérdida se hubiera debido a un engaño, como una calum-nia o una falsa apariencia. Conforme a ello, existen leyes contra la calumnia, el libelo y también las injurias: pues la injuria, el simple insulto, es una calumnia sumaria sin indicación de las razones: es-to se podría expresar bien en griego: l::crn rt A.ot8opía 8tal30A~ crúv-roµoc;75, - lo cual, sin embargo, nunca ocurre. Está claro que quien insulta manifiesta que no tiene nada real y verdadero que aducir contra el otro, ya que en tal caso lo presentaría como pre-misas y dejaría la conclusión a cargo de los oyentes; en lugar de eso presenta la conclusión y queda deudor de las premisas: pero cuenta con la presunción de que solo lo ha hecho por razones de breve-dad. - El honor civil recibe su nombre de esa I clase sociaF6, pero su validez se extiende a todas las clases sin distinción, sin exceptuar ni siquiera las más altas: ningún hombre puede prescindir de él, y en él se trata de un asunto muy serio que todos deben guardarse de tomar a la ligera. (ijen quebranta la lealtad y la confianza las ha perdido para siempre haga lo que haga y sea quien sea, y no falta-rán los amargos frutos que esa pérdida acarrea.
El honor tiene en cierto sentido un carácter negativo, en par-ticular, por oposición a la fama, que tiene un carácter positivo. Pues el honor no es la opinión sobre las especiales cualidades que corresponden a ese sujeto en exclusiva, sino solo sobre las que por

75 [La injuria es una calumnia sumaria.]
76 Bürgerlich significa en alemán «civih> y también «burgués». [N. de la T.]

380

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

norma se pueden suponer en él y tampoco le pueden faltar. Por eso dice únicamente que ese sujeto no constituye una excepción. De ahí que la fama haya que adquirirla primero, mientras que el honor solo precisa no perderse. Conforme a ello, la falta de fama es oscuridad, algo negativo; la falta de honor es vergüenza, algo posi-tivo. - Mas esa negatividad no debe confundirse con la pasividad: antes bien, el honor tiene un carácter plenamente activo. En efecto, parte únicamente de su sujeto, se basa en su conducta, no en lo que hacen otros y lo que a él le ocurre: es, pues, 'tWV tcp' itµiv77 • Esta es, como pronto veremos, una nota distintiva del verdadero honor frente al caballeresco o pseudo-honor. Solo mediante la calumnia es posible un ataque externo al honor: el único medio en contra es su refutación, con su correspondiente publicidad y el desenmasca-ramiento del calumniador.
El respeto a la edad parece basarse en que el honor de los jó-venes se da por supuesto pero todavía no ha sido probado, por lo
que en realidad se sostiene en el crédito. Mas en el caso de los de mayor edad, a lo largo de la vida se ha tenido que demostrar si po-dían afirmar su honor con su conducta. Pues ni los años en sí, que también alcanzan los animales y algunos en número mucho mayor,
ni tampoco la experiencia en cuanto simple conocimiento cercano
del curso del mundo, son I razón suficiente del respeto que siem- 388 pre se exige en los jóvenes hacia los mayores: la simple debilidad de
la edad avanzada daría más derecho a la indulgencia que al respeto. Pero es curioso el hecho de que un cierto respeto a las canas sea innato al hombre y, por tanto, realmente instintivo. Las arrugas,
una señal incomparablemente más segura de la edad, no despiertan
en modo alguno ese respeto: nunca se habla de respetables arrugas, pero siempre de respetables canas.
El valor del honor es solo indirecto. Pues, como ya se expuso en la introducción de este capítulo, la opinión ajena sobre nosotros solo nos puede resultar de valor en cuanto determina su conducta hacia nosotros o puede determinarla ocasionalmente. Mas eso ocu-rre en la medida en que vivimos con o entre hombres. Pues, dado que nosotros, en el estado de civilización, debemos la seguridad y la propiedad únicamente a la sociedad, y puesto que necesita-mos de los demás en todas nuestras empresas y hemos de ganar su confianza para que se arriesguen con nosotros en ellas, su opinión sobre nosotros nos es de gran valor, aunque siempre indirecto: un valor inmediato no se lo puedo reconocer. En concordancia con

77. [«De aquello que depende de nosotros», expresión estoica.]

381

389

PARERGA Y PARALIPOMENA

esto dice también Cicerón: de bona autem fama Chrysippus quidem
et Diogenes, detracta utilitate, ne digitum quidem, ejus causa, porri-gendum esse dicebant. Quibus ego vehementer assentior 78 (fin. III,
17). También Helvecio ofrece una amplia discusión de esa verdad
en su obra maestra, De /'esprit (Disc. III, ch. 13), cuyo resultado es: nous n'aimons pas /'estime pour /'estime, mais uniquement pour les avantages qu' elle procure79• Puesto que el medio no puede tener más valor que el fin, la clásica sentencia «el honor está por encima de la vida» es, como se dijo, una hipérbole.
Hasta aquí sobre el honor civil. El honor del cargo es la gene-ralizada opinión ajena de que un hombre que desempeña un cargo posee realmente las cualidades requeridas para ello y cumple pun-tualmente en todos los casos sus obligaciones del cargo. Cuanto más importante y grande es el campo de acción de un hombre en el Estado, es decir, cuanto más alto e influyente es el puesto que ocupa, mejor ha de ser la opinión sobre las I capacidades intelec-tuales y las cualidades morales que le hacen apto para él: por lo tanto, él posee un grado tanto más alto de honor, del que son ex-presión sus títulos, condecoraciones, etc., así como la conducta de subordinación de los demás frente a él. - Según la misma medida, el cargo determina siempre el grado especial del honor, si bien este es modificado por la capacidad del pueblo para juzgar acerca de la importancia del cargo. Pero al que tiene y cumple obligaciones especiales siempre se le otorga más honor que al ciudadano común, cuyo honor se basa principalmente en cualidades negativas.
El honor del cargo exige además que quien desempeña un car-go, en consideración a sus colegas y sucesores, mantenga el cargo mismo en el respeto, cumpliendo puntualmente sus obligaciones y no dejando sin castigo los ataques al cargo y al él mismo en cuanto lo ejerce; es decir, afirmaciones como que no cumple puntualmente con el cargo o que el cargo mismo no redunda en el bien común; antes bien, ha de demostrar con sanciones legales que aquellos ata-ques eran injustos.
Subtipos de este son el honor de cargo del funcionario públi-co, del médico, del abogado, de todo docente público, y hasta de todo graduado; en suma, de todo el que mediante una declaración

78. [«Con respecto a la buena fama, decían Crisipo y Diógenes que, al margen de su utilidad, no valía la pena mover un dedo por ella. Con ellos concuerdo yo vehementemente», De los fines de los bienes y los males III, 17, 57.]
79. [No amamos la estima por sí misma sino solamente por las ventajas que procura.]

382

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

pública ha sido considerado como cualificado para una determina-da prestación de tipo intelectual y justamente por eso se ha com-prometido a ella; es, pues, en pocas palabras, el honor de todos los compromisos oficiales en cuanto tales. Por eso se incluye aquí también el verdadero honor militar: consiste en que quien se ha comprometido a defender la patria común posee realmente las cua-lidades necesarias para ello, ante todo, valor, audacia y fuerza, y está seriamente dispuesto a defender su patria hasta la muerte y en general a no abandonar por nada en el mundo la bandera que un día juró. - He tomado aquí el honor del cargo en un sentido más amplio de lo habitual, en el que significa el respeto debido de los ciudadanos al cargo mismo.
Pienso que es necesario examinar de cerca el honor sexual y re-ducir sus principios a sus raíces, lo cual confirmará al mismo tiempo que todo honor se basa en última instancia en criterios de utilidad. 1 Por su naturaleza el honor sexual se divide en honor feme-nino y honor masculino, y es por ambos lados un esprit de corps80 bien entendido. El primero es con mucho el más importante de los dos, ya que en la vida de la mujer la cuestión principal es la relación sexual. - Así pues, el honor femenino es la opinión ge-neralizada de que una joven no se ha entregado a ningún hombre y, en el caso de una mujer casada, de que solo se ha entregado a su marido. La importancia de esa opinión se basa en lo siguiente: el sexo femenino exige y espera del masculino todo, en concreto, todo lo que desea y necesita: el masculino exige del femenino pri-mera e inmediatamente una sola cosa. Por eso tuvo que llegarse al arreglo de que el sexo masculino solo puede lograr esa cosa única del femenino a cambio de hacerse cargo del cuidado de todo, y también de los hijos que nazcan de esa relación: en esa disposición se basa todo el bienestar del sexo femenino. A fin de hacerla pre-valecer, el sexo femenino ha de mantenerse necesariamente unido y mostrar esprit de corps. Mas entonces se enfrenta como un todo y cerrando filas al conjunto del sexo masculino -que, gracias a la supremacía de sus fuerzas corporales e intelectuales, está por naturaleza en posesión de todos los bienes terrenales- como fren-te al enemigo común que ha de ser vencido y conquistado para, tomándolo en su poder, apropiarse de los bienes terrenales. Con
ese fin, la máxima de honor de todo el sexo femenino es que siem-
pre se niegue al masculino toda cohabitación extramatrimonial, a
fin de que cada individuo sea forzado al matrimonio, que es una

80. [Espíritu corporativo.]

383

390

391

PARERGA Y PARALIPOMENA

especie de capitulación, y así se sustente a todo el sexo femeni-
no. Pero ese fin solo puede alcanzarse plenamente mediante una estricta observancia de la máxima anterior: de ahí que todo el
sexo femenino, con verdadero esprit de corps, vigile que se man-tenga entre todos sus miembros. En consecuencia, toda joven que en virtud de una cohabitación extramatrimonial haya cometido una traición contra todo el sexo femenino será expulsada de él y cubierta de vergüenza, ya que con la generalización de ese com-portamiento se destruiría el bienestar de todo él: ha perdido su honor. Ninguna mujer puede ya tratar con ella: se la I evita como a una apestada. El mismo destino alcanza a la adúltera; porque no ha respetado la capitulación asumida por el marido y ese ejemplo hace a los hombres desistir de aceptarla, cuando en ella se basa la felicidad de todo el sexo femenino. Pero además la adúltera, debido a la burda ruptura de su palabra y al engaño de su acción, junto con el honor sexual pierde también el civil. Por eso se dice con una expresión de disculpa «una joven caída», pero no «una casada caída»; y el seductor puede restituir el honor a aquella con el matrimonio, pero el adúltero no podrá devolvérselo a esta después de que se haya separado. - Si como resultado de esta cla-ra comprensión conocemos que el fundamento del principio del honor femenino es un esprit de corps provechoso y hasta necesa-rio, pero bien calculado y basado en intereses, entonces podremos concederle la máxima importancia para la existencia femenina y por tanto un gran valor relativo, pero en modo alguno uno abso-luto que trascienda la vida y sus fines y pueda obtenerse al precio de estos. En consecuencia, no podremos dar nuestra aprobación a los exaltados actos de Lucrecia y Virginio 81, que degeneran en farsas trágicas. Precisamente por eso la conclusión de Emi-lia Galotti 82 tiene algo tan indignante que uno abandona la sala totalmente disgustado. Sin embargo, y pese al honor sexual, no

81. Según Tito Livio (Los orígenes de Roma I, 58), Lucrecia fue violada por Sexto Tarquino, hijo de Tarquino el Soberbio, quien no pudiendo doblegarla con el miedo a la muerte la amenazó con poner junto a su cadáver el de un esclavo desnudo degollado, para que se dijera que ella había muerto en adulterio. Enton-ces Lucrecia hizo llamar a su padre y a su esposo, Tarquino Colatino, y les contó lo ocurrido pidiendo castigo para el violador. A las palabras de consuelo de estos respondió: «Vosotros veréis qué le está destinado a él; yo, por mi parte, aunque me absuelvo de la falta, no me eximo del castigo. Que en el futuro ninguna mujer pueda vivir deshonrada tomando como ejemplo a Lucrecia», y se clavó un cuchillo en el corazón. Sobre Virginio, véase supra, p. 378 [p. 373], nota 65. [N. de la T.]
82. Drama de G. E. Lessing que recrea la historia de Virginio. [N. de la T.]

384

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

se puede por menos de simpatizar con la Klarchen de Egmont 83. Aquella exageración del principio del honor femenino es un caso, como otros tantos, de olvido del fin en favor de los medios: pues con tal exageración se atribuye al honor sexual un valor absoluto, cuando el suyo es aún más relativo que el de todos los demás; de hecho, se diría que es meramente convencional, si a partir del De concubinatu de Thomasius se aprecia cómo en todos los países y épocas hasta la Reforma de Lutero el concubinato ha sido una re-lación legalmente permitida y reconocida en la que la concubina mantiene su honor; ello, por no mencionar a Mylita de Babilo-nia84 (Heródoto [Historiae] I, 199), etc. También hay, en efec-to, circunstancias burguesas que hacen imposible un matrimonio formal y externo, en especial en países católicos, 1 en los que no hay divorcio; pero eso se da siempre en el caso de los soberanos, que en mi opinión obran mucho más moralmente si tienen una amante que si contraen un matrimonio morganático, cuya des-cendencia podría plantear reivindicaciones en caso de morir la descendencia legítima; por lo que, aun siendo una eventualidad remota, con tal matrimonio se genera la posibilidad de una guerra civil. Además, tal matrimonio morganático, es decir, el contraído a pesar de todas las circunstancias externas, es en último término una concesión hecha a las mujeres y a los curas, dos clases a las que hay que guardarse en lo posible de conceder algo. También hay que considerar que cada cual en su país puede casarse con la mujer de su elección, salvo uno que está privado de ese derecho natural: ese pobre hombre es el monarca. Su mano pertenece al país y es concedida por razones de Estado, es decir, en función del bienestar del pueblo. Pero es un hombre y también quiere seguir la tendencia de su corazón. Por eso es tan injusto e ingrato co-mo provinciano el pretender impedir o reprochar al monarca que tenga una amante; por supuesto, mientras no se le permita ningún influjo sobre el gobierno. Por otra parte, y con respecto al honor sexual, tal amante es en cierta medida una persona excepcional que está eximida de la norma general: pues se ha entregado a un solo hombre que la ama y a quien ama, pero que nunca se puede casar con ella. - Mas, en general, del carácter no netamente na-tural del principio del honor femenino dan fe los muchos sacrifi-
cios cruentos que se le ofrecen, en el infanticidio y el suicidio de

83. Amante de Egmont en el drama de Goethe del mismo nombre. [N. de la T.]
84. Mylita o Milita: diosa de Babilonia a la que las doncellas debían ofrecer su virginidad prostituyéndose con un extraño. [N. de la T.]

385

392

393

PARERGA Y PARALIPOMENA

las madres. Desde luego, una mujer que se entrega ilegítimamente quebranta con ello la fidelidad a todo su sexo: pero esa fidelidad
está solo tácitamente supuesta y no ha sido jurada. Y dado que,
en los casos habituales, su propio provecho es lo más inmediata-mente perjudicado con ello, su necedad es infinitamente mayor que su maldad.
El honor sexual de los varones es provocado por el de las muje-res como el esprit de corps opuesto, que exige que todo el que haya consentido en una capitulación tan favorable a la parte contraria cuide entonces de que I sea observada; ello, a fin de evitar que ese pacto pierda su vigor resquebrajándose por una laxa observancia e impedir que los hombres, que lo han cedido todo, no puedan ni si-quiera estar seguros de lo único que han adquirido a cambio: lapo-sesión exclusiva de la mujer. Por consiguiente, el honor del hombre exige que sancione el adulterio de su mujer y lo castigue por lo me-nos separándose de ella. Si lo tolera a sabiendas, es deshonrado por la comunidad masculina: sin embargo, esta deshonra no es ni con mucho tan severa como la que se produce por la pérdida del honor sexual en la mujer; antes bien, no es más que una levioris notae ma-cula85, ya que en el hombre la relación sexual es algo subordinado, al hallarse este en muchas otras y más importantes relaciones. Los dos grandes poetas dramáticos modernos han hecho de ese honor varonil su tema, cada uno dos veces: Shakespeare, en Otelo y El cuento de invierno; y Calderón, en El médico de su honra y A secre-to agravio secreta venganza. Por lo demás, este honor solo exige el castigo de la mujer, no el de su amante, que es simplemente un opus

supererogationis86: con ello se confirma que su origen está, como se ha señalado, en el esprit de corps de los hombres.
El honor, según lo he examinado hasta ahora en sus especies y principios, se encuentra en todos los pueblos y épocas como algo universalmente válido, si bien se pueden hallar algunas modifica-ciones locales y temporales en los principios del honor femenino. En cambio, existe aún una especie de honor totalmente distinta de aquellas que son válidas universalmente y en todas partes; de ella no tuvieron noción ninguna los griegos ni los romanos, ni tampoco los chinos, los hindúes y los mahometanos han sabido nada de ella hasta el presente. Pues no surgió hasta la Edad Media y no llegó a instalarse más que en la Europa cristiana, e incluso aquí solo lo

85. [Una mancha de leve importancia.]
86. [«Obra más allá de los términos de la obligación», expresión teológica medieval.]

386

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

hizo en una fracción muy pequeña de la población, en concreto, en
las clases altas de la sociedad y quienes las emulaban. Se trata del honor caballeresco o el point d'honneur. Puesto que sus principios
son totalmente distintos de los del honor explicado hasta ahora, e incluso en parte se oponen a ellos por cuanto aquel primero I con- 394 forma el hombre honorable y este, en cambio, el hombre de honor, quisiera exponer aquí en especial sus principios como un código o espejo del honor caballeresco.
1) El honor no consiste en la opinión de los demás sobre nues-
tra valía sino exclusivamente en las manifestaciones de tal opinión,
sin importar si la opinión manifestada es real o no; por no hablar de si tiene fundamento. Por consiguiente, los demás podrán tener una mala opinión de nosotros y despreciarnos como consecuencia de nuestra conducta: mientras ninguno se atreva a manifestarla en voz alta, no perjudicará el honor. Pero, a la inversa, si por nues-tras cualidades y acciones obligamos a los demás a tenernos un gran respeto (pues eso no depende de su arbitrio), solo hace falta que alguno -aunque sea el peor y el más tonto- exprese su me-nosprecio hacia nosotros para que nuestro honor quede herido o incluso perdido para siempre si no se restituye. - Una prueba su-perflua de que en modo alguno se trata de la opinión de los demás, sino solo de su manifestación, se encuentra en el hecho de que es posible retractarse de las infamias y en caso necesario pedir perdón por ellas, y entonces es como si no se hubieran producido: el que la opinión que la provocó haya o no cambiado y por qué no viene al caso: solo se anula la manifestación, y entonces todo está bien. Aquí, por lo tanto, no se ponen las miras en ganar el respeto sino en arrebatarlo.
2) El honor de un hombre no se basa en lo que hace sino en
lo que sufre, lo que se le hace a él. Si, según los principios del honor universalmente válido que se explicó en primer lugar, este solo depende de lo que él mismo dice o hace, en cambio el honor caballeresco depende de lo que algún otro le dice o hace. Por tan-
to, está en manos de cualquiera y hasta depende de la punta de su lengua, y a cada instante puede perderse para siempre si se pone a
ello, a no ser que el afectado se vuelva a apoderar de él mediante
un proceso de restitución al que enseguida se aludirá, lo cual solo puede hacerse con peligro de su vida, su salud, su libertad, su I pa- 395 trimonio y su tranquilidad de ánimo. Conforme a ello, por mucho
que la conducta de un hombre sea la más íntegra y noble, su ánimo,
el más puro y su cabeza, la más eminente, su honor podrá perderse
a cada momento en cuanto a uno cualquiera -que simplemente no

387

396

PARERGA Y PARALIPOMENA

ha infringido esa ley del honor, pero por lo demás puede ser el más indigno canalla, el animal más estúpido, un gandul, jugador, moro-
so, en suma, un hombre que no merece que se le mire- le apetezca insultarle. E incluso la mayoría de las veces será precisamente a
un sujeto de tal clase a quien le apetezca; porque, como acertada-mente observa Séneca, ut quisque contemtissimus et ludibrio est, ita solutissimae linguae est87 (De constantia, 11): y alguien así será quien con más facilidad se excite contra uno como el primero que se describió, porque los extremos se odian y porque la vista de los méritos superiores suele provocar la rabia contenida de la bajeza; por eso dice Goethe:

¿Por qué te quejas de los enemigos?
¿Deberían hacerse amigos aquellos
Para quienes el ser como eres tú
Es para siempre un callado reproche?
Diván de Oriente y Occidente 88

Se ve lo mucho que precisamente la gente de la clase descrita
al final tiene que agradecer al principio del honor; porque le ni-vela con aquellos que en otro caso le resultarían inaccesibles en todo respecto. - Cuando un individuo tal ha insultado, es decir, ha atribuido al otro una mala cualidad, eso vale por lo pronto como un juicio objetivamente verdadero y fundado, un decreto con fuerza de ley, y de hecho seguirá siendo verdadero y válido en el futuro si no es borrado con sangre: es decir, el insultado sigue siendo (a ojos de toda la «gente de honor») lo que el insultante (aunque fuera el último de todos los hijos de la tierra) le ha llama-do: pues él (este es el terminus technicus) «se lo ha tragado». En consecuencia, la «gente de honor» ahora le desprecia, huye de él como de un apestado y, por ejemplo, se niega en voz alta y pública-mente a acudir a una reunión social en la que él tiene entrada, etc.
- Creo que puedo reducir con seguridad el origen de esta sabia visión fundamental I al hecho de que (según C. G. von Wachter, Contribuciones a la historia de Alemania, en especial del derecho penal alemán, 1845) en la Edad Media, hasta el siglo xv, en los procesos criminales no era el acusador quien debía demostrar la culpa, sino el acusado quien tenía que probar su inocencia. Esto

87. [«Cuanto más despreciable y ridículo es uno, más suelta está su lengua», De
la constancia del sabio 11, 3.]
88. [«Libro de las sentencias», sentencia 14.)

388

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

podía hacerse mediante un juramento de purgación para el que, sin embargo, necesitaba conjurantes (consacramentales) que jura-sen estar convencidos de que él no era capaz de perjurio. Si no los tenía o el acusador no los admitía, entonces tenía lugar el juicio de Dios, que consistía habitualmente en un duelo. Pues el acusado era entonces un «desprestigiado» y tenía que purificarse. Vemos aquí el origen del concepto de ser desprestigiado y de todo el curso de las cosas, tal y como aún hoy se da entre la «gente de honor», con la sola excepción del juramento. Aquí se encuentra también la explicación de la inevitable y suma indignación con que la «gente de honor» se toma la recriminación de mentirosa y exige venganza cruenta por ella, cosa que, dado el carácter habitual de la mentira, parece muy extraño, pero especialmente en Inglaterra ha llega-do a ser una arraigada superstición. (Realmente, el que amenaza castigar la acusación de mentira con la muerte debería no haber mentido en su vida.) En efecto, en aquellos procesos criminales de la Edad Media la forma más corta era que el acusado replicara al acusador: «iMientes!», después de lo cual se pasaba acto seguido al juicio de Dios: por eso se escribe que, según el código de honor caballeresco, a la acusación de la mentira ha de seguir inmedia-tamente la apelación a las armas. - Esto por lo que respecta al insulto. Pero hay algo más indignante que el insulto, algo tan ho-rroroso que he de pedir perdón a la «gente de honor» simplemente por mencionarlo en ese código del honor caballeresco; porque sé que simplemente de pensarlo se les estremece la piel y se les ponen los pelos de punta, ya que es el summum malum, el mayor mal del mundo, y más enojoso que la muerte y la condenación. En efecto, puede, horribile dictu 89, que uno dé a otro un cachete o un golpe. Este es un suceso espantoso y produce un deshonor tan completo que, si todas las demás ofensas al honor ya I se han de remediar con derramamiento de sangre, esta para ser totalmente subsanada exige el homicidio.
3) El honor no tiene absolutamente nada que ver con lo que el hombre es en y para sí mismo o con la cuestión de si su índole mo-ral puede cambiar alguna vez, y todas las pedanterías de ese estilo, sino que cuando es herido o momentáneamente perdido, siempre que se intervenga con rapidez puede ser inmediata y completa-mente restituido a través de un único medio universal: el duelo. Sin embargo, si el agresor no pertenece a las clases que se declaran partidarias del código del honor caballeresco, o si lo ha infringido

89. [Horrible de decir.]

389

398

397

PARERGA Y PARALIPOMENA

ya una vez, entonces -sobre todo si la ofensa al honor ha sido de hecho, pero también aunque hubiera sido solo de palabra-, se puede proceder a una operación segura apuñalándolo en el sitio si
uno va armado o, como mucho, una hora después; con ello queda subsanado el honor. Pero además, si se quiere evitar este paso por temor a las incomodidades que de él se derivan, o si simplemente no se tiene la certeza de si el ofensor está o no sometido a las leyes del honor caballeresco, se cuenta con un paliativo en la «ventaja». Esta consiste en que si él ha sido insolente, uno lo sea todavía más: si ya no es posible con insultos, se la emprende a golpes con él, y se produce aquí un clímax de la salvación del honor: el ser abofeteado se cura con bastonazos, y estos, con latigazos: incluso contra estos últimos algunos recomiendan como eficaz el escupitajo. Solamente en caso de que ya no se llegue a tiempo con estos medios hay que pasar a operaciones sangrientas. Este método paliativo tiene su ver-dadera razón en la siguiente máxima.
4) Así como ser insultado es una afrenta, insultar es un honor. Por ejemplo, mi oponente tiene de su parte la verdad, el derecho y la Razón; pero si yo le insulto, entonces todos estos tienen que fra-casar y el derecho y el honor se ponen de mi parte: él, en cambio, ha perdido de momento su honor - hasta que lo restablezca, no con el derecho y la Razón sino con disparos y cuchilladas. Por con-siguiente, la grosería es una cualidad que, en el punto del honor, sustituye o supera a cualquier otra: 1 el más grosero tiene siem-pre razón: quid multa? 90• Sea cual sea la tontería, impertinencia o estupidez que uno haya cometido, con una grosería será expiada e inmediatamente legitimada. Si en una discusión o conversación otro muestra una erudición más acertada, un amor a la verdad más intenso, un juicio más sano o más entendimiento que nosotros, o si en general hace ver una preeminencia intelectual que nos deja en la sombra, podemos enseguida anular toda aquella superioridad y la indigencia propia que ella revela, y así ser por el contrario noso-tros mismos superiores, insultando y poniéndonos groseros. Pues una grosería vence cualquier argumento y eclipsa todo espíritu: por tanto, si el oponente no hace caso ni responde con una grosería mayor, con lo que caeríamos en el noble combate de la ventaja, entonces quedamos como vencedores y el honor está de nuestra parte: verdad, conocimiento, entendimiento y espíritu tienen que retirarse y son vencidos por la divina grosería. De ahí que las «gen-tes de honor», en cuanto alguien manifiesta una opinión que difiere

90. [¿Para qué decir más?]

390

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

de la suya o simplemente muestra mayor entendimiento del que ellos pueden poner de manifiesto, hacen enseguida ademán de su-birse en ese caballo de batalla; y si en una controversia les falta un contra-argumento, buscan una grosería, que de hecho les hace el mismo servicio y es más fácil de encontrar: y entonces se marchan triunfantes de allí. Ya aquí se ve con qué razón se elogia el principio del honor por ennoblecer el tono en la sociedad. - Esta máxima se basa a su vez en la siguiente, que es la verdadera máxima funda-mental y el alma de todo el código.
5) El máximo tribunal del derecho al que se puede apelar en to-das las discrepancias con cualquier otro en lo que respecta al honor es el poder físico, es decir, la animalidad. Pues aquella grosería es en realidad una apelación a la animalidad, al declarar incompetente la lucha de las fuerzas espirituales o del derecho moral y poner en su lugar la lucha de las fuerzas físicas, la cual en la especie «hombre», definida por Franklin como un toolmaking animal (animal que fa-brica herramientas), 1 es llevada a cabo en el duelo con las armas peculiares a ella y da lugar a una decisión inapelable. - Como es sabido, esa máxima fundamental es designada brevemente con la expresión tomarse la justicia por su mano [Faustrecht], análoga a la expresión desvarío [Aberwitz] y, como esta, irónica: en conse-cuencia, el honor caballeresco debería llamarse «honor de puño» [Faust-Ehre] 91• -
6) Más arriba habíamos visto que el honor civil es muy es-crupuloso en la cuestión de lo mío y lo tuyo, de las obligaciones contraídas y de la palabra dada; en cambio, el código que aquí examinamos muestra en eso la más generosa liberalidad. En efecto, solo hay una palabra que no puede romperse: la palabra de honor, es decir, la palabra en la que se ha dicho: «iPalabra de honor!»
- de donde surge la presunción de que cualquier otra palabra pue-de romperse. Incluso cuando se rompe esa palabra de honor se puede en todo caso salvar el honor con el medio universal, el due-lo, en este caso con quienes afirman que se había dado la palabra

91. Faustrecht (a veces traducido también como «derecho del más fuerte>>) sig-nifica literalmente «derecho de puño [Faust]» y expresa una idea contradictoria, por cuanto el tomarse la justicia por propia mano supone la negación del derecho. Aberwitz (desvarío, locura) está compuesto por aber (pero) y Witz (chiste, ingenio). Aunque literalmente significa, pues, la falta de ingenio o el completo sinsentido, en su composición tiene el matiz de una clase de ingenio: el del chiflado. Desde este
punto de vista, el paralelismo y la ironía consistirían en que, en ambos términos, lo
que literalmente es la negación de un concepto (el derecho y el ingenio, respectiva-mente) se presenta como una clase particular de ese concepto. [N. de la T.]

391

400

399

PARERGA Y PARALIPOMENA

de honor. - Además: solo hay una deuda que ha de ser pagada sin condiciones: la deuda de juego, que conforme a ello lleva el nombre de «deuda de honor». En todas las demás deudas se puede estafar a judíos y cristianos: eso no perjudica en absoluto el honor caballeresco 92•
1 Que ese extraño, bárbaro y ridículo código del honor no ha surgido de la esencia de la naturaleza humana o de una sana visión de las relaciones del hombre lo reconoce cualquier persona impar-cial a primera vista. Pero además lo confirma el ámbito manifiesta-mente limitado de su validez: en efecto, dicho ámbito lo constituye exclusivamente Europa y solamente desde la Edad Media, y aquí solo entre la nobleza, los militares y quienes los imitan. Pues ni los griegos ni los romanos ni los muy cultos pueblos de Asia, ni en la

92. Este sería, pues el código. Y así de extraño y grotesco es el efecto que producen, cuando están formulados en claros conceptos y claramente expresados, aquellos principios que, aún hoy en día, en la Europa cristiana acatan por lo general todos los que pertenecen a la llamada «buena sociedad» y al llamado «buen tono». De hecho, muchos de aquellos a los que esos principios se les han inculcado desde la temprana juventud de palabra y con el ejemplo creen más firmemente en ellos que en cualquier catecismo, abrigan hacia ellos la más profunda y sincera veneración, están a cada momento seriamente dispuestos a sacrificar por ellos felicidad, reposo, salud y vida, consideran que aquellos principios tienen su raíz en la naturaleza del hombre, luego son innatos, y por lo tanto son seguros a priori y están por encima de todo examen. No quiero ofender sus corazones, pero eso hace poco honor a sus cabezas. Por eso, a ninguna clase pueden ser menos adecuados que a la que está des-tinada a representar la inteligencia en la tierra, a convertirse en sal de la tierra, y que debe prepararse para esa gran vocación: la juventud estudiante, que por desgracia en Alemania acata esos principios más que ninguna otra clase. En vez de exhortar sobre los perjuicios y la inmoralidad de las consecuencias de esos principios a esa juventud educada en la Hélade y el Lacio (como hizo una vez, cuando yo aún era partidario suyo, el nefasto filosofastro J. G. Fichte, a quien el mundo culto alemán todavía hoy considera en serio un filósofo, en una Declamatio ex cathedra), tengo que decirles lo siguiente. Vosotros, cuya juventud se desarrolló al cuidado del len-guaje y la sabiduría de la Hélade y el Lacio, y sobre cuyo espíritu se ha tenido el inestimable cuidado de dejar caer los rayos luminosos de los sabios y nobles de la hermosa Antigüedad: ¿vosotros queréis empezar a hacer de ese código de insensatez y brutalidad la pauta de vuestra conducta? - Ved cómo aquí, traducido a claros conceptos, se encuentra ante vosotros en su miserable limitación, y convertidlo en piedra de toque, no de vuestro corazón sino de vuestro entendimiento. Si entonces no lo rechazáis, es que vuestra mente no es apta para trabajar en el campo donde son requisitos necesarios un Juicio enérgico que rasgue fácilmente los lazos del pre-juicio, un entendimiento certero que sea capaz de separar netamente lo verdadero de lo falso, incluso allá donde la diferencia se encuentra profundamente oculta y no se puede asir con las manos como aquí: así pues, en ese caso, mis buenos hombres, buscad otra forma honorable de ir por el mundo, haceos soldados o aprended un oficio y tendréis beneficio. -

392

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

época antigua ni en la moderna, saben nada de ese honor y sus prin-cipios. Ninguno de ellos conoce más honor que el analizado en pri-mer lugar. Por consiguiente, entre todos ellos el hombre vale por lo que manifieste su conducta y no por lo que a alguna lengua suelta le apetezca decir de él. Entre todos ellos lo que uno dice o hace puede destruir su propio honor pero nunca el de otro. Para todos ellos un golpe es simplemente un golpe, como el que cualquier caballo o asno peligroso pueden asestar: podrá, según las circunstancias, ex-citar la ira o ser vengado en el sitio: pero no tiene nada que ver con
el honor y en modo alguno se lleva un libro de cuentas sobre los golpes o las palabras insultantes junto con la «satisfacción» que por ellas se ha dado o se ha dejado de exigir. En valentía y desprecio
a la vida no van a la zaga de los pueblos de la Europa cristiana.
Los griegos y los romanos fueron verdaderos héroes: 1 pero no 401 sabían nada del point d'honneur. El duelo no era en ellos asunto de
la población noble sino de venales gladiadores, de esclavos entre-gados y de criminales condenados que, alternándose con las fieras salvajes, se azuzaban entre sí para diversión del pueblo. Al implan-tarse el cristianismo se suprimieron las luchas de gladiadores: pero
en su lugar apareció en la época cristiana el duelo, bajo la media-ción del juicio de Dios. Si aquellos eran un cruel sacrificio ofrecido a la general afición a los espectáculos, este es un cruel sacrificio ofrecido al prejuicio general; pero no lo realizan, como aquellos, criminales, esclavos y prisioneros, sino hombres libres y nobles. Que aquel prejuicio era totalmente ajeno a los antiguos lo ates-tigua una gran cantidad de noticias que se han conservado. Por ejemplo, cuando un jefe teutón retó a Mario 93 a duelo, este héroe mandó responderle: «Si está harto de su vida, que se ahorque»; sin embargo, le ofreció un gladiador retirado con el que pudiera pelear (Freinsh. suppl in Liv. Lib. LXVIII c. 1294). En Plutarco (Them. 11) leemos que el comandante Euribíades, en lucha con Temístocles, había levantado el bastón para golpearle; pero este no levantó la espada sino que le dijo: nchcx.~ov µEv oi>v, axoucrov 8á: «Péga-me, pero escúchame». iCon qué indignación el «lector de honor» ha de echar de menos aquí la noticia de que el cuerpo de oficiales ateniense había declarado enseguida que no quería seguir sirviendo bajo el mando de Temístocles! - Por eso dice con todo acierto un

93. Cayo Mario: político y militar romano (Arpino, 157-Roma, 86 a.C.) miembro del partido plebeyo, puso en marcha reformas militares y sociales en sin-tonía con los Gracos. [N. de la T.]
94. Uohan Freinshemius, Suplementos a Las décadas de Tito Livio.]

393

402

PARERGA Y PARALIPOMENA

moderno escritor francés: si quelqu'un s'avisait de dire que Démos-
thene fut un homme d'honneur, on sourirait de pitié; - - - Cicé-
ron n'était pas un homme d'honneur non plus 95 (Soirées littéraires,
par C. Durand. Rouen 1828. vol. 2. p. 300). Además, el pasaje de Platón (De leg. [ibus] IX, las seis últimas páginas, y también XI, p. 131 Bip.) sobre la cx.ix ícx., es decir, el ultraje, muestra hasta la sa-ciedad que los antiguos no tenían ni idea de la visión del punto de honor caballeresco en tales cosas. Sócrates fue de hecho ultrajado a menudo como consecuencia de sus frecuentes disputas, y lo llevó con tranquilidad: cuando en una ocasión alguien le dio una patada, lo soportó con paciencia y dijo a uno que se sorprendió por ello: 1 «¿Denunciaría a un asno si me hubiera golpeado?» - (Diog. Laert. 11, 21). Cuando otra vez alguien le dijo: «¿No te ultraja y te ofende aquel?», su respuesta fue: «No: pues lo que dice no va conmigo» (ibid. 36). - - Stobeo (Florileg., ed. Gaisford, vol. I, p. 327-330) nos ha conservado un largo pasaje de Musonio en el que se puede ver cómo consideraban los antiguos las injurias: no conocían más satisfacción que la judicial, y los hombres sabios rechazaban tam-bién esta. Que los antiguos no conocieron más satisfacción que la judicial por una bofetada recibida puede verse claramente en el Gorgias (p. 86 Bip.) de Platón; también ahí (p. 133) se halla la opinión de Sócrates al respecto. Lo mismo consta en el informe de Gelio ([Noches áticas] XX, 1) sobre un cierto Lucio Veratio, que puso en práctica la petulancia de dar una bofetada sin motivo a los ciudadanos romanos que se encontraba en la calle; con tal propó-sito, y para prevenir todas las consecuencias del asunto, se hacía acompañar de un esclavo con una bolsa de monedas de cobre, que inmediatamente pagaba al sorprendido transeúnte la compensa-ción legal de veinticinco ases. Crates, el famoso cínico, había reci-bido del músico Nicódromo una bofetada tal, que la cara se le puso hinchada y sanguinolenta: entonces pegó en su frente una tablilla con la inscrpción NtxÓ8poµ0<; ÉnoÚ;t96 (Nicodromus fecit), con lo que cayó una gran vergüenza sobre el flautista que había ejercido semejante brutalidad contra un hombre a quien toda Atenas vene-raba como a un lar (Apul. Flor. p. 126 Bip.) (Diog. Laert. VI, 89).
- De Diógenes de Sinope, al que los hijos de los atenienses habían dado una paliza estando borrachos, tenemos una carta dirigida a

95. [Si a alguno se le ocurriera decir que Demóstenes fue un hombre de ho-nor, nos sonreiríamos de conmiseración; - Cicerón tampoco era un hombre de honor.]
96. [Lo ha hecho Nicódromo.]

394

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Melesipo en la que dice que el asunto no tiene importancia (Nota Casaub. Ad Diog. Laert VI, 33). - Séneca, en el libro De cons-tantia sapientis, desde el capítulo 10 hasta el final, ha examinado detenidamente la ofensa, contumelia, para demostrar que el sabio no la tiene en cuenta. En el capítulo 14 dice: «At sapiens colaphis percussus, quid f aciet?» quod Cato, quum illi os percussum esset: non excanduit, non vindicavit injuriam: nec remisit quidem, sed f actam negavit97 •
1 «iSí -gritáis-, esos eran sabios!» - ¿Pero vosotros sois ne-cios? De acuerdo. -
Vemos, pues, que el principio del honor caballeresco era ab-solutamente desconocido para los antiguos, precisamente porque ellos permanecieron en todos los respectos fieles a la visión impar-cial y natural de las cosas, y por eso no se dejaron persuadir por ta-les muecas siniestras e infames. Por tal motivo no podían tomar un golpe en la cara por nada más que lo que es, un pequeño perjuicio físico; mientras que para los modernos se ha convertido en una ca-tástrofe y en tema de tragedias, por ejemplo, en El Cid de Corneille y también en una moderna tragedia burguesa alemana que se llama La fuerza de las circunstancias98, pero debería llamarse La fuerza del prejuicio: mas si una vez se da una bofetada en la Asamblea Na-cional de París, resuena en toda Europa. A la «gente de honor», que tendría que incomodarse con las anteriores anécdotas clásicas y los ejemplos de la Antigüedad citados, le recomiendo que lea como antídoto, en la obra maestra de Diderot, Jacques le fataliste, la his-toria del señor Desgland, un exquisito modelo de la moderna ho-norabilidad caballeresca, con la que podrán recrearse y edificarse. De lo aducido se infiere suficientemente que el principio del honor caballeresco no puede ser originario ni estar fundado en la naturaleza humana misma. Es, pues, artificial y su origen no es di-fícil de encontrar. Es claramente un hijo de aquel tiempo en el que los puños se ejercitaban más que las mentes y los curas mantenían la razón encadenada, es decir, de la elogiada Edad Media y su hi-dalguía. En efecto, entonces no solo se dejaba que el buen Dios cuidara de uno, sino que juzgara por él. En consecuencia, muchos litigios difíciles se resolvieron con ordalías o juicios de Dios: estos consistían, con pocas excepciones, en duelos que en modo alguno

97. [«¿y qué hará el sabio cuando se le dé un puñetazo?}> Lo que hizo Catón
cuando le dieron una bofetada: no se irritó, no vengó la ofensa: y tampoco la per-
donó sino que negó que se hubiera producido.]
98. Obra de Ludwig Robert (1780-1832). [N. de la T.].

395

404

403

PARERGA Y PARALIPOMENA

se celebraban solo entre caballeros, sino también entre burgueses;
- así lo atestigua un hermoso ejemplo en Enrique VI de Shake-speare (parte 2, acto 2, escena 3). También en las sentencias judicia-
les podía apelarse como última instancia al duelo, al juicio de Dios. De ese modo se sentaban en el tribunal la fuerza física y la agilidad, es decir, la naturaleza animal, en lugar de la razón; y sobre lo justo 1 y lo injusto decidía, no lo que uno había hecho, sino lo que le ocurría - todo ello en total acuerdo con el principio del honor caballeresco aún hoy vigente. Quien todavía dude de ese origen de la existencia del duelo que lea el excelente libro de J. G. Mellingen. The history of duelling, 1849. De hecho, entre la gente que vive se-gún el principio del honor caballeresco, y que, como es sabido, no suele ser precisamente la más instruida y reflexiva, todavía hoy en día se encuentran algunos que piensan que el éxito en el duelo es realmente una resolución divina de la disputa que lo provocó; cier-tamente, esto es conforme a una opinión transmitida por tradición. Prescindiendo de ese origen del principio del honor caballe-resco, su tendencia consiste ante todo en que con la amenaza de la fuerza física se pretende forzar las manifestaciones externas de aquel respeto cuya adquisición real se considera demasiado gravosa o superflua. Esto es más o menos como si alguien que calentase la bola del termómetro con la mano, con el ascenso del mercurio quisiera demostrar que su habitación se ha calentado. Examinado más de cerca, el núcleo del asunto es este: así como el honor civil, que tiene por finalidad el trato amistoso con los demás, consiste en que estos opinen de nosotros que merecemos una total confianza porque respetamos incondicionalmente los derechos de todos, el honor caballeresco consiste en que los demás opinen que somos de temer porque estamos resueltos a defender incondicionalmente nuestros propios derechos. Puesto que poco se puede edificar sobre la justicia de los hombres, la máxima de que es más importante ser temido que disfrutar de confianza no sería en absoluto falsa si vi-viéramos en el estado de naturaleza en el que cada cual ha de prote-gerse a sí mismo y defender inmediatamente sus derechos. Pero en el estado de civilización, donde el Estado ha asumido la protección de nuestra persona y nuestra propiedad, no encuentra ya aplica-ción y, al igual que los castillos y atalayas de las épocas del tomarse la justicia por propia mano, se encuentra inútil y abandonada en medio de campos bien cultivados y animadas carreteras, o bien de vías férreas. Por consiguiente, también el honor caballeresco que se aferra a ella se ha hecho cargo de esos perjuicios a la persona que el Estado solo castiga levemente o, según el principio de minimis

396

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

lex non curat99, en absoluto, 1 ya que son ofensas insignificantes y en parte simples bromas. Pero en relación con estas el honor caba-lleresco se ha elevado hasta convertirse en una sobrestimación del valor de la propia persona totalmente inadecuada a la naturaleza, condición y destino del hombre 100

; eleva ese valor hasta una especie
de santidad y, por ende, considera del todo insuficiente la condena del Estado a las pequeñas ofensas del mismo, por lo que se encarga él mismo de castigarlas, y siempre en el cuerpo y la vida del ofensor. Está claro que en el fondo de todo esto se encuentran la arrogancia más desmesurada y la más indignante altanería que, olvidando por completo lo que verdaderamente es el hombre, reclaman para él una invulnerabilidad sin condiciones, como también una irrepro-chabilidad1º1. Pero todo el que se proponga imponerla por la fuerza y en consecuencia proclame la máxima: «quien me insulte o me golpee deberá morir», merece ya por eso ser expulsado del país. Para disculpar aquella insolente arrogancia se aducen todo tipo de pretextos. De dos hombres intrépidos, se dice, ninguno cede; 1 por eso, del más leve motivo se llegaría a los insultos, luego a los golpes y finalmente al homicidio; de ahí que, en pro del decoro, sea mejor saltar los niveles intermedios y pasar directamente a las armas. El procedimiento más detallado en este punto se ha formulado en un rígido y pedante sistema, con leyes y reglas, que constituye la más

99. [«La ley no se preocupa de nimiedades», principio del derecho romano; más exactamente: mínima non curat praetor.]
100. ¿Qué significa ofender a uno? - Significa confundirle en la alta opinión que tiene de sí mismo.
101. El honor caballeresco es hijo de la arrogancia y la necedad. (La verdad opuesta a ellas la expresa en su máxima agudeza El príncipe constante en las pala-bras: «Esa es la herencia de Adám,.) Resulta muy llamativo que ese superlativo de toda arrogancia se encuentre única y exclusivamente entre los miembros de aquella religión que obliga a sus fieles a la humildad más manifiesta; porque ni épocas an-teriores ni otras partes del mundo conocen aquel principio del honor caballeresco. Pero no se lo podemos achacar a la religión sino más bien al feudalismo, en el que cada noble se tenía por un pequeño soberano que no reconocía ningún juez humano por encima de sí y por ello aprendía a atribuir una total invulnerabilidad y santidad a su persona; de ahí que cualquier atentado contra ella, es decir, cualquier golpe o insulto, pareciera un crimen merecedor de la muerte. En consecuencia, el principio del honor y los duelos fueron, en su origen, asunto exclusivo de la nobleza; poste-riormente, y como resultado de ello, de los oficiales, a los que después se agregaron en ocasiones, aunque no en todos los casos, las demás clases altas, a fin de no valer menos. Aunque los duelos han nacido de las ordalías, estas no son la razón sino la consecuencia y la aplicación del principio del honor: quien no reconoce juez hu-
mano apela al divino. Mas las ordalías no son privativas del cristianismo sino que
se encuentran también en gran número en el hinduismo, aunque la mayoría de las
veces en épocas antiguas: sin embargo, aún hoy quedan huellas de las mismas.

397

405

406

407

PARERGA Y PARALIPOMENA

seria bufonada de este mundo y un verdadero templo honorífico de
la necedad. Pero la máxima fundamental misma es falsa: en asuntos de poca importancia (los de gran importancia quedan siempre al criterio de los tribunales), de dos hombres intrépidos cede uno, el
más prudente, y las simples opiniones se dejan correr. La prueba de ello la proporciona el pueblo o, más bien, todas las numerosas cla-ses sociales que no profesan el principio del honor caballeresco y en las que, por lo tanto, las disputas siguen su curso natural: en esas clases el homicidio es cien veces más infrecuente que en la fracción que profesa ese principio, equivalente quizás a una milésima parte del total; y hasta una bronca es en ellas algo raro. - Sin embargo, se sostiene que el buen tono y las exquisitas costumbres de la so-ciedad tienen por pilar fundamental aquel principio del honor con sus duelos, que serían el muro de defensa contra los estallidos de la brutalidad y la mala educación. Pero es seguro que en Atenas, Corinto y Roma se encontraba una buena y muy buena sociedad, y también exquisitas costumbres y buen tono, sin que tras ello se en-cerrase aquel espantajo del honor caballeresco. Pero, desde luego, allí tampoco las mujeres presidían la sociedad como ocurre entre nosotros; cosa que, al dar a la charla un carácter frívolo y pueril, y proscribir cualquier conversación con contenido, también contri-buye en gran medida a que en nuestra sociedad la valentía personal ocupe el primer puesto frente a cualquier otra cualidad, cuando en realidad es una cualidad muy secundaria, una simple virtud de sub-oficiales, en la que de hecho incluso los animales nos sobrepasan; de ahí que se diga, por ejemplo: «valiente como un león». Pero in-cluso, en oposición a la afirmación anterior, el principio del honor caballeresco es el asilo seguro de la deshonestidad y la maldad en las cosas grandes, y de la descortesía, desconsideración y grosería en las pequeñas; pues una gran cantidad de vicios molestos son soportados en silencio precisamente porque nadie tiene ganas de 1 jugarse el cuello por reprenderlos. - Conforme a todo ello, vemos el duelo en su máxima floración y practicado con un celo sediento de sangre, precisamente en la nación que en los asuntos políticos y financieros ha demostrado una falta de verdadera honorabilidad: cómo le va en los asuntos privados se les puede preguntar a quienes tengan experiencia de ello. Pero por lo que respecta a su urbanidad y educación social, es famosa como modelo negativo.
Así pues, aquellos pretextos no resultan convincentes. Con más derecho se puede advertir que, igual que un perro al que se le gruñe gruñe a su vez, y uno al que se acaricia devuelve las caricias, tam-bién se halla en la naturaleza del hombre el responder con hostili-

398

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

dad a todo encuentro hostil y el ponerse irritado y enfurecido con cualquier indicio de menosprecio u odio; por eso dice ya Cicerón: habet quendam aculeum contumelia, quem pati prudentes ac viri boni difficillime possunt 102, y en ninguna parte del mundo (excep-tuando algunas piadosas sectas) los insultos o los golpes son tolera-dos con calma. Sin embargo, la naturaleza no conduce en ningún caso más allá de una adecuada retribución del asunto, ni a castigar con la muerte el que se nos tache de mentirosos, tontos o cobardes; y la antigua máxima alemana «A una bofetada, una puñalada» es una indignante superstición judicial. En todo caso, la respuesta o represalia de las ofensas es cuestión de ira y en modo alguno de honor o deber, como las tilda el honor caballeresco. Antes bien, es del todo cierto que ninguna recriminación puede ofender más que en la medida en que acierta; esto se ve también en el hecho de que la más ligera insinuación que da en el blanco hiere más profunda-mente que la más grave inculpación que carezca de fundamento. Por eso, quien es realmente consciente de que no merece una re-criminación puede despreciarla con toda confianza, y así lo hará. En cambio, el principio del honor le exige mostrar una sensibilidad que no tiene y vengar con sangre agravios que no le ofenden. Mas ha de tener una flaca opinión de su propia valía quien se apresura a perseguir cualquier manifestación que la ataque, a fin de que no se haga pública. Por consiguiente, un verdadero aprecio de sí mismo proporcionará una indiferencia real ante las injurias, y I cuando es-to no ocurra porque falte aquel, la prudencia y la cultura llevarán a salvar las apariencias y disimular la ira. En consecuencia, si la gente se liberase de la superstición del principio del honor caballeresco, de modo que ya nadie pensara que con insultos puede quitar el ho-nor a otro o restituir el suyo, y ya no se pudiera legitimar enseguida cualquier injusticia, grosería o impertinencia por el hecho de estar dispuesto a dar satisfacción, es decir, a batirse por ello, entonces pronto se haría general la opinión de que, cuando se trata de in-jurias e insultos, el vencido en esa lucha es el vencedor; y que, co-mo dice Vicenzo Monti, las injurias son como las procesiones de la iglesia, que siempre vuelven al lugar de donde partieron. Además, entonces para tener razón no sería suficiente, como ahora, que uno lanzara una grosería; con lo que la comprensión y el entendimiento tendrían otras ocasiones de intervenir que ahora, en que siempre
han de tener primero en consideración si de algún modo pueden

102. [«La injuria tiene tal aguijón, que difícilmente pueden soportarla los hom-
bres prudentes y buenos», Cicerón, Verrinas III, 41, 95.]

399

408

409

PARERGA Y PARALIPOMENA

escandalizar a las opiniones de la limitación y la estupidez, que ya
se han alarmado e irritado con su simple aparición, y si pueden
así dar lugar a que la cabeza en que habitan haya de jugarse a los dados contra el cráneo plano en el que se alojan aquellas. Enton-
ces la superioridad intelectual alcanzaría en la sociedad el justo primado que ahora, aunque a escondidas, ocupan la superioridad física y el coraje de húsares; y como resultado de ello, los hombres más destacados tendrían una razón menos que ahora para retirarse de la sociedad. En consecuencia, una transformación de esa clase produciría el verdadero buen tono y allanaría el camino a la autén-tica buena sociedad en la forma en que, sin duda, ha existido en Atenas, Corinto y Roma. A quien desee ver una prueba de esto le recomiendo que lea El banquete de J enofonte.
La última justificación del código caballeresco rezaría, sin du-da, así: «iDios nos asista! ¿Entonces uno puede golpear a otro!»-, a lo que yo podría replicar brevemente que ese ha sido con frecuen-cia el caso en novecientos noventa y nueve de cada mil miembros de la sociedad que no reconocen aquel código, 1 sin que ninguno haya muerto por ello, mientras que entre sus partidarios por lo regular cada golpe ha resultado mortal. Pero quisiera entrar en de-talles. Con frecuencia me he esforzado por encontrar en la natura-leza animal o en la racional del hombre una razón sostenible o al

menos plausible, y no consistente en simples frases sino reductible a claros conceptos, de la firme convicción que tiene una parte de la sociedad humana sobre el carácter espantoso de un golpe: pero ha sido en vano. Un golpe es y sigue siendo un pequeño mal físico que cualquier hombre puede causar a otro, pero con eso no se demues-tra sino que es más fuerte o ágil, o que el otro no estaba prevenido. Más allá, el análisis no arroja nada. Luego veo que el mismo caba-llero al que un golpe por mano humana le parece el máximo mal recibe de su caballo un golpe cien veces más fuerte y, cojeando con un pertinaz dolor, asegura que no ha tenido importancia. Entonces pienso que la causa está en la mano humana. Pero veo a nuestro caballero recibir de esta estocadas y sablazos en la lucha y asegurar que es una nimiedad de la que no vale la pena hablar. Luego perci-bo que ni aun los golpes de plano con la espada son, ni de lejos, tan terribles como los de bastón, y de ahí que no hace mucho tiempo los cadetes se expusieran a aquellos pero no a estos: y el ser armado caballero con la hoja de la espada es el máximo honor. Entonces llego al final de mis razones psicológicas y morales, y no me queda más que considerar el asunto una antigua y arraigada superstición, un ejemplo más entre los muchos de todo lo que se puede hacer

400

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

creer al hombre. Esto se halla confirmado también por el conoci-do hecho de que en China los golpes con la caña de bambú son una pena civil muy frecuente, incluso para funcionarios de todas clases; pues esto nos muestra que la naturaleza humana, incluso la sumamente civilizada, no declara allí lo mismo 103• Pero hasta una mirada imparcial I a la naturaleza del hombre enseña que el pegar es tan natural a este como el morder a las fieras y el embestir a los animales astados: él es justamente un animal que pega. De ahí que nos indignemos cuando, en casos infrecuentes, oímos que un hombre ha mordido a otro; en cambio, que dé golpes y los reciba es un acontecimiento tan natural como fácil de ocurrir. Que una educación superior se sustraiga a él mediante el autodominio recí-proco resulta fácilmente explicable. Pero constituye una crueldad engañar a una nación o simplemente a una clase social diciendo que un golpe propinado es una terrible desgracia que ha de tener como resultado el asesinato y el homicidio. Hay demasiados males verdaderos en el mundo como para permitirnos aumentarlos con otros imaginarios que arrastran consigo nuevos males verdaderos: mas eso es lo que hace aquella estúpida y malvada superstición. Por lo tanto, he de desaprobar incluso que los gobiernos y los cuerpos legislativos la favorezcan al insistir con celo en la supresión de los castigos corporales en lo civil y lo militar. Con ello creen actuar en interés de la humanidad, cuando el caso es justamente el contrario, ya que de ese modo trabajan en confirmar aquella ilusión antinatu-ral y perniciosa a la que tantas víctimas se han sacrificado. En todas las faltas, con excepción de las más graves, los golpes son el primer castigo que se le ocurre al hombre y, por lo tanto, el natural: quien no fue sensible a las razones, lo será a los palos: y es tan justo como natural que se castigue con una moderada zurra a quien no se le puede castigar en su propiedad, porque no la tiene, ni tampoco se le puede privar de libertad sin perjuicio propio porque se necesitan sus servicios. Contra esto tampoco se pueden alzar razones, sino meras frases sobre la «dignidad del hombre» que no se apoyan en conceptos claros sino justamente en la perniciosa superstición se-ñalada. Que esta es la razón del asunto se confirma de forma casi ri-

103. Vingt ou trente coups de canne sur le derriere, c'est, pour ainsi dire, le pain quotidien des Chinois. C'est une correction paternelle du mandarín, laque/le n'a ríen d'infamant, et qu'ils refoivent avec action de gráces. - Lettres édifiantes et curieuses, édition de 1819, vol. 11, p. 454. [Veinte o treinta golpes con la caña en la espalda son,
por así decirlo, el pan cotidiano de los chinos. En una corrección paternal del man-
darín en la que no hay nada de humillante y que ellos reciben con acción de gracias.]

401

410

411

PARERGA Y PARALIPOMENA

dícula en que aún hace poco tiempo, en algunos países, en el ámbito militar el castigo corporal era sustituido por el castigo de estacas 104
que, exactamente igual que aquel, causa un dolor corporal, pero no
ha de ser oprobioso ni degradante.
1 Con el fomento de la mencionada superstición se trabaja ma-no a mano con el principio del honor caballeresco y con el duelo, mientras que por otro lado se hacen esfuerzos por suprimirlo me-diante leyes, o se aparenta hacerlo 105 • Como consecuencia de ello, aquel fragmento de la justicia tomada por propia mano que flota desde la época de la ruda Edad Media hasta el siglo XIX sigue co-rriendo en este de acá para allá para escándalo público: ya es hora de que sea expulsado ignominiosamente. Hoy en día ni siquiera se permite azuzar metódicamente perros o gallos entre sí (al menos en Inglaterra están penados tales acosos); pero los hombres son azuzados contra su voluntad a una lucha mortal entre ellos con la ridícula superstición del absurdo principio del honor caballeresco y con sus obtusos representantes y administradores, que les impo-nen la obligación de luchar entre sí como gladiadores por causa de cualquier nadería. Por eso propongo a nuestros puristas alemanes, en lugar de la palabra duelo -que probablemente no procede de la latina duellum sino de la española duelo, disgusto, queja, pro-testa-, la denominación «acoso de caballeros». La pedantería con la que se ejercita la extravagancia ofrece, desde luego, materia de

104. Lattenstrafe: especial forma de arresto en el ámbito militar. Se sufría en una celda, bien con luz o a oscuras. El suelo de la celda, y en algunos casos también las paredes, estaban revestidos de estacas triangulares. El condenado era encerrado con poca ropa y descalzo en la celda, donde permanecía hasta 24 horas. [N. de la T.]
105. La verdadera razón de que los gobiernos se empeñen aparentemente en suprimir el duelo y finjan no conseguirlo -cuando está claro que eso sería muy fácil, sobre todo en las universidades- me parece ser la siguiente: el Estado no está en condiciones de pagar a sus oficiales y funcionarios civiles la totalidad de su sueldo en dinero; por eso hace que la otra mitad de su salario consista en el honor, representado por títulos, uniformes y condecoraciones. Pero a fin de mantener la alta cotización de ese pago ideal de sus servicios, el sentimiento del honor ha de ser alimentado, agudizado y, en caso necesario, exagerado: mas puesto que para ese fin no basta el honor civil, ya por el hecho de que se comparte con cualquiera, se recurre al honor caballeresco y se lo mantiene de la forma mencionada. En Ingla-terra, donde los sueldos militares y civiles son muy superiores a los del continente, el mencionado recurso no es necesario: por eso allá, sobre todo en estos últimos veinte años, el duelo ha sido casi totalmente extirpado, en la actualidad se da con muy poca frecuencia y cuando lo hace es ridiculizado como una extravagancia; cier-tamente, a ello ha contribuido mucho la granAnti-duelling-society, que cuenta entre sus miembros a una gran cantidad de lores, almirantes y generales; así que Moloch se las tiene que arreglar sin sus víctimas.

402

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

risa. Entretanto, es indignante que aquel principio y su I absurdo código funden un Estado dentro del Estado que, no reconociendo otro derecho que el de tomarse la justicia por propia mano, tiranice las clases sociales sometidas a él, mantenido abierto un tribunal de la santa Vehm106 ante el que cualquiera, con motivos muy fáciles de provocar, puede citar a cualquier otro como un alguacil, para someterse a un juicio a vida o muerte sobre aquel y sobre sí mismo. Naturalmente, esto se convierte en el refugio desde el que los más abyectos, simplemente con pertenecer a aquellas clases sociales, pueden amenazar y hasta acabar con los más nobles y mejores, a los que en cuanto tales han de odiar necesariamente. Después de que hoy en día la justicia y la policía hayan conseguido en buena medida que ya no nos pueda gritar cualquier rufián en la carretera: «iLa bolsa o la vida!», también la sana razón debería conseguir por fin que, en medio de las relaciones pacíficas, ya no nos pueda gritar cualquier canalla: «iEl honor o la vida!». A las clases superiores se les debería sacar del pecho la angustia nacida de que cada cual, a cada instante, pueda hacerse responsable en cuerpo y vida de la grosería, brutalidad, estupidez o maldad de cualquier otro al que le plazca desahogadas contra él. Que cuando dos jóvenes petulantes e inexpertos han tenido un enfrentamiento verbal deban repararlo con su sangre, su salud o su vida, clama al cielo, es vergonzoso. Lo dura que es la tiranía de aquel Estado dentro del Estado y lo grande que es el poder de aquella superstición se aprecia en que con fre-cuencia gente a la que le fue imposible la restitución de su honor caballeresco herido, bien debido a la clase demasiado alta o baja del agresor, o bien a una desproporcionada condición del mismo, se ha quitado la vida por la desesperación y ha encontrado así un final tragicómico. - Puesto que la mayoría de las veces lo falso y lo absurdo al final se desvelan porque en su cumbre despunta la contradicción como una flor, también aquí despunta esta al final en forma de la más manifiesta antinomia: en efecto, al oficial le está prohibido el duelo: pero se le condena a la destitución si, dado el caso, se abstiene de él.
Pero, dado que ya he llegado aquí, quisiera seguir hablando

con libertad. Examinada a la luz y sin prejuicios, l la diferencia que tan importante se ha hecho y tanto se ha explotado entre haber matado al enemigo en lucha abierta con armas iguales o en una

106. Wehmgericht: tribunal secreto que surgió en Westfalia durante la Edad Me-
dia para contrarrestar la situación de anarquía y los abusos de los señores feudales.
[N. de la T.]

403

412

413

414

PARERGA Y PARALIPOMENA

emboscada se basa simplemente en que, como se dijo, aquel Estado dentro del Estado no conoce más derecho que el del más fuerte,
es decir, el de tomarse la justicia por propia mano; y, elevado a la condición de juicio de Dios, ha basado en él su código. Pues con la primera opción no se ha demostrado sino que se es el más fuerte o el más diestro. Así pues, la justificación que se busca en la perma-nencia de la lucha abierta supone que el derecho del más fuerte es realmente un derecho. Pero en verdad, la circunstancia de que el otro se las entienda mal para defenderse me da la posibilidad, pero en modo alguno el derecho, de matarlo; antes bien, este último, es decir, mi justificación moral, solo se puede basar en los motivos que yo tengo para quitarle la vida. Si admitimos que estos existen en realidad y son suficientes, entonces no hay razón alguna para que ahora el asunto dependa de si es él o yo quien dispara o maneja el sable mejor, sino que entonces da igual de qué forma yo le quite la vida, si por delante o por detrás. Pues desde el punto de vista moral, el derecho del más fuerte no tiene más peso que el derecho del más astuto, que se aplica en el caso del asesinato a traición: aquí el derecho de la fuerza [Faustrecht] se equipara, pues, al de la inteligencia; obsérvese además que también en el duelo se hace va-ler el uno como el otro, por cuanto en la esgrima todo pase es una traición. Si yo me considero moralmente justificado para quitar la vida a uno, es una tontería hacerlo depender de si él dispara o ma-neja el sable mejor que yo; pues en ese caso él, a la inversa, deberá quitarme la vida a mí, a quien ya ha perjudicado. Que las ofensas no se han de vengar con el duelo sino con el asesinato a traición es la opinión de Rousseau, insinuada cautelosamente en la vigésimo primera observación al libro cuarto del Emilio (p. 173, Bip.), con-siderada tan misteriosa. Pero él se halla aquí tan sumido en la su-perstición caballeresca que ya el hecho de sufrir una recriminación de mentiroso lo considera una justificación para el asesinato a trai-ción; cuando tendría que saber que todo hombre ha merecido ese reproche innumerables veces, incluso él mismo en I sumo grado. Mas es evidente que el prejuicio que condiciona la justificación de matar al ofensor a la lucha abierta y las armas iguales considera el derecho de tomarse la justicia por propia mano como un derecho real, y el duelo, como un juicio de Dios. En cambio, el italiano, que enardecido de ira ataca sin más a su ofensor con el puñal allá donde lo encuentra, actúa al menos con consecuencia y naturalidad: es más astuto, pero no peor que el duelista. Si se pretendiera decir que yo, al matar a mi enemigo en duelo, estoy justificado porque él también se esfuerza en matarme, se ha de objetar que yo, con mi

404

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Entre lo que uno representa, es decir, lo que es a ojos del mun-do, se contó antes, en último lugar, la fama: así pues, tenemos aún que examinarla. - Fama y honor son hermanos gemelos; pero al igual que los Dioscuros 110, de los cuales Pólux era inmortal y Cás-tor mortal, la fama es la hermana inmortal del mortal honor. Por supuesto, esto se ha de entender solamente de la fama de superior especie, de la fama verdadera y auténtica: pues hay, en efecto, di-versas clases de fama efímera. - Además, el honor se refiere úni-camente a las cualidades que se exigen de cualquiera que se halle en las mismas circunstancias; la fama, solo a las que no se pueden exigir a nadie; el honor, a las que cualquiera se puede atribuir a sí mismo públicamente; la fama, a las que nadie se puede atribuir a sí mismo. Mientras que nuestro honor llega hasta donde alcanzan las noticias de nosotros, la fama, a la inversa, se adelanta a las noti-cias sobre nosotros y las lleva hasta donde ella misma llega. Todos tienen derecho al honor; a la fama, solo las excepciones: pues solo mediante I logros extraordinarios se consigue la fama. Esos logros son a su vez hechos u obras, con lo que a la fama se le abren dos caminos. Para la vía de los hechos capacita preferentemente el gran corazón; para la de las obras, la gran inteligencia. Cada uno de los dos caminos tiene sus propias ventajas e inconvenientes. La dife-rencia principal es que los hechos pasan, las obras permanecen. De los hechos solo queda la memoria, que se vuelve cada vez más dé-bil, desfigurada e indiferente, e incluso ha de extinguirse gradual-mente si la historia no la recoge y la transmite en estado petrificado a la posteridad. En cambio, las obras son ellas mismas inmortales y pueden ser testigos de todas las épocas, sobre todo las escritas. El hecho más noble solo tiene un influjo transitorio; la obra genial, en cambio, vive y actúa, benefactora y edificante, durante todas las épocas. De Alejandro Magno pervive el nombre y la memoria: pe-ro Platón y Aristóteles, Homero y Horacio existen todavía, viven y actúan inmediatamente. Los Vedas con sus Upanishads están aquí: pero de todos los hechos que se produjeron en su época no nos ha llegado noticia alguna 111• - Otra desventaja de los hechos es que dependen de la ocasión, que es la que les ha de dar la posibilidad;

11 O. Los dos hijos gemelos de Zeus y Leda, hermanos de Helena y Clitemnes-tra. [N. de la T.]
111. Por consiguiente, es un mal cumplido el creer, como está de moda hoy
en día, que se honra las obras dándoles el título de hechos: pues las obras son de
clase esencialmente superior. Un hecho es siempre una simple acción a partir de un motivo, por lo tanto, algo individual y efímero, y pertenece al elemento universal
y originario del mundo: la voluntad. En cambio, una obra grande o bella es algo

407

417

418

PARERGA Y PARALIPOMENA

a ello se une que su fama no solo se orienta por su valor intrínse-
co sino también por las circunstancias que le otorgan relevancia y esplendor. Además, cuando, como en la guerra, los hechos I son puramente personales, dependen de la declaración de unos pocos testigos: estos no siempre existen y además no siempre son justos e imparciales. Pero a cambio los hechos tienen la ventaja de que, al ser algo práctico, se hallan dentro del ámbito de la capacidad general de juzgar humana; de ahí que se les haga justicia enseguida, solo con que los datos se transmitan correctamente; a no ser que sus motivos tarden en ser adecuadamente conocidos o justamente evaluados: pues en la comprensión de cualquier acción se incluye el conocimiento de sus motivos. Lo contrario sucede con las obras: su nacimiento no depende de la ocasión sino de su autor, y lo que ellas son en y por sí mismas lo siguen siendo mientras permanecen. En cambio es difícil juzgarlas, y esa dificultad es mayor cuanto más elevado es su género: con frecuencia faltan jueces competentes, y a menudo, jueces imparciales y honrados. Sin embargo, su fama no es decidida por una sola instancia sino que se da la apelación. Pues mientras que, como se dijo, de los hechos solo llega a la posteri-dad la memoria, y ello tal como la transmiten sus contemporáneos, las obras, en cambio, llegan ellas mismas y, exceptuando algunos fragmentos perdidos, tal como son: así pues, aquí no hay ningu-na adaptación de los datos; y el eventual influjo perjudicial del entorno que existió en su origen desaparece después. Antes bien, con frecuencia el tiempo va trayendo paulatinamente a los pocos jueces realmente competentes que, siendo ya ellos mismos excep-ciones, juzgan acerca de excepciones aún mayores: sucesivamente emiten sus autorizadas opiniones y así, a veces después de siglos, se establece un juicio totalmente justo que ninguna época posterior rebate. Así de segura y hasta inevitable es la fama de las obras. En cambio, que su autor la viva depende de las circunstancias externas y del azar: es tanto más infrecuente cuanto más elevado y difícil fue su género. Conforme a ello dice Séneca (Ep. 79) de forma incom-

permanente porque tiene significado universal y ha nacido de la inteligencia, que se alza inocente y pura como el aroma sobre este mundo de voluntad.
Una ventaja de la fama de los hechos es que por lo regular surge enseguida, con una violenta explosión, y a menudo con tanta fuerza que es oída en toda Europa; mientras que la fama de las obras surge lenta y gradualmente, primero apenas per-ceptible, luego cada vez más fuerte, y con frecuencia no alcanza su plena intensidad hasta después de cien años: pero entonces permanece como permanecen las obras, a veces durante milenios. Sin embargo, aquella otra, después de pasada la primera explosión, se hace cada vez más débil, es conocida por pocos y cada vez por menos, hasta que al final solo tiene una existencia fantasmal en la historia.

408

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

desafío, le he puesto en una situación de legítima defensa. Ese po-nerse recíproca e intencionadamente en una situación de legítima defensa solo significa en el fondo buscar un pretexto plausible para el asesinato. Antes se hacía oír la justificación mediante la máxima volenti non fit injuria107, en la medida en que de común acuerdo se ha puesto la vida en ese juego: pero a esto se opone el hecho de que no es exacto respecto del volenti, ya que la tiranía del principio del honor caballeresco y su absurdo código es el alguacil que ha arrastrado a ambos, o por lo menos a uno de los dos contrincantes, a ese sangriento tribunal de la santa Vehm.
Me he extendido ampliamente acerca del honor caballeresco, pero con buena intención y porque el único Hércules contra los monstruos morales e intelectuales de este mundo es la filosofía. Dos cosas principales son las que distinguen el estado social mo-derno del de la Antigüedad, en detrimento del primero, por cuanto le han dado una apariencia seria, tenebrosa y siniestra de la que está libre la Antigüedad, clara y natural como la mañana de la vida. Se trata del principio del honor caballeresco y la enfermedad venérea
- par nobile fratrum!1°8• Los dos juntos han envenenado vstxO(; xal <ptAÍa.109• En efecto, la enfermedad venérea extiende su in-fluencia mucho más allá de lo que a primera vista pudiera parecer, al no ser en modo alguno simplemente física sino también moral. Desde que la aljaba del amor lleva también flechas envenenadas, en la relación mutua de los sexos se ha introducido un elemento extraño, 1 hostil y hasta diabólico, como consecuencia del cual se encuentra atravesada por una desconfianza sombría y recelosa; y el influjo indirecto de tal cambio en el fundamento de toda comuni-dad humana se extiende también en mayor o menor medida a las demás relaciones sociales; discutir esto me desviaría aquí demasia-do. - Análoga, aunque de clase totalmente distinta, es la influencia del principio del honor caballeresco, esa seria bufonada que fue ajena a los antiguos y, en cambio, hace la sociedad moderna rígida, seria, y angustiada, debido a que cualquier manifestación pasajera es escrutada y rumiada. iPero hay más! Aquel principio es un mi-notauro universal al que se sacrifican anualmente como tributo un número de hijos de las casas nobles, no de uno, como al antiguo, sino de todos los países de Europa. Por eso es hora de arremeter

107. [«A quien consiente no se le hace injusticia», Aristóteles, Ética a Nicómaco
V, 15, 1138a.]
108. [«Un noble par de hermanos>>, Horacio, Sátiras 11, 3, 143.)
109. [«Odio y amor», fuerzas originarias en la filosofía de Empédocles.]

405

416

415

PARERGA Y PARALIPOMENA

con valentía de una vez por todas contra ese espantajo, como aquí ocurre. i Ojalá en el siglo XIX encuentren su fin los dos monstruos
de la época moderna! No queremos renunciar a la esperanza de
que por fin los médicos consigan terminar con el primero a través de la profilaxis. Pero acabar con el espantajo es cosa del filósofo a través de la rectificación de los conceptos, ya que hasta ahora los gobiernos no lo han conseguido mediante la promulgación de leyes, y además el mal solo se puede atacar de raíz por la primera vía. Entretanto, si es que los gobiernos se toman realmente en serio la supresión del duelo y el poco éxito de su empeño solo se debe a su incapacidad, quiero proponerles una ley de cuyo éxito respon-do, y además sin operaciones sangrientas, sin recurrir a patíbulos, horcas o cadenas perpetuas. Antes bien, se trata de un pequeño método homeopático totalmente sencillo: el que desafía a otro o se presenta a la lucha recibe, a la Chinoise, a la luz del día y ante el cuerpo de guardia, doce bastonazos del sargento, y seis el portador del cartel de desafío y cada uno de los padrinos. Respecto a las eventuales consecuencias de los duelos realmente celebrados, se mantendría el habitual procedimiento criminal. Quizás alguien de sentimientos caballerescos me objetara que, tras la ejecución de tal pena, algunos «hombres de honor» estarían en situación de matarse de un tiro; a lo que respondo: es mejor que semejante mentecato 1 se mate a sí mismo de un tiro que a otros. - Pero en el fondo sé muy bien que los gobiernos no se toman en serio la abolición de los duelos. Los sueldos de los funcionarios civiles, pero aún más los de los oficiales, se hallan (con excepción de los altos cargos) muy por debajo del valor de su trabajo. La otra mitad se les paga con el honor. Este se halla representado en primer término por los títulos y las condecoraciones, y en sentido amplio, por el honor del cargo en general. Para ese honor del cargo es el duelo un útil caballo de reserva; de ahí que tenga su escuela preparatoria ya en las universi-dades. Por consiguiente, sus víctimas pagan con su sangre el déficit de los salarios. -
En pro de la compleción, sea mencionado aquí el honor nacio-nal. Es el honor de todo un pueblo en cuanto parte de la comuni-dad de los pueblos. Dado que en esta no hay otro foro que el de la fuerza, y por lo tanto cada miembro de la misma ha de proteger sus propios derechos, el honor de una nación no consiste solo en la opinión que se ha ganado de que se puede confiar en ella (crédito) sino también en la de que es de temer: de ahí que no pueda nunca dejar impunes las agresiones a sus derechos. Así pues, aúna el pun-to de honor del ciudadano con el honor caballeresco. -

406

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

parablernente bella que al mérito le sigue su fama de manera tan indefectible corno al cuerpo su sombra, solo que, corno ocurre con esta, a veces va por delante y a veces tras él; y tras esa ilustración añade: etiamsi omnibus tecum viventibus silentiurn livor indixerit,

venient qui sine I offensa, sine gratia judicent 112

; con esto aprecia- 419
rnos de paso que el arte de reprimir los méritos con el malicioso silenciar e ignorar, a fin de esconder al público lo bueno en favor
de lo malo, era ya usual entre la canalla de los tiempos de Séneca igual que entre la de los nuestros, y que a aquella, corno a esta, la envidia le sellaba los labios.

- Por lo regular la fama aparece tanto
más tarde cuanto más ha de durar, del mismo modo que todo lo excelente madura con lentitud. La fama que pretende convertirse en póstuma se asemeja a un roble que va creciendo muy lentamente de su semilla; la fama leve, efímera, a las plantas de un año que crecen con rapidez; y la falsa fama, a la mala hierba que brota rápidamente y se arranca sin tardanza. Esto se debe a que, cuanto más pertenece uno a la posteridad, es decir, a la humanidad en ge-neral y en conjunto, más ajeno es a su época; porque lo que crea no está dedicado en especial a esta, es decir, no pertenece a esta en cuanto tal sino solo en cuanto parte de la humanidad, y por eso no está teñido de sus colores locales: pero corno consecuencia de ello puede ocurrir fácilmente que la época, ajena a él, lo deje pasar des-apercibido. Ella valora más bien a aquellos que sirven a los asuntos de su corto tiempo o al capricho del momento, y por eso le perte-necen por completo, con ella viven y con ella mueren. Según ello, la historia del arte y de la literatura enseñan continuamente que de ordinario las producciones supremas del espíritu humano han sido acogidas de forma desfavorable, y así han permanecido hasta que llegaron espíritus superiores que se interesaron por ellas y les dieron la importancia en la que después se han mantenido gracias a la autoridad así adquirida. Mas todo eso se debe en último término a que en realidad cada uno solo puede entender y valorar lo que le es homogéneo. Pero al trivial le resulta homogéno lo trivial; al vulgar, lo vulgar; al confuso, lo enrevesado; al descerebrado, el absurdo; y lo que más gusta a cada cual son sus propias obras, que son absolutamente homogéneas a él. Por eso canta ya el antiguo y legendario Epicarmo:

le ' 's::' , ' , ~n• " 'I' "auµacr'tOV OUuSV scrn, µs 'tUU-.7 OU'tú) /\,tYStV,
K \ t s::' ,

- ' \ \ s::
- at avuavstv au-cotcrtv au-couc;, xat uoxstv

112. [«Aun cuando a todos tus contemporáneos la envidia les impusiera el silencio,
vendrán los que juzguen sin enemistad, sin favoritismo», Epístolas a Lucilio 79, 17.]

409

420

PARERGA Y PARALIPOMENA

Ka').,,wc; nsqmxÉvm · xal yap o xúrov xuví

KáAAtCT'tOV Hµsv q,aÍVS'tat, xal ~ouc; ~ot, "O s::' " ''I 'I "" s:: • ,,. 113 voc; Ut OVQ) XUAAtCT'tOV, uc; us Ut .
que yo, para que nadie se lo pierda, quisiera traducir:

No es asombroso que yo hable en mi sentido,
Y que aquellos, gustándose a sí mismos, se hallen en la ilusión
De que son dignos de elogio: así al perro le parece el perro
El ser más hermoso, así al buey, el buey,
También al burro, el burro, y al cerdo, el cerdo.

Así como ni siquiera el brazo más robusto que lance un cuerpo ligero puede transmitirle movimiento con el que pueda volar lejos y dar violentamente en el blanco, sino que este cae abatido en la cercanía porque le ha faltado un contenido material propio para asumir la fuerza ajena, la misma suerte corren los pensamientos be-llos y grandiosos, y hasta las obras maestras del genio, cuando para acogerlas no hay más que mentes pequeñas, débiles u oblicuas. Eso han tenido que lamentar las voces de los sabios de todos los tiem-pos unidas a coro. Por ejemplo, el Eclesiástico dice: «Hablar con un necio es como hablar con un dormido. Al final, dice: "¿Qué pasa?"» 114• -Y Hamlet: a knavish speech sleeps in a fools ear115 (un pícaro discurso duerme en los oídos de un necio). Y Goethe:

La más feliz palabra es objeto de burla
Cuando el oyente es un oído tortuoso 116•

Y a su vez:

No produces efecto, todo sigue igual de abúlico.
iEstate contento!

La piedra en el pantano
No forma anillo alguno 117•

Y Lichtenberg: «Cuando una cabeza y un libro chocan y suena
a hueco, ¿se debe ello siempre al libro?»118

; y a su vez: «Tales obras
son espejos: cuando un mono se mira en ellas, no puede verse un

113. [Epicarmo en Diógenes Laercio III, 16 (Diels-Kranz 5, 173).)
114. [Eclesiástico 22, 9.)
115. [Shakespeare, Hamlet IV, 2.)
116. [Diván de Oriente y Occidente, libro IY, 1.)
117. [Proverbial, Weimarer Ausgabe 11, 240.]
118. [Lichtenberg, Aforismos, ed. A. Leitzmann, D396.)

410

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

apóstol» 119• Incluso el bello y conmovedor lamento de Gellert merece ser traído a la memoria:

Que con frecuencia las mejores dotes
Tienen los menores admiradores,
Y que la mayor parte del mundo
Considera bueno lo malo;
Ese mal lo vemos a diario.
¿Mas cómo defenderse de esa peste?
Dudo de que esa plaga
Pueda expulsarse de este mundo.
Un solo medio hay en la tierra
Pero infinitamente difícil:
Los necios tendrían que volverse sabios;
iYved! No se vuelven nunca.
Nunca conocen el valor de las cosas.

Sus ojos juzgan, no su razón:
Alaban eternamente lo nimio,

Porque nunca conocieron lo bueno 12º.

A esa incapacidad intelectual de los hombres, como consecuen-cia de la cual lo excelente, como dice Goethe, se conoce y se aprecia todavía con menos frecuencia de lo que se encuentra 121, se asocia aquí, como en todo, su maldad moral, que se presenta en forma de envidia. En efecto, con la fama que uno adquiere se eleva todavía más por encima de los de su clase: estos, pues, son rebajados en la misma medida, de modo que todo mérito destacado obtiene su fama a costa de los que no tienen ninguno.

Cuando honramos a otros
Hemos de censurarnos a nosotros mismos.

Goethe, Diván de Oriente y Occidente 121

Así se explica que, cualquiera que sea el género en el que apa-rezca la excelencia, enseguida se asocie y se conjure todo el sinnú-mero de los mediocres para no admitirla y, si es posible, asfixiarla. Su lema oculto es: abas le mérite 123• Pero ni siquiera aquellos que

119. [Lichtenberg, Miscelánea, ed. cit., vol. rv, p. 47; Aforismos, ed. cit., FIII.]
120. [Christian Fürchtegott Gellert (1715-1769), Los dos perros.]
121. [Los años de aprendizaje de Guillermo Meister, libro 7, cap. 9, «Carta de aprendizaje».]
122. [Libro V, estrofa 7.]
123. [iAbajo el mérito!]

411

421

422

423

PARERGA Y PARALIPOMENA

poseen méritos propios y ya han alcanzado la fama por ellos ven
con buenos ojos la aparición de una nueva fama, cuyo esplendor
hará que la suya brille tanto menos. Por eso dice Goethe:

J Si me lo hubiera pensado
Antes de serme dada la vida,
No estaría aún en la tierra,
Como podéis comprender,
Cuando veis cómo se comportan
Los que, para aparentar algo,
Quieren gustosos negarme 124•

Así pues, mientras que el honor por lo regular encuentra jueces justos y ninguna envidia lo ataca, siendo incluso adjudicado de an-temano, a crédito, la fama, a pesar de la envidia, ha de alcanzarse luchando; y el laurel lo otorga un tribunal claramente desfavora-ble. Pues el honor podemos y queremos compartirlo con todos: la fama es restringida y obstaculizada por todos los que la alcanzan.
- Además la dificultad para alcanzar la fama con las obras es in-versamente proporcional al número de hombres que conforma el público de tales obras, por razones fáciles de comprender. De ahí que sea mucho mayor en las obras que prometen enseñanza que en las que prometen entretenimiento. Su grado máximo se da en las obras filosóficas, ya que la enseñanza que prometen es, por un lado, insegura y, por otro, carente de utilidad material; y además, tales obras aparecen primariamente ante un público compuesto de me-ros rivales. - De las dificultades señaladas que se oponen a la con-quista de la fama se sigue que, si los que realizan obras dignas de ella no las hicieran por amor a ellas y por su propio gozo sino que necesitasen el estímulo de la fama, pocas o ninguna obra inmortal habría recibido la humanidad. De hecho, quien ha de producir lo bueno y justo, y evitar lo malo tiene incluso que hacer frente al jui-cio de la masa y de sus portavoces, y, por lo tanto, despreciarlo. En eso se basa la correcta observación, resaltada en especial por Oso-rio (De gloria), de que la fama huye de quienes la buscan y persigue a quienes la descuidan: pues aquellos se acomodan al gusto de sus contemporáneos y estos se enfrentan a él.
En consecuencia, la fama es tan difícil de alcanzar como fácil de conservar. También aquí se opone al honor. Este se concede a cualquiera, incluso a crédito: él I solo tiene que preservarlo. Mas ahí está la tarea: pues una sola acción indigna hace que se pierda de

124. [Zahme Xenien (Epigramas moderados), V.]

412

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

forma irrecuperable. La fama, en cambio, nunca se puede perder: pues el hecho o la obra por los que se alcanzó se mantienen firmes para siempre y su fama permanece ligada a su autor aunque no aña-da ningún otro. Pero si la fama se extingue realmente, si se sobrevive a ella, entonces es que era falsa, es decir, inmerecida, nacida de una momentánea sobrevaloración; eso cuando no se trata de una fama como la que tuvo Hegel y describe Lichtenberg: «Pregonada a son de trompetas por una amistosa junta de candidatos y reproducida por el eco de cabezas vacías. - iPero cómo reirá la posteridad cuando un día llame a la puerta de las multicolores conchas de palabras, de los bellos nidos de modas que volaron y de las casas de convencio-nes muertas, y encuentre todo, todo vacío, ni aun el más mínimo pensamiento que pudiera decir con confianza: "iAdelante!"» 125 .- La fama se basa propiamente en lo que uno es en comparación con los demás. Por lo tanto es esencialmente relativa, así que solo puede tener un valor relativo. Desaparecería por completo si los demás llegaran a ser lo que es el famoso. Solo puede tener valor absoluto lo que la mantiene en toda circunstancia, es decir, lo que uno es inmediatamente y por sí mismo: por consiguiente, aquí ha de hallarse el valor y la felicidad del corazón grande y la gran inteligencia. Así pues, lo valioso no es la fama sino aquello por lo que se merece. Pues eso es, por así decirlo, la sustancia del asunto; y la fama, el accidente: de hecho esta actúa en el famoso princi-palmente como un síntoma externo mediante el cual él obtiene la confirmación de su alta opinión de sí mismo. En consecuencia, se podría decir que, como la luz no es visible cuando no es reflejada por un cuerpo, tampoco la excelencia está cierta de sí misma más que por la fama. Pero no se trata en modo alguno de un síntoma infalible, ya que también hay fama sin mérito y mérito sin fama; de ahí que resulte tan graciosa una expresión de Lessing: «Algu-nas gentes son famosas y otras merecen serlo». Además sería una miserable existencia aquella cuyo valor o falta de valor se basara en cómo apareciese a ojos de los demás: pero una I existencia así sería la vida del héroe y del genio si su valor consistiera en la fama, es decir, en el aplauso ajeno. Antes bien, todo ser vive y existe por sí mismo, luego también y ante todo en y para sí mismo. - Lo que uno es, sea de la clase que sea, lo es ante todo y principalmente para sí mismo: y si ahí eso no vale mucho, entonces no vale mu-
cho en general. En cambio, la imagen de su ser en la mente de los demás es algo secundario, derivado y sometido al azar, algo que

125. [Lichtenberg, Miscelánea, ed. cit., vol. rv, p. 15.]

413

425

424

PARERGA Y PARALIPOMENA

solo de forma muy indirecta se refiere a lo primero. Además, las mentes de la masa son un escenario demasiado miserable como

para que la verdadera felicidad pueda encontrar en él su lugar. Antes bien, ahí solo se puede encontrar una felicidad quimérica. iPero qué entremezclada sociedad concurre en aquel templo de la fama universal! Generales, ministros, matasanos, impostores, bai-larines, cantantes, millonarios y judíos: de hecho, los méritos de todos estos son allí mucho más sinceramente apreciados, encuen-tran mucha más estime sentie que los méritos espirituales, sobre todo los de especie superior, que en la gran mayoría solo obtienen una estime sur parole126• Así pues, desde el punto de vista de la eudemonología la fama es solo el bocado más infrecuente y exqui-sito de nuestro orgullo y vanidad. Pero estos se hallan presentes en exceso en la mayoría de los hombres aunque lo disimulen, y quizá incluso en su mayor medida en quienes de algún modo son aptos para adquirir fama, y por eso casi siempre han de cargar durante largo tiempo con la conciencia incierta de su valía superior, antes de que llegue la oportunidad de probarla y experimentar enton-ces el reconocimiento por ella: hasta entonces se sienten como si sufrieran una secreta injusticia 127 • Mas en general, como ya se explicó al comienzo de este capítulo, el valor que da el hombre a la opinión que los demás tienen de él es totalmente desproporcio-nado e irracional: de modo que Hobbes ha expresado la cuestión de forma muy enérgica, pero quizás con acierto, en las palabras: omnis I animi voluptas, omnisque alacritas in eo sita est, quod quis habeat quibuscum con{ erens se, possit magnifice sen tire de se ipso128 (De cive I, 5). Así se explica el alto valor que se atribuye universalmente a la fama y los sacrificios que se hacen, en la mera esperanza de llegar algún día a conquistarla:

Fame is the spur, that the clear spirit doth raise
(That last infirmity of noble minds)
To scorn delights and live laborious days 129•

126. [Aprecio sincero/ Aprecio de palabra.]
127. Dado que nuestro mayor placer consiste en ser admirados, pero los admi-radores, aun habiendo causa, se prestan de mala gana a serlo, el más feliz es el que, da igual cómo, ha logrado admirarse francamente a sí mismo. Solo hace falta que los demás no le confundan.
128. [Todo gozo del alma y toda alegría se basa en tener alguien comparándose con el cual uno pueda tener una alta opinión de sí mismo.]
129. [«La fama es la espuela que provoca a los claros espíritus / (Esa última debilidad de las mentes nobles)/ A despreciar los placeres y vivir laboriosos días», John Milton, Lycidas, 70.]

414

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Y también:

how hard it is to climb

The hights where Fame's proud temple shines afar 130•

Por último, así se explica también que la más vanidosa de to-das las naciones lleve constantemente la gloire en los labios y la considere sin vacilar el principal móvil de los grandes hechos y las grandes obras. - Mas, dado que indiscutiblemente la fama no es más que lo secundario, el simple eco, reflejo, sombra o sín-toma del mérito, y puesto que lo admirado ha de tener siempre más valor que la admiración, lo que realmente hace feliz no se ha de hallar en la fama sino en aquello por lo que se la alcanza, es decir, en el mérito mismo o, más exactamente, en el ánimo y las capacidades de los que procede, sean de clase moral o intelec-tual. Pues lo mejor que uno es ha de serlo necesariamente para sí mismo: lo que de ahí se refleje en las mentes de otros y lo que sea él en su opinión es una cuestión accesoria y no puede tener para él más que un interés subordinado. En consecuencia, quien merece la fama, aun sin alcanzarla, posee de sobra lo principal; y lo que le falta es algo de lo que eso le puede consolar. Pues lo que hace a un hombre envidiable no es ser considerado un gran hombre por
la masa carente de juicio y a menudo trastornada, sino serlo; ni tampoco es una gran felicidad que la posteridad sepa de él, sino
que en él se generen pensamientos que merezcan ser conservados
y meditados durante siglos. Además, eso no se le puede arrebatar:
es 'tCDV É<p' l)µi'v; aquello otro, 'tCDV oux tcp' 1)µiv131 • En cambio,
si la admiración I fuera ella misma la cuestión principal, enton- 426
ces lo admirado en ella no tendría valor. Ese es realmente el caso
de la fama falsa, es decir, inmerecida. De ella ha de alimentarse quien la posee, sin tener realmente aquello de lo que ella ha de
ser síntoma, mero reflejo. Mas incluso esa fama le ha de quitar a menudo las ganas, cuando a veces, a pesar de todo el autoengaño nacido del amor propio, se encuentre mareado en la altura para la que no es apto o se sienta como si fuera un ducado de cobre; entonces le asalta el miedo a que se le descubra y se le humille me-recidamente, sobre todo cuando en la frente de los sabios lee ya el

130. [<<Qué difícil es escalar la cima / Donde brilla el orgulloso templo de la fama», James Beattie, The minstrel l.]
131. [«Lo que depende de nosotros»/ «Lo que no depende de nosotros», expre-siones estoicas.]

415

427

PARERGA Y PARALIPOMENA

juicio de la posteridad. Se asemeja así al que es propietario gracias
a un testamento falso. - La fama más auténtica, la fama póstuma, nunca la percibe el que es objeto de ella, y sin embargo se le juzga dichoso. Así pues, su dicha consistió en las grandes cualidades que
le hicieron alcanzar la fama y en que encontró la oportunidad de desarrollarlas, así que le fue dado obrar como era adecuado a él u ocuparse en lo que hacía con ganas y amor: pues solo las obras que nacen de estos alcanzan fama póstuma. Su felicidad consistió en su gran corazón o en la riqueza de un espíritu, cuya impronta en sus obras recibe la admiración de los siglos venideros; consistió en el pensamiento mismo cuya meditación se convirtió en la ocupación y el placer de los más nobles espíritus de un inabarcable futuro. El valor de la fama estriba, pues, en merecerla, y eso constituye su propia recompensa. Que las obras que la lograron tuvieran o no fama también entre los contemporáneos dependió de circuns-tancias casuales y no fue de gran importancia. Pues, dado que de ordinario los hombres carecen de juicio propio y además no tienen capacidad ninguna de apreciar obras elevadas y difíciles, siempre siguen aquí la autoridad ajena; y la fama de especie superior, en el noventa y nueve por ciento de los que la otorgan, se basa simple-mente en la confianza. De ahí que aun el aplauso mayoritario de los contemporáneos tenga poco valor para las mentes pensantes, ya que en él solo oyen el eco de unas pocas voces, que además son según las traiga el día. ¿se sentiría halagado un virtuoso con los sonoros aplausos de su público I si supiera que, aparte de uno o dos, estaba formado por personas completamente sordas que para ocultarse unos a otros su defecto aplaudían con vehemencia en cuanto veían ponerse en movimiento las manos de aquel? ¿y si llegara a saber que aquel que aplaudía primero a menudo se dejaba sobornar para conseguirle el más sonoro aplauso al más miserable violinista? - Así se explica por qué la fama de los contemporá-neos sufre tan raras veces la metamorfosis en fama póstuma; por eso dice D'Alembert en su hermosa descripción del templo de la fama literaria: «El interior del templo está habitado por muertos que durante su vida no estaban allí, y por algunos vivos, de los cuales casi todos son expulsados cuando mueren». Obsérvese aquí de paso que erigir a uno un monumento en vida significa declarar que no se puede confiar en la posteridad por lo que respecta a él. - Si pese a todo uno experimenta en vida la fama que ha de convertirse en póstuma, raramente ocurre eso antes de la vejez: a lo sumo hay excepciones de esa regla entre los artistas y los poetas, y donde menos, entre los filósofos. Una confirmación de

416

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

esto la ofrecen las pinturas de hombres famosos por sus obras, ya que la mayoría no se hicieron hasta después de la aparición de su celebridad: por lo regular son representados viejos y canosos, en particular los filósofos. Pero desde el punto de vista eudemonoló-gico el asunto está totalmente justificado. Fama y juventud a la vez son demasiado para un mortal. Nuestra vida es tan pobre que sus bienes han de ser repartidos con parquedad. La juventud tiene de sobra con su propia riqueza y puede estar satisfecha con ella. Pero en la vejez, cuando todos los placeres y alegrías se han extinguido como los árboles en invierno, entonces brota oportunamente el árbol de la fama como un auténtica gaulteria: también se la puede comparar a las peras de invierno, que crecen en verano pero son disfrutadas en invierno. No hay en la vejez más hermoso consuelo que haber inyectado toda la fuerza de la propia juventud a obras que no enve1ecen con uno.
Si queremos investigar más de cerca las vías por las que se al-canza la fama en las ciencias, que es lo que más cerca nos queda, se puede establecer la siguiente regla. La I superioridad intelectual caracterizada por tal fama es siempre puesta de manifiesto por una nueva combinación de datos cualesquiera. Estos pueden ser de muy diversas clases; sin embargo, la fama que se ha de alcanzar con su combinación será mayor y más amplia cuanto más universalmente conocidos sean y más accesibles resulten a todos. Si, por ejemplo, los datos consisten en algunos números o curvas, o en algún espe-cial hecho físico, zoológico, botánico o anatómico, o bien en algu-nos pasajes perdidos de autores antiguos, o en inscripciones medio borradas, o en aquellas de las que nos falta el alfabeto, o en puntos oscuros de la historia, entonces la fama que se va a alcanzar con su correcta combinación no llegará mucho más allá que el conoci-miento de los datos mismos, es decir, a una pequeña cifra de perso-nas vivas, en su mayoría retiradas y envidiosas de la fama en su es-pecialidad. - En cambio, si los datos son tales que todo el género humano los conoce, si son, por ejemplo, cualidades esenciales del entendimiento o la afectividad humana comunes a todos, o fuerzas naturales cuya forma de acción tenemos continuamente ante los ojos, o el curso de la naturaleza de todos conocido, entonces la fama por haber arrojado la luz sobre ellos gracias a una importante y evidente combinación se extenderá con el tiempo hasta casi toda
la humanidad civilizada. Pues si los datos son accesibles a todos, también lo será en la mayoría de los casos su combinación. - Sin embargo, aquí la fama se corresponderá siempre únicamente con
la dificultad superada. Pues cuanto más conocidos son los datos,

417

428

429

PARERGA Y PARALIPOMENA

más difícil es combinarlos de una manera nueva y, sin embargo, co-rrecta; porque ya un gran número de mentes se han ensayado con
ellos y han agotado sus posibles combinaciones. Por el contrario,
los datos que, inaccesibles al gran público, solo son alcanzables por
vías fatigosas y difíciles casi siempre admitirán nuevas combina-ciones: por eso, solo con que se aborden con recto entendimiento y sano juicio, es decir, con una mediana superioridad intelectual, es fácilmente posible tener la suerte de hacer una nueva y correc-ta combinación de los mismos. Mas la fama así alcanzada tendrá aproximadamente los mismos límites que el conocimiento de los datos. Pues, ciertamente, la solución de problemas de esa clase re-quiere I un gran estudio y trabajo ya simplemente para obtener el conocimiento de los datos; mientras que en aquella otra clase en la que se puede alcanzar la mayor y más amplia fama los datos están dados gratuitamente: pero en la medida en que esta última clase requiere menos trabajo, para ella se necesita más talento y hasta genio, y ningún trabajo o estudio resiste la comparación con ella en lo que se refiere al valor y la estimación.
De aquí se infiere que quienes perciben en sí mismos un en-tendimiento capaz y un correcto juicio sin presumir de las más elevadas dotes intelectuales no han de reparar en desarrollar un enorme estudio y extenuante trabajo para, a través de ellos, salir de la gran masa ante la que se encuentran los datos generalmente conocidos y llegar a los lugares remotos que solo son accesibles a la aplicación en la ciencia. Pues aquí, donde el número de com-petidores es infinitamente escaso, una mente que simplemente sea en algo superior encontrará pronto ocasión para una nueva y co-rrecta combinación de los datos: e incluso el mérito de su descu-brimiento se apoyará en la dificultad de alcanzar los datos. Pero el aplauso que logre de los sabios de su tiempo, que son los úni-cos conocedores de la materia, solo será oído de lejos por la gran masa de los hombres. - Si se quiere llevar al extremo la vía aquí descrita, se puede mostrar el punto en el que los datos, debido a la gran dificultad de su consecución, por sí solos y sin necesidad de su combinación serían suficientes para justificar la fama. Eso consiguen los viajes a países muy remotos y poco visitados: uno se hace famoso por lo que ha visto, no por lo que ha pensado. Esta vía tiene además la gran ventaja de que es mucho más fácil comunicar a los demás lo que uno ha visto que lo que ha pensado, y lo mismo ocurre por lo que respecta a la comprensión: en consecuencia, se encuentran muchos más lectores para lo primero que para lo otro. Pues, como ya dice Asmus:

418

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Cuando alguien hace un viaje
Tiene algo que contar 132•

Con todo esto concuerda también el que, al conocer personal-mente I a gente famosa de esta clase, a uno con frecuencia le venga
a la cabeza la observación de Horacio:

Coelum, non animum, mutant qui trans mare currunt 133.
(Epist. I, 11, v. 27)

Por otra parte, por lo que se refiere a la mente dotada de altas capacidades, que es la única que se puede atrever a solucionar los problemas referentes a lo general y a la totalidad, y por lo tanto los más difíciles, tal mente hará bien en ampliar su horizonte todo lo posible, pero siempre por igual, en todas las direcciones y sin perderse demasiado en algunas de las regiones especiales que solo pocos conocen; es decir, sin entrar demasiado en las especialidades de alguna ciencia particular, por no hablar de ocuparse de micro-logías. Pues no tiene necesidad de ocuparse de objetos de difícil acceso para escapar de la aglomeración de competidores, sino que precisamente lo que está presente a todos le dará materia de nue-vas, importantes y verdaderas combinaciones. De acuerdo con ello, su mérito podrá ser apreciado por todos los que conocen los datos, es decir, por una gran parte del género humano. Ahí se funda lapo-derosa diferencia entre la fama que alcanzan los poetas y filósofos, y la que es asequible a físicos, químicos, anatomistas, minerálogos, zoólogos, filólogos, historiadores, etcétera.

132. [Palabras iniciales del poema de Matthias Claudius (alias Asmus) «Viaje de Urian alrededor del mundo», en El mensajero de Wansbecker, parte V.]
133. [De cielo, no de ánimo, cambian los que surcan los mares.]

419

430 431 1 Capítulo V

PARÉNESIS Y MÁXIMAS

Menos que en ninguna parte busco aquí la compleción, ya que si no, habría tenido que repetir las muchas reglas de la vida, en parte excelentes, formuladas por pensadores de todas las épocas, desde Teognis y Pseudo-Salomón hasta Rochefoucauld; con lo que en-tonces tampoco podría evitar muchos lugares comunes ya transi-tados. Pero con la compleción desaparece también en gran medida el ordenamiento sistemático. Consuélese el lector pensando que en cosas de esta clase ambos llevan consigo casi inevitablemente el abu-rrimiento. Simplemente he ofrecido lo que se me ha ocurrido, lo que me pareció digno de comunicar y, por lo que recuerdo, todavía no ha sido dicho, al menos no del todo y justamente así, de modo que solamente presento un suplemento de lo ya logrado por otros en este campo inabarcable.
No obstante, a fin de poner algún orden en la gran variedad de las opiniones y consejos que aquí se incluyen, quisiera dividirlos en: generales, los referentes a nuestra conducta con nosotros mismos, con los demás y, finalmente, con el curso del mundo y el destino.

A. GENERALES

1) Como regla suprema de toda sabiduría de la vi~a considero el principio enunciado de pasada por Aristóteles en la Etica a Nicóma-co (VII, 12): ó <ppÓvtµo<; 'tO aAunov 8twxst, ou 'tO r¡8Ú134 (quod dolore vacat, non quod suave est, persequitur vir prudens. La ver-

134. [El hombre prudente no aspira al placer sino a la ausencia de dolor.]

420

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

sión latina del principio es lánguida: En nuestro idioma se podría expresar mejor, más o menos así: «No al placer, a la ausencia de do-lor aspira el hombre razonable»; o: «El hombre razonable persigue la ausencia de dolor, no el placer»). 1 Su verdad se basa en que todo placer y toda felicidad son de naturaleza negativa, mientras que el dolor es de naturaleza positiva. El desarrollo y fundamentación de este último principio se encuentra en mi obra principal, volumen I, § 5 8. Sin embargo, quisiera ilustrarlo aquí con un hecho observable a diario. Cuando todo el cuerpo está sano y en buen estado, con ex-cepción de una pequeña herida o un punto doloroso, aquella salud del conjunto no aparece ya en la conciencia sino que la atención se dirige constantemente al dolor de la parte lesionada y desaparece la sensación vital de bienestar. - Igualmente, cuando todos nuestros asuntos discurren a nuestra conveniencia con excepción de uno que marcha contra nuestros propósitos, entonces este se nos viene siempre a la cabeza aunque sea de poca relevancia: pensamos con frecuencia en él y menos en todas aquellas cosas más importantes que nos van bien. - En ambos casos se trata de un perjuicio de la voluntad tal y como se objetiva en el organismo y en las aspi-raciones del hombre, respectivamente; y en ambos vemos que su satisfacción siempre actúa de forma meramente negativa y por lo tanto no es directamente sentida, sino que a lo sumo nos viene a la conciencia por la vía de la reflexión. En cambio, su obstaculiza-ción es lo positivo y por eso se advierte por sí misma. Todo placer consiste simplemente en la supresión de esa obstaculización, en la liberación de la misma, y de ahí que dure poco.
Así pues, en eso se basa la regla aristotélica antes encomiada, que nos instruye a no dirigir nuestra atención a los placeres y co-modidades de la vida sino sustraernos en la medida de lo posible a los innumerables males de la misma. Si ese no fuera el camino correcto, entonces la sentencia de Voltaire: le bonheur n'est qu'un reve, et la douleur est réelle135 tendría que ser tan falsa como verda-dera es de hecho. Por consiguiente, quien quiera obtener el resulta-do de su vida desde un punto de vista eudemonológico tendrá que hacer la cuenta, no según las alegrías que ha disfrutado, sino según los males a los que se ha sustraído. De hecho, la eudemonología ha de comenzar por enseñar que su mismo nombre es un eufemis-
mo y que por «vivir feliz» solo se puede entender «vivir menos 1 infeliz», es decir, soportablemente. Es efecto, la vida no existe real-

135. [«La felicidad no es más que un sueño y el dolor es real», carta al marqués
de Florian, 16 de marzo de 1774.]

421

432

433

434

PARERGA Y PARALIPOMENA

mente para ser disfrutada sino para superarla, para despacharla:
esto designan también algunas expresiones como degere vitam, vita defungi, la italiana si scampa cosi136

; en nuestro idioma: «hay que
intentar arreglárselas», «ya saldrá adelante en el mundo», etc. De hecho, en la vejez es un consuelo el haber dejado tras de sí el traba-jo de la vida. En consecuencia, tiene la más feliz fortuna aquel que pasa su vida sin excesivos dolores espirituales ni corporales, y no aquel a quien le caen en suerte las más vivas alegrías o los mayores placeres. Quien pretenda medir la felicidad de una vida según estos últimos ha adoptado una falsa medida. Pues los placeres son y si-guen siendo negativos: la idea de que hacen feliz es una ilusión que alberga la envidia para su propio castigo. En cambio, los dolores son positivamente sentidos: de ahí que su ausencia sea la medida de la felicidad en la vida. Si a un estado indoloro se añade además la ausencia de aburrimiento, se alcanza en esencia la felicidad terre-nal: pues lo demás son quimeras. De aquí se sigue que nunca se de-ben obtener los placeres al precio de dolores, ni siquiera del peligro de estos; porque en tal caso se paga algo negativo, y por lo tanto quimérico, con algo positivo y real. Por el contrario, sigue siendo ventajoso sacrificar placeres a fin de evitar dolores. En ambos casos es indiferente que los dolores sigan o precedan a los placeres. Es realmente la mayor de las equivocaciones pretender convertir este escenario de miseria en un lugar de disfrute y proponerse como fin los placeres y las alegrías en lugar de la mayor ausencia de dolor posible; pero eso es lo que hacen muchos. Mucho menos yerra el que, con una mirada demasiado sombría, ve este mundo como una especie de infierno y, en consecuencia, solo se preocupa por agen-ciarse un aposento ignífugo. El necio persigue los placeres de la vi-da y se ve defraudado: el sabio evita los males. Pero si también esto hubiera de fracasar, entonces la culpa sería de su habilidad, no de su necedad. Mas en la medida en que lo logre, no queda defraudado: pues los males que eludió son sumamente reales. Incluso aunque los evitara en exceso y hubiera sacrificado placeres innecesariamen-te, 1 nada se habría perdido: pues todos los placeres son quiméri-cos, y lamentarse de perdérselos sería mezquino y hasta ridículo. El desconocimiento de esa verdad, favorecido por el optimis-mo, es la fuente de muchas desgracias. En efecto, mientras estamos libres de sufrimiento, agitados deseos nos hacen creer en las qui-meras de una felicidad que no existe y nos inducen a perseguirlas: con ello nos echamos encima el dolor, que es innegablemente real.

136. [Pasar la vida/ La vida se cumple/ Así se va tirando.]

422

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Después lamentamos la desaparición del estado indoloro que que-da tras de nosotros como un paraíso perdido y deseamos en vano poder hacer de lo ocurrido algo que no sucedió. Así parece como si un demonio maligno nos sacara continuamente del estado indolo-ro, que es el verdadero bien supremo, con los espejismos de los de-seos. - Sin el menor reparo cree el joven que el mundo existe para ser disfrutado, que es la sede de una felicidad positiva que solo se les malogra a quienes carecen de aptitud para dominarse a sí mis-mos. En esto le reafirman las novelas y los poemas, como también la hipocresía que siempre y en todo lugar practica el mundo con las apariencias externas, y sobre la que enseguida volveré. A partir de entonces su vida es una caza más o menos meditada de la felicidad positiva que, en cuanto tal, debe consistir en placeres positivos. Los peligros a los que en ella se expone tienen que ser afrontados. Esa caza de un animal que no existe conduce de ordinario a una desdi-cha positiva y muy real. Esta se plantea como dolor, sufrimiento, enfermedad, pérdida, preocupación, pobreza, ignominia y mil ne-cesidades. El desengaño llega demasiado tarde. - En cambio, si si-guiendo la regla que aquí examinamos el plan de la vida se orienta a evitar el sufrimiento, es decir, a alejar la carencia, la enfermedad y cualquier necesidad, entonces el fin es real: ahí se puede conseguir algo, y tanto más cuanto menos perturbado esté ese plan por la aspiración a la quimera de la felicidad positiva. Con esto concuerda también lo que Goethe, en Las afinidades electivas, pone en boca de Mittler, siempre ocupado en la felicidad de los demás: «El que quiere librarse de un mal sabe siempre lo que quiere: el que quiere algo mejor que I lo que posee, está totalmente ciego»137• Esto re-
cuerda el bello aforismo francés: le mieux est l'ennemi du bien138 • Incluso se puede deducir de aquí el pensamiento fundamental del cinismo, según lo he expuesto en mi obra principal, volumen 2, capítulo 16. ¿pues qué movió a los cínicos al rechazo de todos los placeres sino precisamente el pensamiento de los dolores que están próxima o remotamente vinculados a ellos, cuyo alejamiento les pareció mucho más importante que la consecución de aquellos? Ellos estuvieron profundamente conmovidos por el conocimiento de la negatividad del placer y la positividad del dolor; de ahí que, consecuentes, lo hicieran todo por evitar el mal, para lo cual juz-garon necesario el rechazo pleno e intencionado de los placeres; porque en estos solo vieron trampas que nos entregan al dolor.

13 7. [Parte I, capítulo 2.]
138. [Lo mejor es el enemigo de lo bueno.]

423

436

435

PARERGA Y PARALIPOMENA

Nacidos en Arcadia, como dice Schiller 139, lo somos todos: es decir, llegamos al mundo llenos de pretensiones de felicidad y pla-
cer, y abrigamos la necia esperanza de obtenerlos. Pero por lo re-gular pronto llega el destino, nos agarra con aspereza y nos enseña que nada es nuestro sino que todo es suyo, ya que tiene un derecho incuestionable, no solo a todas nuestras posesiones y adquisiciones y a nuestra mujer e hijos, sino incluso a nuestros brazos y piernas, ojos y oídos, y hasta a nuestra nariz en medio del rostro. En cual-quier caso, pasado poco tiempo llega la experiencia y nos lleva a comprender que la felicidad y el placer son una Fata Morgana 14º que, visible solo de lejos, desaparece cuando uno se aproxima; y que, en cambio, el sufrimiento y el dolor tienen realidad, se susten-tan por sí mismos y no necesitan ilusión ni esperanza. Si la ense-ñanza da frutos, dejamos de perseguir la felicidad y el placer, y nos ocupamos más bien en no dar entrada en lo posible al dolor y al sufrimiento. Entonces sabemos que lo mejor que tiene el mundo que ofrecer es una existencia indolora, tranquila y soportable, y limitamos nuestras pretensiones a esta, a fin de lograrlas con mayor seguridad. Pues el medio más seguro para no ser muy infeliz es no pretender ser muy feliz. Esto lo sabía también Merck, amigo de juventud de Goethe, cuando escribió: «La abominable pretensión de felicidad, y en la magnitud en que la I soñamos, corrompe todo en este mundo. El que se puede librar de ella y no desea más que lo que tiene ante sí puede salir adelante» (Correspondencia con Merck, p. 100). Según ello, conviene reducir las propias pretensiones de placer, posesiones, rango, honor, etc., a una total moderación; por-que precisamente el afán y la lucha por la felicidad, el lujo y el placer es lo que provoca las grandes desgracias. Mas esa actitud es sabia y aconsejable ya por el hecho de que es fácil ser muy infeliz; en cambio, ser feliz no es difícil sino totalmente imposible. Con gran razón canta, pues, el gran poeta de la sabiduría de la vida:

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.
Saevius ventis agitatur ingens
Pinus: et celsae graviore casu

139. [Cf. Schiller, poema «Resignación».]
140. «Espejismo». En las leyendas del rey Arturo recibe este nombre la herma-nastra del rey, que junto con sus ocho hermanas reinaba en Avalon o reino de las hadas. [N. de la T.]

424

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Decidunt turres: f eriuntque summos
Fulgura montes 141 •

Pero quien ha asimilado la doctrina de mi filosofía y sabe por ello que toda nuestra existencia es algo que mejor sería que no fue-se, y que negarla y rechazarla constituye la máxima sabiduría, ese tampoco albergará grandes esperanzas en cosa o estado alguno, no aspirará con pasión a nada en el mundo ni elevará grandes quejas porque se le malogre alguna cosa, sino que estará penetrado del pla-tónico oÜn: n 't<üV avSpwnívwv &~tov µcyáA-11~ crnou8li~142 (Rep. X, 604). Véase el lema del Gulistan de Sadi, traducido por Graf:

Si la posesión de un mundo se te ha desvanecido,
No sufras por ello, no es nada;
Y si has ganado la posesión de un mundo,
No te alegres de ello, no es nada.
Pasan los dolores y las dichas,
Pasa de largo en el mundo, no es nada.
Anwari Soheili

No obstante, lo que dificulta especialmente la consecución de esos beneficiosos conocimientos es la ya mencionada hipocresía del I mundo, que por eso debería ser tempranamente descubierta a la juventud. La gran mayoría de las cosas magníficas son mera apariencia, como la decoración teatral, y les falta la esencia. Por ejemplo, barcos empavesados y engalanados, disparos de cañones, iluminaciones, timbales y trompetas, aclamaciones y gritos, etc.: todo eso es el reclamo, la señal, el jeroglífico de la alegría: pero en la mayoría de los casos la alegría no se encuentra: solo ella se ha excusado en la fiesta. Allá donde se presenta realmente, llega, por

lo regular, sin ser invitada y sin avisar, por sí misma y san fafon 143 y hasta se va acercando furtivamente, a menudo con las ocasiones más insignificantes y fútiles, en las circunstancias más cotidianas e incluso en situaciones que son todo menos brillantes y gloriosas: está, como el oro en Australia, diseminada aquí y allá, al capricho

141. [«Aquel que la dorada mediocridad aprecia / Siendo prudente está libre
de la suciedad de techos raídos, / Siendo moderado se mantiene libre / De los en-vidiados palacios. / Los vientos sacuden más furiosos / El enorme pino: y con más estrépito/ Caen altas torres: y los rayos alcanzan/ Los más altos montes», Horacio, Odas 11, 10, 5-12.]
142. [«Ninguno de los asuntos humanos es digno de gran empeño», República
X, 6, 604c.]
143. [Sin cumplidos.]

425

437

438

PARERGA Y PARALIPOMENA

del azar, sin regla ni ley, la mayoría de las veces en pepitas muy pequeñas y muy raramente en grandes masas. En cambio, en to-
das las cosas antes mencionadas la finalidad no es más que hacer creer a los demás que aquí se hospeda la alegría: crear esa ilusión
en la mente de los demás es el propósito. No otra cosa que con la alegría ocurre con la tristeza. i Qué desconsolado marcha aquel largo y lento cortejo fúnebre! La hilera de los carruajes no tiene fin. Pero mirad hacia dentro: todos están vacíos y en realidad el difunto solo es conducido a la tumba por todos los cocheros de la ciudad. iElocuente imagen de la amistad y la estima de este mun-do! Esta es pues, la falsedad, vanidad e hipocresía de la conducta humana. - Otro ejemplo lo ofrecen los muchos invitados de re-cepciones solemnes en sus trajes de gala; son el reclamo de la vida social noble y elevada: pero de ordinario en el lugar de esta solo ha llegado la coacción, el tormento y el aburrimiento: pues donde hay muchos invitados hay mucha gentuza, por muchas estrellas que tengan sobre el pecho. En efecto, la auténtica buena sociedad es siempre y necesariamente muy reducida. Pero en general las fiestas y diversiones fastuosas y lujosas llevan siempre un vacío y hasta una disonancia en su interior, ya por el mero hecho de que contradicen de forma patente la miseria e indigencia de nuestra existencia, y el contraste acrecienta la verdad. Sin embargo, visto desde fuera todo aquello tiene efecto: y este era el propósito. Por eso dice Chamfort con toda gracia: 1 la société, les cercles, les salons, ce qu•on appelle le monde, est une piece misérable, un mauvais opéra, sans intéret, qui se soutient un peu par les machines, les costumes, et les décora-tions144. -Igualmente las academias y las cátedras de filosofía son el reclamo de la apariencia externa de sabiduría: pero también esta ha declinado la invitación la mayoría de las veces y hay que encon-trarla en cualquier otra parte. - Repicar de campanas, trajes sa-cerdotales, gestos devotos y actos grotescos son el reclamo, la falsa apariencia del fervor, etc. - Así pues, a casi todas las cosas de este mundo se les puede llamar nueces huecas: la carne es infrecuente y todavía más lo es que se esconda en la cáscara. Hay que buscarla en algún otro sitio y en la mayor parte de los casos se la encuentra solo por casualidad.
2) Si pretendemos evaluar el estado de un hombre por lo que respecta a su felicidad, no debemos preguntar por lo que le com-

144. («La sociedad, los círculos, los salones, eso que se llama el mundo, es una miserable pieza de teatro, una mala ópera sin interés que se sostiene un poco por la tramoya, los trajes y la decoración», Máximas y pensamientos, cap. III.]

426

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

place sino por lo que le aflige: pues cuanto más insignificante sea esto último tomado en sí mismo, más feliz será el hombre; porque es preciso un estado de bienestar para ser sensible a nimiedades: en la desgracia no las percibimos.
3) Guardémonos de construir la felicidad de nuestra vida so-bre un amplio fundamento, estableciendo muchas exigencias para ella: pues, estando sobre un fundamento así, lo más fácil es que se derrumbe, ya que dan ocasión a ello muchas más desgracias, que nunca faltan. Así pues, con el edificio de nuestra felicidad ocurre en este sentido lo contrario que con todos los demás, que se asientan más firmes sobre un amplio fundamento. Por consiguiente, ami-norar en lo posible las propias pretensiones en relación con los propios medios de cualquier clase es el camino más seguro para escapar de una gran desdicha.
En general, una de las mayores y más frecuentes necedades es realizar amplios preparativos para la vida, cualquiera que sea la for-ma en que se hagan. En efecto, en ellos se cuenta ante todo con una vida humana plena y completa que, sin embargo, muy pocos alcan-
zan. Luego, incluso para los que viven tanto, la vida resulta dema-siado corta para los planes realizados, ya que su ejecución siempre requiere mucho más tiempo del que se había supuesto: además, como todas las cosas humanas, esos planes están tan expuestos al fracaso y a los obstáculos que muy raras veces son llevados a su
fin. Por último, aunque I al final se consiga todo, no se tuvieron en 439 cuenta ni se calcularon las transformaciones que el tiempo provoca
en nosotros mismos; así que no se pensó que ni nuestra capacidad
de producir ni la de disfrutar duran toda la vida. A eso se debe el
que con frecuencia nos afanemos por cosas que, finalmente con-seguidas, ya no nos resultan convenientes; como también el que haciendo los preparativos de una obra empleemos los años que, sin darnos cuenta, nos están robando las fuerzas para ejecutarla. Así, ocurre a menudo que la riqueza adquirida con largo esfuerzo y mucho riesgo no podemos ya disfrutarla, y hemos estado trabajan-do para otros; o que no estamos ya en condiciones de desempeñar el puesto que finalmente hemos conseguido tras muchos años de esfuerzos: las cosas han llegado demasiado tarde para nosotros. O, a la inversa, nosotros llegamos demasiado tarde a las cosas; en particular, cuando se trata de trabajos o producciones: el gusto de la época ha cambiado, ha crecido una nueva generación que no tie-ne interés en esas cosas, otros se nos han adelantado por caminos más cortos, etc. Todo lo que se ha citado en este apartado lo tiene Horacio en mente cuando dice:

427

PARERGA Y PARALIPOMENA

Quid aeternis minorem
Consiliis animum fatigas?145 •

El motivo de ese frecuente desatino es la inevitable ilusión óp-tica del ojo espiritual, en virtud de la cual la vida, vista desde el comienzo, parece interminable, pero cuando se vuelve la mirada desde el final del camino, parece muy breve. Esta ilusión tiene, des-de luego, su parte buena: pues sin ella difícilmente se llevaría a cabo algo grande.
Pero en general en la vida nos va como al caminante, ante el que, a medida que va avanzando, los objetos adoptan formas distin-
tas de las que mostraban de lejos y, por así decirlo, se transforman según se acerca. En especial ocurre esto con los deseos. A menudo encontramos algo distinto y hasta mejor que lo que buscábamos; y también muchas veces encontramos lo mismo que buscábamos por
una vía totalmente distinta de la que al principio habíamos tomado
440 en vano. Sobre todo es frecuente que cuando I hemos buscado pla-cer, felicidad o alegría, en su lugar hayamos encontrado enseñanza, comprensión y conocimiento - un bien verdadero y permanente
en vez de uno efímero y aparente. Esa es también la idea que re-corre como tono fundamental el Guillermo Meister, ya que esta es
una novela intelectual y, precisamente por eso, de tipo superior a todas las demás, incluyendo las de Walter Scott, que en su conjun-to son solamente éticas, es decir, conciben la naturaleza humana únicamente desde el lado de la voluntad. Igualmente, en La fiau-ta mágica, ese jeroglífico grotesco pero significativo y equívoco, se simboliza ese pensamiento fundamental a rasgos grandes y toscos, como los de las decoraciones teatrales; e incluso sería perfecta si al final Tamino, repuesto del deseo de poseer a Tamina, en lugar de conseguirla a ella solo hubiera alcanzado la iniciación en el Templo de la Sabiduría; en cambio, es adecuado que su opuesto necesario, Papageno, consiguiera su Papagena. - Los hombres superiores y nobles descubren pronto aquella enseñanza del destino y se avienen dúctiles y agradecidos a ella: comprenden que en el mundo se pue-de encontrar enseñanza pero no felicidad; entonces se acostumbran y se satisfacen con cambiar esperanzas por conocimientos, y final-mente dicen con Petrarca:

Altro diletto, che 'mparar, non provo 146 •

145. [«¿Por qué fatigas el alma débil con proyectos eternos?,,, Odas II, XI, 11-12.)
146. [«Otro placer que aprender no experimento», Petrarca, Triunfo del amor, I, 21.)

428

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

La cosa puede incluso llegar al punto de que en cierta medida solo persigan sus deseos y aspiraciones en apariencia y coquetean-do, pero que en realidad y en la seriedad de su interior solo esperen enseñanza; lo cual les da entonces una apariencia contemplativa, genial y sublime. - También se puede decir en ese sentido que nos ocurre como a los alquimistas, los cuales, no buscando nada más que oro, descubrieron la pólvora, la porcelana, fármacos y hasta leyes naturales.

B. REFERENTES A NUESTRA CONDUCTA CON NOSOTROS MISMOS

4) Así como el trabajador que ayuda a construir un edificio, o bien no conoce el plan de conjunto, o bien no siempre lo tiene presente, lo mismo le ocurre al hombre, al I deshilar los días y horas particu-lares de su vida, con respecto a la totalidad del curso de su existen-cia y el carácter de esta. Cuanto más digna, relevante, planificada e individual es la vida, tanto más necesario y beneficioso es que tenga de vez en cuando a la vista el esbozo reducido de la misma, el plan. En esto se incluye, por supuesto, que haya tenido una pequeña iniciación en el yvwSt crau'tÓv147, es decir, que sepa lo que quiere verdadera, principal y primeramente, lo que es, pues, más esencial para su felicidad; después, lo que ocupa el segundo y tercer lugar detrás de aquello; también se incluye que sepa cuál es en conjunto su vocación, su papel y su relación con el mundo. Si estos son de una especie relevante y grandiosa, la visión del plan de su vida a menor escala le fortalecerá, le animará y le elevará más que ninguna otra cosa, le estimulará a la actividad y le impedirá que se extravíe. Así como el caminante no divisa y conoce en conjunto el ca-mino recorrido con todas sus vueltas y recodos hasta que llega a un punto elevado, solo al final de un periodo de nuestra vida, o de la totalidad de la misma, conocemos la verdadera conexión de nuestros actos, producciones y obras, su exacta consecuencia y en-cadenamiento, y hasta su valor. Pues mientras estamos inmersos en ellos siempre obramos conforme a las cualidades estables de nuestro carácter, bajo el influjo de los motivos y en la medida de nuestras capacidades; es decir, siempre con necesidad, haciendo a

147. yv&S crecrntóv, ,,Conócete a ti mismo»: lema atribuido a Quilón de Es-
parta, uno de los siete sabios de Grecia, y que se hallaba inscrito en el frontispicio
del Templo de Apolo en Delfos. Algunos se lo atribuyen a Tales de Míleto o a Salón.
[N. de la T.]

429

441

442

PARERGA Y PARALIPOMENA

cada momento lo que precisamente entonces nos parece lo justo
y adecuado. Solo el resultado muestra lo que de ahí ha surgido,
y la ojeada retrospectiva a todo el conjunto pone de manifiesto el cómo y por medio de qué. Justamente por eso, mientras realizamos grandes acciones o creamos obras inmortales no somos conscientes de ellas en cuanto tales, sino solo en tanto que adecuadas a nues-tros fines presentes y conformes a nuestras intenciones momentá-neas, es decir, convenientes precisamente ahora: solo a partir del conjunto en su conexión se distinguen después nuestro carácter y nuestras capacidades: y vemos entonces en los detalles que, como por una inspiración, hemos tomado el único camino correcto entre mil errados, - guiados por nuestro I genio. Todo esto vale de lo teórico como de lo práctico, y en el sentido inverso, de lo malo y lo defectuoso. - La importancia del presente no se suele conocer inmediatamente sino mucho después.
5) Un punto importante de la sabiduría de la vida consiste en dirigir nuestra atención al presente y al futuro en una correcta pro-porción, a fin de que el uno no eche a perder el otro. Hay muchos que viven demasiado en el presente: los irreflexivos; - otros, de-masiado en el futuro: los temerosos y preocupados. Raras veces hay uno que mantenga la justa medida. Los que con sus aspira-ciones y esperanzas solo viven en el futuro miran siempre hacia delante y corren con impaciencia al encuentro de las cosas venide-ras, que para ellos son las únicas que les han de traer la verdadera felicidad; pero entretanto dejan que el presente pase desapercibido sin degustarlo: a pesar de sus ademanes presumidos, son compa-rables a aquellos asnos de Italia cuyo paso se acelera cuando se fija a su cabeza una vara de la que cuelga un fardo con heno, que siempre ven así muy cerca delante de ellos y esperan alcanzar. Pues aquellos se engañan a sí mismos acerca de toda su existencia, al vivir siempre solamente ad iterim148 - hasta que están muertos.
- Así pues, en lugar de estar exclusiva y constantemente ocupados con los planes y preocupaciones por el futuro, o entregarnos a la nostalgia del pasado, no deberíamos olvidar nunca que el presente es lo único real y cierto; en cambio, el futuro casi siempre resulta distinto de lo que pensamos, y hasta el pasado fue también de otra manera; y ambos, en su totalidad, tienen menor importancia de la que nos parecen. Pues la distancia, que hace los objetos más peque-ños al ojo, los hace más grandes al pensamiento. Solo el presente es verdadero y real: él es el tiempo realmente lleno y solo en él se

148. [Provisionalmente.]

430

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ubica nuestra existencia. Por eso deberíamos distinguirlo siempre con una alegre acogida y, en consecuencia, disfrutar consciente-mente cada hora soportable y libre de contratiempos inmediatos o dolores; es decir, no enturbiarlo con caras de disgusto por las espe-ranzas fallidas en el pasado o las inquietudes por el futuro. Pues es absolutamente necio rechazar una buena hora presente o echarla a perder intencionadamente I a causa del disgusto por el pasado o la inquietud por lo venidero. Elliquemos a la preocupación, o incluso al arrepentimiento, el tiempo preciso: pero luego debemos pensar del pasado:

'A'\ '\ ' ' ' , º ' , ' , , 1\,/\,a 1:a µEv npo'tE'tux.:rat EacroµEv axvuµEvot 1tEp,
e \ ' \ 1 (\ ''I s:: 1 ' 1 149 uµov EVt crn¡oEcrcrt <pt/\,ov uaµacrav'tE<; avayxu .

Y del futuro:

"H'tot 'tau'ta Sewv sv yoúvacrt xd'tai 15º.

El presente, en cambio: singulas dies singulas vitas puta 151 ~n.) y ese tiempo, el único real, hemos de hacerlo tan agradable como sea posible.
&lamente está justificado que nos inquieten los males futuros que son ciertos y cuyo momento de aparición es igualmente cierto. Pero estos serán muy pocos: pues los males, o bien son meramente posibles -a lo sumo probables-, o bien son ciertos; solamente el momento de su aparición es totalmente incierto. 6 hacemos caso de esas dos clases, no tendremos ya un instante de paz. Así pues, para no quedar privados de la tranquilidad de nuestra vida por cau-sa de males inciertos o indeterminados, hemos de acostumbrarnos a ver aquellos como si nunca llegaran, y estos, como si no fueran a llegar tan pronto.
Pero cuanto más tranquilo le deja a uno el temor, más le in-quietan los deseos, la avidez y las pretensiones. La popular canción de Goethe «Hpuesto mi confianza en nada» 152 significa en rea-lidad que solo después de que al hombre se le han quitado todas las posibles pretensiones y ha sido remitido a la desnuda y pelada

149. [«Pero dejémoslo correr, aunque afligidos, /Conteniendo por necesidad el furor del pecho», Ilíada l[l, 112..]
150 [«Ciertamente, eso está en el regazo de los dioses», Odisea I, !7no literal.]
151. [«Considera los días singulares como vidas singulares», Sneca, Epístolas a
Lucilio 1(1), 1()
152 [Comienzo del canto Vanitas! vanitatum vanitas!, en Goethe, Gesellige
Lieder.]

431

443

444

PARERGA Y PARALIPOMENA

existencia, se hace partícipe de aquella tranquilidad de ánimo que constituye el fundamento de la felicidad humana, ya que es nece-
saria para encontrar agradable el presente y, con él, la vida entera.
Con este fin, deberíamos tener siempre presente que el día de hoy
solo llega una vez y nunca más. Pero nos figuramos que volverá mañana: sin embargo mañana es otro día, que también llega una sola vez. Mas olvidamos que cada día es una parte integrante y, por lo tanto, insustituible de la vida, y consideramos más bien que está contenido en ella como los individuos en el concepto común.
- Igualmente, 1 apreciaríamos y disfrutaríamos mejor el presente si en los días de bienestar y salud siempre fuéramos conscientes de cómo en las enfermedades o aflicciones la memoria nos presenta cada hora sin dolor ni privación como infinitamente envidiable, como un paraíso perdido, como un amigo no debidamente aprecia-do. Pero pasamos nuestros días hermosos sin notarlos: solo cuando llegan los malos añoramos aquellos. Con cara de mal humor deja-mos pasar ante nosotros miles de horas alegres y agradables sin dis-frutarlas, para después, en los tiempos tristes, suspirar por ellas con vana nostalgia. En lugar de eso deberíamos respetar todo presente soportable -hasta el cotidiano, que con tanta indiferencia deja-mos ahora pasar y con tanta impaciencia echamos atrás-, tenien-do siempre en cuenta que precisamente ahora rebosa en aquella apoteosis del pasado, donde en adelante, iluminado por la luz de lo imperecedero, será conservado en la memoria para que, cuando esta alguna vez, sobre todo en las horas malas, levante el telón, se presente como un objeto de nuestra nostalgia interior.
6) Toda limitación hace feliz. Cuanto más estrecho es nues-tro campo de visión, de acción y de relaciones, más felices somos: cuanto más amplio, con mayor frecuencia nos sentimos atormen-tados o angustiados. Pues con él se multiplican y se agrandan las preocupaciones, los deseos y los horrores. E>ahí que ni siquiera los ciegos sean tan infelices como nos parece a priori: de ello da fe la tranquilidad afable y hasta alegre de sus rasgos faciales. En parte se basa también en esa regla el hecho de que la segunda mitad de la vida resulte más triste que la primera. Pues en el curso de la vida se va ampliando el horizonte de nuestros fines y relaciones. En la niñez está limitado al entorno inmediato y las relaciones más es-trechas; en la juventud se amplía ya considerablemente; en la edad adulta abarca todo nuestro curso vital y a menudo incluso se ex-tiende a las relaciones más lejanas, a Estados y pueblos; en la vejez abarca a los descendientes. - En cambio, toda limitación, aun la espiritual, fomenta nuestra felicidad. Pues cuanto menor excitación

432

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

de la voluntad, menos sufrimiento: y sabemos que el sufrimiento es lo positivo y la felicidad es meramente negativa. La limitación del campo de acción I priva a la voluntad de las ocasiones externas de excitarse; la limitación espiritual, de las internas. La última tiene la desventaja de abrir la puerta al aburrimiento, que de forma indirec-ta se convierte en fuente de innumerables sufrimientos; pues, con tal de conjurarlo, uno se aferra a todo, es decir, ensaya la diversión, la sociedad, el lujo, el juego, la bebida, etc., que sin embargo solo traen consigo daños, ruina y desgracia. Difficilis in otio quies153• En cambio, lo beneficiosa y hasta necesaria que es la limitación externa para la felicidad humana, hasta donde esta pueda alcanzar, se pue-de apreciar en que el único género poético que se propone descri-bir hombres felices, el idilio, los presenta siempre y esencialmente en una situación y entorno sumamente limitados. El sentimiento de esto fundamenta también nuestro placer en las llamadas «pinturas de género». - Por consiguiente, la mayor simplicidad posible de nuestras relaciones, e incluso la uniformidad de nuestra forma de vida en la medida en que no genere aburrimiento, nos hacen feli-ces; porque nos permiten notar lo menos posible la vida misma y, por consiguiente, también su carga esencial: la vida fluye como un arroyo, sin olas ni remolinos.
)7 Lo que importa en última instancia con respecto a nuestro placer y dolor es con qué se llena y ocupa la conciencia. Aquí cual-quier ocupación puramente intelectual ofrecerá al espíritu capaz de ella mucho más que la vida real con su constante alternancia de éxitos y fracasos, junto con sus conmociones y molestias. Pero, desde luego, para eso se requieren ya disposiciones intelectuales superiores. Además hay que observar aquí que, así como la vida que actúa hacia el exterior nos dispersa y aparta de los estudios, y priva al espíritu de la tranquilidad y concentración necesarias, igualmente, por otro lado, la actividad intelectual sostenida nos hace más o menos incapaces para el ajetreo y el movimiento de la vida real: por eso es aconsejable suspenderla totalmente durante un rato cuando surgen circunstancias que de alguna manera requieren una enérgica actividad práctica.
)Para vivir con perfecto discernimiento y extraer de la propia experiencia toda la enseñanza que contiene, es preciso recordar
el pasado con frecuencia y recapitular lo que se ha vivido, hecho, experimentado y sentido, como también I comparar el propio jui-
cio de entonces con el de ahora, y las intenciones y aspiraciones,

153. Y.ise. p. 363 [p. 36Jl nota 44. [N. de la T.]

433

445

446

447

PARERGA Y PARALIPOMENA

con el resultado y la satisfacción obtenidos. Esta es la repetición
del privatissimum 154 que a cada cual le da la experiencia. También podemos considerar la propia experiencia como el texto, y la re-flexión y los conocimientos como su comentario. Mucha reflexión
y conocimientos con poca experiencia se asemejan a las ediciones cuyas páginas ofrecen dos líneas de texto y veinte de comentario. Mucha experiencia con poca reflexión y exiguos conocimientos se parece a las ediciones bipontinas 155, sin notas, que dejan muchas cosas sin entender.
A la recomendación aquí dada apunta también la regla de Pi-tágoras según la cual por la noche, antes de dormirnos, debemos examinar lo que hemos hecho a lo largo del día. El que vive en el tumulto de los negocios o los placeres sin rumiar su pasado, más bien devanando continuamente su vida, ha perdido el claro discer-nimiento: su ánimo se convierte en un caos y en sus pensamientos se produce una confusión de la que da fe lo abrupto, fragmentario y entrecortado de su conversación. Esto se da tanto más cuanto mayor es la agitación externa, la cantidad de las impresiones, y cuanto menor es la actividad interior de su espíritu.
Aquí es oportuno observar que, después de largo tiempo y una vez que pasaron las circunstancias y entorno que nos influyeron, no somos capaces de evocar el ánimo y la sensación que entonces nos causaron: pero sí podemos recordar las manifestaciones que estos suscitaron en nosotros. Mas aquellas son el resultado, la expresión y la medida de estos. Por eso la memoria o el papel deberían con-servarlos cuidadosamente en los puntos que merezcan ser pensa-dos. Para ello son muy útiles los diarios.
9) Bastarse a sí mismo, ser para uno mismo todo en todo y poder decir omnia mea mecum porto 156 es, ciertamente, la cualidad necesaria para nuestra felicidad: de ahí que la sentencia de Aristó-teles r\ cu8cuµov ía 'tWV au'tápxrov Écr'tÍV157 (felicitas sibi suffi-cientium est. Eth. Eud. 7, 2.) nunca pueda ser repetida en demasía. (Este es en esencia el mismo pensamiento que, en una aplicación muy hermosa, 1 expresa la sentencia de Chamfort que he antepues-

154. [Curso particular.]
15 5. Ediciones de los clásicos grecolatinos y de algunos autores franceses que se realizaron en la ciudad alemana de Zweibrücken (literalmente, «Dos puentes», y de ahí el nombre de Bipontina en la versión latina). Schopenhauer cita en numerosas ocasiones por esas ediciones. [N. de la T.]
15 6. [«Todas mis posesiones las llevo conmigo,>, Cicerón, Paradoxa I, 1, 8; Séne-ca, Epístolas a Lucilio 9, 18.)
157. [La felicidad pertenece al que es autosuficiente.]

434

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

to como lema a este escrito.)Pues, por una parte, uno no puede contar con alguna seguridad con nadie más que consigo mismo; y, por otra, las molestias e inconvenientes, los peligros y disgustos que lleva consigo la sociedad, son innumerables e inevitables.
No hay camino más erróneo para la felicidad que vivir en el gran mundo, llevar una vida disipada (high life) pues con él se pretende convertir nuestra miserable existencia en una sucesión de alegría, placer y diversión en la que no puede faltar la decepción; no más de lo que en su obligada compañía puede aparecer el mutuo engaño 158 •
Toda sociedad requiere necesariamente una acomodación y moderación recíprocas: por eso será más insulsa cuanto más gran-de. Cada cual solo puede ser él mismo plenamente mientras está solo: así pues, quien no ama la soledad tampoco ama la libertad: pues únicamente cuando uno está solo es libre. La coacción es el vehículo inseparable de toda sociedad, y toda exige sacrificios que resultan tanto más duros cuanto más relevante es la propia indivi-dualidad. Por consiguiente, cada uno rehuirá, soportará o amará la soledad en proporción exacta con el valor de su propio yo. Pues en ella siente el miserable toda su miseria, y el gran espíritu, toda su grandeza; en suma, cada uno se siente como lo que es. Además, cuanto más alto se encuentra uno en el escalafón de la naturaleza, más solo está, y ello de forma esencial e irremediable. Pero eso es un beneficio para él si la soledad física se corresponde con la espiri-tual: en caso contrario, la frecuente vecindad de seres heterogéneos se entremete de forma perturbadora, le roba su propio yo y no tiene más que sucedáneos que darle a cambio. Además, mientras que la naturaleza ha establecido entre los hombres la más amplia diversidad en lo moral y en lo intelectual, la sociedad, estimándola en nada, los iguala a todos o, más bien, pone en lugar de aque-lla las artificiales distinciones y los niveles de clase y rango, 1 que con gran frecuencia son diametralmente opuestos al escalafón de la naturaleza. En esta ordenación aquellos a los que la naturaleza ha colocado muy abajo se encuentran en muy buen puesto; sin em-bargo, los pocos a los que colocó en alto se quedan con las ganas; por eso estos suelen retirarse de la sociedad y en ella, en cuanto es numerosa, siempre predomina lo vulgar. Lo que quita a los grandes

158 Como nuestro cuerpo en las ropas, está nuestro espíritu encubierto en la mentira. Nuestro hablar y actuar, todo nuestro ser es mentiroso: y solo a través de esa envoltura se puede a veces adivinar nuestros verdaderos sentimientos, como a través de las ropas, la forma del cuerpo.

435

448 449

PARERGA Y PARALIPOMENA

espíritus el gusto por la sociedad es la igualdad de derechos, por lo tanto, de pretensiones, dentro de una desigualdad de capacidades, por lo tanto, de producciones ,ociales)de los otros. La llamada buena sociedad admite toda clase de méritos con la única excep-ción de los del espíritu: estos son incluso contrabando. Nos obliga a mostrar una paciencia ilimitada con toda necedad, extravagancia, absurdo y torpeza; en cambio, los méritos personales deben mendi-gar el perdón u ocultarse; pues la superioridad del espíritu ofende por su sola existencia, sin intervención alguna de la voluntad. Por consiguiente, la sociedad a la que se llama buena no solo tiene el inconveniente de ofrecernos hombres que no podemos elogiar ni amar, sino que tampoco permite que nosotros mismos seamos según es adecuado a nuestra naturaleza; antes bien, nos fuerza a encogernos o incluso a desfigurarnos para estar en consonancia con los demás. Discursos y ocurrencias ingeniosos solo son adecuados ante una sociedad de ingenio: en la sociedad común son directa-mente odiados; pues para gustar en esta es absolutamente necesa-rio ser vulgar y cerril. E>ahí que en una sociedad así tengamos que renunciar a tres cuartas partes de nuestro propio yo con una dura autonegación, a fin de asemejarnos a los demás. A cambio tenemos entonces a los demás: pero cuanto más valor propio tiene uno, más descubrirá que aquí la ganancia no cubre la pérdida y el negocio redunda en perjuicio suyo; porque la gente por lo regular es in-solvente, es decir, no tiene en su trato nada que indemnice por el aburrimiento, las molestias y las incomodidades del mismo, ni por la negación de sí mismo que impone: en consecuencia, la mejor so-ciedad es de tal condición que quien la cambia por la soledad hace un buen negocio. A esto se añade además que la sociedad, para sus-tituir la auténtica superioridad, es decir, la superioridad espiritual, que ella no soporta y que es difícil de encontrar, ha adoptado a discreción una superioridad falsa, convencional, 1 basada en prin-cipios arbitrarios, que se propaga tradicionalmente entre las clases superiores y es cambiante como las consignas: se trata de lo que se llama «buen tono», bon ton, fashionableness. No obstante, cuando alguna vez entra en colisión con la auténtica, muestra su debilidad. -Además, quand le bon ton arrive, le bon sens se retire159 •
Pero nadie puede estar en completa consonancia más que con-sigo mismo; no con sus amigos, ni con su amante: pues las diferen-cias de la individualidad y de los sentimientos llevan siempre con-sigo una disonancia, aunque sea pequeña. E>ahí que la verdadera

159. Mise p. i{p. 2t nota 32[N. de la T.].

436

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

paz profunda del corazón y la perfecta tranquilidad del ánimo, ese supremo bien terrenal junto con la salud, solo se puedan encontrar en la soledad y, en cuanto disposiciones duraderas, solo en la más profunda vida retirada. 6entonces el propio yo es grande y rico, se disfruta del más feliz estado que se pueda encontrar en esta pobre tierra. Incluso, dicho sea con toda franqueza: por muy estrecha-mente que la amistad, el amor y el matrimonio liguen a los hom-bres, con toda sinceridad al final cada cual solo se considera unido a sí mismo y, a lo sumo, con sus hijos.- Cuanta menos necesidad tenga uno, por condiciones objetivas o subjetivas, de entrar en con-tacto con los hombres, tanto mejor le irá. La soledad y el desierto le permiten, no sentir todo su mal de una vez, pero sí abarcarlo con la mirada: la sociedad, en cambio, es insidiosa: tras la ilusión del entretenimiento, la comunicación, el placer social, etc., esconde un gran mal, con frecuencia irreparable. hh asignatura fundamental de la juventud debería ser la de aprender a soportar la soledad; por-que ella es una fuente de felicidad, de tranquilidad de ánimo. - E) todo esto se sigue que al que le va mejor es al que solo ha contado consigo mismo y puede ser para sí mismo todo en todo; incluso di-ce Cicerón: nemo potest non beatissimus esse, qui est totus aptus ex sese, quique in se uno ponit omnia 160 faradox. 11~ Además, cuanto más tiene uno en sí mismo, menos pueden ser los demás para él. hJ cierto sentimiento de suficiencia es lo que retiene a la gente de valor y riqueza interiores de ofrecer a la compañía ajena los importantes sacrificios que esta exige, 1 por no hablar de buscarla con notable negación de sí. Lo contrario de eso es lo que hace a la gente co-rriente tan sociable y acomodaticia: en efecto, para ellos es más fá-cil soportar a los demás que a sí mismos. A esto se añade que lo que tiene valor real no es apreciado en el mundo y lo que es apreciado no tiene valor. Prueba y consecuencia de ello es la vida retirada de todos los hombres dignos y destacados. 6gún todo esto, en quien tiene en sí mismo algo justo la auténtica sabiduría de la vida con-sistirá en restringir sus necesidades cuando sea preciso con el único fin de defender o ampliar su libertad, y en consecuencia, puesto que le resulta inevitable mantener relaciones con el mundo huma-no, resarcirse con su propia persona tan pronto como sea posible. Por otra parte, lo que hace sociables a los hombres es su inca-pacidad para soportar la soledad y, en esta, a sí mismos. El vacío interior y el hastío son lo que les impulsa tanto a la sociedad co-

160 [«No puede dejar de ser feliz el que solo depende de sí mismo y solo en él
lo pone todo», Paradoxa 11, lij

437

451

450

PARERGA Y PARALIPOMENA

mo a desplazarse al extranjero y a los viajes. A su espíritu le falta elasticidad para comunicarse su propio movimiento: de ahí que intenten elevarlo con el vino, y por ese camino muchos terminen
en el alcoholismo. Precisamente por eso necesitan una constante estimulación externa y, por cierto, la más intensa, es decir, la pro-vocada por seres semejantes a ellos. Sin ella su espíritu se hunde bajo su propio peso y cae en un opresor letargo 161• Igualmente se podría decir que cada uno de ellos no es más que una pequeña fracción de la idea I de la humanidad, por lo que necesita mucha complementación ajena para que de ahí resulte en alguna medida una conciencia humana completa: en cambio, el que es un hombre completo, un hombre par excellence, representa una unidad y no una fracción, por lo que tiene suficiente consigo mismo. En este sentido, se puede comparar la sociedad común con aquella música rusa de trompa en la que cada trompa solo tiene una nota y la mú-sica no se produce más que en virtud de la concurrencia puntual de todas. Pues monótono como una trompa de un tono es el sentido y el espíritu de la mayoría de los hombres: ya desde fuera muchos de ellos parecen como si no tuvieran nunca más que uno y el mismo pensamiento, incapaces de pensar ninguna otra cosa. Así se explica, pues, no solo por qué son tan aburridos sino también por qué son tan sociables y lo que más les gusta es marchar como un rebaño: the gregariousness of mankind 162• La monotonía de su propio ser es lo que a cada uno de ellos se le hace insoportable: - omnis stultitia laborat fastidio sui 163: solo son algo juntos y en unión, como aque-llas trompas. En cambio, el hombre de espíritu es comparable con

161. Es sabido que los males se alivian soportándolos en común: entre ellos la gente parece incluir el aburrimiento; por eso se reúnen para aburrirse juntos. Así como el amor a la vida no es en el fondo más que miedo a la muerte, también el impulso social del hombre no es en el fondo directo; en efecto, no se basa en el amor a la sociedad sino en el miedo a la soledad, ya que no se trata tanto de buscar la graciosa presencia del otro como de rehuir el vacío y la angustia de estar solo junto con la monotonía de la propia conciencia; de ahí que para escapar de eso uno se contente incluso con una mala compañía y tolere la incomodidad y la coacción que cualquier sociedad lleva necesariamente consigo. - En cambio, cuando se ha vencido la aversión hacia todo eso y, en consecuencia, ha nacido la costumbre de la soledad y el endurecimiento frente a su impresión inmediata, de modo que ya no produce los efectos antes señalados, entonces uno puede en adelante estar solo con sumo gusto y sin anhelar la compañía, precisamente porque la necesidad de la misma no es directa y, por otra parte, el hombre se ha acostumbrado entonces a las beneficiosas cualidades de la soledad.
162. [El gregarismo del género humano.]
163. Véase p. 351 (p. 348], nota 22. [N. de la T.]

438

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

un virtuoso que ejecuta solo su concierto, o también con el piano. En efecto, así como este es por sí solo una pequeña orquesta, él es un pequeño mundo; y lo que todos aquellos son únicamente en su acción conjunta lo representa él en la unidad de su conciencia. Co-mo el piano, él no es una parte de la sinfonía sino que es apto para el solo y la soledad: si ha de actuar en conjunción con los demás, solo puede hacerlo como voz principal con acompañamiento, co-mo el piano; o para dar el tono en la música vocal, como el piano.
- Entretanto, quien ame la sociedad puede abstraer de esta com-paración la regla de que lo que a las personas de su entorno les falta
de cualidad ha de ser sustituido de alguna manera por la cantidad.
En un solo hombre de espíritu puede él tener entorno suficiente: pero si no se puede encontrar más que la especie común, entonces
es bueno tener mucha cantidad de esta a fin de que de la variedad
1 y la cooperación resulte algo, - en analogía con la mencionada 452 música de trompa: - y que el cielo le dé paciencia.
Pero aquel vacío interior y aquella indigencia de los hombres
se pueden atribuir también a esto: que cuando alguna vez se cons-tituyen en unión hombres de mejor clase buscando un fin noble e ideal, el resultado es casi siempre que, de entre aquella plebs de
la humanidad que en incontable multitud lo llena y lo cubre todo como sabandijas y siempre está dispuesta a aferrarse a cualquier cosa sin distinción para remediar su aburrimiento, como en otras circunstancias su necesidad, de entre ella, como digo, también ahí se cuelan o se entrometen algunos que enseguida destruyen todo el proyecto, o bien lo alteran de tal forma que se convierte casi en lo contrario de la primera intención. -
Por lo demás, también puede considerarse la sociabilidad co-mo un calentamiento espiritual de los hombres entre sí, semejante al calentamiento corporal que, cuando hace mucho frío, producen apiñándose. Pero el que tiene por sí mismo mucho calor espiri-tual no necesita tal agrupamiento. hh fábula que me inventé en este sentido se encuentra en el segundo volumen de esta obra, en el último capítulo 164• E>acuerdo con todo esto, la sociabilidad de

164. 6 refiere a la famosa parábola de los puercoespines: «hT grupo de puer-coespines se apiñaba en un frío día de invierno para evitar congelarse calentándose mutuamente. fu embargo, pronto comenzaron a sentir unos las púas de otros, lo cual les hizo volver a alejarse. Cuando la necesidad de calentarse les llevó a acer-carse otra vez, se repitió aquel segundo mal; de modo que anduvieron de acá para allá entre ambos sufrimientos hasta que encontraron una distancia mediana en la que pudieran resistir mejor. Así la necesidad de compañía, nacida del vacío y la monotonía del propio interior, impulsa a los hombres a unirse; pero sus muchas

439

453

PARERGA Y PARALIPOMENA

cada uno está más o menos en proporción inversa a su valor inte-lectual; y «es muy insociable» significa más o menos «es un hombre
de grandes cualidades».
Al hombre intelectualmente elevado la soledad le brinda una doble ventaja: primero, la de estar consigo mismo; y segundo, la de no estar con los demás. Esta última se apreciará en mucho si se tiene en cuenta cuánta coacción, molestia y hasta peligro llevan consigo todas las relaciones. Tout notre mal vient de ne pouvoir etre seuls165, dice Labruyere. La sociabilidad pertenece a las tendencias más pe-ligrosas y hasta dañinas, ya que nos pone en contacto con seres de los cuales la gran mayoría son moralmente malos e intelectualmente obtusos o equivocados. El insociable es un individuo que no nece-sita de ellos. Poseer en sí mismo tanto como para no necesitar la sociedad es ya una gran felicidad, por el simple hecho de que casi todos nuestros sufrimientos nacen de la sociedad, y I esta pone en peligro la tranquilidad de ánimo, que tras la salud constituye el ele-mento más esencial de nuestra felicidad, por lo que no puede per-durar sin una medida considerable de soledad. Para participar en la felicidad de la tranquilidad de ánimo los cínicos renunciaron a toda posesión: el que con el mismo propósito renuncia a la sociedad ha elegido el medio más sabio. Pues tan acertado como bello es lo que dice Bernardin de St. Pierre: la diete des alimens nous rend la santé

du corps, et celle des hommes la tranquillité de l'ame 166• 6gún ello, el que se familiariza tempranamente con la soledad y hasta le toma cariño ha logrado una mina de oro. Pero no todos son capaces de esto. Pues como originariamente la necesidad unió a los hombres, tras la supresión de esta los une el aburrimiento. b no fuera por ambos, todos permanecerían solos, ya por el simple hecho de que únicamente en la soledad el entorno se corresponde con la impor-tancia exclusiva y hasta el carácter único que cada cual posee a sus propios ojos y que es empequeñecido hasta la nada por la aglome-ración mundana, donde a cada paso recibe un doloroso démenti 167• En ese sentido la soledad es incluso el estado natural de cada cual: le

cualidades repugnantes y defectos insoportables les vuelven a apartar unos de otros. La distancia intermedia que al final encuentran y en la cual es posible que se man-tengan juntos es la cortesía y las buenas costumbres>>, Parerga y paralipomena 11, § 396, p. 690[N. de la T.]
165. [«Todo nuestro mal proviene de no poder estar solos», Los caracteres, capí-tulo del hombre, París, lf:Jp. 19.]
166. [La dieta de los alimentos nos proporciona la salud del cuerpo y la de los hombres, la tranquilidad del alma.]
167 [Desmentido.]

440

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

vuelve a instalar, como a un primer Adán, en la primigenia felicidad adecuada a su naturaleza.
iPero Adán no tuvo padre ni madre!Por eso, en otro sentido,
la soledad no es natural al hombre, por cuanto al venir al mundo no se ha encontrado solo sino entre padres y hermanos, es decir, en comunidad. En consecuencia, el amor a la soledad no puede existir como una tendencia primigenia, sino que solo ha podido surgir como resultado de la experiencia y la reflexión: y ello ocu-rrirá en función del desarrollo de la propia fuerza espiritual, pero a la vez con el aumento de la edad; según ello, y visto en conjunto, el impulso social de cada cual estará en proporción inversa a su edad. El niño pequeño alza un grito de angustia y lamento tan pronto como lo dejan unos minutos solo. Para el muchacho estar solo es una gran penitencia. Los jóvenes se juntan entre sí con fa-cilidad: únicamente los más nobles y de más elevados sentimientos buscan a veces la soledad: sin embargo, pasar solos todo un día se les hace I todavía duro. Al adulto, en cambio, le resulta fácil: puede estar ya mucho tiempo solo, y más cuanta más edad tiene. El ancia-no, que ha quedado solo de entre varias generaciones desaparecidas y que además en parte se ha desvinculado de los placeres de la vida y en parte se ha vuelto indiferente a ellos, encuentra en la soledad su elemento propio. Pero en los individuos concretos el aumento de la tendencia al aislamiento y la soledad se presentará en la medida de su valor intelectual. Pues, como se ha dicho, esa tendencia no es puramente natural y suscitada directamente por las necesidades, sino que más bien es un simple efecto de la experiencia habida y de la reflexión sobre ella; en particular, es el resultado de haber llegado a comprender la miserable índole moral e intelectual de la mayoría de los hombres, en la que lo peor es que en los individuos las imperfecciones morales e intelectuales conspiran y trabajan en mutua cooperación, de donde resultan una variedad de fenómenos sumamente repulsivos que hacen desagradable y hasta insoportable el trato con la mayoría de los hombres. Así ocurre que, aunque en este mundo hay muchas cosas malas, lo peor de todo sigue siendo la sociedad; de modo que hasta Voltaire el sociable francés, tuvo que decir: la terre est couverte de gens qui ne méritent pas qu'on leur parle168• La misma razón ofrece también para esa inclinación el delicado Petrarca, que tan intensa y tenazmente amó la soledad:

168 [«La tierra está cubierta de gente que no merece que se le hable», carta al
cardenal de Bernis, 1 de junio de rn~

441

455

454

PARERGA Y PARALIPOMENA

Cercato ho sempre solitaria vita
(Le rive il sanno, e le campagne, e i boschi),
Per fuggir quest'ingegni storti e loschi,
Che lastrada del ciel' hanno smarrita 169•

En el mismo sentido presenta el asunto dentro de su hermoso libro De vita solitaria, que parece haber servido de modelo a Zim-mermann para su famoso libro sobre la soledad 10 • Precisamente ese origen meramente secundario y mediato de la insociabilidad lo expresa Chamfort con su sarcasmo habitual, cuando dice: on dit quelquefois d'un homme qui vit seul, il n'aime pas la société. C'est souvent comme si on disait d'un bomme, qu'il n'aime pas la pro-menade, sous le prétexte qu'il ne se promene pas I volontiers le soir dans la foret de Bondy 11 12 • Pero también el delicado y cristiano .Ágel Silesio dice exactamente lo mismo, a su estilo y en lenguaje
mítico:

Hodes es un enemigo; j>sé, el entendimiento,
Al que füs da a conocer el peligro en sueños tn el espíritu)
El mundo es &én, Egipto es la soledad:
ftte, alma mía!hye o muere de dolor 11

En el mismo sentido se hace oír Giordano funo: tanti uomtnt, che in terra hanno voluto gustare vita celeste, dissero con una voce: «ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine» 11 • En el mismo sen-tido informa de sí mismo Sdi el persa, en el Gulistan: «lito de mis amigos de Dnasco, me retiré al desierto de jrusalén a buscar

169. [«fempre he buscado la vida solitaria /{.,os ríos lo atestiguan, y los cam-pos y los bosques) / Para huir de esos espíritus absurdos e inútiles, / G!: se han cerrado el camino del cielo», Soneto l.]
10 j>hann Georg Ritter van ímmermann ~il95) médico y filósofo
suizo, residente en Mmover desde rn~autor de Betrachtungen über die Einsam-keit [Consideraciones sobre la soledad], HS. [N. de la T.]
11. [«A veces se dice de un hombre que vive solo, que no le gusta la sociedad. Es más o menos como si se dijera de un hombre que no le gusta pasear, so pretexto de que no se pasea voluntariamente durante la noche por el bosque de Bndy», Chamfort, Máximas y pensamientos, cap. IY.]
1Z En el mismo sentido dice Sadi en el Gulistan: «Dde ese momento nos

hemos despedido de la sociedad y hemos emprendido la senda del aislamiento: pues la seguridad habita en la soledad,,.
11. [Peregrino querúbico, libro Ill, U.]
11. [«Tantos hombres que han querido degustar en la tierra la vida celeste dijeron al unísono: M, he huido durante largo tiempo, y he permanecido en soledad;J, Opera, ed. de A. aJner, 180vol. 11, p. 48 La cita es de la &lia, Vulgata, salmo 54, ~

442

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

la compañía de los animales». En suma, en el mismo sentido han hablado todos a los que Prometeo modeló con mejor arcilla. ~ placer les puede ofrecer el trato con seres con los que no tienen más relaciones para fundar una comunidad que a través de lo más bajo e innoble de su propia naturaleza: lo cotidiano, lo trivial y lo vulgar; seres que no son capaces de elevarse a su nivel, por lo que no les queda más opción que descender al de ellos, lo cual se convierte así en su aspiración? Sgún ello, es un sentimiento aris-tocrático el que alimenta la tendencia al aislamiento y la soledad. Todos los bribones son sociables, por desgracia: en cambio, que un hombre es de índole más noble se muestra ante todo en que no ve con agrado a los demás sino que cada vez más prefiere a soledad a su sociedad; y poco a poco, con los años, llega a comprender que, descontadas raras excepciones, el mundo no ofrece más elección
que entre la soledad y la vulgaridad. Y ni siquiera esto, por duro
que suene, ha podido dejar de decirlo el propio Ágel B.esio, a pesar de su dulzura y amor cristianos:

La soledad es necesaria: pero simplemente no seas vulgar;
Así podrás estar por doquier en un desierton .

1 Por lo que a los grandes espíritus respecta, es muy natural que 456 esos verdaderos educadores de todo el género humano sientan tan poca inclinación a la frecuente compañía de los demás como ga-
nas tiene el pedagogo de mezclarse en el juego de la chiquillería
que alborota a su alrededor. Pues ellos, que han venido al mundo
para guiarlo en el mar de sus errores hacia la verdad, y elevarlo desde el tenebroso abismo de su barbarie y vulgaridad hacia la luz, al encuentro de la instrucción y el ennoblecimiento, deben cier-tamente vivir entre ellos sin pertenecer a ellos; por eso se sienten desde la juventud como seres notablemente distintos de los demás, pero solo paulatinamente, con los años, van llegando a un claro conocimiento de la cuestión; entonces se preocupan de que a su distanciamiento espiritual de los demás se añada también el físico, y ninguno puede acercarse a ellos a no ser que esté más o menos exento de la vulgaridad general.
E>todo esto resulta, pues, que el amor a la soledad no apare-
ce directamente y como un impulso originario, sino que se desa-rrolla de forma indirecta, sobre todo en los espíritus más nobles y solo paulatinamente, no sin superar el natural instinto de so-

U. [Peregrino querúbico, libro 11, llíj

443

457

PARERGA Y PARALIPOMENA

ciabilidad e incluso con una ocasional oposición a la insinuación mefistofélica:

ija de jugar con tu pesar,
~ como un buitre te devora en vida:
La peor compañía te hace sentir
~ eres un hombre entre hombres ti .

La soledad es la suerte de todos los espíritus destacados: a ve-ces se lamentarán de ella; pero siempre la eligen como el menor de dos males. M, según se cumplen años, el sapere aude 17 se va haciendo cada vez más fácil y natural en ese punto, y a los sesenta años el impulso a la soledad es realmente natural y hasta instinti-vo. Pues entonces se une todo para favorecerlo. El impulso más fuerte hacia la sociabilidad -el amor de las mujeres y el instinto sexual- deja ya de actuar, e incluso la asexualidad de la vejez sien-ta las bases de una cierta autosuficiencia que poco a poco absorbe el instinto sexual; uno está de vuelta de mil engaños y I necedades; la vida activa ha concluido en su mayor parte, no se tiene nada más que esperar, ya no quedan planes ni propósitos; la generación a la que en verdad se pertenece ha dejado de existir; rodeado de una generación ajena, uno se encuentra ya objetiva y esencialmente so-lo. El vuelo del tiempo se ha acelerado y uno quiere aprovecharlo aún espiritualmente. Pues con tal de que la mente haya conservado sus fuerzas, los muchos conocimientos y experiencias adquiridos, los pensamientos amasados poco a poco y la destreza práctica de todas las capacidades hacen el estudio de cualquier tipo más intere-sante y fácil que nunca. 6 ven con claridad mil cosas que antes se hallaban como en la niebla: uno llega a resultados y experimenta toda su superioridad. Como resultado de una larga experiencia se ha dejado de esperar mucho de los hombres; porque, tomados en su conjunto, no pertenecen a la clase de gente que sale ganando cuando se la conoce de cerca: antes bien, uno sabe que, exceptuan-do unos pocos casos felices, no encontrará más que ejemplares muy defectuosos de la naturaleza humana que es mejor no tocar. Por eso uno no está ya expuesto a los engaños habituales, enseguida perci-be a cada cual en lo que es y raras veces sentirá el deseo de entablar una relación más estrecha con él. Finalmente, sobre todo cuando se

1~. [Goethe, Fausto I, 1635-163~
17 «Atrévete a saben,, bracio, Epístolas, I, 40 Esta máxima se hizo famosa al ser elegida por Imt como divisa de la Ilustración, en su ensayo Respuesta a la pregunta: «¿Qué es la Ilustración?». [N. de la T.]

444

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

reconoce en la soledad una amiga de juventud, el aislamiento y el trato consigo mismo se convierten en costumbre y en una segunda naturaleza. En consecuencia, el amor a la soledad, que antes tuvo que serle arrancado al impulso social, es ahora plenamente natural y simple: uno está en la soledad como pez en el agua. E>ahí que a toda individualidad destacada, que en consecuencia es diferente de las demás y se encuentra sola, ese aislamiento esencial a ella le haga sentirse oprimida en la juventud, pero aliviada en la vejez.
Por supuesto, de esa ventaja real de la edad participará cada cual únicamente en la medida de sus fuerzas intelectuales; así pues, la disfrutará sobre todo la cabeza eminente, pero todos en me-nor grado. Solamente las naturalezas sumamente pobres y vulgares serán en la vejez tan sociables como antes: son molestas para la sociedad, con la que ya no encajan, y I a lo sumo alcanzan a ser toleradas, mientras que antes se las buscaba.
En la relación inversa antes expuesta entre nuestra edad y el grado de nuestra sociabilidad se puede descubrir además un as-pecto teleológico. Cuanto más joven es el hombre, más tiene que aprender aún en todos los respectos: la naturaleza le ha remitido a la lección recíproca que cada cual recibe en el trato con sus seme-jantes y en relación con la cual la sociedad humana puede ser de-nominada una gran institución educativa FJ.1-Lancaster rn ; porque los libros y las escuelas son instituciones artificiales debido a que están alejados de los planes de la naturaleza. Así pues, es conve-niente que el hombre visite la institución educativa natural, y con más frecuencia cuanto más joven es.
Nihil est ab omni parte beatum 19 , dice bfacio; y «No hay loto sin tallo», reza un refrán hindú: y así también la soledad, jun-to con sus muchas ventajas, tiene sus pequeños inconvenientes y molestias que, no obstante, son exiguos en comparación con los de la sociedad; por eso quien tiene algo justo en sí mismo siempre encontrará más fácil pasarse sin los hombres que con ellos. - Por lo demás, entre aquellos inconvenientes hay uno del que no so-mos tan fácilmente conscientes como de los demás, a saber: así co-mo cuando permanecemos mucho tiempo seguido en casa nuestro

li Hl-Lancaster: método educativo ideado por los pedagogos británicos Andrew Pll y j>seph Lancaster, llamado también «de instrucción mutua», y que
fue popular a comienzos del siglo XIX. 6 basaba en utilizar a los alumnos más aventajados como ayudantes del profesor que colaboraban en la instrucción de sus compañeros. [N. de la T.]
19. [«Nada es perfecto», bracio, Odas 11, 16, ~

445

458
459

PARERGA Y PARALIPOMENA

cuerpo se vuelve tan sensible a los influjos exteriores que cualquier airecillo frío lo hace enfermar, con el retiro y la soledad continuada nuestro ánimo se vuelve tan sensible que nos sentimos inquietos, ofendidos o heridos con el más nimio acontecimiento o palabra, o incluso con meros gestos; mientras que quien siempre permanece en el tumulto ni siquiera lo nota.
Pero a aquel al que, sobre todo en los años de juventud, el jus-tificado desagrado con los hombres le ha ahuyentado hacia la so-ledad, y sin embargo a la larga no es capaz de soportar su vacío, le aconsejo que se acostumbre a llevarse una parte de su soledad a la sociedad, es decir, que aprenda a estar solo en un cierto grado incluso en la sociedad; en consecuencia, a no comunicar inmedia-tamente a los demás lo que piensa y, por otra parte, a no tomarse al pie de la letra lo que dicen sino, antes bien, no esperar mucho de ello ni moral ni intelectualmente I y, por lo tanto, con respecto a las opiniones ajenas afianzar en sí mismo aquella indiferencia que constituye el medio más seguro para ejercitar siempre una laudable tolerancia. Entonces, aunque en medio de ellos, no se hallará tan plenamente dentro de la sociedad, sino que se comportará hacia ella de manera puramente objetiva: eso le protegerá de un contacto demasiado estrecho con la sociedad y con ello de cualquier conta-minación u ofensa. E>esa sociabilidad restringida o atrincherada poseemos incluso una descripción dramática, digna de ser leída, en la comedia El café o la comedia nueva de Moratín, en concreto en el carácter de don Pedro, sobre todo en las escenas segunda y terce-ra del primer acto. En este sentido podemos también comparar la sociedad con un fuego al que el prudente se calienta a una distancia adecuada pero no pone la mano en él como el necio, que después de haberse quemado huye hacia el frío de la soledad y se lamenta de que el fuego queme.
1J) La envidia es natural al hombre: sin embargo es, al mismo tiempo, un vicio y una desgracia 18 • E>ahí que debamos conside-rarla enemiga de nuestra felicidad e intentar sofocarla como a un malvado demonio. A ello nos instruye Séneca con las bellas pala-bras: nostra nos sine comparatione delectent: nunquam erit felix quem torquebit felicior13 {)e ira 111, 3 J)y también: quum adspexe-

18 La envidia de los hombres muestra lo infelices que se sienten; su constante atención a lo que hacen los demás, lo mucho que se aburren.
lS. [Gt nuestros bienes nos alegren sin comparaciones: nunca será feliz aquel al que otro más feliz le atormente.]

446

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

risquot te antecedant, cogita quot sequantur 18 f,p. 15) así pues, debemos pensar más a menudo en los que están peor que en quie-nes parecen estar mejor. E incluso cuando se presenten males rea-les, el consuelo más eficaz, aunque nacido de la misma fuente que la envidia, nos lo ofrecerá la consideración de males mayores que los nuestros, y después de esto el trato con los que se encuentran en el mismo caso que nosotros, con los sociis malorum 18 •
Mta aquí sobre el aspecto activo de la envidia. 6bre el aspec-
to pasivo hay que considerar que ningún odio es tan irreconciliable como la I envidia; por eso no deberíamos empeñarnos constante y celosamente en provocarla, sino que mejor haríamos en abstener-nos de ese placer, como de algunos otros, en consideración a sus peligrosas consecuencias.
Existen tres aristocracias: l)la del nacimiento y el rango,)la aristocracia del dinero, 3)la aristocracia del espíritu. La última es verdaderamente la más distinguida, y es también reconocida como tal con solo darle tiempo: pero ya Federico el Grande dijo: les ames privilégiées rangent a l' égal des souverains 18

; y se lo dijo, por cierto,
a su mayordomo, que se escandalizó de que, mientras los ministros y generales comían en la mesa de los mariscales, Voltaire hubiera de tomar asiento en una mesa en la que solo debían sentarse los soberanos y sus príncipes. - Cada una de esas aristocracias está ro-deada de una legión de envidiosos que se irritan calladamente con todo el que pertenece a ella y, cuando no tienen nada que temer de él, se esfuerzan de diversas maneras en darle a entender: «ir no eres más que nosotrosi. Pero precisamente esos esfuerzos delatan su convicción de lo contrario. Frente a esto, el procedimiento a aplicar por los envidiados consiste en mantenerse alejados de esa cuadrilla de allegados y evitar en lo posible cualquier contacto con ellos, de modo que permanezcan separados por un amplio abismo; y si esto no funciona, en soportar con mucha paciencia sus esfuer-zos, que de hecho son neutralizados por su fuente: - también este método lo vemos aplicar constantemente. En cambio, los que per-tenecen a una aristocracia la mayoría de las veces se comportarán bien y sin envidia con los miembros de las otras dos; porque cada uno pone en la balanza su privilegio frente al de los otros.
11) Es preciso meditar en detalle y repetidamente un proyecto

1& [Cuando te exasperes por los que tienes por delante, piensa en cuántos tienes por detrás.]
18. [Compañeros de desdichas.]
18. [Las almas privilegiadas tienen el mismo rango que los soberanos.]

447

461
460

PARERGA Y PARALIPOMENA

antes de ponerlo en marcha, e incluso después de haberlo analizado
a fondo, reconocer la insuficiencia de todo conocimiento humano,
a consecuencia de la cual puede aún haber circunstancias que son imposibles de investigar o prever y que podrían hacer incorrecto todo el cálculo. Tener esto en cuenta pondrá siempre un peso en la balanza negativa y nos recomendará no mover nada sin necesidad en cuestiones importantes: quieta non movere 18 • Pero una vez que se ha llegado a una decisión y se han puesto manos a la obra, de modo que entonces todo ha de seguir su curso I y solo queda es-perar el desenlace, no hay que inquietarse volviendo a reflexionar sobre lo ya realizado y pensando reiteradamente en el posible peli-gro: antes bien, hemos de desembarazarnos totalmente del asunto, considerar cerrado todo pensamiento al respecto y tranquilizarnos con la convicción de que todo se ha ponderado en detalle a su debido tiempo. Ese consejo nos lo da también el proverbio italia-no lega/a bene, e poi lascia la andare18 , que Goethe traduce: <~ ensilla bien y cabalga tranquilo» 18

; - dicho sea de paso, una gran
parte de las máximas que ofrece bajo la rúbrica «Proverbial» son traducciones de refranes italianos. - i\ no obstante, se produce un mal desenlace, es porque todos los asuntos humanos están so-metidos al azar y el error. El hecho de que Sócrates, el más sabio de los hombres, necesitara un demonio que le previniese, simple-mente para acertar en sus propios asuntos personales o al menos para evitar errores, demuestra que para eso no basta con ningún entendimiento humano. Por eso aquella sentencia, presuntamente procedente de un Papa, según la cual nosotros somos culpables al menos en alguna medida de todas las desgracias que nos afectan, no es incondicionalmente y en todos los casos verdadera, pero sí en gran medida y la mayor parte de las veces. El sentimiento de esto parece incluso tener mucho que ver en el hecho de que la gente intente ocultar en lo posible su desgracia y, en la medida en que lo consigue, haga un gesto de satisfacción. Les preocupa que del sufrimiento se infiera la culpa.
1i En el caso de un suceso desgraciado que se ha producido ya, y por lo tanto no se puede cambiar, no debemos permitirnos una sola vez el pensamiento de que podría haber sido de otra ma-nera, y todavía menos el de cómo podríamos haberlo evitado: pues eso hace el dolor insoportable, de tal modo que uno se convierte

18. [«No mover lo que está quieto», Slustio, La conjuración de Catilina 1, 1.]
18. [Enjaézala bien* la mula)y luego déjala andar.]
li [Goethe, Proverbial.]

448

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

en un tau'tovnµopoúµavoc; 188• Antes bien, hemos de hacer como el rey David que, mientras su hijo estaba enfermo, asedió sin cesar
a Jehová con ruegos y súplicas; pero una vez que murió, bromeó
y no volvió a pensar en ello. Quien no sea lo bastante frívolo para
eso, que se refugie en el punto de vista fatalista, ya que este le es-clarece la gran verdad de que todo lo que ocurre, ocurre necesaria-mente, es decir, es inevitable.
1 Con todo, esta regla es parcial. Es útil para aliviarnos y tran- 462 quilizarnos de manera inmediata en nuestras desgracias: pero cuando, como ocurre en la mayoría de los casos, la culpa de ellas
la tiene, al menos en parte, nuestra propia negligencia o temeri-
dad, repetir la dolorosa reflexión de cómo se podría haber evitado constituye una beneficiosa corrección para nuestra advertencia y mejora, esto es, para el futuro. Las faltas claramente cometidas no debemos, como solemos hacer, intentar disculparlas ante nosotros mismos, o disimularlas o minimizarlas, sino admitirlas y ponerlas claramente ante nuestros ojos en toda su magnitud, a fin de poder hacer el propósito firme de evitarlas en el futuro. Aquí, desde lue-

go, uno ha de producirse el gran dolor de la insatisfacción consigo • t I e;: 1 " n ' e;: 1 mismo: 189 pero o µ11 uapct<; av\'.J'pwnoc; ou natucUc'tat .
13) En todo lo que se refiere a nuestro placer y dolor debemos mantener a raya la fantasía: ante todo, pues, no construir castillos en el aire, ya que estos resultan demasiado costosos y enseguida tenemos que derribarlos entre suspiros. Pero aún más hemos de guardarnos de inquietar nuestro corazón imaginando desgracias meramente posibles. En efecto, si estas estuvieran tomadas del aire o fueran poco razonables, al despertar de tal sueño sabríamos inme-diatamente que todo había sido una simple bufonada, así que nos alegraríamos de que la realidad fuera mejor y en todo caso extrae-ríamos de ahí una advertencia frente a desgracias muy remotas pero posibles. Pero nuestra fantasía no juega fácilmente con tales cosas: a lo sumo construye de forma totalmente ociosa agradables castillos en el aire. La materia de sus ensoñaciones sombrías son desgracias que, aunque de lejos, en cierta medida nos amenazan realmente: ella las agranda, presenta su posibilidad mucho más próxima de lo que en verdad está y la pinta de la forma más terrible. Ese sue-ño no nos lo podemos sacudir inmediatamente al despertar, como ocurre con el sueño agradable: pues a este la realidad lo contradice

188. [«Autotorturador», título de una comedia de Terencio.]
189. [«El hombre que no escarmienta no se educa», Menandro, Monostikoi 422.]

449

463

PARERGA Y PARALIPOMENA

inmediatamente y a lo sumo solo deja una débil esperanza en el se-
no de la posibilidad. Pero cuando nos hemos entregado a siniestras fantasías 1/lue devils) hemos evocado imágenes que no ceden tan fácilmente: pues la posibilidad del asunto se mantiene en general, y
1 no somos capaces de medir en todo momento su grado: fácilmen-te se convierte en probabilidad, y nosotros nos hemos entregado en manos del miedo. E>ahí que debamos considerar las cosas refe-rentes a nuestro placer y dolor únicamente con los ojos de la razón y del juicio, y en consecuencia, operar en una árida y fría reflexión con meros conceptos e in abstracto. La fantasía debe quedar ahí fuera de juego: pues ella no es capaz de juzgar sino que pone ante la vista simples imágenes que conmueven el ánimo de manera inútil y a menudo dolorosa. Esta regla debería observarse con mayor rigor por la noche. Pues así como la oscuridad nos vuelve temerosos y nos hace ver por todas partes figuras espantosas, de forma análoga actúa la confusión de los pensamientos; porque toda incertidum-bre produce inseguridad: por eso de noche, cuando el cansancio ha cubierto el entendimiento y el juicio con una oscuridad subje-tiva, cuando el intelecto está fatigado y Sopul30Úµavoc; 190, y no es capaz de llegar hasta el fondo de las cosas, los objetos de nuestra meditación referentes a nuestras circunstancias personales adoptan fácilmente un aspecto peligroso y se convierten en imágenes de horror. Esto se da sobre todo de noche cerrada, en la cama, cuando el espíritu está totalmente rendido y el juicio no es ya capaz de ha-cer frente a sus asuntos, pero la fantasía está aún activa. Entonces la noche da a todas y cada una de las cosas su tinte sombrío. E) ahí que la mayoría de nuestros pensamientos antes de dormirnos o al despertar por la noche sean unas desfiguraciones e inversiones de las cosas casi tan malas como lo son los sueños, y que ade-más, cuando afectan a asuntos personales, sean usualmente oscuros como boca de lobo y hasta espantosos. Por la mañana todas esas imágenes espantosas han desaparecido igual que los sueños: eso sig-nifica el refrán español: «Noche tinta, blanco el día»191• Pero tam-bién por la noche, en cuanto se enciende la luz, el entendimiento, igual que el ojo, deja de ver tan claro como de día: de ahí que ese tiempo no sea apropiado para meditar asuntos serios y sobre todo desagradables. El tiempo adecuado para eso es la mañana, como lo es en general para todos los trabajos sin excepción, tanto inte-

190 [Agitado.]
191. En español en el original y traducido a continuación al alemán por 6ho-penhauer. [N. de la T.]

450

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

telectuales como corporales. Pues la mañana es la juventud del día: todo es I claro, fresco y ligero: nos sentimos con fuerzas y tene- 464 mos todas nuestras capacidades plenamente disponibles. No debemos acortarla levantándonos tarde ni desperdiciarla con ocupaciones indignas o con conversaciones, sino que hemos de considerarla la quintaesencia de la vida y, en cierta medida, sagrada. La noche, en cambio, es la vejez del día: por la noche estamos fatigados, locuaces
y aturdidos. Cada día es una pequeña vida cuyo nacimiento es el despertar y que concluye, a modo de muerte, con el sueño. - Así, por último, dormirse es una muerte cotidiana, y cada despertar, un nuevo nacimiento. Incluso, y por llevar la comparación hasta el final, podríamos considerar la incomodidad y dificultad para levan-tarse como los dolores de parto.
Pero en general el estado de salud, el sueño, la alimentación, la temperatura, el clima, el entorno y muchos otros factores externos ejercen un poderoso influjo en nuestro ánimo, y este, en nuestros pensamientos. Por eso, al igual que ocurre con nuestra visión de un asunto, también nuestra capacidad para un trabajo está sometida al tiempo y hasta al lugar. Por eso

Aprovecha tu ánimo ferviente
Ya que aparece tan raramente.
Goethe 193

No solo hay que aguardar a que las concepciones objetivas y los pensamientos originales aparezcan si y cuando les venga en gana, sino que ni siquiera la profunda meditación de un asunto personal da siempre resultado en el tiempo que de antemano se le ha des-tinado y cuando uno se ha sentado a ello; antes bien, también ella elige su tiempo; y entonces el curso de pensamientos acorde con ella se pone en movimiento sin haber sido requerido y lo seguimos con total interés.
En la contención de la fantasía que se ha recomendado se in-cluye también no permitirle que nos vuelva a recordar y a pintar las injusticias, daños, pérdidas, ofensas, humillaciones, agravios, etc., que una vez sufrimos; pues con ello volvemos a suscitar la indig-nación, la ira y todas las pasiones hostiles dormidas durante largo tiempo, con lo que nuestro ánimo se contamina. Pues, de acuerdo con un hermoso ejemplo aducido por el neoplatónico Proclo, así como en toda ciudad, junto con los hombres nobles y destacados,

193. [«Confesión general.>>]

451

465

466

PARERGA Y PARALIPOMENA

vive también el populacho de todas clases 1 (ÓXAÓ<;), también en todo hombre, aun el más noble y sublime, está presente lo más abyecto y vulgar de la naturaleza humana y hasta animal por lo
que a su disposición se refiere. Ese populacho no debe ser agitado
al tumulto ni tampoco debe asomarse a la ventana, porque tiene una cara muy fea: pero las fantasías señaladas son sus demagogos. Aquí se incluye también que la más nimia contrariedad, proceda de los hombres o de las cosas, al meditar continuamente sobre ella y teñirla de llamativos colores aplicándole una medida exagerada, puede hincharse hasta convertirse en un monstruo que ponga al hombre fuera de sí. Antes bien, todo lo desagradable debe conce-birse de forma sumamente prosaica y desapasionada, a fin de podér-selo tomar de la forma más leve posible.
Así como los objetos pequeños mantenidos cerca de los ojos esconden el mundo al limitar nuestro campo visual, también ocu-rre con frecuencia que los hombres y cosas de nuestro entorno in-mediato, por muy insignificantes e indiferentes que sean, ocupan nuestra atención y pensamientos más de lo debido, con frecuencia de forma desagradable, y desbancan pensamientos y asuntos im-portantes. Eso se debe contrarrestar.
14) A la vista de lo que no poseemos se eleva fácilmente en nosotros el pensamiento: «¿y si eso fuera mío?», que nos hace sen-tir la privación. En lugar de eso deberíamos preguntar con más frecuencia: «¿y si eso no fuera mío?»; quiero decir que de vez en cuando deberíamos esforzarnos por ver lo que tenemos tal y como lo recordaríamos después de haberlo perdido; y así con todo, sea lo que sea: propiedades, salud, amigos, amante, mujer, hijo, caballo y perro: pues en la mayoría de los casos la pérdida es la única que nos alecciona acerca del valor de las cosas. Sin embargo, la conse-cuencia de esta forma de consideración recomendada será, en pri-mer lugar, que su posesión nos hará inmediatamente felices; y, en segundo lugar, que evitaremos a toda costa la pérdida, es decir, no pondremos las posesiones en peligro, no enojaremos a los amigos, no tentaremos la confianza de la mujer, vigilaremos la salud de los hijos, etc. -A menudo intentamos aclarar las sombras del presente especulando sobre posibilidades favorables e imaginamos todo tipo de esperanzas quiméricas, cada una de las cuales está preñada de una decepción que no falta cuando se estrella contra la dura I rea-lidad. Mejor sería convertir en objeto de nuestra especulación las muchas malas posibilidades, lo cual, por un lado, ocasionaría los preparativos para defenderse y, por otro, agradables sorpresas en el caso de no hacerse realidad. Pues siempre estamos visiblemente

452

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

contentos después de haber pasado miedo. De hecho, es incluso bueno que a veces nos hagamos presentes grandes desgracias que nos podrían afectar, a fin de soportar con más facilidad las otras mucho más pequeñas que después nos afectarán realmente; pues entonces nos consolaremos volviendo la mirada a las desgracias grandes que no nos han sucedido. Pero a propósito de esta regla no hay que descuidar la precedente.
15) Puesto que los asuntos y acontecimientos que nos afectan
se presentan y van de un lado a otro de forma aislada, sin orden ni conexión entre sí, en el más llamativo contraste y sin otra cosa en común que el ser nuestros asuntos, nuestro pensamiento y nuestra preocupación por ellos han de ser igual de abruptos para que les sean conformes. - Según ello, cuando emprendemos algo hemos de hacer abstracción de todo lo demás y desembarazarnos del asun-to, a fin de cuidar, disfrutar y sufrir cada cosa a su tiempo, sin pre-ocuparnos para nada de lo demás: hemos de tener algo así como cajones para nuestros pensamientos y abrir uno de ellos mientras los otros permanecen cerrados. De este modo conseguimos que una preocupación grave no arruine cualquier pequeño placer del presente y nos robe toda la paz; que una reflexión no suplante a otra; que la preocupación por un asunto importante no lleve al descuido de muchos pequeños, etc. Pero sobre todo, quien es ca-paz de altas y nobles consideraciones nunca debe permitir que los asuntos personales y las preocupaciones nimias invadan y llenen su espíritu hasta tal punto que cierren el camino a aquellas: pues eso sería verdaderamente propter vitam vivendi perdere causas193.
- Desde luego, para esa dirección y desvío de nosotros mismos se requiere, como para tantas otras cosas, una gran coacción interior: pero en esto nos debería fortalecer el pensar que cada hombre ha de soportar muchas y grandes coacciones externas que no faltan en ninguna vida; que, sin embargo, una pequeña coacción sobre sí mismo practicada en el lugar oportuno I previene después muchas coacciones externas, al igual que un pequeño corte muy cerca del centro corresponde a uno con frecuencia cien veces mayor en la periferia. Nada nos permite eludir la coacción externa tanto co-mo la interna: eso dice la sentencia de Séneca: si tibi vis omnia subjicere, te subjice rationi 194 (Ep. 37). Además seguimos teniendo dominio sobre nuestra coacción interna y en último caso, o cuando

193. [«Por la vida perder la causa de vivir», Juvenal, Sátiras 8, 84.]
194. [«Si quieres someterlo todo a ti, sométete a la razón», Epístolas a Lucilio 37, 4.]

453

467

PARERGA Y PARALIPOMENA

afecta a nuestro punto sensible, podemos rebajarla algo: en cam-bio, la coacción externa no tiene consideración ni miramiento y es despiadada. Por eso es sabio prevenir esta con aquella.
16) Poner un límite a nuestros deseos, refrenar nuestros apeti-tos, reprimir nuestra ira, teniendo siempre presente que el indivi-duo solo puede alcanzar una parte infinitamente pequeña de todo lo deseable y en cambio le han de afectar muchos males; así pues, en pocas palabras, anÉX,Etv xal avÉX,Etv, abstinere et sustinere 195, es una regla sin cuya observancia ni la riqueza ni el poder pueden impedir que nos sintamos miserables. A eso apunta Horacio:

Inter cuneta leges, et percontabere doctos
Qua ratione queas traducere leniter aevum;
Ne te semper inops agitet vexetque cupido,
Ne pavor, et rerum mediocriter utilium spes196 •

17) to ~íoc; f.V 't'Í] Xtvricrnt f.CrtÍ197 (vita motu constat), di-ce Aristóteles con manifiesta razón: y así como nuestra vida físi-ca solo existe en y a través de un movimiento incesante, también nuestra vida interna, espiritual, exige una ocupación constante, un emplearse en algo a través del hacer o el pensar: una prueba de ello la ofrece ya el redoble con las manos o con algún aparato, al que recurren enseguida los hombres desocupados y distraídos. En efecto, nuestra existencia es por esencia infatigable: de ahí que la completa inactividad nos resulte pronto insoportable, al provocar
el espantoso aburrimiento. Ese impulso se debe regular a fin de satisfacerlo metódicamente y, por tanto, mejor. Así pues, la activi-
dad, el ocuparse en algo, hacer algo cuando sea posible o al menos aprender algo, es indispensable para la felicidad del hombre: sus
468 fuerzas reclaman ser usadas I y él quiere percibir de alguna mane-ra el resultado. Pero la máxima satisfacción a este respecto la ofre-
ce el hacer algo, confeccionarlo, bien sea un canasto o un libro;
mas el hecho de que vea crecer a diario una obra entre sus manos y alcanzar finalmente su término le hace inmediatamente feliz. Eso lo logra una obra de arte, un escrito o incluso un simple trabajo ma-nual: por supuesto, cuanto más noble es la obra, mayor es el placer.

195. [«Renunciar y soportar», Epicteto en Aulo Gelio, Noches áticas, XVII, 19, 6.]
196. [«En medio de todo lee y pregunta a los sabios/ De qué manera puedes pasar más levemente la vida; / Que el deseo no te agite ni atormente a ti, siempre necesitado,/ Ni el temor y la esperanza de cosas escasamente útiles», Horacio, Epís-tolas I, 18, 96-99.]
197. Véase p. 345 [p. 343], nota 13. [N. de la T.]

454

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Los más felices a este respecto son los altamente dotados, que son conscientes de su capacidad para producir obras relevantes, gran-des y coherentes. Pues con ello se extiende sobre toda su existencia un interés de superior especie que le otorga un condimento que falta en la de los demás, la cual es por tanto sosa comparada con aquella. En efecto, para ellos la vida y el mundo, junto al interés común y material, tiene además un segundo interés más elevado, de índole formal, por cuanto contiene la materia para sus obras, que ellos se ocupan diligentemente de reunir a lo largo de su vida en cuanto la necesidad personal les deja un momento de respiro. También su intelecto es en cierta medida doble: por una parte, para las relaciones usuales (asuntos de la voluntad), igual que todos los demás; por otra, para la captación puramente objetiva de las cosas. Así viven doblemente, son espectadores y actores al mismo tiempo, mientras que los demás solo son lo último. - Entretanto, cada cual se ocupa de algo según la medida de sus capacidades. Pues el efecto tan dañino que produce en nosotros la falta de una actividad plani-ficada en cualquier trabajo se observa en los largos viajes de placer, en los que de vez en cuando uno se siente muy desdichado; porque sin una verdadera ocupación está como desgarrado de su elemento natural. Esforzarse y luchar con la contrariedad es la necesidad del hombre, como cavar la del topo. La inacción a la que conduciría la completa satisfacción de un placer permanente le resultaría in-soportable. Superar obstáculos constituye la dicha cumplida de su existencia; pueden ser de índole material, como en los negocios y en la actividad, o de índole espiritual, como en el aprendizaje y la investigación: la lucha contra ellos y la victoria le hacen feliz. Si le falta la ocasión para ello, se la procura como puede: según lo exija su individualidad, se dedicará a la caza, 1 o a jugar al bilboquet 198 o, guiado por rasgos inconscientes de su naturaleza, buscar camorra, urdir intrigas o meterse en estafas y perversidades de todas clases, simplemente por poner fin al estado de quietud insoportable para él. Difficilis in otio quies199•
18) No debemos tomar como norte de nuestras aspiraciones imágenes de la fantasía sino conceptos claramente pensados. Sin embargo, la mayoría de las veces ocurre lo contrario. En efecto, examinándolo de cerca, descubriremos que lo que determina en

198. Juego de destreza llamado también «balero» y «boliche». Tuvo su origen en Francia, en el siglo XVI, y estuvo de moda durante el reinado de Enrique III, gran aficionado a él. [N. de la T.]
199. Véase p. 363 [p. 360], nota 44. [N. de la T.]

455

469 470

PARERGA Y PARALIPOMENA

última instancia nuestras decisiones no son en la mayor parte de las ocasiones los conceptos y juicios sino una imagen de la fanta-sía que representa y sustituye una de las alternativas. No recuerdo en qué novela de Voltaire o de Diderot, al héroe, cuando era un joven Hércules en la encrucijada 200, la virtud siempre se le presentaba en la figura de un antiguo preceptor que sostenía en la mano izquierda una bolsa de tabaco y en la derecha una toma de rapé, y así mora-lizaba; el vicio, en cambio, en la figura de la doncella de su madre.
- Especialmente en la juventud se fija el fin de nuestra felicidad en la forma de algunas imágenes que se presentan ante nosotros y con frecuencia persisten durante la mitad y hasta la totalidad de la vida. Son en realidad fantasmas bromistas: pues, una vez que los hemos alcanzado, se desvanecen en la nada, ya que experimentamos que no hacen nada de lo que prometían. De esta clase son algunas es-cenas individuales de la vida doméstica, civil, social o rural, imáge-nes de la casa, del entorno, de condecoraciones, de testimonios de respeto, etc., etc.: chaque fou a sa marotte 101: también la imagen de la amada se incluye a menudo ahí. Que nos pase esto es muy natural: pues lo intuitivo, al ser lo más inmediato, actúa también sobre nuestra voluntad con mayor inmediatez que el concepto, el pensamiento abstracto, que solo ofrece lo general sin lo particular, lo cual es sin embargo lo que precisamente contiene la realidad: por eso solo puede actuar de forma mediata sobre nuestra volun-tad. Y, no obstante, es el concepto el que mantiene su palabra: por eso es cultura confiar solo en él. Desde luego, también él necesitará de vez en cuando la ilustración y paráfrasis a través de algunas imá-genes: pero solo cum grano salis2º

2•

19) La regla precedente se puede subsumir en otra más gene-ral: que siempre hemos de dominar la impresión I de lo presente e intuitivo en general. Esta es, sin comparación, mucho más intensa que lo simplemente pensado y sabido, no en virtud de su materia y contenido, que son muy exiguos, sino debido a su forma, intuitiva e inmediata, que penetra en el ánimo y perturba su tranquilidad o quebranta sus propósitos. Pues lo presente e intuitivo, al ser fácil-mente abarcable, actúa siempre de una vez y con todo su poder:

200. Famosa fábula transmitida por Jenofonte (Memorabilia II, 1, 21-34): el joven Hércules encontró en una encrucijada a dos mujeres, Virtud y Voluptuosidad, cada una de las cuales intentaba atraerle a su camino, hasta que Hércules tomó el camino de la virtud. [N. de la T.]
201. [Cada loco con su tema.]
202. Véase p. 119 [p. 141], nota 92. [N. de la T.]

456

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

en cambio, los pensamientos y las razones requieren tiempo y tran-quilidad para ser examinados parte por parte; por eso no podemos tenerlos presentes por completo a cada instante. En consecuencia, las cosas agradables a las que hemos renunciado como consecuen-cia de la reflexión nos estimulan al verlas; igualmente nos ofende un juicio que sabemos desautorizado, nos enoja un agravio que comprendemos que es despreciable; del mismo, modo, diez razo-nes contra la existencia de un peligro serán superadas por la falsa apariencia de su presencia real, etc. En todo eso se hace valer la ori-ginaria irracionalidad de nuestra esencia. Las mujeres sucumbirán con frecuencia a este tipo de impresiones, y pocos hombres poseen tal predominio de la razón que no hubieran de sufrir sus efectos. Cuando no podamos vencerla totalmente, con simples pensamien-tos, lo mejor será neutralizar una impresión con su opuesta, por ejemplo, frente a la impresión de una ofensa, buscar a quienes nos tienen en alta estima; frente a la impresión de un peligro que nos amenaza, la consideración real de aquello que lo contrarresta. Aquel italiano del que habla Leibniz (en los Nouveaux essais, liv. I, c. 2, § 11) pudo incluso resistir el dolor del tormento al no permi-tir, según se había propuesto, que durante el mismo se apartase un solo instante de su fantasía la imagen del patíbulo al que le habría conducido su confesión; por eso de vez en cuando gritaba io ti vedo203

; palabras estas que él explicó después. Precisamente por
la razón aquí examinada, es difícil que, cuando todos los que nos rodean tienen una opinión distinta de la nuestra y se comportan según ella, nosotros no vacilemos a causa de ellos, aunque estemos convencidos de su error. A un rey que huye perseguido y viaja de estricto incógnito, 1 el ceremonial de sometimiento de su acompa-ñante fiel, ambos a solas, ha de ser un fortalecimiento del ánimo casi necesario, para que al final no llegue a dudar de sí mismo.
20) Tras haber subrayado ya en el segundo capítulo el gran va-lor de la salud, que es lo primero y más importante para nuestra persona, quiero indicar aquí algunas normas de conducta generales para fortalecerla y preservarla.
Debemos fortalecernos imponiendo al cuerpo, mientras este-mos sanos, mucho esfuerzo y trabajo, tanto en su conjunto como en cada una de sus partes, y acostumbrándonos a resistir influencias adversas de todo tipo. En cambio, tan pronto como se manifieste
un estado de enfermedad, sea del conjunto o de una parte, se ha de adoptar inmediatamente el procedimiento opuesto y aliviar y cuidar

203. [Te veo.]

457

471

472

PARERGA Y PARALIPOMENA

de todas las formas posibles el cuerpo enfermo o su órgano: pues
lo que sufre y está debilitado no es susceptible de fortalecimiento.
Con el uso intenso el músculo se fortalece; el nervio, en cam-bio, se debilita. Así pues, debemos ejercitar nuestros músculos con aquel esfuerzo adecuado y, sin embargo, guardar los nervios de él; así pues, proteger los ojos de la luz demasiado intensa, en especial la refleja, de todo esfuerzo en el crepúsculo y también del examen continuado de objetos pequeños; igualmente, guardar los oídos del ruido demasiado intenso; pero ante todo, preservar el cerebro de esfuerzos constreñidos, demasiado continuados o a destiempo: en consecuencia, hemos de dejarlo descansar durante la digestión, ya que entonces la misma fuerza vital que forma los pensamientos en el cerebro trabaja intensamente en el estómago y los intestinos para preparar el quimo y el quilo; y lo mismo durante un importante esfuerzo muscular o aun después. Pues con los nervios motores ocurre lo mismo que con los sensitivos; y así como el dolor que sentimos en los miembros heridos tiene su verdadero asiento en el cerebro, no son en realidad las piernas y los brazos los que an-dan y trabajan, sino el cerebro; en concreto, la parte del mismo que, a través de la médula oblonga y la médula espinal, excita los nervios de aquellos miembros y así pone estos en movimiento. Por consiguiente, también el cansancio que sentimos en las piernas o los brazos tiene su verdadero asiento en el I cerebro; precisamen-te por eso solo se fatigan aquellos músculos cuyo movimiento es voluntario, es decir, nace del cerebro, pero no los que trabajan involuntariamente, como el corazón. Así pues, es evidente que el cerebro se perjudica si se le arranca una fuerte actividad muscular y una tensión espiritual al mismo tiempo, o simplemente una inme-diatamente después de la otra. Esto no obsta para que, al comienzo de un paseo o en general en marchas cortas, se experimente con frecuencia una elevada actividad espiritual: pues entonces no se ha producido la fatiga de las mencionadas partes cerebrales y, por otra parte, una ligera actividad muscular de esa clase y la respiración incrementada por ella favorecen el ascenso al cerebro de la sangre arterial, entonces mejor oxidada. - Pero en especial debemos dar al cerebro toda la medida de sueño necesaria para su refección; pues el sueño es al hombre en su conjunto lo que la cuerda al reloj (véase El mundo como voluntad y representación 11, 217 [3. ª ed. 11, 240]). Esa medida será tanto mayor cuanto más desarrollado y activo sea el cerebro; mas superarla sería una pérdida de tiempo, ya que entonces el sueño perdería en intensidad lo que ganase en extensión (véase El mundo como voluntad y representación 11, 247

458

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

[3.ª ed. 11, 275]2º4). En general hemos de comprender que nues-tro pensamiento no es más que la función orgánica del cerebro y, por consiguiente, se comporta de forma análoga a cualquier otra actividad orgánica por lo que al esfuerzo y el descanso se refiere. Como el esfuerzo exagerado echa a perder los ojos, así también el cerebro. Con razón se ha dicho: el cerebro piensa, igual que el estómago digiere. La ilusión de un alma inmaterial, simple, esen-cial y continuamente pensante, y por lo tanto incansable, que sim-plemente se aloja en el cerebro y no necesita nada del mundo, ha conducido a algunos a métodos absurdos y a un embotamiento de sus fuerzas espirituales; así, por ejemplo, Federico el Grande intentó una vez desacostumbrarse totalmente al sueño. Los profe-sores de filosofía I harían bien en no fomentar esa ilusión, perni-ciosa incluso en el aspecto práctico, a través de su filosofía de rueca que pretende justificar el catecismo. - Debemos acostumbrarnos a considerar nuestras capacidades espirituales como funciones fi-siológicas, a fin de manejarlas, protegerlas, fatigarlas, etc., como tales, y tener en cuenta que todo sufrimiento, molestia y desorden corporal, sea en el órgano que sea, afecta al espíritu. Quien mejor contribuye a esto es Cabanis, con sus Rapports du physique et du moral de l'homme.
El descuido de los consejos que aquí se ofrecen es la causa de que algunos grandes espíritus, y también grandes eruditos, en la vejez se hayan vuelto deficientes, pueriles y hasta dementes. El que, por ejemplo, celebrados poetas ingleses de este siglo, como Walter Scott, Wordsworth y Southey, entre otros, en la vejez, o incluso ya a los sesenta años, se volvieran intelectualmente torpes e incapaces, llegando hasta la imbecilidad, se explica sin duda porque todos ellos, seducidos por honorarios elevados, ejercieron la escritura como una profesión, es decir, escribieron por dinero. Eso induce a un esfuerzo antinatural, y quien pone el yugo a su Pegaso y fus-tiga a su musa con el látigo tendrá que expiarlo de la misma forma que quien ha realizado trabajos forzados para Venus. Sospecho que también Kant, en sus últimos años, cuando por fin llegó a ser fa-moso, trabajó en exceso, dando así lugar a la segunda niñez de sus

204. El sueño es un trozo de muerte que tomamos prestado anticipando [por anticipado] y a cambio del cual recibimos de nuevo y renovamos la vida agotada por un día. Le sommeil est un emprunt f air a la mort [El sueño es un préstamo hecho a la muerte]. El sueño toma prestado de la muerte para conservar la vida. O: es el interés provisional de la muerte, que es ella misma el pago del capital. Este se reque-rirá tanto más tarde cuanto mayores sean los intereses y con mayor regularidad se paguen.

459

473 474

PARERGA Y PARALIPOMENA

últimos cuatro años. En cambio, los señores de la corte de Weimar: Goethe, Wieland y Knebel, han permanecido intelectualmente ca-paces y activos hasta la edad más avanzada, porque no eran escri-tores a sueldo: y así también Voltaire.
Cada mes del año tiene una influencia peculiar e inmediata, es decir, independiente del clima, sobre nuestra salud y nuestro estado corporal en general, e incluso también sobre el estado espiritual.

C. REFERENTES A NUESTRA CONDUCTA CON LOS DEMÁS

21) Para andar por el mundo es conveniente llevar consigo un gran acopio de precaución e indulgencia: 1 con la primera nos protege-mos de daños y pérdidas; con la última, de disputas y litigios. Quien ha de vivir entre hombres no puede rechazar incondi-cionalmente ninguna individualidad, aun la peor, la más miserable o ridícula, por cuanto está establecida y dada por la naturaleza. An-tes bien, ha de aceptarla como algo irremediable que tiene que ser como es, como consecuencia de un principio eterno y metafísico; y en el peor de los casos debe pensar: «También han de existir seme-jantes tipos raros». Si obra de otra manera, entonces comete injusti-cia y desafía a los demás a luchar a vida o muerte. Pues nadie puede cambiar su verdadera individualidad, es decir, su carácter moral, sus capacidades cognoscitivas, su temperamento, su fisonomía, etc. Si reprobamos su esencia, no le queda más opción que enfrentar-se en nosotros a un enemigo mortal: pues nosotros pretendemos concederle el derecho a existir solamente a condición de que sea distinto de como él irremediablemente es. Por eso, para poder vivir entre los hombres hemos de dejar estar y admitir a cada cual con su individualidad dada, al margen de cómo resulte, y solo podemos pensar en utilizarla según lo permita su especie y naturaleza; pero no podemos esperar que cambie ni condenarla tal cual es. Este es el verdadero sentido de la sentencia: «Vivir y dejar vivir». Sin embargo, la tarea no es tan fácil como justa; y hay que tener por fe-liz a quien pueda evitar para siempre semejantes individualidades.
- Entretanto, para aprender a soportar a los hombres hemos de ejercitar nuestra paciencia con objetos inertes que se resisten tenaz-mente a nuestra acción en virtud de una necesidad mecánica o físi-ca; oportunidades para ello las hay a diario. Aprendemos después a trasladar la paciencia lograda a los hombres acostumbrándonos a pensar que, cuando nos suponen un obstáculo, también ha de ser en virtud de una necesidad surgida de su naturaleza y tan estricta

460

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

como aquella con la que actúan las cosas inertes; de ahí que sea tan necio enojarse por sus acciones como por una piedra que rueda en nuestro camino. En algunos casos lo más prudente es pensar: «No puedo cambiarlo, luego voy a utilizarlo».
1 22) Es asombroso con qué facilidad y rapidez se manifiesta
en el lenguaje la homogeneidad o heterogeneidad del espíritu y el ánimo de los hombres: se deja sentir en cualquier detalle insignifi-cante. Aunque la conversación se refiera a las cosas más inusuales o indiferentes, entre dos hombres esencialmente heterogéneos casi cada frase de uno disgustará más o menos al otro, y algunas le re-sultarán totalmente enojosas. En cambio, las personas homogéneas sienten enseguida y en todo un cierto acuerdo que, en el caso de una gran homogeneidad, confluye en una plena armonía y hasta en el unísono. Así se explica ante todo por qué las personas corrientes son tan sociables y encuentran siempre con tanta facilidad buena compañía, - gente tan justa, amable y honrada. En las personas inusuales ocurre lo contrario, y tanto más cuanto más destacadas son; de tal modo que, en su aislamiento, a veces bien pueden ale-grarse de haber encontrado en otro alguna fibra homogénea con ellos mismos, por muy pequeña que sea. Pues cada cual solo puede ser para el otro tanto como este es para él. Los espíritus verdade-ramente grandes hacen sus nidos en las alturas, como las águilas.
- En segundo lugar, a partir de ahí se entiende que las personas de sentimientos semejantes se encuentren con tanta rapidez, igual que si se atrajeran magnéticamente entre sí: - las almas afines se salu-dan desde lejos. Por supuesto, tendremos ocasión de observar esto con mayor frecuencia en las personas de bajos sentimientos o mal dotadas; pero solo porque estas existen en legiones, mientras que las naturalezas mejores y destacadas son y se llaman raras. Y así, por ejemplo, en una gran comunidad orientada a fines prácticos dos buenos rufianes se conocerán tan rápidamente como si llevaran una insignia y enseguida se unirán para tramar abusos o traiciones. Igualmente, si per impossibile 205 nos imaginamos una gran sociedad de gente muy razonable e ingeniosa, con excepción de dos tontos que allí hubiera, estos se sentirán atraídos simpatéticamente y ense-guida cada uno de los dos se alegrará en su corazón por haber en-contrado al menos un hombre razonable. Es realmente curioso ser testigo de cómo dos individuos, en especial de inferioridad moral
e intelectual, se reconocen mutuamente a primera vista, se afanan
con ahínco por I aproximarse el uno al otro, se saludan amistosa

205. [A modo de imposibilidad.]

461

475

476

477

PARERGA Y PARALIPOMENA

y alegremente, y acuden uno al encuentro del otro como si fueran viejos conocidos; - esto es tan chocante que uno está tentado de admitir, de acuerdo con la doctrina budista de la metempsicosis,
que habían sido ya amigos en una vida anterior.
Sin embargo, lo que aun dentro de una gran consonancia se-para a los hombres y genera una desarmonía transitoria entre ellos es la diversidad de ánimo en el momento presente, que casi siem-pre es distinto en cada uno de acuerdo con su actual situación, ocupación y entorno, su estado corporal, el curso momentáneo de sus pensamientos, etc. De ahí nacen disonancias incluso entre las personalidades más armoniosas. Ser capaz de efectuar siempre la corrección necesaria para la supresión de ese desajuste, y de introducir una temperatura equilibrada, sería una obra de la más elevada educación. Lo mucho que contribuye la igualdad de los ánimos a la comunidad social se puede apreciar en el hecho de que incluso una sociedad numerosa es incitada con placer general a la viva participación mutua y a una leal cooperación tan pronto co-mo algo objetivo -sea un peligro, una esperanza, una noticia, una visión infrecuente, una representación teatral, una música o cual-quier otra cosa- influye sobre todos a la vez y de la misma forma: pues algo así, al subyugar todos los intereses privados, genera una unidad universal de ánimo. A falta de tal acción objetiva, se recurre por lo regular a una subjetiva y, en consecuencia, las botellas son el medio usual para dar a la sociedad un ánimo común. Incluso el té y el café sirven a este propósito.
Pero precisamente aquella desarmonía que con tanta facilidad
es provocada en toda la sociedad por la diversidad del ánimo mo-mentáneo explica en parte el hecho de que en el recuerdo, liberado de ese y de otros semejantes influjos perturbadores, aunque transi-torios, cada uno se presente idealizado y a veces incluso glorificado. El recuerdo actúa como la lente convergente en la cámara oscura: lo concentra todo y produce así una imagen mucho más bella que su original. La ventaja de ser visto así la obtenemos en parte ya con cada ausencia. Pues aunque el recuerdo idealizante I requiere largo tiempo hasta completar su obra, el comienzo de la misma se realiza enseguida. Por esa razón es incluso prudente no dejarse ver ante los conocidos y buenos amigos más que después de considerables periodos de tiempo, ya que entonces, al volverlos a ver, notaremos que el recuerdo ha estado trabajando.
23) Nadie puede ver más allá de sí mismo. Con esto quiero decir: cada uno ve en los demás tanto como él mismo es: pues solo puede concebir y comprender según la medida de su propia inte-

462

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ligencia. Si esta es de ínfima especie, entonces todas las dotes del espíritu, aun las mayores, errarán en su acción sobre él, y en su poseedor solo verá lo más bajo de su individualidad, es decir, sus debilidades y defectos de temperamento y de carácter. De estos estará aquel compuesto a sus ojos. Sus altas capacidades espiritua-les no existen para él más que los colores para el ciego. Pues todo espíritu resulta invisible para quien no lo tiene: y toda valoración es un producto del valor de lo evaluado y la esfera cognoscitiva de quien evalúa. De ahí se sigue que uno se nivela con todo aquel con quien habla, al desaparecer toda ventaja que pueda tener sobre él e incluso permanecer totalmente desconocida la autonegación que se requiere para ello. Si ponderamos los bajos sentimientos y esca-sas dotes de la mayoría de los hombres, es decir, lo absolutamente vulgares que son, comprenderemos que no es posible hablar con ellos sin que durante ese tiempo (en analogía con la distribución eléctrica) nos volvamos vulgares nosotros mismos; entonces enten-deremos a fondo el verdadero sentido y el acierto de la expresión alemana sich gemein machen 206, pero también evitaremos cualquier compañía con la que solo podamos comunicarnos a través de la partie honteuse 207 de nuestra naturaleza. Asimismo se comprenderá que, frente a los tontos y los mentecatos, solo hay un camino para que uno manifieste su entendimiento: no hablar con ellos. Mas, desde luego, algunos se sentirán entonces en la sociedad como un bailarín que fuera a un baile donde solo encontrara cojos: ¿con quién habría de bailar?
1 24) Merece mi respeto, como un ser excelso entre cien, aquel hombre que cuando ha de aguardar algo, es decir, está sentado ocioso, no se pone enseguida a martillear o golpetear acompasada-mente con lo que le viene a mano, acaso su bastón, o el cuchillo y el tenedor o cualquier otra cosa. Probablemente está pensando en algo. En cambio, vemos que en mucha gente la visión ha ocupado totalmente el lugar del pensamiento: haciendo ruido intentan ha-cerse conscientes de su existencia, en particular cuando no tienen en la mano un cigarro que sirva a ese fin. Por la misma razón son continuamente todo ojos y oídos para todo lo que sucede a su al-rededor.

206. De acuerdo con los distintos significados de la palabra gemein (común, ordinario, vulgar, etc.), esta expresión tiene un doble significado en alemán: signifi-
ca, en un sentido positivo, familiarizarse o confraternizar y, en sentido peyorativo, vulgarizarse o envilecerse. [N. de la T.]
207. [Parte vergonzosa.]

463

478

479

PARERGA Y PARALIPOMENA

25) Rochefoucauld 208 ha observado con acierto que es difícil te-ner una gran respeto por alguien y al mismo tiempo amarle mucho.
En consecuencia, tendríamos que elegir si queremos aspirar al amor
de los hombres o a su respeto. Su amor es siempre interesado, aun-
que de formas muy diversas. Además, el modo en que se adquiere no es siempre apropiado para sentirse orgulloso. Principalmente uno será amado en la medida en que rebaje sus pretensiones de hallar espíritu y corazón en los demás, y lo será en serio y sin simu-lación, y no simplemente por aquella indulgencia que arraiga en el desprecio. Si evocamos aquí la muy verdadera sentencia de Helve-cio: le degré d'esprit nécessaire pournous plaire, est une mesure assez exacte du degré d' esprit que nous avons 209, la conclusión se sigue de esas premisas. - En cambio, con el respeto de los hombres sucede a la inversa: solo se les arranca contra su voluntad y, precisamente por eso, se disimula. De ahí que nos proporcione una satisfacción interior mucho mayor: está vinculado a nuestra valía, lo cual no rige de forma inmediata respecto del amor: pues este es subjeti-vo, y el respeto, objetivo. Más útil nos es, por supuesto, el amor.
26) La mayor parte de los hombres son tan subjetivos que en
el fondo nada les interesa más que exclusivamente ellos mismos. A eso se debe el que en todo lo que se dicen piensen enseguida en sí mismos y aun la más remota relación con algo relativo a su persona

atraiga toda su atención I y se apodere de ella; de modo que no les queda ninguna capacidad para captar la parte objetiva de lo que se dice, al tiempo que ninguna razón vale para ellos tan pronto como se opone a su interés o su vanidad. Por eso es tan fácil que se distraigan, tan fácil que se ofendan, se molesten o se sientan ultra-jados, que cuando se les habla de algo objetivo, sea lo que sea, nun-ca se tendrá suficiente cuidado frente a cualquier posible relación, quizás perjudicial, entre lo dicho y el valioso y delicado yo que uno tiene ante sí: pues solo eso les importa, y nada más que eso; y mientras que carecen de todo sentido y sentimiento para la verdad y el acierto, o para la belleza, finura y agudeza del discurso ajeno, poseen la más delicada sensibilidad frente a todo lo que, aun de la forma más remota e indirecta, pudiera herir su mezquina vanidad o de algún modo reflejarse perjudicialmente en su yo sumamente precioso; de manera que en su susceptibilidad se asemejan al perro

208. [Cf. Réfiexions, nouvelle édition, Lausanne, 1750, p. 80.]
209. [«El grado de espíritu necesario para complacernos es una medida bastante exacta del grado de espíritu que tenemos», Helvecio, Del espíritu, disc. 11, cap. 12, nota.]

464

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

pequeño al que de improviso le pisamos la pata y cuyos gruñidos tenemos luego que oír; o también podemos compararlos con un enfermo cubierto de heridas y magulladuras con el que hemos de evitar cuidadosamente cualquier posible contacto. En algunos la cosa llega tan lejos que toman directamente como una ofensa que en la conversación se manifieste espíritu y entendimiento, o bien que no se oculte lo suficiente, aunque de momento lo disimulan; pero después el novato discurre y cavila en vano pensando cómo ha podido atraer su rencor y su odio. Debido a la misma subjetivi-dad es tan fácil halagarlos y ganárselos. Por eso la mayoría de las veces su juicio está corrompido y no es más que una declaración a favor de su partido o su clase, no un juicio objetivo y justificado. Todo esto se debe a que en ellos la voluntad supera ampliamente el conocimiento y su pequeño intelecto está plenamente al servicio de la voluntad, de la que no se puede liberar un solo instante.
Un grandioso ejemplo de la miserable subjetividad de los hom-bres, debido a la cual todo lo refieren a sí mismos y desde cada pensamiento vuelven enseguida en línea recta a su yo, lo ofrece la

astrología, que refiere el curso de los grandes I cuerpos del univer-so al miserable yo, a la vez que pone en conexión los cometas en el cielo con los negocios y canalladas terrenas. Pero esto ha pasado en todas las épocas, incluidas las más antiguas (véase, por ejemplo, Stob. Eclog. l. I, c. 22, 9, p. 478).
27) Cada vez que se dice algo absurdo en público o en la so-ciedad, o se escribe en literatura, y es bien acogido o al menos no refutado, no debemos desesperarnos y pensar que las cosas se quedan ahí, sino que hemos de saber, para nuestro consuelo, que con posterioridad el asunto será poco a poco rumiado, iluminado, pensado, sopesado, hablado, y en la mayoría de los casos al final se lo juzgará justamente; de modo que, tras un periodo adecuado a la dificultad del tema, al final casi todos comprenderán lo que la mente clara vio enseguida. Mientras tanto hay que tener paciencia. Pues un hombre de cabal inteligencia en medio de necios se aseme-ja a aquel cuyo reloj funciona bien en una ciudad en la que todos los relojes de torre están mal ajustados. Solo él sabe la hora buena: ¿pero de qué le sirve? Todo el mundo se rige por relojes de ciuda-des que dan mal la hora, incluso aquellos que saben que su reloj es el único que da la hora buena.
28) Los hombres se parecen a los niños en que se vuelven mal-
criados en cuanto se les mima; por eso no se puede ser demasiado complaciente y afectuoso con nadie. Así como por lo regular no perderemos un amigo por denegarle un préstamo pero sí fácilmen-

465

480

481

PARERGA Y PARALIPOMENA

te por hacérselo, tampoco lo perderemos a causa de una conducta arrogante y algo despectiva, pero será frecuente que ello ocurra
como resultado de una complacencia y gentileza excesivas, las cua-
les le vuelven arrogante e insoportable, con lo que se producirá
la ruptura. Pero en especial los hombres no pueden soportar el pensamiento de que se les necesita: la altanería y la insolencia son su acompañamiento inseparable. En algunos esta idea surge en un cierto grado ya por el hecho de que se tenga trato con ellos con alguna frecuencia o porque se les hable en confianza: enseguida pensarán que se les tiene que aguantar todo e intentarán ensanchar los límites de la cortesía. De ahí que sean tan pocos los hombres aptos para algún trato de confianza, 1 y que debamos guardarnos en especial de familiarizarnos [gemein zu machen] con naturalezas inferiores. Pero si uno concibe la idea de que me es más necesario que yo a él, enseguida parece como si yo le hubiera robado algo: él intentará vengarse y recuperarlo. La superioridad en el trato solo se origina si uno no necesita a los otros en ningún modo y manera, y lo hace ver. Por esa razón es aconsejable hacer notar de vez en cuando a todos, sean hombres o mujeres, que podemos prescindir de ellos: eso consolida la amistad; de hecho, en la mayoría de la gente no puede suponer un perjuicio dejar caer de vez en cuando un grano de menosprecio: así dan más valor a nuestra amistad: chi non estima vien stimato (el que no aprecia es apreciado), dice un sutil refrán italiano. Pero si realmente valoramos mucho a uno, no hemos de ocultárselo como si fuera un crimen. Eso no es precisa-mente agradable, pero es verdad. Apenas soportan los perros la excesiva amabilidad; y para qué hablar de los hombres.
29) Los hombres de más noble especie y dotes superiores dela-tan, sobre todo en su juventud, una llamativa falta de conocimien-to del hombre y de sabiduría mundana, y por eso son fácilmente engañados o, si no, se desconciertan, mientras que las naturalezas inferiores se saben encontrar más rápidamente y mejor en el mun-do; todo ello se debe a que, a falta de la experiencia, se ha de juzgar a priori, pero ninguna experiencia se iguala a lo a priori. En efecto, ese a priori se lo proporciona a la gente de clase ordinaria su propio yo, pero no a los nobles y destacados: pues precisamente en cuanto tales, son muy diferentes de los demás. Por eso, al calcular el pensa-miento y obrar de estos según el suyo, la cuenta no les sale.
Mas cuando uno ha aprendido por fin a posteriori, es decir, por instrucción ajena y experiencia propia, lo que se puede esperar de los hombres tomados en su conjunto: que aproximadamente las cinco sextas partes de ellos son de una índole moral o intelectual

466

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

tal, que quien no esté en relación con ellos en virtud de las cir-cunstancias hará mejor en evitarlos de antemano y, en la medida en que lo logre, permanecer al margen de todo contacto con ellos:
- entonces, aun así, apenas llegará nunca a tener una idea suficien-te de su carácter mezquino y miserable, 1 sino que a lo largo de su vida tendrá que ir continuamente ampliándola y completándola, y mientas tanto se equivocará con frecuencia en perjuicio propio. Pero luego, una vez que haya asimilado realmente la enseñanza recibida, a veces se encontrará con que, cuando vaya a parar a una sociedad de hombres que aún no conoce, tendrá que sorprenderse de cómo en su manera de hablar y sus gestos todos ellos parecen completamente razonables, honrados, sinceros, honorables y vir-tuosos, e incluso también inteligentes e ingeniosos. Pero eso no ha de inducirle a error: pues se debe únicamente a que la naturaleza no hace como los malos poetas, que cuando representan canallas o mentecatos se ponen manos a la obra de forma tan burda y con tan claras intenciones, que de alguna manera se ve detrás de cada uno de esos personajes al poeta desautorizando continuamente sus sentimientos y discurso, y gritando con voz de advertencia: «Este es un canalla, este es un mentecato; no hagáis caso de lo que dice». La naturaleza, en cambio, actúa como Shakespeare y Goethe, en cu-yas obras cada personaje, aunque sea el mismo diablo, tiene razón mientras está presente y habla; porque está concebido de forma tan objetiva que nos implicamos en sus intereses y somos forzados a participar con él: pues, como las obras de la naturaleza, está desa-rrollado a partir de un principio interno en virtud del cual su decir y obrar se presenta como natural y, por lo tanto, como necesario.
- Así pues, quien espera que los demonios vayan por el mundo con cuernos y los bufones con cascabeles será siempre su botín o su objeto de juego. A esto se añade además que, en el trato, la gente hace como la luna y los jorobados: solo enseña un lado; e incluso cada cual tiene un talento innato para transformar su fisonomía a través de la mímica en una máscara que representa exactamente lo que en realidad debería ser y que, al estar calculada exclusivamente para su individualidad, se le ajusta y acomoda tan exactamente que el efecto resulta totalmente engañoso. Él se la coloca cada vez que le importa ganarse las simpatías de alguien. Se le debe hacer el mis-mo caso que si estuviera hecha de tela encerada, teniendo presente
el excelente aforismo italiano: non e si tristo cane, che non meni la coda (no hay perro tan enojado que no menee la cola).
1 En todo caso, debemos guardarnos bien de hacernos una opi-
nión muy favorable de un hombre al que acabamos de conocer; si

467

482

484

483

PARERGA Y PARALIPOMENA

no, en la mayoría de los casos sufriremos un desengaño para nues-
tra vergüenza o perjuicio. - Aquí merecen ser tenidas en cuenta
las palabras de Séneca: argumenta morum ex minimis quoque licet capere210 (Ep. 52). Precisamente en las cosas pequeñas, en las que uno no se contiene, es donde muestra su carácter, y con frecuen-cia podemos observar cómodamente en conductas insignificantes o en simples modales el ilimitado egoísmo carente de la menor consideración con los demás y que después no se desmiente en las cosas importantes, si bien queda larvado. Y no debemos perder tal oportunidad. Cuando uno, en los pequeños y cotidianos acon-tecimientos y relaciones de la vida, en las cosas en las que rige el de minimis /ex non curat211, se conduce de forma desconsiderada y busca únicamente su provecho o su comodidad en perjuicio de otros; cuando se apropia de lo que es para todos, etc., entonces convenzámonos de que en su corazón no habita justicia alguna, sino que también en las cosas importantes será un infame en cuanto la ley y el poder no le aten las manos; y no le permitamos traspasar nuestra puerta. De hecho, quien rompe sin reparo las leyes de su club también quebrantará las del Estado en cuanto pueda hacerlo sin peligro 212 •
Perdonar y olvidar significa tirar por la ventana experiencias adquiridas a alto precio. Si uno con el que nos hallamos en relación o trato nos ha hecho algo desagradable o vejatorio, tenemos que preguntarnos si tiene tanto valor para nosotros como para admitir que nos vuelva a hacer lo mismo o algo peor en otra ocasión y con frecuencia; - o no. En caso afirmativo no habrá mucho que decir al respecto, porque hablar poco ayuda: así pues, tenemos que dejar pasar el asunto, con o sin advertencia, pero debemos saber que con ello estamos pidiendo que se repita. En caso negativo, en cambio, hemos de romper inmediatamente y para siempre con el valioso 1 amigo o, si es un sirviente, deshacernos de él. Pues será inevitable que, llegado el caso, vuelva a hacer exactamente lo mismo, o algo muy parecido, aun cuando él ahora afirme con toda solemnidad y franqueza lo contrario. Todo, todo lo puede uno olvidar excepto a sí mismo, su propia esencia. Pues el carácter es absolutamente inco-

210. [«De lo más mínimo se pueden extraer pruebas acerca de un carácter)>, Epístolas a Lucilio 52, 12.]
211. Véase p. 404 [p. 397], nota 99. [N. de la T.]
212. Si en los hombres, tal y como en su mayor parte son, lo bueno predomi-nase sobre lo malo, sería más prudente abandonarse a su justicia, equidad, agrade-cimiento, lealtad, amor o compasión, que a su miedo: pero puesto que con ellos ocurre al revés, lo más prudente es lo contrario.

468

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

rregible, ya que todas las acciones del hombre fluyen de un princi-pio interno en virtud del cual él, en las mismas circunstancias, ten-drá que hacer siempre lo mismo y no podrá actuar de otra manera. Léase mi escrito de concurso acerca de la llamada «libertad de la voluntad» y libérese de esa ilusión. Por eso también reconciliarse con un amigo con el que se había roto es una debilidad que se ex-pía cuando este, a la primera ocasión, vuelve a hacer exactamente lo mismo que provocó la ruptura, e incluso con un descaro aún mayor, en la callada conciencia de que es indispensable. Lo mismo vale de los sirvientes despedidos a los que se readmite. Tampoco, por la misma razón, podemos esperar que uno, en circunstancias distintas, haga lo mismo que antes. Los hombres cambian su ánimo y su conducta con la misma rapidez que sus intereses; de hecho, sus propósitos giran sus letras de cambio a tan corto plazo que uno mismo tendría que ser aún más corto de vista para no protestadas. En consecuencia, en el supuesto de que quisiéramos saber cómo actuará uno en una situación en la que pensamos ponerle, no pode-mos fiarnos de sus promesas y aseveraciones. Pues, aun suponiendo que hablara con franqueza, habla de un asunto que no conoce. Así pues, hemos de calcular su conducta atendiendo exclusivamente a las circunstancias en las que se ha de encontrar y al conflicto de estas con su carácter.
A fin de alcanzar la tan necesaria comprensión clara y profunda
de la verdadera y triste condición de los hombres tal como son en su mayoría, resulta sumamente ilustrativo utilizar sus actos y su conducta en la literatura como comentario de sus actos y su con-ducta en la vida práctica, y vice versa. Eso es muy conveniente para no equivocarse ni sobre uno mismo ni sobre ellos. Pero I ningún rasgo de vileza o estupidez con el que topemos en la vida o en la literatura debe convertirse para nosotros en materia de disgusto o enojo sino solo de conocimiento, por cuanto en él vemos una nue-va contribución a la caracterización del género humano y como tal lo retenemos. Entonces lo examinaremos más o menos como el mi-neralogista examina un espécimen muy característico de un mine-ral. - Existen excepciones, incluso incomprensiblemente grandes, y las diferencias de las individualidades son enormes: pero tomado en su conjunto, y como se ha dicho desde hace tiempo, el mundo va de mal en peor: los animales salvajes se devoran unos a otros y los domésticos se engañan entre sí, y a eso se le llama el curso del mundo. ¿pues qué son los Estados, con toda su artificiosa maqui-naria orientada hacia fuera y hacia dentro y con sus instrumentos
de poder, más que dispositivos para poner límites a la ilimitada

469

486

485

PARERGA Y PARALIPOMENA

injusticia de los hombres? ¿No vemos en toda la historia que cada
rey, tan pronto como está consolidado y su país goza de alguna prosperidad, utiliza esta para caer con sus tropas como con una banda de ladrones sobre los estados vecinos? ¿No son en el fondo casi todas las guerras invasiones de saqueo? En la temprana Anti-güedad, como también en parte de la Edad Media, los vencidos se convertían en esclavos del vencedor, es decir, en el fondo tenían que trabajar para él: pero lo mismo tienen que hacer los que pagan contribuciones de guerra: entregan, en efecto, el rendimiento del trabajo anterior. Dans toutes les guerres il ne s' agit que de voler213, dice Voltaire; y los alemanes deben darse por avisados.
30) Ningún carácter es tal que pueda abandonarse a sí mismo y marchar por sí solo, sino que todos necesitan ser guiados por con-ceptos y máximas. Pero si pretendemos llevar esto hasta el extremo de buscar un carácter totalmente adquirido y artificial, no surgido de nuestra naturaleza innata sino de una reflexión racional, enton-ces pronto encontraremos confirmado el

Naturam expelles furca, tamen usque recurret214 •

En efecto, uno podrá muy bien reconocer una regla para su comportamiento con los demás, incluso descubrirla y formularla con acierto, y sin embargo, en la vida real, 1 infringirla a renglón seguido. No obstante, no debemos dejarnos desalentar por ello y pensar que es imposible guiar nuestra conducta en el mundo por reglas abstractas y máximas, y que, por lo tanto, lo mejor es dejar-nos ir. Antes bien, con esto ocurre como con todos los preceptos e indicaciones teóricas para la vida práctica: comprender la regla es lo primero; lo segundo, aprender a ejercitarla. Lo primero se logra con la razón y de una sola vez; lo segundo, con la práctica y progre-sivamente. Al alumno se le muestran los acordes en el instrumento y las defensas y golpes con el florete: él falla enseguida, pese a los mejores propósitos, y piensa que es poco menos que imposible ob-servar las instrucciones en la rápida lectura de las notas o en el calor de la batalla. Sin embargo, lo aprende poco a poco, con el ejercicio, en medio de tropiezos, caídas y vueltas a levantar. Lo mismo ocurre con las reglas de la gramática al escribir y hablar en latín. No de

213. [«En todas las guerras no se trata sino de robar,,, La doncella de Orleans, c. XIX; Dictionaire philosophique, art. Guerre.]
214. [«Aunque expulses a la naturaleza con la horca, siempre volverá», Horacio, Epístolas l, 10, 24.]

470

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

otro modo se convierte el paleto en cortesano, el colérico, en ex-quisito caballero, el abierto se hace cerrado y el noble, irónico. No obstante, un autoadiestramiento tal adquirido mediante una larga costumbre actuará siempre como una violencia procedente de fue-ra a la que la naturaleza nunca deja del todo de resistirse y a veces la rompe de manera inesperada. Pues todo obrar según máximas abstractas es al obrar por inclinación originaria e innata lo que un artefacto humano, acaso un reloj en el que la forma y el movimien-to se imponen a una materia extraña a ellos, a un organismo vivo, en el que la forma y la materia están penetradas una por la otra y son una misma cosa. En esta relación del carácter adquirido con el innato se confirma una sentencia del emperador Napoleón: tout ce qui n'est pas naturel est imparfait 215, esta es en general una regla que vale de todas y cada una de las cosas, sean físicas o morales, y de la que no se me ocurre más excepción que la que conocen los geólogos: la aventurina 216 natural, que no iguala a la artificial. Por eso hemos de tener aquí cuidado con cualquier afectación. Esta provoca siempre el menosprecio: en primer lugar, por ser un engaño que, en cuanto tal, es cobarde, ya que se basa en el miedo; en segundo lugar, porque es un juicio de condena de uno mismo por uno mismo, ya que se aparenta ser lo que no se es y lo que, por consiguiente, 1 se considera mejor que lo que uno es. Afectar alguna cualidad, jactarse de ella, es confesar que no se posee. Bien sea de valentía, erudición, espíritu, agudeza, éxito con las mujeres, riqueza, un puesto distinguido o cualquier otra cosa de lo que se fanfarronea, de ahí se puede inferir que eso es justamente de lo que en alguna medida se carece: pues a quien realmente posee de forma plena una cualidad no se le ocurre exponerla y afectarla sino que no tiene a ese respecto preocupación alguna. Este es también el sentido del refrán español: herradura que chacolotea clavo le falta 217• Desde luego, como se dijo al principio, nadie puede soltar las riendas sin condiciones y mostrarse plenamente como es; porque lo mucho que hay de malo y bestial en nuestra naturaleza requiere ser encubierto: mas esto solo justifica lo negativo, el disimulo, y no lo positivo, la simulación. - También deberíamos saber que la afectación es reco-

215. [«Todo lo que no es natural es imperfecto», Lullin de Chateauvieux, Ma-nuscrit venu de St. Hélene, London, 1817.]
216. Variedad de cuarzo que debe su nombre al hecho de haber sido descubierta
por casualidad. [N. de la T.]
217. En español en el original y traducido a continuación al alemán por Scho-penhauer. [N. de la T.]

471

487

488

PARERGA Y PARALIPOMENA

nocida incluso antes de que se haga claro lo que uno realmente afec-
ta. Y, por último, a la larga no resulta convincente sino que alguna
vez la máscara se cae. Nemo potest personam diu ferre fictam: ficta
cito in naturam suam recidunt 218 (Séneca, De clementia l. I, c. 1).
31) Así como soportamos el peso de nuestro propio cuerpo sin sentirlo igual que sentimos un cuerpo extraño que queremos mover, no notamos los defectos y vicios propios sino solamente los ajenos. - Pero a cambio cada uno tiene en los demás un espejo en el que ve claramente sus propios vicios, defectos, malas costumbres y aspectos repugnantes de todo tipo. Solo que en la mayoría de los casos actúa como el perro, que gruñe frente a un espejo, porque no sabe que se está viendo a sí mismo sino que cree que se trata de otro perro. Quien critica a los demás trabaja en su propia mejora. Así pues, quienes tienen la tendencia y la costumbre de someter a una atenta y aguda crítica, calladamente y para sí mismos, la conducta ajena, las acciones de los demás, trabajan con ello en su propia mejora y perfeccionamiento: pues tendrán la suficiente justicia, o al menos el orgullo y la vanidad necesarios para evitar ellos mismos lo que a menudo censuran con tanta severidad. De los tolerantes vale lo contrario, a saber: hanc veniam I damus petimusque vicissim219• Ya el Evangelio moraliza bien acerca de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio: pero la naturaleza del ojo lleva consigo que vea hacia fuera y no a sí mismo: de ahí que sea un medio muy apropia-do de percatarse de los propios defectos observarlos y censurarlos en los demás. Para nuestra mejora necesitamos un espejo. También con respecto al estilo y la forma de escribir rige esta regla: quien admira una nueva necedad en ellos, en lugar de censu-rarla, la imitará. Por eso en Alemania se propagan todas tan rápi-damente. Los alemanes son muy tolerantes: se nota. Hanc veniam damus petimusque vicissim es su lema.
32) El hombre de noble especie cree en su juventud que las relaciones esenciales y decisivas, y los vínculos entre los hombres que de ahí surgen, son los ideales, es decir, los que se basan en la afinidad de los sentimientos, del modo de pensar, del gusto, de las capacidades espirituales, etc.: solo más tarde se percata de que son los reales, es decir, los que se basan en algún interés material. En ellos se fundan casi todas las relaciones: e incluso la mayor parte de

218. [«Nadie puede llevar mucho tiempo una máscara fingida: lo fingido vuelve pronto a su naturaleza», Séneca, De la clemencia I, 1, 6]
219. [«Damos esa libertad y a cambio la pedimos», Horacio, Arte poética 11. En el original: petimusque damusque.]

472

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

los hombres no tienen noción de otros vínculos. En consecuencia, cada uno es tomado de acuerdo con su cargo, su oficio, su nación o su familia, es decir, según el puesto y el papel que la convención le ha otorgado: de acuerdo con ellos se le clasifica y se le trata como un producto de fábrica. En cambio, lo que él es en y por sí, es de-cir, en cuanto hombre, en virtud de sus cualidades personales, solo entra en consideración a voluntad y por lo tanto de forma excep-cional, y es dejado de lado e ignorado por todos siempre que les re-sulte cómodo, o sea, la mayoría de las veces. Pero cuanto mayores sean esas cualidades, menos le gustará aquella clasificación, así que intentará sustraerse a su alcance. Sin embargo, esta se debe a que en este mundo de necesidad y carencia los medios para afrontarlas son siempre lo esencial y, por tanto, lo predominante.
33) Como papel moneda en lugar de la plata, así circulan en
el mundo, en lugar del verdadero respeto y la verdadera amistad, las demostraciones externas y los ademanes que los imitan de la forma más natural posible. Pero, por otra parte, también se puede 1 preguntar si realmente hay gente merecedora de aquellos. En to-do caso, aprecio más el meneo de la cola de un perro leal que cien demostraciones y ademanes de esa clase.
La amistad verdadera y auténtica presupone una intensa parti-cipación, puramente objetiva y totalmente desinteresada, en el pla-cer y el dolor del otro, y esta, a su vez, una identificación real con el amigo. A eso se opone el egoísmo de la naturaleza humana hasta tal punto que la verdadera amistad pertenece a las cosas de las que, como las colosales hidras, no se sabe si son fábulas o existen en al-guna parte. Entretanto, existen distintas relaciones entre hombres que en lo fundamental se basan en motivos egoístas encubiertos de diversa índole y que, sin embargo, están mezcladas con un grano de aquella verdadera y auténtica amistad que las ennoblece de tal modo que, en este mundo de imperfecciones, pueden llevar con alguna justicia el nombre de amistad. Se hallan muy por encima de los vínculos cotidianos, los cuales son más bien de tal clase que no volveríamos a dirigir la palabra a la mayoría de nuestros conocidos si oyésemos cómo hablan de nosotros en nuestra ausencia.
La mejor oportunidad de probar la autenticidad de un amigo
la tenemos, además de en los casos en que necesitamos una seria ayuda y un sacrificio importante, en el momento en que se le in-forma de una desgracia que nos acaba de ocurrir. Entonces, en efecto, o bien se dibuja en sus rasgos una verdadera y pura aflicción interior, o bien estos, con su serena calma o con un gesto pasajero, confirmarán la conocida sentencia de Rochefoucauld: dans l'adver-

473

490

489

PARERGA Y PARALIPOMENA

sité de nos meilleurs amis, nous trouvons toujours quelque chose
qui ne nous déplait pas219• Los que usualmente llamamos amigos apenas son capaces en tales ocasiones de reprimir la contracción
de una leve y satisfecha sonrisa. - Pocas cosas hay que con tanta seguridad pongan a la gente de buen humor como que se les cuente una importante desgracia que se acaba de sufrir o se les desvele abiertamente una debilidad personal. - iCaracterístico! -
La distancia y la larga ausencia perjudican toda amistad, 1 por mucho que nos cueste reconocerlo. Pues los hombres a los que no vemos, aun cuando sean nuestros más queridos amigos, se van secando a lo largo de los años y se convierten en conceptos abstrac-tos, con lo que nuestra participación en ellos se va haciendo mera-mente racional e incluso tradicional: la participación viva y sentida queda reservada a quienes tenemos ante la vista, aunque sean sim-plemente animales queridos. Así de sensitiva es la naturaleza hu-mana. Así pues, también aquí se demuestra la sentencia de Goethe:

El presente es un poderoso dios.
(Tasso, acto rv, escena 4)

Los amigos de la casa se llaman así en su mayoría con razón, ya que son más amigos de la casa que del amo, es decir, se parecen más a los gatos que a los perros.
Los amigos se llaman sinceros; los enemigos lo son: por eso deberíamos usar su censura para el autoconocimiento, a modo de amarga medicina.
¿son escasos los amigos en la necesidad? - iAl contrario! Ape-nas hemos hecho un amigo, y ya se encuentra en necesidad y quiere que le prestemos dinero. -
34) iPero qué novato es el que se figura que mostrar espíritu y entendimiento es un medio de hacerse querer en la sociedad! Antes bien, en una incalculable mayoría aquellos suscitan un odio y un rencor tanto más amargos cuanto quien los siente no está auto-rizado a denunciar su causa e incluso la oculta ante sí mismo. El proceso detallado es este: si uno observa y siente una gran superio-ridad espiritual en aquel con quien habla, de forma tácita y sin una clara conciencia llega a la conclusión de que en la misma medida nota y siente el otro su inferioridad y limitación. Este entimema provoca su más amargo odio, rencor y rabia. [Véase en El mundo

219. [«En la adversidad de nuestros mejores amigos encontramos siempre algo que no nos desagrada», Réfl.exions, ed. de 1665, n.0 99, edición Garnier, p. 108.]

474

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

como voluntad y representación, 3.ª ed., vol. II, 256, las palabras que se citan del doctor Johnson y Merck, el amigo de juventud de Goethe.] Con razón dice Gracián: «para ser bien quisto, el único medio vestirse la piel del más simple de los brutos» 221 (véase Orá-culo manual, y arte de prudencia, 240 [Obras, Amberes, 1702, P. II, p. 287]). Pero manifestar espíritu y entendimiento I es solo una manera indirecta de reprochar a todos los demás su incapacidad y estupidez. Además, la naturaleza vulgar se subleva cuando ve su contraria, y la oculta instigadora de la sublevación es la envidia. Pues, como se puede ver a diario, para la gente la satisfacción de su vanidad es un placer por encima de todos, y que, sin embargo, solo es posible mediante la comparación de sí mismo con los demás. De ninguna preeminencia se siente el hombre tan orgulloso como de la espiritual: solo en ella se basa su primacía sobre los animales 222 • Mostrarle una clara superioridad a ese respecto es por ello el ma-yor de los atrevimientos. Con ello se siente invitado a la venganza y en la mayoría de los casos buscará la ocasión de llevarla a cabo por la vía de la ofensa, con la cual pasa del ámbito de la inteligencia al de la voluntad, en el que, a este respecto, todos somos iguales. Por eso, mientras que en la sociedad el rango y la riqueza pueden siempre contar con el aprecio, los méritos del espíritu no han de es-perarlo en modo alguno: en el mejor de los casos son ignorados; si no, son vistos como una especie de impertinencia o como algo a lo que su poseedor ha llegado de forma ilícita y de lo que ahora tiene la osadía de enorgullecerse; así, todos se proponen calladamente aplicarle a cambio alguna humillación de otro tipo y simplemente esperan la oportunidad para ello. Difícilmente el comportamien-to más humilde conseguirá mendigar el perdón por la superiori-dad espiritual. Sadi dice en el Gulistan (p. 146 de la traducción de Graf): «Sepamos que en el hombre insensato se encontrará un rechazo del hombre inteligente cien veces mayor que la aversión que el inteligente siente por el insensato». - En cambio, la inferio-ridad de espíritu constituye una verdadera recomendación. Pues lo que es el calor al cuerpo es al espíritu el beneficioso sentimiento de superioridad; de ahí que cada cual se acerque al objeto que se lo augura, tan instintivamente como a la estufa o al rayo del sol. Mas

221. En español en el original. [N. de la T.]
222. La voluntad, podemos decir, se la ha dado el hombre a sí mismo: pues es
él mismo: pero el intelecto es una dotación que ha recibido del cielo, - es decir,
del eterno y misterioso destino y su necesidad, de los que su madre fue un mero instrumento.

475

491

492

493

PARERGA Y PARALIPOMENA

solo es un objeto tal aquel que se encuentra en clara I inferioridad:
en los hombres, con respecto a las cualidades del espíritu; en las mujeres, con respecto a la belleza. Desde luego, mostrar una clara inferioridad ante algunas personas cuesta ya algún trabajo. Sin em-bargo, véase con qué cordial amabilidad va una muchacha pasable al encuentro de una fea. La preeminencia corporal no tiene mucha importancia en los hombres, si bien uno se siente más a gusto junto a uno más bajo que junto a uno más alto que él. En consecuencia, entre los hombres se aprecia y busca generalmente a los tontos e ignorantes; entre las mujeres, a las feas: todos ellos obtienen fácil-mente la fama de tener buen corazón; porque todo necesita una excusa de su afecto ante sí mismo y ante los demás. Precisamente por eso la superioridad de espíritu en cualquiera de sus formas es una cualidad muy aislada: es rehuida y odiada, y como pretexto para ello se atribuyen a su poseedor toda clase de defectos 223 • Jus-tamente así actúa la belleza entre las mujeres: las muchachas muy bellas no encuentran ninguna amiga, ni siquiera una acompañante. Mejor harán en no aspirar a puestos de dama de compañía, pues ya con su aparición se ensombrece el rostro de la esperanzada nueva ama, que en modo alguno necesita un realce semejante ni para ella ni para su hija. - Lo contrario ocurre, en cambio, con los privile-gios del rango; porque estos no actúan a través del contraste y la distancia como los personales, sino a través del reflejo, como los colores del entorno sobre la cara.
35) La mayor parte de nuestra confianza en los demás radica a menudo en la pereza, el egoísmo y la vanidad: en la pereza, cuan-do, por no investigar, vigilar y actuar nosotros mismos, 1 preferi-mos confiar en otro; el egoísmo, cuando la necesidad de hablar de nuestros asuntos nos llevan a confiarle algo; vanidad, cuando se trata de algo de lo que nos ufanamos. De todos modos, exigimos que se honre nuestra confianza.

223. El medio principal para salir adelante en el mundo son, con mucho, las amistades y las camaraderías. Pero las grandes capacidades hacen al hombre orgulloso y con ello, poco apropiado para adular a quienes las poseen exiguas y ante los que, por tanto, debe disimular y ocultar las grandes. De forma opuesta actúa la conciencia de tener solo escasas capacidades: se aviene de forma excelente con la humildad, la afabilidad, la complacencia y el respeto a lo malo, así que consigue amigos y protec-
tores.

Lo dicho vale no solo de los cargos públicos sino de los puestos honoríficos, los títulos y hasta la fama en el mundo erudito; de modo que, por ejemplo, en las academias la querida mediocridad siempre está por encima, la gente de mérito llega tarde o nunca a conseguirlos, y así con todo.

476

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

Sin embargo, no debemos enojarnos por la desconfianza: pues en ella se encuentra un cumplido a la honradez, en concreto, el franco reconocimiento de su gran infrecuencia, debido a la cual pertenece a las cosas de cuya existencia se duda.

36) En mi Ética 224, p. 201 [2.ª ed., p. 198], he señalado una razón de la cortesía, esa virtud cardinal de los chinos: la otra es la siguiente: es un acuerdo tácito ignorar recíprocamente la miserable índole moral de unos y otros y no dejarla emerger; - de este modo se manifiesta con menor facilidad, para ventaja de ambas partes. La cortesía es prudencia; por consiguiente, la descortesía es estupidez: hacerse enemigos a causa de ella de forma innecesaria e intencionada es una demencia igual que cuando uno prende fuego a su casa. Pues la cortesía, igual que las fichas, es una falsa mone-da de carácter público: ser ahorrativo con ella demuestra falta de sensatez; la liberalidad con ella, en cambio, inteligencia. En todas las naciones se concluyen las cartas con votre tres-humble serviteur,

- your most obedient servant, - suo devotissimo servo225: sola-mente los alemanes se contienen en lo de «servidor», - iporque no es verdad! En cambio, quien practica la cortesía hasta sacrificar intereses reales se asemeja al que da monedas de oro auténticas en vez de fichas. - Así como la cera, dura y quebradiza por naturale-za, con un poco de calor se vuelve tan flexible que adopta cualquier forma, incluso a los hombres obstinados y hostiles se les puede ha-cer dóciles y complacientes con algo de cortesía y amabilidad. Así que la cortesía es al hombre lo que el calor a la cera.
La cortesía es, desde luego, una difícil tarea en la medida en que exige que mostremos a todo el mundo el mayor respeto, cuando la mayoría no merece ninguno; luego, que simulemos el más vivo interés por ellos, cuando nos hemos de alegrar I de no tener ningu-no. - Conciliar la cortesía con el orgullo es una obra maestra. - Las ofensas, que en realidad siempre consisten en manifesta-ciones de falta de respeto, nos harían perder mucho menos la se-renidad si, por una parte, no tuviéramos una imagen exagerada de nuestro alto valor y dignidad, es decir, si no albergáramos un orgullo desmesurado; y, por otra, si tuviéramos claro lo que de or-dinario considera y piensa cada cual de los demás. i Qué llamativo contraste hay entre la sensibilidad de la mayoría de la gente a la

224. Véase Los dos problemas fundamentales de la ética, p. 198, [p. 223]. [N.
de la T.]
225. [Su muy humilde servidor / su más obediente servidor / su muy devoto servidor.]

477

495

494

PARERGA Y PARALIPOMENA

más leve indicación de una crítica que les afecta, y lo que oirían si espiasen la conversación de sus conocidos acerca de ellos! - Debe-ríamos más bien tener presente que la cortesía habitual no es más
que una máscara sonriente: entonces no pondríamos el grito en el cielo si alguna vez se desplazase un poco o fuera quitada durante un momento. Pero cuando alguien se vuelve directamente grosero, es como si se hubiera quitado la ropa y se quedara in puris natu-ralibus226. Por supuesto, y como la mayoría de los hombres en ese estado, tiene entonces un mal aspecto.
37) No debemos tomar a ningún otro como modelo de nuestra conducta; porque la situación, circunstancias y relaciones nunca son las mismas, y porque la diversidad del carácter da al comporta-miento un diferente matiz; por eso duo cum f aciunt ídem, non est idem 227. Hemos de obrar conforme a nuestro propio carácter, des-pués de una madura reflexión y un penetrante examen. Así pues, también en lo práctico es indispensable la originalidad: sin ella lo que se hace no concuerda con lo que se es.
38) No debemos discutir la opinión de ningún hombre, sino pen-sar que si pretendiéramos disuadirle de todos los absurdos en los que cree, podríamos alcanzar la edad de Matusalén sin haber terminado. También debemos abstenernos en la conversación de toda ob-

servación correctiva, aunque sea bien intencionada: pues ofender a la gente es fácil; mejorarla, difícil, cuando no imposible.
Cuando los absurdos que hemos de escuchar en una conversa-ción comiencen a irritarnos, tenemos que I pensar que se trata de una escena de comedia entre dos necios. Probatum est228. - Quien haya venido al mundo para instruirlo seriamente y en las cosas más importantes puede considerarse dichoso si sale ileso.
39) Quien quiera que su juicio encuentre crédito, hable con frialdad y sin apasionamiento. Pues toda vehemencia nace de la vo-luntad: de ahí que el juicio se atribuya a esta y no al entendimiento, que es frío por naturaleza. En efecto, dado que lo radical en el hombre es la voluntad, mientras que el entendimiento es mera-mente secundario y añadido, antes se creerá que el juicio ha nacido de la voluntad excitada y no que la excitación de la voluntad haya surgido meramente del juicio.
40) Aunque tengamos todo el derecho a ello, no caigamos en la tentación de elogiarnos a nosotros mismos. Pues la vanidad es una cosa tan usual, y el mérito tan inusual, que siempre que aparen-

226. [En cueros.]
227. [«Cuando dos hacen lo mismo, no es lo mismo)>, Terencio, Adelphi 5, 3.]
228. [Está demostrado.]

478

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ternos elogiarnos a nosotros mismos, aunque sea indirectamente, todos apostarán cien contra uno a que lo que habla en nosotros es la vanidad, que carece del suficiente entendimiento para compren-der lo ridículo del asunto. - No obstante, y con todo esto, puede que no le falte del todo razón a Bacon de Verulam cuando dice que el semper aliquid haeret229 vale tanto para la calumnia como para el autoelogio, y por eso recomienda este en dosis moderadas (véase De augmentis scient. Lib. 8, p. 228).
41) Cuando sospechemos que uno miente, hagámonos los crédulos: entonces se envalentonará, mentirá más y se pondrá en evidencia. En cambio, si notamos que se le escapa parte de una verdad que quiere encubrir, hagámonos los incrédu-los para que él, provocado por la contradicción, permita que avance la retaguardia de toda la verdad.
42) Hemos de considerar secretos todos nuestros asuntos per-sonales, y permanecer totalmente desconocidos para nuestros ami-gos en lo que trascienda lo que ellos ven con sus propios ojos. Pues con el tiempo y las circunstancias, su conocimiento de las cosas más inofensivas puede resultarnos perjudicial. - En general, es más conveniente mostrar el propio entendimiento con lo que se calla que con lo que se dice. Lo primero es cuestión de prudencia; lo se-gundo, de I vanidad. La ocasión de ambas se presenta con la misma frecuencia: pero a menudo preferimos la satisfacción efímera que nos brinda la última a la utilidad duradera que aporta la primera. Incluso el alivio interior de hablar alguna vez en voz alta con no-sotros mismos, cosa que sienta bien a las personas muy vivaces, deberíamos negárnoslo a fin de que no se convierta en costumbre; porque de ese modo el pensamiento se amiga y se hermana tanto con la palabra que poco a poco también el hablar con los otros se convierte en un pensar en voz alta, cuando la prudencia exige que entre nuestro pensamiento y nuestro hablar se mantenga abierto un amplio abismo.
A veces pensamos que otros no pueden creer algo que nos con-cierne, cuando a ellos no se les ocurre dudarlo: pero si hacemos que se les ocurra, entonces ellos ya no podrán creerlo. Con frecuencia nos delatamos simplemente porque nos figuramos que es imposible que algo no se nos note; - del mismo modo que nos precipitamos desde una altura por el vértigo, es decir, por pensar que es impo-
sible mantenerse fijo ahí, y que el tormento de seguir allí es tan grande que más vale acortarlo: esa ilusión se llama vértigo.

229. [Siempre queda algo.]

479

497

496

PARERGA Y PARALIPOMENA

Por otra parte, debemos saber que la gente, incluso la que en otras cuestiones no delata mucha agudeza, es una excelente alge-brista en los asuntos personales de los demás, en los que a través
de una sola magnitud dada resuelve el más intrincado problema. Si por ejemplo, se le cuenta un suceso pasado omitiendo todo nom-bre y toda especial designación de personas, hay que guardarse de introducir cualquier detalle positivo e individual, por nimio que sea, como acaso un lugar o momento, o el nombre de una persona circunstancial, o cualquier otra cosa que aun indirectamente pueda estar conectada con ello: pues con eso tiene una magnitud positi-vamente dada por medio de la cual su agudeza algebraica resuelve todo lo demás. En efecto, el entusiasmo de la curiosidad es aquí tan grande que, en virtud de él, la voluntad espolea los flancos del in-telecto, que es así impulsado a alcanzar los más lejanos resultados. Pues tan insensible e indiferente como es la gente I a las verdades generales, así de aficionada es a las individuales.
Conforme a todo ello, la discreción ha sido recomendada por todos los maestros de la prudencia mundana de la forma más en-carecida y con los más variados argumentos; de ahí que me baste con lo dicho. Solo quisiera traer a colación algunas máximas árabes que son especialmente eficaces y poco conocidas. «Lo que no debe saber tu enemigo no se lo digas a tu amigo.» - «Si guardo mi se-creto, él es mi prisionero: si lo dejo escapar, soy yo su prisionero.»
- «Del árbol del silencio cuelga su fruto, la paz.»
43) Ningún dinero se ha empleado con más provecho que aquel que nos han estafado: pues con él hemos comprado inmediatamen-te prudencia.
44) En lo posible no debemos abrigar animadversión hacia na-die, pero sí hay que tomar buena nota de los procédés 230de cada cual y conservarlos en la memoria a fin de constatar conforme a ellos su valía, al menos en relación con nosotros, y regular según eso nues-tra actitud y comportamiento con él, - convencidos siempre de la inmutabilidad del carácter: olvidar alguna vez un rasgo negativo de un hombre es como tirar el dinero adquirido con dificultad. Así se protege uno de la necia confianza y la necia amistad. -
«No amar ni odiar» contiene la mitad de toda prudencia mun-dana: «no decir nada ni creer nada», la otra mitad. Desde luego, a un mundo que hace necesarias reglas como esta y la siguiente se le volverá con gusto la espalda.
45) Dejar ver ira u odio en palabras o en gestos es inútil, es

230. [Procedimientos.]

480

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

peligroso, es imprudente, es ridículo, es vulgar. Así pues, la ira o el odio no se deben mostrar más que en los hechos. Esto último se po-drá hacer con perfección tanto mayor cuanto más perfectamente se evite lo primero. - Solo los animales de sangre fría son venenosos.
46) Parler sans accent 231: esta antigua regla de la gente de mun-do tiene el propósito de dejar al entendimiento del otro descubrir lo que se ha dicho: si es lento, antes de que haya terminado I uno ya está lejos. En cambio, parler avec accent significa hablar a los sentimientos, y entonces todo resulta al contrario. A algunos, con gesto cortés y tono amistoso, se les pueden decir incluso verdade-ros desatinos sin peligro inmediato.

D. REFERENTES A NUESTRA CONDUCTA CON EL CURSO
DEL MUNDO Y EL DESTINO

47) Sea cual fuere la forma que adopte la vida humana, sus elemen-tos son siempre los mismos y, por lo tanto, es en esencia siempre la misma: aunque se desarrolle en la cabaña o en la corte, en el convento o el ejército. Por variados que sean sus acontecimientos, sus aventuras, sus fortunas y desdichas, con ella ocurre como con los confites. Son muchas figuras de formas y colores diversos: pero todas están amasadas con una misma pasta; y lo que le sucedió a uno se parece a lo que le ocurrió al otro mucho más de lo que este piensa al oírlo contar. Los acontecimientos de nuestra vida se ase-mejan también a las imágenes del caleidoscopio, en el que a cada vuelta vemos algo distinto pero en realidad siempre tenemos lo mismo ante los ojos.
48) Existen tres poderes en el mundo, dice un antiguo con gran acierto: crúv1::cr1.<;, xpd:to<;, xal -cúx,11: inteligencia, fuerza y suerte. Yo creo que la última es la preponderante. Pues nuestra vida es comparable al rumbo de un barco. El destino, la 1:úx,11, la secunda aut adversa fortuna 232, desempeña el papel el viento, ya que nos impulsa con gran rapidez o nos hace retroceder; contra él poco pueden hacer nuestros propios esfuerzos y actuaciones. Estos, en efecto, desempeñan el papel de los remos: cuando nos han hecho avanzar un trecho a base de muchas horas de largo trabajo, un re-pentino golpe de viento nos hace retroceder otro tanto. En cambio,

231. [Hablar sin énfasis.]
232. [Buena o mala fortuna.]

481

499

498

PARERGA Y PARALIPOMENA

cuando es favorable nos impulsa de tal modo que no necesitamos
los remos. Ese poder de la fortuna lo expresa de forma insuperable
un refrán español: «Da ventura a tu hijo, y echa lo [sic] en el mar»233 •
Mas el azar es un poder maligno al que hay que abandonarse lo menos posible. ¿pero quién es entre todos los que dan algo I el único que al darlo nos muestra con la máxima claridad que no te-nemos ningún derecho a sus dones, que no se los hemos de agrade-cer a nuestros merecimientos sino exclusivamente a su bondad y su favor, y que justamente de ahí podemos sacar la alegre esperanza de seguir recibiendo humildemente algunos dones inmerecidos? - Es el azar: él, que entiende el arte soberano de hacer evidente que ante su favor y su merced todo mérito es impotente y no vale nada. - Cuando uno vuelve la vista sobre su vida, cuando contempla
el «curso laberínticamente extraviado» 234 de la misma y tiene que ver tanta felicidad frustrada, tanta desgracia arrostrada, es fácil que llegue demasiado lejos en los reproches a sí mismo. Pues nuestro curso vital no es propiamente obra nuestra, sino el producto de dos factores: la serie de los acontecimientos y la serie de nuestras deci-siones, que se mezclan entre sí y se modifican mutuamente. A esto se añade además que en ambas nuestro horizonte es siempre muy limitado, por cuanto no podemos predecir con mucha anticipación nuestras decisiones ni aún menos prever los acontecimientos, sino que en realidad solo conocemos bien de ambas el presente. Por eso, mientras el fin está todavía lejano, no podemos ni siquiera ir directamente a él sino solo orientarnos de forma aproximada y por conjeturas, así que con frecuencia hemos de dar rodeos. En efecto, todo lo que podemos hacer es concebir siempre nuestras decisiones conforme a las circunstancias presentes, en la esperanza de tener la suerte de que nos acerque al fin principal. Pues la mayor par-te de los acontecimientos y de nuestros propósitos fundamentales son comparables a dos fuerzas que tiran en direcciones opuestas; y la diagonal que de ahí surge es nuestro curso vital. Terencio ha dicho: In vita est hominum quasi cum ludas tesseris: si illud, quod maxime opus est jactu, non cadit, illud quod cecidit f orte, id arte ut corrigas235

; aquí debió tener a la vista alguna especie de tablero

233. En español en el original, y traducido al alemán a continuación por Scho-penhauer. [N. de la T.]
234. [Goethe, Fausto I, 14.)
235. [«En la vida del hombre ocurre como en la partida de dados: si no sale la jugada que más se necesita, el arte ha de corregir lo que ofreció el azar>>, Adelphi, acto 4, 7, 739-741.)

482

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

de dados. En resumen, podemos decir: el destino baraja las cartas y nosotros jugamos. Pero el mejor ejemplo para expresar mi pre-sente consideración sería el siguiente: en la vida ocurre como en el ajedrez: trazamos un plan: este queda, 1 no obstante, condicionado por lo que tenga a bien hacer en el juego el oponente y, en la vida, el destino. Las modificaciones que con ello sufre nuestro plan son la mayoría de las veces tan grandes que en la ejecución apenas se reconocen algunos rasgos básicos.
Por lo demás, en nuestra vida hay todavía algo que trasciende todo eso. Se trata de una verdad trivial y confirmada con excesiva frecuencia: que a menudo somos más necios de lo que creemos: en cambio, que seamos más sabios de lo que pensamos es un descu-brimiento que solo hacen los que se hallan en tal caso, y solo más tarde. En nosotros hay algo más sabio que la mente. En efecto, en los grandes trazos, en los pasos principales de nuestra vida, no obramos tanto por un claro conocimiento de lo justo como por un impulso interno, diríamos que un instinto, que procede de lo profundo de nuestro ser; y luego glosamos nuestra acción confor-me a conceptos claros, pero también pobres, adquiridos e incluso prestados, y de acuerdo con reglas generales, ejemplos ajenos, etc., sin ponderar lo suficiente el «lo de uno no es conveniente para to-dos»236: entonces es fácil que nos volvamos injustos con nosotros mismos. Pero al final se muestra quién tenía razón; y solo la vejez felizmente alcanzada es capaz de juzgar el asunto de manera subje-tiva y objetiva.
Quizás aquel impulso interior esté dirigido de modo inconscien-
te por sueños proféticos olvidados al despertar, que precisamente así otorgan a nuestra vida el tono regular y la unidad dramática que no es capaz de darle la conciencia cerebral, tan a menudo oscilante y errática y tan fácilmente indeterminada, y a consecuencia de la cual, por ejemplo, el que está llamado a realizar grandes obras de una clase determinada lo siente ya interna y ocultamente desde la juventud y trabaja para ello como las abejas en la construcción de su panal. Eso es para cada cual lo que Baltasar Gracián llama «la gran sindéresis» 237: la gran custodia instintiva de sí mismo, sin la cual pe-

236. [Goethe, poema Beherzigung (ponderación).]
237. [Oráculo manual y arte de prudencia, regla 96: «De la gran sindéresis. Es el trono de la razón, base de la prudencia, que en fe della cuesta poco el acertar. Es suerte del Cielo, y la más deseada por primera y por mejor: la primera piec;a del arnés con tal urgencia, que ninguna otra que le falte a un hombre le denomina falto; nótase más su menos. Todas las acciones de la vida dependen de su influencia, y todas solicitan su calificación, que todo ha de ser con seso. Consiste en una co-

483

500 501

502

PARERGA Y PARALIPOMENA

rece. - Obrar según principios abstractos es difícil y solo se consi-
gue tras mucha práctica, y aun así, no siempre: además es frecuen-
te que tales principios no basten. En cambio, cada cual cuenta con ciertos principios concretos innatos que lleva en la sangre I y los jugos, ya que son el resultado de todo su pensar, sentir y querer. La mayoría de las veces no los conoce in abstracto sino que únicamen-te cuando vuelve la mirada sobre su vida se percata de que siempre los ha seguido y ha sido tirado por ellos como por un hilo invisible. Según cómo sean, le conducirán a la felicidad o a la desgracia.
49) Deberíamos tener constantemente a la vista la acción del tiempo y la inconstancia de las cosas, y así, en todo lo que ahora ocurre, imaginar enseguida su contrario: en la felicidad, represen-tarnos vivamente la desdicha; en la amistad, la enemistad; en el buen tiempo, el malo; en el amor, el odio; en la confianza y la con-fidencia, la traición y el arrepentimiento; y así también en el sentido contrario. Esto proporcionaría una fuente duradera de prudencia mundana, ya que seríamos siempre sensatos y no se nos engañaría tan fácilmente. En la mayoría de los casos lo único que habríamos hecho con ello es anticipar la acción del tiempo. - Pero quizá para ningún conocimiento sea tan indispensable la experiencia como para una correcta evaluación de la inconstancia y el cambio de las cosas. Justo porque todo estado existe necesariamente durante el tiempo en que dura, y por lo tanto con pleno derecho, también cada año, cada mes y cada día parecen como si quisieran mantener el derecho por toda la eternidad. Mas ninguno lo mantiene, y el cambio es lo único permanente. El prudente es aquel a quien la aparente estabilidad no engaña y que prevé además la dirección

que tomará el cambio 238. Por el contrario, el hecho de que, por lo regular, los hombres consideren permanente el estado transitorio de las cosas o el rumbo de su curso se debe a que tienen ante los ojos los efectos pero no comprenden las causas, cuando son estas 1 las que llevan en sí mismas el germen de los cambios futuros; míen-

natural propensión a todo lo más conforme a razón, casándose siempre con lo más acertado.>>]
238. El azar tiene un campo de juego tan grande en todas las cosas humanas, que cuando intentamos prevenir inmediatamente con sacrificios un peligro remoto que nos amenaza, es frecuente que ese peligro desaparezca debido a una condición imprevista que adoptan las cosas; y entonces no solo se han perdido los sacrificios hechos sino que el cambio provocado por ellos supone directamente un perjuicio al haber cambiado el estado de cosas. De ahí que en nuestras precauciones no debamos llegar a un futuro muy lejano sino que tengamos que contar también con el azar y afrontar audazmente algunos peligros esperando que, como algunas negras nubes de tormenta, pasen de largo.

484

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

tras que el efecto, que no existe más que para ellos, no contiene nada al respecto. Ellos se atienen a este y suponen que las causas desconocidas que fueron capaces de producir tal efecto también es-tarán en condiciones de mantenerlo. Aquí tienen la ventaja de que cuando yerran lo hacen siempre unisono; de ahí que la calamidad que surge como consecuencia de ello sea siempre general, mientras que la cabeza pensante, cuando yerra, lo hace sola. - De paso tenemos aquí una confirmación de mi tesis de que el error nace de inferir la causa a partir del efecto. Véase El mundo como voluntad y representación, volumen I, p. 90 [3.ª ed., p. 94].
No obstante, solo debemos anticipar el tiempo en teoría y me-diante la previsión de su acción, no en la práctica; en concreto, no de tal modo que nos adelantemos a él reclamando antes de tiempo lo que solo él puede traer. Pues quien haga eso experimentará que no hay un usurero peor y más inflexible que precisamente el tiem-po, y que, cuando es obligado a pagar por adelantado, cobra más intereses que cualquier judío. Por ejemplo, con cal viva y calor se puede estimular un árbol de tal modo que en el plazo de pocos días dé hojas, flores y frutos: pero luego muere. - Si el joven pretende ejercitar ya la fuerza generativa del hombre, aunque sea solo algu-nas semanas, y hacer con diecinueve años lo que fácilmente podría con treinta, el tiempo le dará el pago por adelantado, pero el inte-rés será una parte de las fuerzas de sus años futuros y hasta de su propia vida. - Hay enfermedades de las que uno solo se restablece convenientemente y a fondo dejándoles seguir su curso natural, tras el cual desaparecen por sí mismas sin dejar huella alguna. Pero si se pretende estar sano inmediatamente y ahora, nada más que justamente ahora, también aquí el tiempo dará su pago anticipado: la enfermedad se cura: pero el interés es la debilidad y el mal cróni-co de por vida. - Si en tiempos de guerra o de agitación uno nece-sita dinero de inmediato, justo en ese momento, se verá obligado a vender bienes inmuebles o bonos del Estado por un tercio y todavía menos de su valor, valor que obtendría en su totalidad si I permi-tiera al tiempo ejercer su derecho, es decir, si quisiera esperar unos años: pero él obliga al tiempo a darle el anticipo. - O bien uno necesita una suma de dinero para un largo viaje: en el plazo de uno o dos años podría ahorrarlo de su salario. Pero no quiere esperar: así que lo pide prestado o lo toma provisionalmente del capital: es decir, el tiempo tiene que anticiparlo. Su interés es, en ese caso, el desorden producido en la caja, un déficit permanente y creciente
del que nunca se librará. - Esa es, pues, la usura del tiempo: sus víctimas son todos los que no pueden esperar. Pretender apresurar

485

504

503

PARERGA Y PARALIPOMENA

el curso del tiempo, que transcurre pausadamente, es la empresa
más costosa. Así pues, guardémonos de adeudar intereses al tiempo.
50) Una distinción característica y muy destacada en la vida común entre las mentes vulgares y las sensatas es que aquellas, al meditar y evaluar los posibles peligros, siempre preguntan y consi-deran únicamente qué sucesos de esa clase han ocurrido ya; estas, en cambio, qué es lo que potencialmente puede ocurrir; con lo que tienen en cuenta que, como dice un refrán español, «Lo que no acaece en un año, acaece en un rato» 239 • La diferencia en cuestión es, por supuesto, natural: pues abarcar lo que puede ocurrir requie-re entendimiento; lo que ha ocurrido, simple sentido.
Pero sea nuestra máxima: isacrificad los demonios malignos! Es decir, no debemos reparar en un cierto despliegue de esfuerzo, tiempo, incomodidad, formalidades, dinero o privación para cerrar las puertas a la posibilidad de una desgracia: y que cuanto mayor sea esta, menor, más remota e improbable sea aquella posibilidad. La ejemplificación más clara de esa regla es la prima de seguros. Es un sacrificio ofrecido públicamente y por todos en el altar de los demonios malignos.
51) No debemos prorrumpir en gran júbilo o en gran lamento
a causa de ningún acontecimiento; por una parte, debido a la varia-bilidad de todas las cosas, que a cada instante lo puede modificar; y en parte, debido a la índole engañosa de nuestro juicio sobre lo que nos es provechoso o perjudicial; como consecuencia de ella, casi todos nos hemos lamentado alguna vez I de algo que después se demostró ser lo mejor para nosotros, o nos hemos alegrado por algo que se convirtió en fuente de nuestros mayores sufrimientos. La disposición que se recomienda contra eso la expresó ya Shake-speare con gran belleza:

I have f elt so many quirks of joy and grief,
That the first face of neither, on the start,
Can woman me unto it24º.
(All's well, A. 3, ese. 2)

Pero en general, el que se mantiene tranquilo en todas las des-gracias muestra que sabe lo colosales que son y las mil formas que

239. En español en el original, y traducido al alemán a continuación por Scho-penhauer. [N. de la T.]
240. Tantos arrebatos de alegría y pena he sentido ya, que nunca más me dejo arrastrar inmediatamente, como una mujer, por la primera apariencia que sea moti-vo de una de las dos.

486

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

tienen los posibles males de la vida; por eso ve el que entonces le acontece como una parte muy pequeña de lo que podría venir: ese es el ánimo estoico, de acuerdo con el cual nunca se debe estar conditonis humanae oblitus 241, sino tener presente cuán triste y mi-serable es la suerte de la existencia humana y qué innumerables los males a los que está expuesta; para refrescar este conocimiento solo se necesita echar una mirada alrededor: donde quiera que estemos, pronto tendremos a la vista esa lucha, agitación y tormento por la miserable y estéril existencia que nada reporta. Conforme a ello, moderaremos nuestras pretensiones, aprenderemos a acomodarnos a la imperfección de todas las cosas y estados, y nos enfrentaremos a las desgracias para eludirlas o soportarlas. Pues las desgracias, grandes y pequeñas, son el elemento de nuestra vida: esto debería-mos, pues, tenerlo siempre presente; mas no por ello lamentarnos y hacer muecas como un 8ÚcrxoA0<; 242, junto con Beresford243, por las continuas miseries of human life; y todavía menos in pulicis morsu Deum invocare244

; antes bien, como un cuA.cx,~,Í<; 245, llevar la
cautela en la prevención y evitación de las desgracias, procedan de los hombres o de las cosas, hasta tal punto y con tanto refinamiento que, al igual que un astuto zorro, evitemos con todo esmero cual-quier infortunio grande o pequeño (que la mayoría de las veces no es más que una torpeza encubierta).
1 El hecho de que una desgracia nos resulte menos difícil de soportar si de antemano la hemos considerado posible y, como se suele decir, nos hemos dispuesto para ella, puede deberse princi-palmente a que, cuando meditamos tranquilamente el caso como una mera posibilidad antes de que se produzca, contemplamos la extensión de la desgracia claramente y desde todos los puntos de vista, y así conocemos al menos que es limitada y abarcable; como consecuencia de ello, cuando nos afecta realmente ya no puede actuar más que con su verdadera gravedad. En cambio, si no hemos hecho eso sino que nos afecta de improviso, entonces el espíritu horrorizado no puede en el primer momento medir exactamente la magnitud de la desgracia: para él es entonces inabarcable, por

241. [«Olvidado de la condición humana»; cf. Séneca, De ira 11, 10, 3; De la tranquilidad del ánimo X, 4; Cicerón, Disputaciones tusculanas I, 8, 15, entre otros.]
242. [Malhumorado.]
243. James Beresford (1764-1840), escritor y clérigo, autor de la obra satírica
The Miseries of Human Life. [N. de la T.]
244. [Invocar a Dios por la picadura de una pulga.]
245. [Prudente.]

487

505

506

PARERGA Y PARALIPOMENA

lo que es fácil que le parezca inmensa o al menos mayor de lo que realmente es. De manera semejante, la oscuridad y la incertidum-
bre hacen que cualquier peligro parezca mayor. A esto se añade,
por supuesto, que, al mismo tiempo que sobre la desgracia antici-
pada como posible, hemos reflexionado sobre los consuelos y los remedios para ella, o al menos nos hemos hecho a su idea.
Pero nada nos hace más capaces de soportar tranquilamente las desgracias que nos acontecen, que estar convencidos de la verdad que en mi escrito de concurso Sobre la libertad de la voluntad he deducido y constatado a partir de sus razones últimas; en él, p. 62 [2.ª ed., p. 60], se dice: «Todo lo que ocurre, desde lo más gran-de a lo más pequeño, ocurre necesariamente»246 • Pues el hombre sabe conformarse pronto con lo irremediablemente necesario, y aquel conocimiento le permite considerar todo, incluso lo que se produce por las más extrañas coincidencias, exactamente igual de necesario que lo que ocurre según las reglas más conocidas y de forma totalmente prevista. Remito aquí a lo que he dicho (El mun-do como voluntad y representación vol. I, pp. 345 y 346 [3.ª ed., p. 361]) acerca del tranquilizador efecto de conocer lo inevitable y necesario. Quien esté penetrado de él primero estará dispuesto a hacer lo que pueda, pero luego, a sufrir lo que sea necesario.
Las pequeñas contrariedades que a todas horas nos molestan pueden considerarse destinadas a que mantengamos la práctica a fin de que en la felicidad no flaqueen las fuerzas para soportar las grandes desgracias. Frente a los fastidios diarios, los pequeños ro-ces en el I trato con los hombres, los choques insignificantes, las impertinencias de los demás, los chismorreos y cosas por el estilo, hay que ser un Sigfrido calloso247, es decir, no sentir nada, y mucho menos tomarse algo a pecho y darle vueltas; antes bien, no dejar que se venga encima nada de eso, darle una patada como a las pie-dras que se encuentran en el camino, y en modo alguno asumirlo en el interior de la propia reflexión y meditación.
52) Pero lo que la gente denomina usualmente el destino no son la mayoría de las veces más que sus propias necedades. Por eso nunca se puede considerar bastante el bello pasaje de Homero

246. Véase Los dos problemas fundamentales de la ética, p. 60, [p. 91]. [N. de la T.]
247. Héroe de la literatura y mitología germánica, protagonista del relato en prosa la Saga Volsuga y del poema El Cantar de los Nibelungos. La calificación de «calloso» (gehoruter, lit. «cornudo)>) se debe a la callosidad que sobre su cuerpo formó la sangre del dragón que mató al bañarse en ella. [N. de la T.]

488

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

(Il.[íada] XXIII, 313 sqq.) en el que recomienda la µíin<; 248, es decir, la reflexión prudente. Pues, aunque las malas acciones no

se expían hasta el más allá, las necias se expían ya en este mundo; - si bien de vez en cuando puede haber indulgencia.
No aparenta ser terrible y peligroso el que mira con ira sino con prudencia:

- pues con certeza el cerebro humano es un arma
más temible que las garras del león.

-

El perfecto hombre de mundo sería el que no se quedase para-do por la indecisión ni cayera en al apresuramiento.
53) Junto con la prudencia, la valentía es una cualidad esen-cial para nuestra felicidad. Por supuesto, uno no puede darse a sí mismo ni la una ni la otra, sino que hereda aquella de la madre y esta del padre: no obstante, con el propósito y la práctica se puede fomentar lo que se tiene de ellas. En este mundo donde «la suer-te se echa férreamente» 249 se necesita un ánimo férreo, acorazado frente al destino y armado frente a los hombres. Pues toda la vida es una lucha, cada paso nos es disputado, y con razón dice Voltaire: on ne réussit dans ce monde qu'a la pointe de l'épée, et on meurt les armes a la main250 • De ahí que sea un alma cobarde la que tan pronto como se acumulan las nubes, o simplemente se dejan ver en el horizonte, se encoge, se desanima y se lamenta. Antes bien, sea nuestro lema:

Tu ne cede malis, sed contra audentior ito251 •

Mientras siga siendo dudoso el desenlace de un asunto arries-gado, mientras exista la posibilidad de que sea feliz, 1 no debemos pensar en vacilar sino en resistir; igual que no debemos desesperar

248. [Prudencia. Ilíada XXIII, 313-325: <<Así pues, amigo, reflexiona y tómate a pecho toda clase de enseñanzas para que no se te escape el premio en la batalla. La prudente reflexión ayuda al leñador más que la fuerza, solo con reflexión es el piloto capaz de conducir con seguridad por el oscuro mar su veloz barco combatido por el viento: Con reflexión vence un auriga a otro. Al que, confiando solo en su carro y sus caballos, les hace dar vueltas sin un plan aquí y allá, el tiro se le desvía en la carrera y ya no lo puede sujetar. Pero el que, prudente, conserva su ventaja tam-bién con los caballos inferiores, mira constantemente a la meta, da la vuelta cerca y observa bien a dónde debe guiarlos con la fusta de piel de buey, mantiene la ventaja con seguridad y vigila que nadie pueda sobrepasarle».]
249. [Schiller, comienzo del poema «La batalla».]
250. [«En este mundo no se triunfa más que a punta de espada, y se muere con
las armas en la mano», Oeuvres, ed. Beuchot, 59, p. 525.]
251. [«No cedas ante la adversidad, ve a su encuentro valerosamente», Virgilio,
Eneida VI, 9 5.]

489

507

PARERGA Y PARALIPOMENA

del tiempo mientras siga habiendo en el cielo un fragmento azul. De hecho, hemos de llegar a decir:

Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae 252 •

La misma vida en su totalidad, por no hablar de sus bienes, no merece un estremecimiento tan cobarde ni que se encoja tanto el corazón:

Quocirca vivite f ortes,
Fortiaque adversis opponite pectora rebus253 •

Sin embargo, también aquí es posible el exceso: pues el valor puede degenerar en temeridad. Una cierta medida de temor es incluso necesaria para nuestra supervivencia en el mundo: la co-bardía es simplemente su exceso. Esto lo ha expresado con gran acierto Bacon de Verulam en su explicación etimológica del terror panicus, que deja muy atrás la más anti~ua de Plutarco (De Iside et Osir. c. 14) que se ha conservado. El, en concreto, lo dedu-ce de Pan como la naturaleza personificada, y dice: Natura enim rerum omnibus viventibus indidit metum, ac formidinem, vitae atque essentiae suae conservatricem, ac mala ingruentia vitantem et depellentem. Verumtamen eadem natura modum tenere nescia est: sed timoribus salutaribus semper vanos et inanes admiscet: adeo ut omnia (si intus conspici darentur) Panicis terroribus ple-nissima sint, praesertim humana 254 (De sapientia veterum VI). Por lo demás, lo característico del terror pánico reside en que no es claramente consciente de sus razones, sino que más que conocer-las las supone e incluso, de ser preciso, hace valer directamente el miedo como razón del miedo.

252. [«Si el mundo se desplomara en pedazos, / Las ruinas le golpearían sin inmutarle», Horacio, Odas III, 3, 7-8.]
253. [«Por eso vivís fuertes/ Y oponéis fuertes corazones a las adversidades,>, Horacio, Sátiras 11, 2, 135-136.]
254. [Pues la naturaleza de las cosas ha dotado a todos los vivientes de un miedo y un temor que conservan su vida y su esencia, y evitan y alejan los males que les atacan. Sin embargo, la misma naturaleza no sabe conservar la medida, sino que con los temores saludables mezcla siempre los vanos y superfluos; de modo que todas las cosas (si pudiera mirarse dentro de ellas) están llenas del terror de Pan, en especial, las humanas.]

490

1 Capítulo VI

DE LA DIFERENCIA DE LAS EDADES DE LA VIDA

Con gran belleza ha dicho Voltaire:

Qui n'a pas ['esprit de son éige,
De son éige a tout le malheur 255 •

Por eso será conveniente que, a la conclusión de estas conside-raciones eudemonológicas, echemos un vistazo a los cambios que producen en nosotros las edades de la vida.
A lo largo de toda nuestra vida solo nos percatamos del presen-
te y de nada más. La diferencia es que al comienzo vemos ante no-sotros un largo futuro y hacia el final dejamos tras de nosotros un largo pasado; y también que nuestro temperamento, pero no nues-tro carácter, pasa por algunas conocidas transformaciones debido a las cuales el presente adquiere cada vez un color diferente. -
En mi obra principal, volumen 11, cap. 31, pp. 394 ss. [3.ª ed., 449 ss.], he analizado cómo y por qué en la infancia nos comporta-mos de forma más cognoscente que volente. Precisamente en eso se basa la felicidad del primer cuarto de nuestra vida, debido a la cual queda después tras nosotros como un paraíso perdido. En la infancia tenemos pocas relaciones y escasas necesidades, luego po-ca excitación de la voluntad: la mayor parte de nuestro ser queda absorbida, pues, por el conocimiento. - El intelecto, al igual que el cerebro, que ya a los siete años alcanza su pleno tamaño, está

255. [,<Quien no tiene el espíritu de su edad,/ De su edad tiene todas las des-
dichas», Stances a Madame du Chatelet, envoyées en juillet 1741, strophe III, vers
3-4.]

491

509

508

510

PARERGA Y PARALIPOMENA

tempranamente desarrollado aunque no maduro, y busca sin cesar alimento en el mundo de la nueva existencia en la que todo, todo,
1 está barnizado por el estímulo de la novedad. De ahí resulta que nuestros años de infancia son una constante poesía. En efecto, la esencia de la poesía, como de todo arte, consiste en la captación de las ideas platónicas, es decir, de lo que en cada individuo hay de esencial y, por lo tanto, de común a todo el género; de este modo cada cosa aparece como representante de su especie y un caso vale por mil. Aunque parece que en las escenas de nuestros años infan-tiles siempre estamos ocupados con el objeto o suceso individual de cada momento, y además solamente en la medida en que interesa a nuestro momentáneo querer, en el fondo las cosas son diferentes. En efecto, la vida, en toda su significación, se presenta ante noso-tros aún tan nueva, tan fresca, sin que sus impresiones se hayan embotado por la repetición, que nosotros, en medio de nuestra actividad infantil, de forma callada y sin una clara intención esta-mos siempre ocupados en captar en las escenas y acontecimientos individuales la esencia de la vida misma y los tipos fundamentales de sus formas y representaciones. Vemos todas las cosas y personas, como lo expresa Spinoza, sub specie aeternitatis 256 • Cuanto más jó-venes somos, más representa cada individuo a toda su especie. Esto va decreciendo de año en año: y en ello se basa la gran diferencia de la impresión que sobre nosotros ejercen las cosas en la juventud y en la vejez. De ahí que la experiencia y las relaciones de la niñez y la primera juventud se conviertan después en los tipos y rúbricas fijos de todo conocimiento y experiencia posteriores, algo así como sus categorías, bajo las que subsumimos todo lo que viene después aun sin una clara conciencia 257 • Por consiguiente, ya en los años de la niñez se forma la base firme de nuestra visión del mundo, y, por lo tanto, también su superficialidad o profundidad: después es desarrollada y completada, pero no modificada en lo esencial. Así pues, como consecuencia de esa visión puramente objetiva y poéti-ca, que es esencial a los años de infancia y está apoyada en el hecho de que la voluntad ha de tardar todavía en aparecer en su plena energía, cuando de niños somos mucho más cognoscentes que vo-lentes. De ahí la seria mirada contemplativa I de algunos niños,

256. [«Bajo la especie/ Desde el punto de vista de la eternidad», Ética V, prop. 30, entre otros.]
257. iüh, en la niñez, cuando el tiempo avanza todavía tan lento que las cosas casi parece que están fijas y pretenden mantenerse por toda la eternidad, como ahora! [Leyendo und en lugar de um]

492

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

que con tanta fortuna ha utilizado Rafael para sus ángeles, sobre todo los de la Madonna de la Capilla Sixtina. Precisamente por eso los años de la infancia son tan dichosos que su recuerdo va siempre acompañado de nostalgia. - Mientras nos dedicamos con tal serie-dad a la primera comprensión intuitiva de las cosas, la educación se esfuerza por otro lado en enseñarnos conceptos. Pero los conceptos no proporcionan lo verdaderamente esencial: lo esencial, el fondo y el auténtico contenido de todos nuestros conocimientos, se halla más bien en la captación intuitiva del mundo. Mas esta solo pode-mos lograrla por nosotros mismos y en modo alguno nos puede ser enseñada. Por eso, al igual que ocurre con nuestro valor moral, tampoco nuestro valor intelectual procede de fuera sino que nace de lo profundo de nuestro propio ser; y ningún arte educativo a lo Pestalozzi258 puede hacer de un tonto de nacimiento un hom-bre pensante: inunca! Ha nacido tonto y tonto ha de morir. - La profunda captación del primer mundo externo intuitivo descrita explica también por qué los entornos y experiencias de nuestra niñez se graban tan firmemente en la memoria. En efecto, nosotros nos hemos entregado por entero a ellos sin que nada nos distrajera, y hemos considerado las cosas que estaban ante nosotros como si fueran las únicas de su especie e incluso las únicas existentes en absoluto. Más tarde, la cantidad de objetos ya conocidos exige ánimo y paciencia. - Si ahora recordamos lo que he expuesto en las páginas 372 ss. [3.ª ed., pp. 423 ss.] del volumen antes señalado de mi obra principal: que la existencia objetiva de todas las cosas, es decir, su existencia en la mera representación, es algo totalmen-te alegre, mientras que su existencia subjetiva, consistente en el querer, está fuertemente mezclada de dolor y tribulación, entonces bien podremos admitir como breve expresión del tema la proposi-ción: todas las cosas son magníficas de ver pero terribles de ser259• Como consecuencia de lo anterior, en la infancia las cosas nos son

258. Pestalozzi, Johan Heinrich (Zúrich, 1746-Brujas, 1827). Pedagogo suizo. Influido por las ideas de Basedow y Rousseau, creó diversas instituciones educativas en las que puso en práctica una nueva corriente pedagógica conocida como la escue-la activa. [N. de la T.]
259. Al/e Dinge sind herrlich zu sehn, aber schrecklich zu seyn. Esta frase, citada con gran frecuencia como expresión del contraste entre la estética y el pesimismo de Schopenhauer, es de difícil traducción al español. Traducciones del tipo: «Todas las cosas son hermosas para ver pero horribles en su ser», o «Todas las cosas son maravillosas en el ver pero terribles en su ser», aunque gramaticalmente más co-rrectas en nuestra lengua, no expresan, a mi juicio, el sentido profundo de lo que Schopenhauer quiere decir: lo terrible no es el ser de las cosas como tal sino ser una de ellas. Se expresa aquí el contraste entre el placer que causa la contemplación de

493

511

PARERGA Y PARALIPOMENA

conocidas más por el lado del ver, es decir, de la representación, de
la objetividad, que del lado del ser, que es el de la voluntad. Dado
que aquel es el lado alegre de las cosas pero el subjetivo y terrible
nos es aún desconocido, el joven I intelecto considera todas aque-
llas formas que le presentan realidad y arte como seres igualmente felices: cree que tan bellos como son de ver, y aún más bellos, lo son de ser. En consecuencia, el mundo se presenta ante él como un Edén: esa es la Arcadia en la que todos hemos nacido. De ahí surge algo después la sed de la auténtica vida, el ansia de hacer y pade-cer que nos empuja hacia el tumulto del mundo. En este llegamos entonces a conocer el otro lado de las cosas, el del ser, es decir, del querer, que es contrariado a cada paso. Entonces va avanzando poco a poco el gran desengaño, tras cuya aparición se dice: l'áge des illusions est passé260: y avanza cada vez más, se va haciendo más completa. Por consiguiente, se puede decir que en la infancia la vida se nos presenta como un decorado teatral visto de lejos; en la vejez, como el mismo decorado visto muy de cerca.
Por último a la felicidad de la infancia contribuye también lo siguiente. Así como al comienzo de la primavera todas las hojas tienen el mismo color y casi la misma forma, también nosotros so-mos iguales en la primera niñez y por ello armonizamos de modo excelente. Pero con la pubertad empieza la divergencia, que se va haciendo cada vez mayor, como la de los radios de un círculo. Lo que enturbia y hasta hace infeliz el resto de la primera mi-tad de la vida que tantas ventajas tiene sobre la segunda, es decir, la juventud, es la persecución de la felicidad, en el firme supuesto de que se tiene que poder encontrar en la vida. De ahí nace la es-peranza constantemente frustrada, y de esta, la insatisfacción. Ante nosotros flotan imágenes engañosas de una imprecisa felicidad so-ñada, bajo formas caprichosamente elegidas; y buscamos en vano su original. De ahí que, en nuestros años jóvenes, estemos la mayo-ría de las veces insatisfechos con nuestra situación y entorno, sean cuales sean; porque les atribuimos lo que corresponde siempre al vacío y la miseria de la vida humana, que entonces llegamos por vez primera a conocer después de haber esperado cosas totalmen-te distintas.-Mucho se habría ganado si con una temprana ins-trucción se pudiera extirpar en la juventud la ilusión de que en el mundo hay mucho que ganar. Pero ocurre lo contrario, por cuanto

las cosas <<desde fuera», como sujeto puro del conocimiento, y el dolor de existir, de ponerse, por así decirlo, «dentro del pellejo)> de los seres. [N. de la T.]
260. [La edad de las ilusiones ha pasado.]

494

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

1 la mayoría de las veces conocemos la vida antes por la poesía que por la realidad. Las escenas descritas por aquella resplandecen ante nuestra mirada en la aurora de nuestra propia juventud, y nos atormenta el anhelo de verlas hacerse realidad - de agarrar el arco iris. El joven espera que su vida tenga la forma de una in-teresante novela. Y así surge el engaño que he descrito ya en la p. 374 [3.ª ed., pp. 425 s.] del mencionado segundo volumen. Pues lo que otorga su atractivo a todas aquellas imágenes es justamente eso, que son meras imágenes y no son reales, y que por lo tanto, al contemplarlas nos hallamos en la tranquilidad y la plena satis-facción del conocimiento puro. Hacerse real significa colmarse del querer; un querer que origina dolores inevitables. Remito también al lector interesado al pasaje de la página 427 [3/ ed., p. 486] del mencionado volumen.
Si el carácter de la primera mitad de la vida es un anhelo insa-tisfecho de felicidad, el de la segunda es una preocupación por la desdicha. Pues en ella ha aparecido de forma más o menos clara el conocimiento de que toda felicidad es quimérica, mientras que el sufrimiento es real. De ahí que entonces, al menos los carac-teres más racionales, aspiren más a la ausencia de dolor y a un estado de quietud que al placer. - Cuando en mis años jóvenes llamaban a mi puerta, me alegraba: pues pensaba: «Por fin llega». Pero en los años posteriores, mi sensación con el mismo motivo era más bien afín al horror: pensaba: «Vaya, ya llegó». - Igualmente, existen dos sensaciones opuestas con respecto al mundo humano en los individuos destacados y de altas dotes que, justamente en cuanto tales, no pertenecen del todo a él y por ello están más o menos solos según el grado de sus perfecciones: en la juventud tienen con frecuencia la sensación de estar abandonados por él; en los años posteriores, en cambio, la de haber huido de él. La primera, desagradable, se basa en el desconocimiento del mundo; la segunda, agradable, en su conocimiento. - A consecuencia de ello, la segunda mitad de la vida, como la segunda mitad de un periodo musical, contiene menos ambición, pero más tranquilidad que la primera, 1 lo cual se debe en general a que en la juventud se piensa que en el mundo se pueden encontrar una felicidad y un placer prodigiosos, que simplemente son difíciles de alcanzar; mientras que en la vejez se sabe que ahí no hay nada que ganar; y
así, completamente tranquilo al respecto, se disfruta un presente soportable e incluso se alegra uno con pequeñeces.
Lo que el hombre maduro ha conseguido con la experiencia de
su vida, y lo que le hace ver el mundo de otra manera que el joven

495

512

513

514

PARERGA Y PARALIPOMENA

y el muchacho, es ante todo la imparcialidad. Él ve las cosas con total simplicidad y las toma por lo que son, mientras que al mucha-
cho y al joven un espejismo compuesto de extravagancias creadas
por ellos mismos, prejuicios transmitidos y extrañas fantasías, les oculta o desfigura el verdadero mundo. Pues lo primero que la experiencia encuentra por hacer es liberarnos de las quimeras y los falsos conceptos que se nos han adherido en la juventud. Preser-var a la juventud de ellos sería, desde luego, la mejor educación, aunque solo negativa; pero es muy difícil. Con este fin, habría que mantener desde el principio el horizonte del niño lo más estrecho posible pero, al mismo tiempo, introducir en él conceptos claros y correctos; y solo después de que hubiera conocido adecuadamente todo lo depositado en él, ir ampliándolo poco a poco, cuidando siempre de que no quedara nada confuso ni entendido a medias o equivocadamente. Como resultado de ello, sus conceptos de las cosas y de las relaciones humanas seguirían siendo limitados y muy simples, pero a cambio, claros y correctos, de modo que solo nece-sitarían ser ampliados y no corregidos; y así, hasta llegar a la juven-tud. Este método requiere en especial que no se permita la lectura de novela alguna sino que se sustituya con biografías adecuadas como, por ejemplo, la de Franklin, el Anton Reiser de Moritz, y otras por el estilo. -
Cuando somos jóvenes, creemos que los acontecimientos y per-sonas importantes y de trascendencia en nuestra vida aparecerán con timbales y trompetas: en la vejez, sin embargo, el examen re-trospectivo muestra que se han deslizado en total silencio, por la puerta trasera y casi inadvertidos.
Además, desde el punto de vista considerado hasta aquí, 1 la vida puede compararse a un tejido bordado del que cada cual en la primera mitad de su vida llega a ver el derecho, y en la segunda, el revés: este último lado no es tan bello, pero sí más instructivo, ya que deja conocer la trama de los hilos. -
La superioridad espiritual, incluso la mayor, no hace valer su clara ventaja en la conversación hasta después de los cuarenta años. Pues la madurez de los años y el fruto de la experiencia pueden ser sobrepasados por tal superioridad, pero nunca sustituidos por ella: ellos proporcionan al hombre corriente un cierto contrapeso frente a las fuerzas del gran espíritu mientras este es joven. Me refiero aquí solo a lo personal, no a las obras. -
Cualquier hombre destacado, cualquiera que simplemente no pertenezca a las cinco sextas partes de la humanidad tan triste-mente dotadas por la naturaleza, difícilmente quedará después de

496

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

los cuarenta años libre de un cierto asomo de misantropía. Pues, como es natural, había juzgado a los demás desde sí mismo y se ha ido desengañando poco a poco; ha comprendido que, o bien por el lado de la cabeza o del corazón, y la mayoría de las veces de ambos, ellos se quedarán atrás y no estarán a su nivel; por eso evita gustosamente trabar relaciones con ellos; y en general, cada uno amará u odiará la soledad, es decir, la compañía de sí mismo, según la medida de su propio valor interior. De esta clase de misantropía trata también Kant en la Crítica del juicio, hacia el final de la obser-vación general al § 29 de la primera parte.
Tanto desde el punto de vista intelectual como desde el moral,
es una mala señal en un hombre joven que sepa pronto orientarse bien en las actividades de los hombres, que se encuentre en ellas como pez en el agua y, como si estuviera preparado, se incorpore a ellas: es presagio de vulgaridad. En cambio, un comportamiento extrañado, perplejo y torpe a este respecto indica una naturaleza de noble especie.
La alegría y el ánimo de nuestra juventud se basa en parte en que, al marchar monte arriba, no vemos la muerte porque se en-cuentra al pie del otro lado de la montaña. Mas una vez que hemos alcanzado la cumbre divisamos la muerte, 1 que hasta entonces solo conocíamos de oídas, en su realidad; con ello, y puesto que al mismo tiempo comienza a declinar la fuerza vital, también decre-cen los ánimos, de modo que la desbordante alegría de la juventud queda desbancada por una lúgubre seriedad que se expresa tam-bién en el rostro. Mientras somos jóvenes, por mucho que se nos diga, consideramos la vida infinita y manejamos el tiempo como si fuera infinito. Cuanto mayores nos hacemos, más economizamos nuestro tiempo. Pues en la edad avanzada cada día vivido provoca una sensación afín a la que tiene un delincuente a cada paso que le conduce al patíbulo.
Desde el punto de vista del joven, la vida es un futuro infi-nitamente largo; desde el punto de vista del anciano, un pasado muy breve; de modo que al inicio se nos presenta como las cosas cuando se coloca en los ojos la lente de los gemelos de ópera, y al final, como cuando se coloca el ocular. Hay que hacerse viejo, es decir, haber vivido mucho, para saber lo corta que es la vida. - El tiempo mismo tiene en nuestra juventud una marcha mucho más lenta; de ahí que la primera cuarta parte de nuestra vida no solo
sea la más feliz sino también la más larga, de manera que deja atrás muchos más recuerdos, y todos, llegado el caso, podrían contar
más de ella que de dos de las siguientes. E incluso, como en la pri-

497

515

516

PARERGA Y PARALIPOMENA

mavera del año, también en la de la vida los días son de una penosa longitud. En el otoño de ambos se vuelven cortos, pero más alegres
y consistentes.
Cuando la vida llega a su fin, no se sabe dónde se ha queda-do. ¿Pero por qué en la vejez vemos tan corta la vida que hemos dejado atrás? Porque la consideramos tan corta como el recuerdo de ella. De él, en efecto, se ha excluido todo lo irrelevante y mu-chas cosas desagradables, por lo que poco ha quedado. Pues, así como nuestro intelecto en general es muy imperfecto, también la memoria: lo aprendido ha de practicarse y el pasado rumiarse, si ambos no han de precipitarse poco a poco en el abismo del olvi-do. Mas nosotros no solemos rumiar lo irrelevante, y la mayoría de las veces tampoco lo desagradable, lo cual sería necesario para conservarlo en la memoria. Pero de lo insignificante habrá I cada vez más: pues con la frecuente e interminable repetición, muchas cosas que al principio nos parecían importantes se irán volviendo irrelevantes; por eso recordamos mejor los primeros años que los posteriores. Cuanto más vivimos, menos acontecimientos nos pare-cen lo bastante importantes o significativos como para reflexionar después sobre ellos, única forma esta en la que se podrían fijar en la memoria: son, pues, olvidados en cuanto han pasado. Así trans-curre el tiempo siempre sin dejar huella. - Además, sobre las cosas desagradables no reflexionamos de buen grado, sobre todo cuando ello hiere nuestra vanidad, lo cual es casi siempre el caso; porque pocos sufrimientos nos han afectado sin culpa ninguna por nuestra parte. Por eso se olvidan también muchas cosas desagradables. Son ambas pérdidas las que hacen nuestro recuerdo tan exiguo, y pro-porcionalmente más cuanto mayor es su materia. Como los objetos de la orilla se van haciendo más pequeños, irreconocibles y difíciles de distinguir a medida que nos vamos alejando de ellos en el barco, lo mismo ocurre con nuestros años pasados con sus vivencias y sus acciones. A eso se añade que a veces el recuerdo y la fantasía nos representan una escena de nuestra vida ocurrida hace tiempo con tanta vivacidad como el día de ayer, por lo que nos resulta muy cer-cana: esto se debe a que nos es imposible imaginar el largo tiempo transcurrido entre entonces y ahora, ya que no se puede abarcar en una imagen y además los acontecimientos de ese intervalo se han olvidado en su mayor parte y solo queda de ellos un conocimiento general in abstracto, un simple concepto y ninguna intuición. De ahí que lo que ocurrió hace tiempo nos parezca en detalle tan próxi-mo como si acabara de ocurrir ayer, mientras que el tiempo que se halla en medio desaparece y toda la vida se representa como

498

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

inconcebiblemente corta. En la vejez incluso el largo pasado que tenemos detrás, y con él nuestra propia edad, pueden a veces pare-cernos ilusorios durante un instante; esto se debe principalmente a que sobre todo seguimos teniendo ante nosotros el mismo presente inmóvil. Semejantes procesos internos se basan en último término en que no es nuestro ser en sí sino únicamente su fenómeno el que se halla en el tiempo, y en que el presente I es el punto de con-tacto entre objeto y sujeto. - ¿y por qué a su vez en la juventud uno ve la vida que tiene aún por delante tan inmensamente larga? Porque ha de tener lugar para las ilimitadas esperanzas de las que está lleno, y para cuya realización Matusalén moriría demasiado joven; luego, porque como medida se toman los pocos años que se tienen detrás y cuyo recuerdo está lleno de contenido, por lo tanto es largo, ya que la novedad hace que todo parezca importante; por eso después se sigue rumiando, es decir, se repite en el recuerdo y así se graba en él.
A veces creemos añorar un lugar remoto cuando en realidad solo añoramos el tiempo que hemos vivido allí, en el que éramos jóvenes y frescos. Así nos engaña el tiempo bajo la máscara del espacio. Si viajamos allí, nos percatamos del engaño. -
Para alcanzar una edad avanzada, bajo el supuesto de una cons-titución sin defectos como conditio sine qua non, existen dos ca-minos que se pueden explicar con la combustión de dos lámparas: una arde durante mucho tiempo porque, teniendo poco aceite, tiene una mecha muy fina; la otra, porque teniendo una mecha gruesa, también tiene mucho aceite: el aceite es la fuerza vital; la mecha, el uso de la misma en cualquiera de sus formas.
Con respecto a la fuerza vital, hasta los treinta y seis años so-mos comparables a quienes viven de las rentas: lo que hoy se gasta mañana vuelve a estar ahí. Pero a partir de ese punto nos asemeja-mos a un rentista que comienza a tocar su capital. Al principio la cosa no es apreciable: la mayor parte del gasto se restituye siempre por sí solo: un pequeño déficit no se nota. Pero este crece pro-gresivamente, se va notando y su incremento es cada día mayor: se extiende cada vez más, cada hoy es más pobre que el ayer, sin esperanza de que el proceso se detenga. Así se aceleran cada vez más las pérdidas como la caída de los cuerpos, - hasta que al final no queda nada. Un caso sumamente triste se da cuando los dos factores aquí comparados, la fuerza vital y la propiedad, se funden simultáneamente: 1 precisamente por eso en la vejez crece el amor
por las posesiones. - En cambio, al principio, hasta la mayoría
de edad o incluso más allá, en lo que respecta a la fuerza vital

499

517

518

519

PARERGA Y PARALIPOMENA

nos parecemos a los que todavía incorporan al capital algo de los intereses: no solo se restablece por sí mismo lo gastado sino que
el capital crece. Y a su vez también ocurre en ocasiones eso con
el dinero, gracias a la vigilancia de un tutor honrado. iüh, feliz juventud! iüh, triste vejez! -No obstante, se deben tratar con cui-dado las fuerzas de la juventud. Aristóteles observa (Polít. l. últ. c.
5) que de los campeones olímpicos solo dos o tres habían vencido una vez siendo muchachos y después siendo hombres; porque con el esfuerzo temprano que requiere el entrenamiento preparatorio, las fuerzas se agotan de tal modo que fallan después en la edad adulta. Esto vale de la fuerza muscular y aún más de la nerviosa, cuya manifestación son todas las producciones intelectuales: por eso los ingenia praecocia, los niños prodigio, los frutos de una edu-cación de invernadero que como muchachos provocan admiración, se convierten después en mentes muy corrientes. Incluso puede que el empeño temprano y forzado en el aprendizaje de las lenguas an-tiguas tenga la culpa del posterior entumecimiento y falta de juicio de tantas mentes eruditas.
He observado que el carácter de casi todos los hombres parece adecuarse preferentemente a una edad de la vida, de modo que es en ella donde produce mejor efecto. Algunos son amables jovenci-tos, y luego se acabó; otros son hombres fuertes y activos a los que la vejez les roba toda su valía; algunos hacen su mejor efecto en la vejez, en la que son dulces por ser experimentados y tranquilos: esto ocurre con frecuencia con los franceses. La cuestión ha de de-berse a que el carácter mismo tiene en sí algo de juvenil, de adulto o de viejo, con lo que cada edad de la vida concuerda con él o se le contrapone como un correctivo.
Así como cuando nos encontramos en un barco solo notamos
el avance en que los objetos de la orilla retroceden y se hacen más pequeños, también nos percatamos de que nos vamos haciendo ma-yores en que la gente de más edad nos parece joven.
1 Ya antes se ha explicado cómo y por qué todo lo que vemos, hacemos y vivimos va dejando menos huella en el espíritu cuanto más viejos nos hacemos. En ese sentido, se podría afirmar que úni-camente en la juventud vivimos con plena conciencia; en la vejez, solo con la mitad de ella. Cuanto mayores nos hacemos, con menos conciencia vivimos. Las cosas pasan rápidamente sin hacer impre-sión alguna, como no la hace la obra de arte que se ha visto mil veces: se hace lo que se tiene que hacer y después no se sabe si se ha hecho. Así pues, al hacerse la vida más inconsciente, y cuanto más se apresura hacia la inconsciencia total, su curso se hace más rápido.

500

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

En la niñez, la novedad de todos los objetos y acontecimientos hace que todo se lleve a la conciencia: por eso el día es inmensamente largo. Lo mismo nos ocurre en los viajes, donde precisamente por eso un mes nos parece más largo que cuatro en casa. Sin embargo, esa novedad de las cosas no impide que en ambos casos ese tiem-po que parece más largo con frecuencia «se alargue» realmente en ambos, más que en la vejez y más que en casa. Pero, poco a poco, al acostumbrarse durante largo tiempo a las mismas percepciones, el intelecto se vuelve tan refinado que todas ellas se deslizan cada vez más por él sin surtir efecto; entonces los días se van haciendo más irrelevantes y con ello más cortos: las horas del muchacho son más largas que los días del anciano. Por consiguiente, el tiempo de nuestra vida tiene un movimiento acelerado como el de una esfera que rueda hacia abajo; y así como en un disco que gira cada punto marcha más veloz cuanto más alejado está del centro, también para cada cual el tiempo transcurre más rápido cuanto más distante se halla del comienzo de la vida. En consecuencia, se puede admitir que en la evaluación inmediata de nuestro ánimo, la longitud de un año está en proporción inversa al cociente de este dividido por nuestra edad: cuando, por ejemplo, el año supone una quinta parte de nuestra edad, nos parece diez veces más largo que cuando cons-tituye una quincuagésima parte. Esa diferencia en la velocidad del tiempo tiene la más decisiva influencia sobre nuestra forma de exis-tencia en cada edad. Ante todo es causa de que la edad infantil, aun comprendiendo solo unos quince años, sea sin embargo la época más larga de la vida y por ello la más rica en recuerdos; 1 y después, de que estemos sometidos al aburrimiento en proporción inversa a nuestra edad. Los niños necesitan continuamente entretenerse, sea jugando o trabajando; si dejan de hacerlo, son al instante víctimas de un terrible aburrimiento. También los jóvenes están aún en gran medida sometidos a él y ven con temor las horas vacías. Pero en la edad adulta el aburrimiento desaparece cada vez más: para los ancianos el tiempo es siempre demasiado breve y los días pasan como un rayo. Se entiende aquí que hablo de hombres y no de re-ses envejecidas. En virtud de esa aceleración del curso del tiempo, en la edad avanzada el aburrimiento desaparece en la mayoría de los casos; y dado que, por otra parte, también han enmudecido las pasiones con su tormento, la carga de la vida es, tomada en su conjunto, realmente menor que en la juventud, siempre y cuando
se haya conservado la salud: por eso al periodo que precede a la aparición de la debilidad y los achaques de la vejez avanzada se le llama «los mejores años». En relación con nuestro bienestar puede

501

520

521

PARERGA Y PARALIPOMENA

que lo sean realmente: sin embargo, a los años jóvenes, en los que
todo hace impresión y todo se presenta vivamente en la conciencia,
les queda la ventaja de ser el tiempo fructífero para el espíritu, su floreciente primavera. En efecto, las verdades profundas solo se pueden contemplar, no calcular; es decir, su primer conocimiento es inmediato y está suscitado por la impresión momentánea: en consecuencia, solo puede darse mientras esta es fuerte, vivaz y pro-funda. Por consiguiente, todo depende a este respecto del uso de los años de juventud. En los años posteriores podemos ejercer mayor influencia en otros e incluso en el mundo; porque nosotros mismos estamos ya completos y acabados, y no nos hallamos ya vinculados a la impresión: pero el mundo influye menos en nosotros. Esos años son, por lo tanto, el tiempo de actuar y producir; aquellos, en cambio, el de la captación y el conocimiento primigenios.
En la juventud predomina la intuición; en la vejez, el pensa-miento: de ahí que aquel sea el tiempo de la poesía y este más el de la filosofía. También en la práctica durante la juventud nos determinamos por lo intuido y su impresión; en la vejez, solo por el pensamiento. Esto se debe en parte a que solo en la vejez han exis-tido casos intuitivos en número suficiente y se han subsumido en conceptos, a fin de proporcionar a estos pleno significado, 1 con-tenido y crédito, y al mismo tiempo, por medio de la costumbre, moderar la impresión de la intuición. En cambio, en la juventud, en especial en las mentes vivas y dotadas de fantasía, predomina tanto la impresión de lo intuitivo, y con ella también la cara externa de las cosas, que ven el mundo como un cuadro; por eso les interesa principalmente cómo figuran en él y qué efecto hacen - más que cómo se sienten interiormente en él. Esto se muestra ya en la vani-dad personal y la coquetería de los jóvenes.
La máxima energía y la más alta tensión de las fuerzas espiri-tuales se da, sin duda, en la juventud, lo más tarde hasta los treinta y cinco años: a partir de entonces disminuye, aunque muy lenta-mente. Pero los años posteriores, incluso la vejez, no carecen de compensación espiritual por ello. Es entonces cuando la experien-cia y la erudición se han hecho verdaderamente ricas: se ha teni-do tiempo y ocasión de examinar y pensar las cosas en todos sus aspectos, se ha confrontado todo con todo y se han descubierto los correspondientes puntos de contacto y nexos de unión; con lo cual por primera vez se comprenden entonces las cosas en sus relacio-nes. Todo se ha clarificado. Por eso, incluso lo que se sabía ya en la juventud, se sabe entonces con profundidad mucho mayor, porque para cada concepto se tienen muchas más pruebas: lo que en la ju-

502

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

ventud se creía saber en la vejez se sabe realmente, aparte de que se sabe realmente mucho más y se posee un conocimiento examinado en todos los aspectos y verdaderamente coherente; mientras que en la juventud nuestro saber es siempre defectuoso y fragmentario. Solo quien llega a viejo alcanza una completa y adecuada repre-sentación de la vida, abarcándola en su totalidad y en su curso natural, pero, en particular, no desde su entrada, como los demás, sino también desde su salida; y entonces conoce plenamente y en especial la nihilidad de aquella, mientras que los demás están toda-vía inmersos en la ilusión de que lo bueno ha de llegar aún. Por el contrario, en la juventud hay más concepción; por eso, con lo poco que entonces se conoce se está en condiciones de hacer más: pero en la vejez hay más juicio, penetración y profundidad. La materia de sus conocimientos propios, de sus ideas originales, es decir, 1 aquello que un espíritu privilegiado está destinado a ofrecer al mundo, se reúne ya en la juventud: pero hasta los años posteriores no dominará su materia. Conforme a ello, encontraremos que en la mayoría de los casos los grandes autores han producido sus obras maestras en torno a los cincuenta años. Sin embargo, la juventud sigue siendo la raíz del árbol del conocimiento, aunque solamente la copa dé frutos. Pero así como toda época, aun la más miserable, se considera más sabia que la que le precede y las anteriores, lo mismo ocurre con las edades de la vida del hombre: mas ambas se equivocan con frecuencia. En los años del crecimiento corporal, en los que también crecemos a diario en fuerzas espirituales y conoci-mientos, se acostumbra a mirar el hoy con menosprecio del ayer. Esta costumbre arraiga y se mantiene también cuando ha aparecido la decadencia de las fuerzas espirituales y el hoy debería más bien mirar el ayer con veneración; por eso a menudo apreciamos de-masiado poco tanto las producciones como los juicios de nuestros años jóvenes 261 •
En general hay que observar aquí que, aunque también el inte-lecto o la cabeza es, como el carácter o el corazón del hombre, in-nato en sus cualidades fundamentales, no permanece tan invariable como este, sino que está sometido a algunas transformaciones que incluso en su conjunto se producen de manera regular; porque en parte se deben a que tiene un fundamento físico y, en parte, a que
su materia es empírica. Así su propia fuerza experimenta un creci-miento progresivo hasta alcanzar el acmé, y luego una progresiva

261. Sin embargo, la mayoría de las veces en la juventud, cuanto el tiempo es
más valioso, lo derrochamos y no empezamos a aprovecharlo hasta la vejez.

503

522

523

PARERGA Y PARALIPOMENA

decadencia hasta llegar a la imbecilidad. Pero, por otro lado, la materia que mantiene todas esas fuerzas ocupadas y en actividad,
es decir, el contenido del pensamiento y el saber, la experiencia, los conocimientos, la práctica y con ello la plenitud de la inteligencia,
es una magnitud en continuo crecimiento, más o menos hasta la aparición de la clara debilidad, que hace caer todo. El hecho de que el hombre esté compuesto de una parte absolutamente inmu-table y otra que cambia de forma regular y de dos formas opuestas explica I la diversidad de su fenómeno y de su validez en las distin-
tas edades de la vida.
En sentido amplio se puede decir también: los primeros cua-renta años de la vida proporcionan el texto; los treinta siguientes, el comentario que nos enseña a comprender el verdadero sentido y conexión del texto, junto con la moral y todos los matices del mismo.
Hacia el final de la vida ocurre como al término de un baile de máscaras, cuando se levantan los antifaces. Entonces se ve quiénes han sido realmente aquellos con quienes uno estuvo en contacto durante el curso de su vida. Pues los caracteres se han puesto de manifiesto, los hechos han dado sus frutos, las obras han recibido su justo aprecio y todas las imágenes engañosas se han desmoro-nado. Para todo eso, en efecto, hacía falta tiempo. - Pero lo más extraño es que uno ni siquiera llega a conocerse verdaderamente y a comprenderse a sí mismo, sus propios fines y objetivos, hasta el final de la vida, sobre todo en lo que respecta a su relación con el mundo, con los demás. A menudo, aunque no siempre, uno habrá de asignarse un puesto inferior al que antes había supuesto; a veces, uno superior; esto último se debe a que no se había tenido una no-ción suficiente de la bajeza del mundo, por lo que puso su fin más alto que él. Uno se entera de pasada de cuál es su índole.
Se suele denominar la juventud la época más feliz de la vida, y la vejez, la más triste. Eso sería verdad si las pasiones nos hicieran felices. La juventud es arrastrada por ellas aquí y allá, con pocas alegrías y muchas penas. Pero dejan tranquila la fría vejez, que ad-quiere entonces un matiz contemplativo: pues el conocimiento se hace libre y alcanza el primado. Y dado que este es en sí mismo indoloro, la conciencia se vuelve más feliz cuanto más predomina en ella. En la vejez se saben prevenir mejor las desgracias; en la juventud, soportarlas. Solo hace falta considerar que todo placer es de naturaleza negativa y el dolor de naturaleza positiva, para comprender que las pasiones no pueden dar la felicidad y que la vejez no ha de lamentar que algunos placeres le estén vedados. Pues

504

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

todo placer es siempre un simple acallamiento de una I necesidad: el hecho de que con esta desaparezca aquel es tan poco lamentable como que uno no pueda seguir comiendo después del postre y que haya de permanecer despierto después de haber dormido toda la noche. Con mejor acierto considera Platón (en la Introducción a la República) que la vejez es feliz por cuanto está por fin liberada del instinto sexual que hasta entonces nos inquieta incesantemente. Incluso se podría afirmar que los múltiples e interminables capri-chos que genera el instinto sexual, así como los afectos que de ellos nacen, alimentan en el hombre una locura benigna permanente mientras se halla bajo el influjo de aquel instinto o de aquel demo-nio por el que está siempre poseído; de modo que, tras liberarse de él, se vuelve totalmente racional. Pero es cierto que, en general y al margen de todas las circunstancias y estados individuales, es propia de la juventud una cierta melancolía y tristeza, y de la vejez, una cierta alegría: y la razón no es otra sino que la juventud está aún bajo el dominio y hasta la servidumbre de aquel demonio, que no le concede fácilmente una hora libre y que es al mismo tiempo el autor directo o indirecto de casi todas y cada una de las calami-dades que afectan o amenazan al hombre: pero la vejez posee la alegría de quien se ha librado de una cadena largamente soportada y ahora se mueve libre. - Mas, por otro lado, se podría decir que, tras extinguirse el instinto sexual, se destruye el verdadero núcleo de la vida y solo queda la cáscara, y que de hecho la vida se asemeja a una comedia que comenzó siendo representada por hombres y terminó con autómatas vestidos con sus ropas.
Sea como fuere, la juventud es el tiempo de la intranquilidad;
la vejez, el de la tranquilidad: ya de ahí se puede inferir su respecti-vo bienestar. El niño alarga las manos ávidamente, a lo lejos, hacia todo lo que ve ante él con tan variados colores y formas: pues eso le estimula, ya que su sensorio es todavía joven y fresco. Lo mismo ocurre, con mayor energía, en el joven. También él es estimulado por el variopinto mundo y sus múltiples formas: enseguida su fan-tasía saca de ahí más de lo que el mundo le puede proporcionar. Por eso está lleno de una avidez y un anhelo de lo indeterminado que le quitan la tranquilidad, sin la cual no hay felicidad alguna. Mientras que I el joven cree que es prodigioso lo que se podría ganar en el mundo con solo saber dónde, el viejo está penetrado
del «todo es vanidad» del Eclesiastés 262 y sabe que todas las nueces

262. 1, 2, entre otros. «Vanidad de vanidades, todo es vanidad>> es el lema gene-
ral que se desarrolla en el libro del Eclesiastés. [N. de la T.]

505

524

525

526

PARERGA Y PARALIPOMENA

están vacías por muy recubiertas de oro que se hallen. Pues en la vejez todo se ha calmado; por una parte, porque la sangre es más
fría y la irritabilidad del sensorio se ha hecho menor; por otra, porque la experiencia nos ha abierto los ojos sobre el valor de las cosas y el contenido de los placeres, con lo que nos hemos librado poco a poco de las ilusiones, quimeras y prejuicios que antes ocul-taban y desfiguraban la libre y pura visión de las cosas; de manera que entonces conocemos todo de forma más correcta y clara, y lo tomamos por lo que es, llegando también en mayor o menor medida a comprender la nihilidad de todas las cosas terrenas. Eso es precisamente lo que da a casi todos los ancianos, incluso los de capacidades muy normales, un cierto viso de sabiduría que les dis-tingue ante los más jóvenes. Pero es principalmente eso lo que ha originado toda tranquilidad espiritual: mas esta es un componente importante de la felicidad; en realidad es incluso su condición y su esencia.

Se cree que la suerte de la vejez es la enfermedad y el aburri-miento. La primera no es en absoluto esencial a la vejez, sobre todo si esta ha de prolongarse mucho: pues crescente vita, crescit sanitas et morbus 263 • Y por lo que al aburrimiento respecta, ya an-tes he mostrado por qué la vejez está incluso menos expuesta a él que la juventud: tampoco es este un acompañante necesario de la soledad a la que, por razones obvias, la vejez nos conduce; solo es tal para aquellos que no han sido capaces de más placeres que los sensibles y sociales, y han dejado sin enriquecer su espíritu y sin desarrollar sus capacidades. Ciertamente, en la edad avanzada también disminuyen las capacidades del espíritu: pero donde hu-bo muchas, siempre quedarán las suficientes para luchar contra el aburrimiento. También, como antes se mostró, con la experiencia, los conocimientos, la práctica y la reflexión aumenta la correcta inteligencia, el juicio se agudiza y se clarifican las relaciones; en todas las cosas se va ganando cada vez mayor visión sintética de conjunto: y así luego, mediante combinaciones siempre nuevas de los I conocimientos acumulados y la ocasional ampliación de los mismos, sigue desarrollándose en todos los aspectos la propia formación interna que ocupa, satisface y recompensa el espíritu. Con todo ello se compensa en cierto grado el mencionado declive. Además, como se dijo, en la vejez el tiempo pasa más rápido, lo cual contrarresta el aburrimiento. La disminución de las fuerzas

263. [«Al aumentar la edad aumenta la salud y la enfermedad», presuntamente de Aulo Cornelio Celsio.]

506

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

corporales perjudica poco, si no se necesita de ellas para vivir. La pobreza en la vejez es una gran desgracia. Si se la ha conjurado y se ha mantenido la salud, la vejez puede ser una parte muy llevadera de la vida. La comodidad y la seguridad son sus requisitos princi-pales: de ahí que en la vejez se ame el dinero más que antes, ya que es el sustituto de las fuerzas que faltan. Abandonado por Venus, uno buscará alguna alegría en Baco. En lugar de la necesidad de ver, de viajar y de aprender ha surgido la necesidad de enseñar y de hablar. Pero es una suerte que al anciano le haya quedado aún el amor a su estudio, a la música, al teatro, y en general una cierta sensibilidad a lo exterior, como en efecto persiste en algunos hasta la edad más avanzada.
Solo en la vejez tardía alcanza el hombre verdaderamente el ni/ admirari264 de Horacio, es decir, la inmediata, sincera y firme convicción de la vanidad de todas las cosas y de la futilidad de toda la magnificencia del mundo: las quimeras han desaparecido. El hombre no se hace ya la ilusión de que en alguna parte, sea en un palacio o en una choza, habita una especial felicidad, mayor de la que en esencia goza cuando está libre de dolores corporales o espirituales. Lo grande y lo pequeño, lo distinguido y lo ordinario según la medida del mundo no son ya diferentes para él. Eso da al anciano una especial tranquilidad de ánimo con la que contempla sonriente las bufonadas del mundo. Está totalmente desengañado y sabe que la vida humana, se haga lo que se haga para engalanarla y adornarla, pronto se trasluce en su indigencia a través de todas esas baratijas de feria y, al margen de cómo se la coloree y atavíe, siempre sigue siendo en esencia lo mismo: una existencia cuyo ver-dadero valor siempre se ha de estimar únicamente por la ausencia de dolores, y no por la presencia I de placeres, y aún menos de esplendor (Hor., Epist l. I, 12, v. 1-4)265 • El rasgo de carácter fun-damental de la vejez avanzada es el desengaño: se han desvanecido las ilusiones que hasta entonces otorgaban su estímulo a la vida y su acicate a la actividad; se ha conocido la nihilidad y el vacío de todas las magnificencias del mundo, sobre todo de la pompa, el esplen-dor y la grandeza aparente; se ha experimentado que tras la ma-

264. «No desconcertarse con nada», Horacio, Epístolas I, 6, 1. Sobre el sentido de esta máxima de Horacio, véase El mundo como voluntad y representación I, p.
617 [p. 587]. [N. de la T.]
265. El texto de Horacio reza así: «Caro Iccio, si de los frutos sicilianos de Agri-
pa disfrutas de lo que a ti te corresponde como administrador, es impensable que el
cielo te pudiera deparar más abundancia. Deja los lamentos en paz». [N. de la T.]

507

527

PARERGA Y PARALIPOMENA

yoría de las cosas deseadas y los placeres ansiados se esconde muy poco, y así se ha llegado paulatinamente a conocer la gran pobreza y vacuidad de toda nuestra existencia. Hasta los setenta años no se entiende del todo el primer versículo del Eclesiastés266 • Mas eso es también lo que da a la vejez un cierto toque melancólico. - Lo que uno «tiene en sí mismo» nunca le favorece más que en la vejez. Por supuesto, la mayoría de los hombres, que siempre fueron obtusos, en la vejez avanzada se convierten cada vez más en autó-matas: piensan, dicen y hacen siempre lo mismo, y ninguna impre-sión externa es ya capaz de cambiar algo o de suscitar algo nuevo en ellos. Hablar a tales ancianos es como escribir en la arena: la impresión se borra casi de inmediato. Una vejez de esa clase es, desde luego, el simple caput mortuum 267 de la vida. - La aparición de la segunda niñez en la postrera vejez parece quererla simbolizar la naturaleza con la tercera dentición que en casos raros se produce en esa época.
Es, desde luego, muy triste que, al avanzar la edad, disminuyan las fuerzas, y cada vez más: pero es necesario y hasta beneficioso; porque si no, la muerte, cuyo terreno prepara la vejez, sería dema-siado dura. Por eso la mayor ganancia que reporta el alcanzar una edad muy avanzada es la eutanasia, una muerte fácil, no precedida de ninguna enfermedad ni acompañada de agonía, no sentida en absoluto; una descripción de la misma se encuentra en el segun-do volumen de mi obra principal, capítulo 41, p. 470 [3.ª ed., p. 534)268•

266. Según la Vulgata. Véase supra, p. 525 [p. 505], nota 262. [N. de la T.]
267. Literalmente, «cabeza muerta». Expresión de la antigua química para de-signar el residuo seco del calentamiento de ciertas sustancias en el alambique. [N. de la T.]
268. En realidad la vida humana no se puede llamar ni larga ni corta; porque en el fondo ella es la medida con la que evaluamos todos los demás periodos de tiempo. - En la Upanishad del Veda (Oupnekhat, vol. 11, p. 53) se señalan cien años como la duración natural de la vida. Creo que con razón; porque he observa-do que solo quienes han sobrepasado los noventa años participan de la eutanasia, es decir, mueren sin ninguna enfermedad, sin apoplejía, sin agonía, sin estertor, a veces incluso sin palidecer, la mayoría de las veces sentados y, por cierto, después de comer; o, más bien, no mueren sino que solo cesan de vivir. A cualquier otra edad más temprana se muere de enfermedades, es decir, prematuramente. - En el Antiguo Testamento (Salmo 90, 10) se fija la duración de la vida humana en 70 años, a lo sumo en ochenta; y, lo cual tiene más importancia, Heródoto (1, 32 y III,
22) dice lo mismo. Pero eso es falso y el simple resultado de una concepción burda y superficial de la experiencia cotidiana. Pues, si la duración natural de la vida fuera de setenta u ochenta años, las personas entre los setenta y ochenta tendrían que morir de vejez: mas ese no es el caso: mueren, como los jóvenes, de enfermedades;

508

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

1 Por mucho que se viva, nunca se posee más que el presente indivisible: el recuerdo pierde a diario con el olvido más de lo que gana con el incremento. - Cuanto más viejo se es, más insignifi-cantes parecen las cosas humanas sin excepción: la vida, que en la juventud se hallaba ante nosotros firme y estable, se nos muestra ahora como la rápida huida de fenómenos efímeros: la nihilidad de todo se pone de relieve.
La diferencia fundamental entre juventud y vejez sigue siendo siempre que aquella tiene en perspectiva la vida y esta, la muerte; que, por lo tanto, aquella tiene un breve pasado y un largo futuro; esta, lo contrario. La vida en los años de la vejez se asemeja al quin-to acto de una tragedia: sabemos que se acerca un final trágico, pe-ro no sabemos aún cuál será. Por supuesto, cuando se es viejo solo se tiene la muerte ante sí; pero cuando se es joven se tiene la vida por delante; y se plantea la pregunta de cuál de las dos es más grave y si, tomada en conjunto, la vida no es una cosa que es mejor tener por detrás que por delante: ya dice el Eclesiastés (7, 2) 269: «El día de la muerte es mejor que el día del nacimiento». Anhelar una vida muy larga es, en cualquier caso, un I temerario deseo. Pues «quien larga vida vive mucho mal vive», dice un refrán español270• - Ciertamente, el curso vital de los individuos no está, como pre-tende la astrología, trazado en los planetas; pero sí el curso vital del hombre en general, en la medida en que a cada edad del mismo le corresponde un planeta conforme a su secuencia, por lo que su vida está sucesivamente dominada por todos los planetas. - A los diez años de vida rige Mercurio. Como este, el hombre se mueve rápido y ligero, en el más estrecho círculo: cambia de opinión por pequeñeces; pero aprende mucho y fácilmente, bajo el gobierno del dios de la astucia y la elocuencia. - Con los veinte años apa-rece el dominio de Venus: el amor y las mujeres lo poseen com-pletamente. A los treinta años de vida gobierna Marte: el hombre es entonces vehemente, fuerte, atrevido, belicoso y rebelde. - A los cuarenta rigen los cuatro planetoides: su vida, por lo tanto, se

pero la enfermedad es en esencia una anomalía: así que ese no es el final natural. Solo entre los noventa y los cien años mueren los hombres, por lo regular, de vejez, sin enfermedad, sin lucha con la muerte, sin estertor, sin agonía, a veces sin palidecer; eso se llama eutanasia. De ahí que también aquí tenga razón la Upanishad, que fija
en cien años la duración natural de la vida.
269. Numeración según la Vulgata. En la versión de las lenguas originales, 7,1.
[N. de la T.]
270. En español en el original. [N. de la T.]

509

528

529 530

PARERGA Y PARALIPOMENA

ensancha: es frugi 271, es decir, está sometido a la utilidad, en virtud de Ceres; tiene su propio hogar, en virtud de Vesta; ha aprendido lo que necesita saber, gracias a Palas: y en calidad de Juno gobierna la señora de la casa, su esposa 272• - A los cincuenta años domina Júpiter. Para entonces el hombre ha sobrevivido ya a la mayoría y se siente superior a la generación actual. Aún en pleno disfrute de su fuerza, es rico en experiencia y conocimientos: tiene (conforme a su individualidad y situación) autoridad sobre todos los que le rodean. Por consiguiente, no dejará que le den órdenes sino que las dará él mismo. En su esfera es entonces el más adecuado como guía y jefe. Así culmina Júpiter y, con él, el hombre de cincuenta años.
- Pero luego, a los sesenta años, sigue Saturno y con él la pesadez, lentitud y resistencia del plomo:

But old f olks, many f eign as they were dead:
Unwieldy, slow, heavy and pale as lead273 •
Rom. and Jul. A. 2. se. 5.

1 Al final viene Urano: entonces uno, como se suele decir, se va al cielo. A Neptuno (así lo ha bautizado, por desgracia, la irre-flexión) no lo puedo tener aquí en cuenta, ya que no puedo llamar-lo por su verdadero nombre, que es Eros. En otro caso, intentaría mostrar cómo el comienzo se vincula con el final, cómo, en efecto, el eros se halla en una secreta conexión con la muerte, en virtud de la cual el Horco o el Amenthes 274 de los egipcios (según Plutarco, De Iside et Os. c. 29), el laµ~tlvrov xal 8t8oÚ<;275, no es solo el que recibe sino también el que da, y la muerte es el gran depósito de la vida. De ahí, pues, del Horco, viene todo, y allí ha estado ya todo lo que ahora vive: - si fuéramos capaces de comprender el juego de prestidigitación en virtud del cual eso ocurre, entonces todo estaría claro.

271. [Moderado.]
272. Los aproximadamente cincuenta planetoides que desde entonces se han descubierto son una novedad de la que nada quiero saber. Hago, pues, con ellos como conmigo los profesores de filosofía: los ignoro, porque no se ajustan a mis baratijas.
273. Muchos viejos se parecen ya a los muertos:
Como plomo, pesados, duros, resistentes, inamovibles y pálidos.
274. Según Plutarco, Sobre !sis y Osiris, 29, lugar al que según los egipcios par-tían las almas de los muertos. Su nombre significaba «el que recibe y el que da>>. [N. de la T.]
275. [El que recibe y el que da.]

510

AFORISMOS SOBRE LA SABIDURÍA DE LA VIDA

1 Por mucho que se viva, nunca se posee más que el presente indivisible: el recuerdo pierde a diario con el olvido más de lo que gana con el incremento. - Cuanto más viejo se es, más insignifi-cantes parecen las cosas humanas sin excepción: la vida, que en la juventud se hallaba ante nosotros firme y estable, se nos muestra ahora como la rápida huida de fenómenos efímeros: la nihilidad de todo se pone de relieve.
La diferencia fundamental entre juventud y vejez sigue siendo siempre que aquella tiene en perspectiva la vida y esta, la muerte; que, por lo tanto, aquella tiene un breve pasado y un largo futuro; esta, lo contrario. La vida en los años de la vejez se asemeja al quin-to acto de una tragedia: sabemos que se acerca un final trágico, pe-ro no sabemos aún cuál será. Por supuesto, cuando se es viejo solo se tiene la muerte ante sí; pero cuando se es joven se tiene la vida por delante; y se plantea la pregunta de cuál de las dos es más grave y si, tomada en conjunto, la vida no es una cosa que es mejor tener por detrás que por delante: ya dice el Eclesiastés (7, 2) 269: «El día de la muerte es mejor que el día del nacimiento». Anhelar una vida muy larga es, en cualquier caso, un I temerario deseo. Pues «quien larga vida vive mucho mal vive», dice un refrán español270• - Ciertamente, el curso vital de los individuos no está, como pre-tende la astrología, trazado en los planetas; pero sí el curso vital del hombre en general, en la medida en que a cada edad del mismo le corresponde un planeta conforme a su secuencia, por lo que su vida está sucesivamente dominada por todos los planetas. - A los diez años de vida rige Mercurio. Como este, el hombre se mueve rápido y ligero, en el más estrecho círculo: cambia de opinión por pequeñeces; pero aprende mucho y fácilmente, bajo el gobierno del dios de la astucia y la elocuencia. - Con los veinte años apa-rece el dominio de Venus: el amor y las mujeres lo poseen com-pletamente. A los treinta años de vida gobierna Marte: el hombre es entonces vehemente, fuerte, atrevido, belicoso y rebelde. - A los cuarenta rigen los cuatro planetoides: su vida, por lo tanto, se

pero la enfermedad es en esencia una anomalía: así que ese no es el final natural. Solo entre los noventa y los cien años mueren los hombres, por lo regular, de vejez, sin enfermedad, sin lucha con la muerte, sin estertor, sin agonía, a veces sin palidecer; eso se llama eutanasia. De ahí que también aquí tenga razón la Upanishad, que fija
en cien años la duración natural de la vida.
269. Numeración según la Vulgata. En la versión de las lenguas originales, 7,1.
[N. de la T.]
270. En español en el original. [N. de la T.]

509

528

529 530

PARERGA Y PARALIPOMENA

ensancha: es frugi 271, es decir, está sometido a la utilidad, en virtud de Ceres; tiene su propio hogar, en virtud de Vesta; ha aprendido lo que necesita saber, gracias a Palas: y en calidad de Juno gobierna la señora de la casa, su esposa 272• - A los cincuenta años domina Júpiter. Para entonces el hombre ha sobrevivido ya a la mayoría y se siente superior a la generación actual. Aún en pleno disfrute de su fuerza, es rico en experiencia y conocimientos: tiene (conforme a su individualidad y situación) autoridad sobre todos los que le rodean. Por consiguiente, no dejará que le den órdenes sino que las dará él mismo. En su esfera es entonces el más adecuado como guía y jefe. Así culmina Júpiter y, con él, el hombre de cincuenta años.
- Pero luego, a los sesenta años, sigue Saturno y con él la pesadez, lentitud y resistencia del plomo:

But old f olks, many f eign as they were dead:
Unwieldy, slow, heavy and pale as lead273 •
Rom. and Jul. A. 2. se. 5.

1 Al final viene Urano: entonces uno, como se suele decir, se va al cielo. A Neptuno (así lo ha bautizado, por desgracia, la irre-flexión) no lo puedo tener aquí en cuenta, ya que no puedo llamar-lo por su verdadero nombre, que es Eros. En otro caso, intentaría mostrar cómo el comienzo se vincula con el final, cómo, en efecto, el eros se halla en una secreta conexión con la muerte, en virtud de la cual el Horco o el Amenthes 274 de los egipcios (según Plutarco, De Iside et Os. c. 29), el laµ~tlvrov xal 8t8oÚ<;275, no es solo el que recibe sino también el que da, y la muerte es el gran depósito de la vida. De ahí, pues, del Horco, viene todo, y allí ha estado ya todo lo que ahora vive: - si fuéramos capaces de comprender el juego de prestidigitación en virtud del cual eso ocurre, entonces todo estaría claro.

271. [Moderado.]
272. Los aproximadamente cincuenta planetoides que desde entonces se han descubierto son una novedad de la que nada quiero saber. Hago, pues, con ellos como conmigo los profesores de filosofía: los ignoro, porque no se ajustan a mis baratijas.
273. Muchos viejos se parecen ya a los muertos:
Como plomo, pesados, duros, resistentes, inamovibles y pálidos.
274. Según Plutarco, Sobre !sis y Osiris, 29, lugar al que según los egipcios par-tían las almas de los muertos. Su nombre significaba «el que recibe y el que da>>. [N. de la T.]
275. [El que recibe y el que da.]

510